

# ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON

## Rosas muertas



Lectulandia

A los pies de la tumba de Jón Sigurðsson, el histórico héroe de la independencia islandesa, yace el cadáver de una joven desnuda. Nadie sabe quién es ni por qué la han abandonado en un lugar tan emblemático rodeada de flores. La policía ha averiguado que era drogadicta y que abusaron de ella.

Al frente de la investigación, Erneldur Sveinsson va a ir descubriendo que la chica tan solo es una pieza más en un juego de corrupción, negocios turbios y afán desmedido de poder.

Arnaldur Indridason

# **Rosas muertas**

**Inspector Erlendur Sveinsson - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 19.11.2020

Título original: *Dauðarósir*  
Arnaldur Indridason, 1998  
Traducción: Fabio Teixidó Benedí

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

¿Dónde se perdió el color de tus días?  
Y los versos que corrían  
de un sueño a otro por tu sangre,  
¿en qué tempestad cayeron?  
¡Oh, pequeño! ¡Y tú que te creías portado  
por la milagrosa fuerza inagotable  
del pozo que alberga tu pecho!  
¿Dónde...?

*Nostalgia,*  
JÓHANN JÓNSSON  
(1896-1932)

# 1

Encontraron el cadáver en la tumba de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia, en el cementerio de la calle Suðurgata. Ella lo vio antes que él porque estaba sentada encima.

Después de salir del hotel Borg, habían subido por Suðurgata caminando de la mano. Él la abrazó y la besó. Ella le devolvió los besos, primero con dulzura y luego con una pasión creciente que desembocó en puro frenesí. Habían salido del hotel hacia las tres y se habían abierto paso entre la muchedumbre del centro. Era junio, poco después del día más largo del año, y hacía un tiempo espléndido.

La había invitado a cenar en el Borg. Todavía no se conocían muy bien. No era más que su tercera cita. Ella era accionista de una empresa de *software* de la que él también poseía una parte. Desde siempre habían sido unos cerebritos de la informática y se habían caído bien nada más conocerse. Al cabo de unas semanas, él tomó la iniciativa y le propuso verse fuera del trabajo e invitarla al Borg. Repitieron el encuentro en un par de ocasiones y, desde el momento en que se sentaron a la mesa aquella noche, se palpaba en el ambiente que la velada no terminaría como las otras, cuando él la llevara a casa y se despidieran. Ninguno de los dos había cogido el coche. Ella le sugirió por teléfono que podrían ir andando a su casa después de cenar para tomar un café. «¡Conque un café!», pensó él con una sonrisa.

Estaban acalorados y sudorosos después de haber bailado en el Borg. Ella, rubia, delgada, con la cara redonda y el pelo corto, lucía un elegante conjunto de color beis con las medias a juego. Por su parte, él llevaba un pañuelo de seda alrededor del cuello, lo cual a ella le pareció un detalle un tanto vanidoso, y un traje de Armani que se había comprado unos días antes en una *boutique* para impresionarla. Y lo había conseguido.

A él le sorprendió que, después de cruzar el centro, le hubiera sugerido cruzar el cementerio de Suðurgata para atajar hasta su casa. Él se vio en apuros al besarla cuando se le crearon problemas de espacio bajo los calzoncillos, y temía que ella lo hubiera notado. Y, en efecto, no le pasó

desapercibido. Ella se acordó de las fiestas del instituto, cuando los chicos que la sacaban a bailar tenían siempre una erección. «Qué poco les hace falta a los pobres», pensó ya en aquel entonces, y volvió a pensarlo en esa ocasión. Apenas había un alma en Suðurgata. Saltaron el muro de la sección noreste del cementerio, donde yacía la familia Thoroddsen. Mientras bordeaban tumbas y lápidas, él puso todo su cuidado en que no se le estropeara el traje recién comprado.

Además de honorables ciudadanos del pasado, en el camposanto descansaban también proletarios, poetas, funcionarios, comerciantes con apellidos de ascendencia danesa, políticos y bandidos. Para ella, el cementerio era como un remanso de paz en medio del bullicio urbano, un oasis verde en pleno verano. Aunque había entrado con la intención de acortar el camino, de pronto se le pasó por la cabeza otra idea. La noche era cálida y luminosa; llevaba unas copas de más y, viendo que él estaba más que dispuesto, le sugirió sentarse un rato a descansar. Ella leyó en su cara una expresión de estupefacción. No era que le hubieran entrado ganas porque se encontraran en un cementerio. No era esa clase de persona. Por el amor de Dios, los cadáveres no le despertaban esa clase de instintos. Sin embargo, en más de una ocasión había sentido el deseo de hacerlo en plena naturaleza, bajo el sol de la noche estival; más tarde tendría que explicárselo a aquel desagradable agente de la Policía Judicial: Erlendur. «Allí estábamos tan tranquilos —se justificaría—, y un cementerio es, de algún modo, un entorno natural».

En realidad, al hombre no le hizo falta pensárselo dos veces, aunque por un instante sí le vino a la mente el dineral que le había costado su traje nuevo. Se tumbaron sin desvestirse sobre la hierba, al abrigo de un árbol. Ella le bajó la cremallera del pantalón, se quitó la ropa interior y se sentó encima. «Joder, qué raro hacerlo rodeado de muertos», pensó él. «Mi amado esposo —leyó ella en la lápida cubierta de musgo que tenía enfrente—. Descanse en paz».

La mujer no vio el cuerpo de inmediato. Pasado un momento, apenas un minuto o dos, le pareció escuchar un sonido distante y se volvió rápidamente hacia el lugar de donde procedía. Ahogó los gemidos del hombre con la mano y aguzó el oído sentada sobre él, completamente inmóvil. Escudriñó los alrededores y le pareció ver que alguien salía corriendo por una de las verjas del cementerio. Giró levemente la cabeza hacia la derecha y recorrió el recinto con la mirada hasta detenerla en un bulto blanco medio enterrado en el suelo.

Se levantó y se puso la ropa interior. Él se subió la cremallera de la bragueta antes de que lo asaltara una nueva erección.

—¿Qué pasa? —susurró él.

—Ahí hay alguien —respondió en voz baja, angustiada—. Vámonos de aquí.

Caminaron a paso lento hacia el lado oeste del cementerio. Sin apartar la mirada del bulto blanco, ella lo señalaba mientras se preguntaban qué podía ser y ambos se debatían entre acercarse para verlo de cerca o continuar su camino a casa.

—Vale —dijo él.

—Vale, ¿qué? ¿Que le echemos un vistazo?

—No, que vayamos a tu casa.

—¿No será...? ¿Un cadáver? ¿Crees que podría serlo?

—No alcanzo a verlo.

Ella se moría de curiosidad. Más tarde desearía no haberse entrometido, pero en ese momento no contemplaba la opción de quedarse de brazos cruzados. ¿Y si era alguien que necesitaba ayuda? Seguida del hombre, se dirigió hacia el bulto blanco, que aumentaba de tamaño a medida que se aproximaban. Ella soltó un jadeo al ver de qué se trataba.

—Es una chica —murmuró, como si estuviera hablando consigo misma—. Una chica desnuda.

Se acercaron hasta llegar al cuerpo.

—¿Está muerta? —preguntó él—. ¿Hola? ¿Hola? ¡Muchacha! ¿Hola?

A ella le pareció que él actuaba como estuviera llamando a una camarera. Ya le había visto aquel gesto en el hotel Borg. Había levantado la mano y había llamado a una de las chicas en mitad de la sala. La había hecho sentirse incómoda, como si con ello hubiera tratado de seducirla. En ese momento se lo había dejado pasar, pero allí, en el cementerio, no estaba dispuesta.

No cabía duda de que la joven estaba muerta. Lo veía y lo sentía. Se acercó y se agachó para examinar su cara: una espesa capa de sombra de ojos azul oscuro, las cejas negras, las mejillas cargadas de colorete, los labios pintados de un rojo intenso. Como mucho acababa de cumplir veinte años. Tenía los ojos cerrados.

Todo en la joven estaba muerto. Enclenque y pálida, yacía de lado, ligeramente encogida, de espaldas a ellos. Sus brazos, delgados como los tallos de una flor, reposaban junto a la cabeza. Tenía las piernas largas y esbeltas, y se le marcaban tanto las costillas que podían contarse. Su pelo negro y sucio le caía sobre los hombros. En una de sus nalgas se apreciaba una mancha roja, una J tatuada.

Pasaron un momento en silencio junto al cadáver, cada cual sumido en sus pensamientos. «Pobre chica», se decía ella. «Vete olvidando del café esta noche», se mentalizaba él.

—¿Te has fijado en quién es? —preguntó ella.

—¿Yo? ¡Pero si no la conozco de nada! —respondió sorprendido—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir?

—No digo la chica, sino él —lo corrigió mientras señalaba la lápida—. Jón Sigurðsson. El honor, la espada y el escudo de Islandia. Jón el Presidente.

El cadáver se hallaba sobre la tumba del héroe de la independencia. La parcela estaba bordeada por una pequeña verja de hierro pintada de negro. La columna conmemorativa, de mármol ocre, medía unos tres metros de altura. En el centro del monumento había una placa circular con el perfil en relieve de Jón el Presidente. A ella le dio la impresión de que el célebre personaje los miraba desde arriba con desprecio. Los empleados del cementerio procuraban mantener la parcela limpia y decorada con flores. Solo habían pasado unos días desde el 17 de junio y todavía no habían retirado la gran corona de flores que, como cada año, el presidente del consejo municipal había depositado sobre la tumba durante la mañana del día nacional de Islandia. El cuerpo de la chica, blanco y desnudo, descansaba en un mar de flores que habían comenzado a marchitarse. En el aire flotaba un ligero olor a descomposición.

—¿Llevas el móvil? —preguntó la mujer.

—No, no lo he cogido.

—Creo que yo llevo el mío —dijo mientras sacaba un diminuto teléfono de su elegante bolso y se disponía a llamar—. Oye, ¿cuál es ahora el número de la policía? No hacen más que cambiarlo. ¿Sigue siendo el 11166 de toda la vida o ahora hay que llamar al nuevo 112?

—Ni idea —respondió él.

«Pero ¡mira que llega a ser desustanciado! —pensó ella—. Está en Babia».

—Voy a probar con el 112 —decidió.

Marcó el número.

—Emergencias.

De repente, se ofuscó. Pensó que su número quedaría registrado. Hasta los móviles más simples podían almacenar una o varias decenas de llamadas. «La línea de emergencias debe de contar también con un sistema parecido», supuso. No estaba segura de querer verse involucrada en el hallazgo de aquel cadáver más allá del mero hecho de haberlo descubierto.

—Emergencias —repitieron.

—Emmm, he encontrado el cadáver de una chica en el cementerio de la calle Suðurgata, en la tumba de Jón Sigurðsson —anunció—. Sí, el cementerio de Hólavallagarður —aclaró antes de colgar.

Pero sabía perfectamente que eso no era todo. Pensó en el hombre que había visto salir por la verja, no muy lejos de la tumba de Jón Sigurðsson. Sabía que se había convertido en una testigo y no le hacía ninguna gracia. Volvió a sacar el móvil.

—Emergencias —respondieron de nuevo.

## 2

El teléfono atronó.

Al inspector de la Policía Judicial Erlendur Sveinsson, hombre divorciado y solitario de unos cincuenta años, le sacaba de quicio que lo despertaran en plena noche, especialmente cuando le había costado dormirse, como era el caso. El condenado sol de medianoche lo había mantenido en vela hasta muy tarde. No sabía cómo remediar el problema. Había intentado que su dormitorio no fuera invadido por la claridad nocturna mediante unas gruesas cortinas, pero la luz se las arreglaba para filtrarse igualmente. En su último intento, había hecho de tripas corazón y se había comprado un antifaz. Había visto a las mujeres elegantes de las películas emplear tanpreciado objeto y de ahí le vino la idea. Pero, como no sabía de dónde podía obtener uno, le preguntó a Elínborg, una de sus compañeras de trabajo.

—¿Un antifaz? —repitió, sorprendida.

—Ya sabes, uno de esos para taparte los ojos —especificó Erlendur en voz baja.

—¿Quieres decir como los que llevan las mujeres en las películas? —le preguntó ella mientras se regodeaba viendo cómo Erlendur se retorció de vergüenza.

—Es por el sol de las narices —le explicó él.

Elínborg no pudo resistir la tentación y le recomendó una corsetería en la calle Laugavegur. La dependienta, una mujer mayor de mirada severa, le preguntó para qué quería un antifaz. Allí no vendían esa clase de artículos.

—¿A qué tipo de antifaz te refieres? —inquirió con una voz atronadora que resonó por toda la tienda—. ¿Como los que llevan las mujeres en las películas?

Al regresar al despacho, Elínborg ya se había marchado, pero le había dejado sobre la mesa una nota con un antifaz debajo. Su compañera no se había podido contener y le había comprado uno de satén rosa con delicados bordados blancos.

Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad. Erlendur se puso el antifaz después de haber cerrado bien las cortinas y haberse tumbado en la cama. Pero la goma le apretaba alrededor de su enorme cabeza y le hacía daño. Además, siempre se lo colocaba mal y, cuando por fin conseguía ajustarlo, la luz se colaba por el hueco que quedaba entre la tela y su prominente nariz. Tras una pérdida de tiempo considerable, había logrado conciliar el sueño y quedarse dormido como un bendito.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, le pareció que solo había dormido durante una fracción de segundo. Era Sigurður Óli, su compañero de la Policía Judicial.

—Han encontrado un cadáver en el cementerio de la calle Suðurgata —anunció Sigurður Óli, a quien también habían despertado. Ambos trabajaban codo con codo. Ningún otro miembro de la Judicial se habría atrevido a llamar a Erlendur a esas horas de la noche.

—¿Y en qué otro sitio quieres que haya un cadáver? —respondió Erlendur con un humor de perros, sin entender por qué no veía ni torta aun sabiendo que tenía los ojos abiertos. Palpó a su alrededor hasta que dio con el antifaz y se lo quitó. Miró el reloj: había dormido una hora.

—Bueno, es que no se trata de un cadáver enterrado, es el cuerpo de una joven. ¿Quieres saber dónde la han encontrado? —preguntó Sigurður Óli.

—Pues en el cementerio. ¿No me lo acabas de decir?

—En la tumba de Jón Sigurðsson, el Presidente. El honor, la espada... y todo eso.

—¿Jón el Presidente?

—Por lo que me ha parecido entender, alguien la ha dejado en la tumba de Jón. Está desnuda y la mujer que la ha encontrado dice que ha visto a un hombre salir corriendo por la verja poco antes de descubrir el cadáver.

—¿Por qué Jón el Presidente?

—¡Eso digo yo!

—¿No se llamará Ingibjörg?

—¿Quién? ¿La testigo?

—No, la chica.

—Desconocemos su identidad. ¿Por qué Ingibjörg?

—Tú siempre tan ignorante —le recriminó Erlendur, todavía de mal humor—. La esposa del Honor de la nación se llamaba Ingibjörg. ¿Llamas desde el cementerio?

—No. ¿Te paso a buscar de camino?

—Cinco minutos.

—¿Qué tal el antifaz?

—¡Cierra la boca!

Erlendur vivía en un pequeño apartamento de la zona más antigua del barrio de Breiðholt, en las afueras de Reikiavik. Se había mudado allí después de su divorcio, muchos años atrás, y a veces sus dos hijos, ambos en la veintena, le hacían una visita cuando necesitaban un lugar donde refugiarse. Su hija era drogadicta y su hijo alcohólico. Erlendur había hecho todo lo posible por ayudarlos, pero tras sus reiteradas tentativas, había dado la batalla por perdida. Finalmente se había aferrado a una filosofía muy simple: la vida debe seguir su curso. Cuando sus hijos lo fueron conociendo mejor, enseguida se dieron cuenta de que su madre les había mentado cada vez que lo ponía verde en su presencia y se lo describía como un monstruo. El divorcio lo había convertido en el peor enemigo de su exmujer y, al mismo tiempo, de sus hijos.

Cuando llegaron al cementerio, la policía había acordonado la zona con cinta amarilla y había cortado el tráfico de la calle Suðurgata. Los perros rastreadores olisqueaban los alrededores de la verja. Un grupo de trasnochadores que volvía a casa después de salir de fiesta observaba la escena en la distancia. Los miembros de la Científica examinaban la tumba de Jón el Presidente. Uno de ellos fotografiaba el cadáver desde distintos ángulos. También había llegado un grupo de periodistas que fotografiaba todo lo que pasaba por delante de sus cámaras, pero la policía los mantuvo fuera del cementerio. Eran más de las cuatro de la madrugada y el sol brillaba en lo alto del cielo. En la calle Suðurgata se alineaba una fila de coches patrulla y ambulancias cuyas luces apenas se veían debido a la intensa claridad nocturna.

Cuando Erlendur y Sigurður Óli se acercaron a la tumba, los recibió un leve olor a descomposición procedente de la corona de flores y los ramos que habían dejado con motivo de la celebración del día nacional. La luz del sol matutino bañaba el cuerpo pálido y huesudo de la joven. Nadie había movido el cadáver. Elínborg y Þorkell, compañeros de Erlendur y Sigurður Óli, se hallaban junto a la chica.

—Aquí hay muchos hilos de los que tirar —anunció Erlendur sin dar los buenos días—. ¿Alguien sabe algo?

—No conocemos su nombre, pero el médico la acaba de examinar y baraja ya algunas hipótesis —le informó Elínborg—. Todo apunta a un caso

de homicidio.

Un hombre inclinado sobre el cadáver se puso en pie. De la edad de Erlendur, lucía una espesa barba y unas gafas de pasta. Erlendur sabía que atravesaba una mala época: su mujer había fallecido a causa de un cáncer dos años atrás. Habían trabajado mucho juntos y se llevaban muy bien, pero nunca habían hablado de sus asuntos personales. Erlendur procuraba entrometerse lo menos posible en la vida de los demás. Ya tenía bastante con la suya y las de sus seres queridos.

—Evidentemente, aún debo examinarla en profundidad, pero me atrevería a decir que ha muerto ahogada. Puede que también la hayan violado y agredido. Me ha parecido distinguir restos de semen en la vagina, pero no se aprecian indicios visibles de violencia por ahí abajo.

—¡Por ahí abajo! —farfulló Elínborg.

—Se pinchaba —continuó el médico—. Puede que llevara tiempo haciéndolo. Se observan marcas en los brazos y en otros lugares. Sin duda se detectarán drogas en los análisis de sangre. Heroína, intuyo. Su cuerpo todavía no se ha enfriado, así que habrá fallecido hace cosa de una hora o una hora y media, pero no más.

—Será una chica de la calle —supuso Elínborg—. Seguramente se prostituía.

—Lleva un maquillaje espantoso —reparó Þorkell.

—¿Hay alguien que haya denunciado la desaparición de una chica de su edad? —preguntó Erlendur.

—En nuestros registros no aparece nada —respondió Elínborg—. En caso de que nos hallemos ante la clásica tragedia, quizá la chica se fue de casa hace unos años, viviera o no en un hogar feliz, y pasó un tiempo en la calle ejerciendo la prostitución hasta que encontró algún refugio, la metieron en un centro de acogida de menores o la enviaron a terapia. Después regresó a la calle, retomó la prostitución para poder pagarse las drogas y vuelta a empezar. Conocemos muchos casos similares. Puede que cometiera robos u otros delitos menores. Y no hablo de una clientela especialmente exquisita, sino de una panda de viejos babosos. Estoy segura de que guardamos un extenso archivo sobre ella en nuestros ordenadores. Solo hay que encontrarlo.

Los cuatro observaron al médico mientras examinaba el cuerpo. Ninguno de ellos, salvo quizá Erlendur, tenía experiencia con homicidios de verdad, pero trataban de estar a la altura de las circunstancias. Los pocos asesinatos que tenían lugar en Reikiavik se cometían en estado de embriaguez y se resolvían rápidamente, se arrestaba al desventurado criminal y se le enviaba a

la cárcel de Litla-Hraun. A veces tardaban unos días en encontrar al asesino, que solía terminar entregándose, o daban con él tras una breve investigación. En cualquier caso, siempre lo encontraban. En las últimas décadas, los homicidios premeditados, cometidos a sangre fría y sin dejar huellas habían sido escasos, por no decir inexistentes. Pero cuando se trataba de desapariciones, ocurría lo contrario: eran muy frecuentes y nunca se resolvían.

—El Honor de la nación no estará muy contento —comentó Erlendur levantando la mirada hacia el perfil verdoso de Jón Sigurðsson, en la columna de mármol.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto? —preguntó Elínborg.

—Dudo mucho de que la chica esté aquí por mera casualidad.

—Puede que se llame Ingibjörg, como decías —sugirió Sigurður Óli.

—¿Por qué Ingibjörg? —preguntó Þorkell.

—La mujer de Jón se llamaba Ingibjörg —respondió Sigurður Óli con ínfulas de sabiduría.

—Pero ¿no se llamaba Áslaug? —cuestionó Þorkell.

—¡Áslaug! —exclamó Erlendur—. ¿Cómo que Áslaug?

—Ah, ¿era Ingibjörg? —rectificó Þorkell, cambiando súbitamente de opinión.

—Dios mío de mi vida —suspiró Erlendur.

—¿Qué es eso que tiene en el trasero? —preguntó Sigurður Óli mientras se agachaba—. A lo mejor estaba enamorada de algún chico cuyo nombre empezaba por J —se respondió a sí mismo—. ¿Dónde se puede hacer uno un *tattoo*? Un tatuaje, quiero decir. No es que haya muchos tatuadores en Reikiavik.

—Igual se llama J-algo —opinó Þorkell.

—O sea, que según tu consabida capacidad deductiva, la chica es de Reikiavik, no ha salido en su vida de la capital y, evidentemente, tampoco del país —ironizó Erlendur con la mirada clavada en Sigurður Óli.

—Ojalá nadie asesinara por la noche para que pudieras seguir durmiendo, ¡don Antifaz! —le replicó Sigurður Óli volviéndose hacia Elínborg.

—Parece obvio que la han traído hasta aquí —prosiguió Elínborg—. No hay indicios de pelea ni tampoco hay rastro de su ropa. Es como si la hubieran querido dejar expuesta.

—Puede que la misión de Jón fuera protegerla —opinó Sigurður Óli—. O resucitarla.

—¿Dónde está la mujer que la ha encontrado? —preguntó Erlendur.

—La hemos acompañado a su casa —respondió Þorkell—. Me ha parecido que no habría ningún problema en hacerlo. Te está esperando.

—¿Estaba sola?

—Eso ha dicho, y también que ha visto a alguien salir corriendo por la verja del cementerio.

—Averiguad si algún vecino de la zona ha visto a esa persona —ordenó Erlendur antes de marcharse.

Sigurður Óli salió con él del recinto.

—¿Sabías que hace un tiempo llamaban a la calle Suðurgata el camino del Amor? —preguntó Erlendur mientras salía del cementerio bajo el radiante sol de la mañana. Ambos podían llegar a comportarse como verdaderos críos cuando trataban de medir sus conocimientos. Erlendur tenía complejo de inferioridad por no haber llegado a cursar el bachillerato, mientras que Sigurður Óli se enorgullecía de su licenciatura y de su curso de posgrado en Estados Unidos. No lo podía evitar. Era insoportable.

—Sí, claro —respondió a pesar de no tener ni idea—. ¿Y sabías que en otra época también la llamaban el camino de la Morgue?

—Por supuesto —respondió Erlendur pese a no haber oído aquel nombre en su vida.

### 3

Se llamaba Bergþóra y se había puesto una ropa más cómoda cuando Erlendur y Sigurður Óli tocaron el timbre de su casa. En cuanto había llamado a la policía, el desustanciado se había despedido de ella diciéndole que ni quería ni le apetecía meterse en líos, algo que ella podía entender. «¡Menudo caballero! —había pensado de todos modos—. ¡Me deja sola con todo el marrón!». Él le había pedido que lo mantuviera al margen de aquello en la medida de lo posible, y ella no le había puesto objeciones. Los efectos del alcohol habían desaparecido al encontrar el cadáver y ya le remordía la conciencia. No se veía dando explicaciones sobre sus andanzas en el cementerio, ni a la policía ni a quien fuera. Deseaba poder borrar la última hora de su existencia. Solo esperaba que su compañero de trabajo mantuviera la boca cerrada. ¡Qué pesadilla! ¿En qué estaría ella pensando? ¡Hacerlo en el cementerio! ¿Es que se había vuelto loca?

Vivía en la calle Aflagrandi, en un pequeño y elegante apartamento decorado con antigüedades y unas alfombras persas extendidas sobre un suelo de madera de haya. En las paredes del salón colgaban unas reproducciones de las serigrafías de Marilyn Monroe de Andy Warhol. Le pidió a Erlendur que no fumara dentro y el policía se guardó el paquete de tabaco en el bolsillo. «El apartamento con que soñaría cualquier joven promesa», se dijo el policía mientras pensaba en su propia casa, cuya decoración consistía en una mezcolanza de objetos y muebles escogidos sin ningún tipo de gusto ni criterio.

Al principio, Bergþóra trató de mentir pese a no haber tenido tiempo de ensayar su discurso.

—La verdad es que no tengo mucho que contar —comenzó a explicar, procurando que su frase sonara lo más natural posible, después de que los agentes hubieran tomado asiento en el salón.

—No, claro. Lo que ha ocurrido es algo muy común en el barrio oeste —ironizó Erlendur—. Me imagino que aquí os encontráis un cadáver cada dos por tres.

—Quiero decir que nada de lo que os pueda contar os va a servir de gran ayuda. Había salido de marcha por el centro y serían las tres cuando, al volver a casa por Suðurgata, vi que un hombre salía corriendo del cementerio, cruzaba la calle y desaparecía por Skothúsvegur. Cuando me acerqué al muro del recinto, vi a la chica en la tumba de Jón Sigurðsson y llamé a la policía inmediatamente.

—De hecho, llamaste dos veces —precisó Sigurður Óli—. ¿Por qué?

—Supongo que me agobié. Estaba estresada. Mi primera reacción fue llamar a la policía, pero no quería meterme en líos. No quería ser testigo. Pero luego cambié de opinión.

—¿Qué aspecto tenía el hombre que viste salir corriendo? —le preguntó Erlendur.

—No lo vi muy bien y no podría daros una buena descripción. Iba vestido con ropa oscura.

—¿Ropa oscura? ¿No te fijaste en nada más? ¿A qué altura de Suðurgata estabas cuando lo viste?

—Por la parte de abajo —respondió mirando a Erlendur a los ojos. No estaba acostumbrada a mentir y se le notaba demasiado. Estaba cansada y lo único que quería era terminar cuanto antes para poder irse a dormir. El deseo de guardar su secreto era demasiado evidente. Erlendur lo percibió y ella se dio cuenta.

—Así que puede que no lo vieras muy bien —reparó Sigurður Óli, más pendiente de quedar bien ante aquella joven tan atractiva que de seguir los detalles de la conversación. «Qué guapa», pensó. Por su parte, él no se consideraba feo, y en ese momento acudió a su cabeza una expresión que había escuchado recientemente y que le había parecido de muy mal gusto. Un amigo suyo la empleaba cada vez que le contaba sus líos de faldas. Hablaba de «trincarse a las chicas». También llamaba a las mujeres «pibas», aunque esa palabra era más común.

—No lo vi muy bien. Corría muy rápido y desapareció de repente. Además, no me fijé con atención porque todavía no había descubierto el cadáver.

—¿Estás segura de que se trataba de un hombre? —preguntó Erlendur.

—Sin ninguna duda.

—Se te ve sorprendentemente tranquila. ¿No te aterroriza el hecho de haberte encontrado un cadáver mientras caminabas sola en plena noche? —preguntó Erlendur, avanzando con cuidado hacia donde quería llegar—. Por si fuera poco, siempre se ha dicho que hay fantasmas en ese cementerio.

—No creo en los fantasmas y, además, apenas se puede hablar de «noche» en esta época del año —matizó con una sonrisa—. Ya lo creo que estoy asustada. Todavía no me he recuperado. No he visto muchos cadáveres en mi vida. Y me parece trágico que muera una chica tan joven y la dejen tirada al aire libre. ¿Tenéis alguna idea de las causas de su muerte?

—De momento preferimos no desvelar muchos detalles —explicó Sigurður Óli.

—La han matado, ¿verdad?

—¿Llevabas ese conjunto cuando encontraste el cuerpo? —le preguntó Erlendur sin responder a su pregunta mientras miraba una silla donde Bergþóra había dejado su ropa deprisa y corriendo nada más llegar. Había olvidado ordenarla—. ¿Te caíste? Parece sucio.

—Me resbalé, sí.

—Espero que no te hayas hecho daño.

—No.

—¿Y eso de ahí no es hierba? ¿Te caíste en el césped de la plaza Austurvöllur?

—No, es que... bueno, vale —suspiró—. Me pidió que lo mantuviera al margen, pero me importa un carajo. ¡Va y me deja ahí sola! Estaba con un hombre en el cementerio. Los dos somos copropietarios de una empresa, junto con otras personas. Me había invitado al hotel Borg y de camino a casa se me ocurrió acortar por el cementerio. Nos detuvimos para tumbarnos en la hierba y hacernos arrumacos. Entonces oí un ruido y paramos.

—¿Te da morbo hacer arrumacos en los cementerios?

—¿Te da morbo hacer esa pregunta?

—Estamos tratando de averiguar...

—¿Qué estáis esperando que diga? ¿Que me pone hacerlo en los cementerios? Pues muy bien. Me gusta hacerlo al aire libre, y estar en un cementerio es casi como estar en la naturaleza. Ya lo habéis conseguido. ¿No es eso lo que queríais oír? No tiene nada que ver con que haya cadáveres. ¿Entendido? Que quede bien claro.

—¿Y tu don Juan salió por patas cuando encontrasteis el cuerpo? —preguntó Erlendur sin inmutarse. Su hija le había contado historias mucho peores que aquella bonita aventura nocturna de dos yupis informáticos.

«Se la trincó en el cementerio», pensó Sigurður Óli mientras desconectaba por unos segundos y visualizaba mentalmente la escena. Estaba soltero y hacía tiempo que no pasaba nadie la noche en su casa.

—Mi don Juan no se fijó en el hombre que vi salir corriendo —respondió mientras se ponía en pie. Le incomodaba estar sentada delante de esos dos hombres y contarles lo que había hecho. El de mayor edad la miraba fijamente y el joven parecía ausente. «Muy atractivo —se dijo—, pero de momento parece idiota».

—Es decir, que estabas dentro del cementerio y solo viste una sombra negra en la distancia que salía disparada antes de que descubrierais el cadáver. ¿Podrías describir mejor esa sombra? ¿Apreciaste algo que nos pudiera ayudar? ¿Edad? ¿Color de pelo? ¿Ropa? No pudiste ver si se metió por Skothúsvegur, como has dicho antes, ni si iba en coche. Me extrañaría mucho que hubiera caminado por toda la ciudad con un cuerpo desnudo a cuestas. Tendrías que haber visto algún vehículo. Las mentiras hay que llevarlas preparadas, ¿sabes?

—Vale, no vi en qué dirección salió. Me precipité al decir lo de Skothúsvegur. Pero no vi ningún vehículo ni escuché ningún ruido de motor. Apenas pasaban coches por Suðurgata.

—Una cosa más para terminar —anunció Erlendur con una sonrisa—. Nos has sido de gran ayuda y debes saber que todo lo que nos acabas de contar es de carácter confidencial y no va a salir de aquí. Puedes estar tranquila. No tenemos el menor interés en tu vida privada. Pero ¿tienes idea de si él te vio a ti?

—¿Quién?

—El hombre del cementerio.

—Dios mío, ¿crees que podría haberlo hecho?

## 4

Hacia el mediodía, la joven todavía no había sido identificada. Los vecinos de Suðurgata y Skothúsvegur no habían visto a nadie deambulando por el cementerio. Todos habían dormido a pierna suelta aquella noche. Por la mañana, el hallazgo del cadáver acaparó los informativos de todas las cadenas de radio. En verano escaseaban las noticias y el descubrimiento del cuerpo en la tumba de Jón Sigurðsson había sido un bombazo para todas las agencias de prensa del país. En un telediario bautizaron a la chica con el mejor de los gustos: «el cadáver del Presidente». En otro, se hablaba del «homicidio de Jón», como si fuera Jón Sigurðsson quien había sido asesinado.

Ningún amigo de la víctima denunció la desaparición de una joven morena que llevaba un pequeño tatuaje en una nalga. Ninguna madre llamó preocupada por su hija. Ningún padre ni hermano preguntó por ella. Puede que todavía fuera demasiado pronto para que se manifestaran sus seres más cercanos. O puede que nadie la estuviera buscando. El cadáver había sido trasladado a la morgue de la calle Barónsstígur y reposaba sobre una mesa de acero mientras el forense practicaba la autopsia. Enseguida elaboraría un informe preliminar.

Los miembros de la Policía Judicial regresaron malhumorados a comisaría, un edificio resquebrajado de un barrio industrial de Kópavogur que, según Erlendur, podía desmoronarse en cualquier momento. «Al más mínimo temblor de tierra, esto se viene abajo», repetía en cada pausa para el café. Más bien parecía deseoso de que se produjera el terremoto.

Era domingo y habían llamado a trabajar a casi toda la plantilla. En el cementerio, la Científica continuaba investigando en los alrededores de la tumba de Jón Sigurðsson, pero no habían encontrado ningún indicio que permitiera conocer la identidad de la chica ni habían averiguado en qué circunstancias había perdido la vida. En el transcurso de la mañana reabrieron al tráfico la calle Suðurgata y una muchedumbre se acercó a la zona para curiosear. Conductores y pasajeros estiraban el cuello para poder ver por encima del muro y observar la labor de técnicos y policías.

—¿Qué mensaje querrá transmitir alguien dejando el cadáver de una joven en la tumba de Jón el Presidente? —se preguntaba Erlendur, sentado en su escritorio frente a Sigurður Óli.

Las paredes del despacho estaban revestidas de madera, y en las estanterías se amontonaban carpetas con dosieres amarillentos de casos olvidados, tanto cerrados como pendientes de resolver. En un rincón, un armario gris de acero contenía viejos informes archivados por orden alfabético. La alfombra, en otros tiempos de color verde, estaba desteñida y rota. Erlendur no tenía objetos personales. Ni fotos de su familia ni de él jugando al golf o en el club de *bridge* o de vacaciones en España. Si hubiera una fotografía de Erlendur, saldría en el salón de su casa, de noche o durante el fin de semana, leyendo a oscuras o durmiendo iluminado por el resplandor del televisor. Llevaba una vida solitaria y austera. Hacía años que no se tomaba vacaciones en verano. No tenía muchas amistades y prácticamente solo se veía con sus compañeros de la policía. En realidad, tampoco buscaba amigos. No sentía la necesidad.

—¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando oyes el nombre de Jón Sigurðsson? —se preguntó Sigurður Óli.

—Que fue el héroe de la independencia —respondió Erlendur confiando en sus conocimientos del colegio—. El héroe que liberó a los islandeses. Un político de renombre. Una figura sagrada. Un hombre íntegro cuyo nombre nadie pudo manchar. Sus actos y sus palabras eran el fiel reflejo de sí mismo. Ayudó a los islandeses a trasladar sus deseos a Copenhague. La fiesta nacional de Islandia se celebra coincidiendo con su cumpleaños. Dudo mucho de que este caso guarde alguna relación con la lucha por la independencia.

—¿Y con su vida personal? —preguntó Sigurður Óli—. Era oriundo de los fiordos del noroeste. Nació en Hrafnseyri, en Arnarfjörður.

—Lo más conocido es su relación con su mujer, Ingibjörg, que pasó doce años sin moverse de Islandia mientras su marido andaba de picos pardos en Copenhague. Tenía más paciencia que cualquier mujer de nuestros días. Así es como debió de ganarse su fama de promiscuo.

—Si la chica se prostituía, puede que esa sea la conexión que buscamos. ¿No se veía con prostitutas en Copenhague?

—Me parece demasiado rebuscado. Me inclino más por una motivación de índole política. Jón era ante todo una figura política. Quien haya dejado a la chica en su tumba quiere transmitirnos un mensaje en esa dirección. Ha escogido un lugar de indiscutible relevancia. El mensaje es obvio. Quizá deberíamos hablar con un historiador.

—Un asesino nacionalista.

—No sería descabellado. Un nacionalista romántico. Quizá sea alguien que no esté contento con los cambios que se han producido en Islandia en los últimos veinte o treinta años. Puede que la chica lo simbolice de alguna manera. Yo también llevo mal esos cambios, como tantos otros de mi generación, aunque los yupis como tú recibís con los brazos abiertos todo lo que proceda de Estados Unidos. Poco a poco, Islandia se ha convertido en una pequeña América.

—No me vengas otra vez con esa canción —suspiró Sigurður Óli, quien conocía a la perfección la opinión de Erlendur respecto a todo lo estadounidense. Durante el tiempo que pasó estudiando en Estados Unidos, se sintió como pez en el agua. Podía pasarse el día entero hablando de los tiempos en que se tumbaba en el sofá de su casa de Atlanta a ver partidos de béisbol. Le contaba a todo el mundo lo mucho que echaba de menos no solo el béisbol, sino también el fútbol americano, el *hockey* sobre hielo y los mil y un canales de televisión—. Te da miedo el mundo —continuó—. Solo quieres encerrarte, apagar la luz y taparte los ojos con un antifaz. De hecho, ya te has comprado uno.

—Este invierno vi un anuncio en el periódico —explicó Erlendur, a quien ya le resbalaban las bromitas sobre su antifaz—. Uno de los mejores restaurantes de Reikiavik anunciaba su bufé especial del *Þorrablót*, ya sabes, con criadillas, despojos curados y cabezas de cordero. En la fotografía, los empleados posaban detrás de esos manjares tradicionales vestidos con camisas rojas de cuadros, pantalones vaqueros, pañuelos alrededor del cuello y sombreros blancos del Oeste americano. —Erlendur se inclinó sobre su escritorio y miró a Sigurður Óli con el ceño fruncido—. ¿Y qué tendrá que ver Estados Unidos con la comida que se sirve en una celebración tan islandesa como el *Þorrablót*?, me pregunté. ¿Qué vulgaridad es esa? Pero luego lo entendí. Nadie valora la comida tradicional si no se relaciona mínimamente con Estados Unidos. En Islandia nada es *cool*, por usar una de esas irritantes palabras que ahora dice todo el mundo, si no se americaniza. Los aviones a reacción y los ordenadores son sin duda los inventos más relevantes del siglo xx, pero igual de relevante me parece que hayamos creado nuestras propias palabras con raíces islandesas para designarlos. Sin embargo, nadie se preocupa de preservar nuestra cultura, que está ya de capa caída.

—No creo que nada de eso tenga que ver con Estados Unidos en particular, sino con el hecho de que el mundo se está haciendo cada vez más

pequeño —discrepó Sigurður Óli a sabiendas de que Erlendur se negaba a gastar dinero en McDonald's—. A menudo los estadounidenses son quienes lideran los cambios en el modo de vida, y luego el resto del planeta los imita. ¿A qué viene esa obsesión tuya con preservarlo todo? Los franceses son de lo más nacionalistas y mira lo arrogantes que son, no hay quien los aguante. ¿Quieres que nos volvamos como ellos? A mí el aislamiento me parece una condena a muerte. Además, los islandeses son y serán siempre unos vulgares. Esa espantosa comida del *Þorrablót* es el mejor ejemplo: criadillas y cabezas de cordero. ¿Quién come esas guarradas? Por lo demás, no tengo nada claro que los jóvenes de hoy conozcan a Jón Sigurðsson o sepan lo que hizo.

—Todo el mundo sabe quién es Jón Sigurðsson. Los islandeses no se han vuelto tan zoquetes.

—En las páginas amarillas aparecen cinco tatuadores registrados en Reikiavik —informó Elínborg tras irrumpir en el despacho. La puerta estaba abierta, como era habitual cuando Erlendur no dirigía ningún interrogatorio. Era difícil adivinar la edad de Elínborg. Tendría entre cuarenta y cincuenta años. Rellenita pero sin estar gorda, era la agente que mejor vestía de toda la comisaría y era famosa por sus dotes culinarias. Todo el mundo le pedía sus recetas y, aunque a veces fuera nefasta para las relaciones humanas, las compartía de buena gana. Su especialidad era el pollo y conocía innumerables formas de prepararlo. Sus tres hijos comían como reyes y su marido, dueño de un pequeño taller mecánico, sentía por ella un incommensurable amor gastronómico.

—Deberías ir con Þorkell a hablar con ellos y describirles a la chica para ver si alguno sabe quién es —le ordenó Erlendur—. Digo yo que tendremos alguna foto de esa obra de arte que tiene en el trasero, así que llévate una copia por si algún tatuador reconoce el dibujo. ¿Ha preguntado alguien por ella?

—Todavía no —respondió Elínborg antes de salir del despacho—. ¿Crees que los tatuadores trabajan los domingos?

—Ni idea —respondió Erlendur.

—Ya iré yo sola. No hay quien aguante a Þorkell estos días.

—¿Y eso? —preguntó Sigurður Óli.

—Líos de faldas. Lo ha dejado la rubia aquella, Sigríður, la dentista. Se ve que conoció a alguien en un congreso sobre problemas dentales en la tercera edad en Londres y le dio calabazas. Me lo contó anoche. Se puso a llorar y me arruinó el pollo *tandoori* que había cocinado al horno. Paso de tragarme otra vez el mismo rollo —concluyó mientras salía al pasillo.

—Elínborg, siempre tan considerada —comentó Erlendur.

—¿Crees que deberíamos vigilar el domicilio de Bergþóra, la testigo? —preguntó Sigurður Óli, que llevaba toda la mañana pensando en ella y en la historia del cementerio—. Si te parece, puedo hablar otra vez con ella. ¿No crees que podría estar en peligro? El asesino podría saber que tenemos un testigo ocular.

—No entiendo por qué el asesino ha escogido ese lugar —dijo Erlendur sin responder a su compañero—. Ha dejado el cuerpo expuesto en un lugar emblemático que, con toda probabilidad, esconde algún significado para él o para la chica. No ha tratado de ocultarlo, sino más bien todo lo contrario: nos lo ha puesto en bandeja para encontrarlo. Nos lo ha entregado de esa forma tan extraña.

—Puede que fuera el primer lugar que encontrase para dejar el cuerpo —aventuró Sigurður Óli.

—Puede, pero ¿no trataría un asesino de ocultar su acto? Está claro que este no tiene nada que esconder. No quiere ocultarnos nada. Parece querer comunicarse con nosotros en lugar de evitarnos. Si uno quiere deshacerse de un cadáver, lo más lógico es hacerlo desaparecer.

—Entonces, ¿por qué no se entrega directamente?

—Ni idea, solo estoy pensando en voz alta. ¿Te crees que tengo todas las respuestas? La chica está desnuda, excesivamente maquillada, y en su cuerpo hay restos de semen. Puede que Elínborg tenga razón y se prostituyera. Puede que cayera en manos de un mal cliente que se pasó de la raya. Puede que tuviera un amigo que no llevara bien que se prostituyera y la matara. Tampoco podemos descartar que ese amigo fuera, de hecho, su chulo. A veces mi hija me cuenta historias de ese mundo, ya sabes la vida que lleva.

Sigurður Óli asintió.

—En Reikiavik no existe una red de prostitución bien organizada, y los proxenetas apenas se conocen entre ellos —continuó Erlendur—. Sabemos que en las calles hay chicas que necesitan dinero para comprar droga. Sus clientes pueden llegar a ser de lo más repugnante. Las chicas pueden caer en las garras de engendros que van desde simples perversos hasta hombres realmente abominables. La chica de Jón Sigurðsson podría ser una de ellas. Debemos buscar a más jóvenes como ella y preguntarles si la conocían.

—¿Quieres que hable de nuevo con Bergþóra y solicite que vigilen su domicilio? Por si acaso. No hace falta que se entere nadie. Podría encargarme yo mismo.

—De acuerdo.

Por la tarde recibieron en comisaría el informe preliminar de la autopsia, terminado a toda prisa. La chica había fallecido una hora antes de la llegada de la policía y la habían llevado al cementerio inmediatamente después de su muerte. «El asesino tuvo que llegar en coche —pensó Erlendur mientras leía el informe—. Es imposible que se paseara por media ciudad con una joven desnuda a cuestas». Los perros policía se habían detenido al llegar a la calle Suðurgata, donde habían perdido el rastro. Sin duda sería de gran utilidad realizar una reconstrucción exacta de los hechos. La tumba de Jón el Presidente se hallaba a tan solo diez metros de la verja situada junto a la esquina de Suðurgata. En cuestión de un minuto, el autor podría haber parado enfrente, sacar el cadáver del coche, correr hasta la tumba, regresar al vehículo y marcharse.

El forense había detectado una elevada concentración de heroína en la sangre, así como una importante presencia de alcohol. La chica estaba desnutrida y mostraba síntomas de anorexia. Presentaba indicios de violencia. La habían asfixiado y se apreciaban contusiones por todo el cuerpo. Había recibido golpes en la cara, seguramente puñetazos, y había tenido relaciones sexuales momentos antes de su muerte. A juzgar por su estado, todo apuntaba a que la habían violado.

En pocas horas, Þorkell y Sigurður Óli lograron reunir aquel domingo los nombres de algunas chicas que, según los registros policiales, ejercían la prostitución en las calles de Reikiavik. Todas habían visitado alguna vez la comisaría acusadas de prostitución, robo o allanamiento de morada, así que no tuvieron problemas para localizarlas. Sin embargo, prefirieron no llevar a jefatura a Eva Lind Erlendardóttir, la hija de su compañero. Erlendur se encargó personalmente de ir a buscarla. Su exmujer había escogido el nombre de Eva Lind porque, por algún motivo, le parecía mono. Su hijo se llamaba Sindri Snær.

Erlendur sabía que su hija se había mudado recientemente a casa de un advenedizo sin escrúpulos que sabía cómo montárselo para llevar una vida lujosa sacando partido de las empresas de arrendamiento con opción a compra. Vivían juntos en un adosado que había conseguido después de haber timado a un matrimonio de ancianos que querían mudarse a una vivienda más pequeña. Gracias a sus dotes comerciales y a la elegancia que le confería su impecable traje, todavía por pagar, había convencido a los ancianos para que abandonaran su hogar y luego él se había mudado allí por la cara. Les había prometido un primer pago de cuantía considerable, seguido de un segundo ingreso dos meses después y una amortización de la casa por un precio mucho más elevado que el indicado en el anuncio. El matrimonio había depositado toda su confianza en aquel hombre tan simpático que decía ser médico, había guardado todos sus enseres en un trastero y se había mudado a casa de su hija, y única descendiente, mientras que el ambicioso príncipe se acomodaba en su nidito decorado con muebles sacados de una empresa de *leasing*.

Eva Lind vivía rodeada de un lujo que se hallaba en las antípodas de las condiciones en las que Erlendur la había visto vivir solo dos meses atrás, antes de que conociera a Mr. Leasing. Hasta entonces había vivido con un drogadicto en una casucha alquitranada en la calle Veghúsastígur, en el barrio de las Sombras. A lo largo de los cuatro o cinco años de mala vida que había llevado su hija, Erlendur pasó por fases de negación, rabia, espanto y mano

dura, hasta acabar en la más absoluta indiferencia. No lograba entender por qué se había convertido en una drogadicta empedernida, pero ya no se lo preguntaba. Había decidido aceptarla tal como era y tratar de hacerle la vida más fácil en la medida de lo posible. Alguna vez había tenido que ir a buscarla a comisaría después de haber sido arrestada en algún tugurio donde se fumaba hachís. Cuando eso sucedía, la llevaba a su casa para cuidar de ella, pero, antes de que pudiera darse cuenta, ya había vuelto a las calles y su recaída era todavía peor. La situación de su hija lo atormentaba.

—Cabe la posibilidad de que la chica que encontramos anoche asesinada en el cementerio hiciera la calle —le explicó a su hija tras tomar asiento en el salón. No conocía a su nuevo novio, tenía sus reservas, como con todos los anteriores. Eva Lind le dijo que no estaba en casa porque había salido a comprar un televisor. «Pero si es domingo —observó Erlendur—. ¿Qué hay abierto hoy?». «¿Acaso te crees que ha ido a una tienda a comprarlo, atontado?», le respondió su hija, escandalizada, mientras se dejaba caer en el reluciente sofá Chesterfield de su amplio salón. Erlendur se fijó en la ausencia de decoración en las paredes. Los únicos objetos del salón eran unos muebles carísimos, la mayoría de ellos todavía embalados en plástico.

El aspecto de Eva Lind daba buena cuenta de su penoso modo de vida: estaba en los huesos y trataba de disimular las ojeras con una espesa capa de maquillaje. «Seguro que ya está otra vez en la luna», pensó Erlendur, que rara vez lograba ver a su verdadera hija, siempre oculta tras los efectos de las drogas, como si tuviera los ojos tapados por un velo invisible.

—Lo he oído en la radio —le contó Eva Lind—. Ya sabía yo que era puta. Nadie deja tirada a una chica normal en pelotas en un cementerio.

—No he afirmado en ningún momento que lo fuera, solo he dicho que tenemos esa impresión, y debemos empezar por algún sitio. La encontramos junto a Jón Sigurðsson, el Presidente.

—¡Anda! Pero ¿no fue en el cementerio?

—Sí, junto a Jón el Presidente.

—¿Se ha producido algún escándalo? ¿Se la tiraba el Jón ese? Espera, ¿el presidente de qué?

Erlendur se encogió de hombros y recordó el verso que de vez en cuando le venía a la cabeza sin motivo. «¿Dónde se perdió el color de tus días?».

—La chica se daba un aire a ti. Un poco más joven. Esquelética y pálida, como si padeciera anorexia. Tenía el pelo negro e iba muy maquillada. Se metía heroína. Todavía no sabemos cómo se llama y estamos buscando a

todos aquellos que la pudieran conocer. Si trabajaba en la calle puede que te suene. Lo único que sabemos es que tiene un tatuaje en el trasero.

—Yo también llevo uno, aunque no en el culo precisamente —matizó Eva desafiando a su padre con la mirada—. Ahora se llevan mogollón los tatuajes. Eso sí, duele que te cagas. Los tatuadores son unos putos sádicos. Aunque, bueno, también será porque que yo me lo hice en el...

—¿Te dice algo la descripción? —la interrumpió Erlendur.

—Si se chutaba heroína, debería estar tirado saber quién es. No hay muchas tías que se metan esa basura. Además, la heroína es más chungu de conseguir que otras mierdas como las pastis o el speed. Hacen falta buenos contactos. ¿Tienes alguna foto suya?

—No. Si no averiguamos pronto quién es, tendremos que mostrar en los medios una imagen de su cara, pero eso solo lo haremos si no nos queda más remedio. Quizá podrías acompañarme a la morgue.

—¡No me jodas! Ahora no. Puedo hacer algunas llamadas y te aviso con lo que sepa, te lo prometo. Pero no me hagas ir contigo a la puta morgue.

—Necesito saber cómo funciona el mundo de la prostitución en Reikiavik —aclaró Erlendur, horrorizado ante la sola idea de tener que profundizar en aquel tema con su hija—. ¿Quiénes son los clientes? ¿Cómo localizan a las chicas? ¿Van siempre los mismos clientes con las mismas chicas? ¿Cuál es la dinámica?

Le parecía espantoso tener que preguntarle por su vida. Hasta entonces lo había evitado en la medida de lo posible. Todo lo que sabía se lo había contado ella por voluntad propia. Procuraba no sermonear a sus hijos, aunque esa estrategia no parecía haberle dado buenos resultados. Erlendur podría haberle hecho esas mismas preguntas a otras chicas y evitarse así las incomodidades, pero al menos sabía que podía confiar en su hija. Tenía la impresión de que hasta entonces siempre le había contado la verdad. Buen conocedor de su lenguaje vulgar, se preparó para escuchar sus respuestas.

—Vaya tralla de preguntas, Erlendur —contestó Eva Lind. Nunca lo llamaba «papá»—. El que quiere una puta, sabe dónde encontrarla. Los tíos llegan, hablan con ellas y se las llevan. A veces van en coche y entonces es todo muy fácil. A algunos les vale con una paja. Pero no hay ninguno que quiera simplemente hablar. No son ese tipo de tíos. Esos solo existen en las pelis. Las pajas son lo más barato. Casi todos quieren una mamada, que cansa un huevo hacerlas, y luego follar, claro. En los patios de escalera. En casas abandonadas. Por el centro hay mogollón de sitios. Las chicas viven en ratoneras por toda la ciudad y muchas veces se llevan allí a los clientes. Yo

nunca estuve metida en esa movida —aseguró Eva Lind al ver palidecer el rostro de su padre—. Respira.

Erlendur le concedió el beneficio de la duda.

—¿Qué tipo de hombres son los clientes?

—Muchos son abuelos que se gastan en eso la pensión. Pero también hay tíos que tienen carencias en casa. Marineros que pasan por aquí y no tienen adónde ir. Se quedan una semana y luego se van. Hombres de todo tipo que buscan compañía barata. Las chicas cobran muy poco comparado con lo que clavan las putas de lujo. Algunos clientes llaman siempre a las mismas, así no hay jaleos. Eso es lo mejor. Lo más seguro. Las chicas suelen tener entre cinco y diez clientes fijos y se los disputan.

—¿Y no se exponen a ningún peligro?

—Algunos son unos mierdas que las tratan como sádicos porque necesitan demostrar lo que llevan dentro. Lo que quieren es desfogarse pagando a una joven para pegarle porque no tienen cojones de pegar a sus mujeres. Otras veces son hombres elegantes de traje y corbata que envían a alguien para ir a buscarlas y luego las llevan a sitios espectaculares. Aunque también hay auténticos hijos de puta. No es que las chicas lo hagan por diversión. A veces, en verano, llama algún grupo de tíos desde algún bungaló de pesca. Van cachondos y llaman para que les envíen chicas. Pagan treinta y cinco mil coronas por un día entero y pueden hacer con ellas lo que quieran.

—¿Puedes darme algún nombre?

—Nunca he oído mencionar a nadie.

—¿Y a quién llaman?

—Pues a locales de estriptis. O a algún chulo.

—¿No habrás oído hablar hace poco de alguien a quien le gustara hacerle daño a esas chicas?

—Ya te digo que siempre corren historias por ahí. Puedo investigar y te cuento.

—Perfecto. Y, bueno, ¿qué tal estás? ¿Quién es el chico con quien vives aquí? ¿Es el propietario de esta casa?

—Estoy bien. Es lo más. Se ha hecho con todo lo que ves aquí sin haber pagado un duro.

—¿Sabes algo de tu madre? —preguntó Erlendur, a quien no le apetecía oír demasiadas cosas sobre el nuevo novio de su hija. Sería toda una novedad que la relación durara más de un mes.

—No, nada. Suelo dejar en paz a la vieja. Hago como tú.

—¿Y de Sindri?

—Sindri está bien. Me llamó el otro día, ha conseguido curro. Se me ha olvidado de qué. En una constructora, creo.

En ese momento apareció en la puerta *Mr. Leasing* con su espléndido traje y su corbata. Repeinado, entró en el salón cargado con un televisor gigante. Al no haber visto nunca a Erlendur, pensó que era el agente de alguna empresa de arrendamiento y estaba a punto de encararse con él cuando Eva Lind le explicó quién era.

—¿Eres el poli? —preguntó alternando la mirada entre Erlendur y el pesado televisor, que se le escapaba de las manos.

—Ojo, no se te vaya a caer en un pie —dijo Erlendur mientras salía hacia el aire fresco de fuera.

Cuando regresó a su despacho, Sigurður Óli le comentó que no habían obtenido ninguna información relevante durante los interrogatorios a las chicas. Elínborg había probado suerte en varios estudios de tatuaje, pero tampoco sacó nada de provecho y, como tenía invitados a cenar, se marchó a casa enseguida. La jornada no había aportado ninguna pista que pudiera ayudar a averiguar la identidad de la víctima. Sigurður Óli había hablado con el hombre que estaba con Bergþóra en el cementerio, pero no tenía ni idea de nada. Al principio lo negó todo, pero dejó de mentir en cuanto Sigurður Óli empezó a presionarlo. Según sus declaraciones, no vio a nadie salir corriendo del cementerio ni advirtió la presencia de ningún coche. Todavía no había entendido del todo quién era el tal Jón Sigurðsson.

Por otro lado, habían comunicado el robo de un coche en el barrio de Breiðholt. Muy probablemente, el delito se cometió la misma noche que fue hallado el cuerpo de la chica. La descripción del vehículo fue enviada a todas las comisarías del país, y por la tarde la policía de Keflavík anunció el hallazgo de un Saab azul en el aeropuerto internacional. Erlendur envió a Þorkell para vigilar el traslado del coche al taller de la policía, a primera hora de la noche. Los agentes de la Científica se pusieron de inmediato a buscar huellas dactilares, pelos y restos de fluidos corporales. Tras una larga noche de trabajo, pudieron confirmar, antes del mediodía del lunes, que la chica había estado en el interior del vehículo. La policía solicitó el listado de todos los pasajeros que habían salido del país desde la noche del sábado hasta el momento en que fue hallado el coche. Interrogaron al dueño del vehículo, pero este juró y perjuró que se lo habían robado.

Erlendur ya se disponía a marcharse cuando sonó el teléfono.

—¿Eres el que dirige la investigación de la chica del cementerio? —preguntó una voz insegura casi imperceptible.

—Sí, soy yo —respondió Erlendur.

—Era amiga mía —anunció el hombre del teléfono en un tono de voz tan bajo que Erlendur apenas podía entender lo que decía.

—¿Quién llama? —preguntó, evitando sonar demasiado cortante.

—Mi amiga estaba con él en la casa de veraneo...

Erlendur no escuchó el final de la frase.

—¿Con quién? ¿Qué casa?

—Con ese bastardo —gruñó la voz—. Esos hijos de puta la destrozaron... Y entonces se cortó la comunicación.

## 6

El domingo por la tarde, Sigurður Óli se dirigió a la calle Aflagrandi para hablar con Bergþóra, la testigo. Se había convencido a sí mismo de que su visita era de carácter estrictamente oficial y que no guardaba ninguna relación con lo personal. Le gustaba aquella mujer. Había visto algo en ella; algo en su cara que lo ponía de buen humor; algo en sus gestos que le llegaba al corazón; algo en su tono de voz que lo impulsaba a escucharla. Se había repetido hasta la saciedad que en su interés por ella no había influido la inusual e incómoda historia del cementerio.

Sigurður Óli no había convivido con ninguna mujer desde su regreso de Estados Unidos, cuatro años atrás. Las pocas relaciones fugaces que tuvo antes de trasladarse a Norteamérica no llegaron a ninguna parte. Últimamente pensaba cada vez más en la idea de casarse. La mayoría de sus amigos, por no decir todos, estaban casados o vivían con una pareja de hecho, y le costaba sacarlos de fiesta los fines de semana. Estaba cansado de ir de bares él solo, y, aunque a menudo se encontraba con gente conocida, tanto antiguos amigos que habían estudiado con él Ciencias Políticas en la universidad como compañeros de la comisaría, le aburría soberanamente mantener una y otra vez las mismas conversaciones. Para colmo, a veces venían a incordiarlo personas con quienes había tenido que lidiar en su trabajo.

A todo eso había que sumar el tema de conocer chicas. El mismo preámbulo una y otra vez. La frase que solía funcionarle para romper el hielo era: «Oye, ¿tú no hacías Derecho conmigo en la uni?». Recientemente también le daba resultado sustituir Derecho por Informática. Después venían las típicas preguntas para saber si tenían algún amigo en común: «Ah, ¿esa chica salía con tu hermano? No la recuerdo bien». Muchas mujeres divorciadas que volvían a estar disponibles iban detrás de Sigurður Óli, que había cumplido treinta años sin haberse dado cuenta. Más de un ex había aporreado la puerta de la casa donde estaba pasando la noche para preguntar quién narices estaba metido en la cama de su exmujer. Cada vez que se despertaba con el brazo bajo la cabeza de una chica que no había visto nunca,

deseaba poder dejarlo ahí y marcharse a hurtadillas. Después venía el momento de coger un taxi a primera hora de la mañana. Salía disimuladamente de una cama desconocida en un barrio de las afueras y miraba por el espejo retrovisor al taxista, que sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Sin embargo, lo peor de todo era que Sigurður Óli había comenzado a excederse con la bebida en sus aventuras nocturnas. Vestía siempre de punta en blanco, iba al gimnasio y a sesiones de rayos uva. Como era alto, delgado, guapo y buen conversador, no tenía problemas para conocer gente, especialmente a mujeres. Le gustaba tener las cosas claras y se entregaba al máximo en cualquier cosa que hacía. Ambicioso en el trabajo, quería hacer carrera en la Policía Judicial, pero, debido a su arrogancia, muchos lo consideraban un engreído. Cada vez se emborrachaba con más frecuencia e incluso llegaba a perder la memoria. Su peor experiencia la vivió seis meses atrás, y desde entonces redujo considerablemente su consumo de alcohol porque había comenzado a asustarse. Se despertó en su cama —gracias a Dios— y solo guardaba el recuerdo difuso de ir haciendo eses por la calle Laugavegur. Era incapaz de levantarse. Le dolía todo el cuerpo, especialmente la rabadilla y la pierna derecha, que no podía mover sin que un agudo dolor le recorriera la espalda. No tenía ni idea de cómo había regresado. Solo sabía que estaba desnudo, que la cama estaba hecha y que sobre la mesilla de noche habían dejado una nota: «¡Joder, qué odisea traerte a casa! Dos “superamericanas”». Le faltó poco para echarse a llorar.

Bergþóra abrió la puerta de su casa y lo invitó a pasar. La había llamado antes para avisarla de su visita. Ella esperaba su llegada a las nueve y él se había presentado como un clavo.

—Solo quería comentarte un par de asuntos —mintió mientras se sentaba en la misma silla que había ocupado el día anterior, cuando la había interrogado junto con Erlendur. El sol de la tarde se filtraba a través de las persianas venecianas y proyectaba en el apartamento unas bandas doradas que hacían pensar en un enorme gato atigrado. Ella se sentó frente a él.

—Llevo todo el día rompiéndome la cabeza pensando en el hombre del cementerio y en el cadáver. Me temo que no tengo nada nuevo que contar.

—Tuvo que haber ido en coche. Estamos investigando un vehículo que podría guardar relación con el caso. Puede que hubiera pasado por delante de la verja en dirección sur y que tú lo hubieras visto.

—No vi pasar ningún coche —insistió.

—Esta mañana te hemos preguntado si creías que el hombre podría haberte visto, pero no estabas segura.

—Todo esto me está dando un poco de miedo. Esta tarde he visto las noticias y han informado de que la policía tenía una testigo que afirmaba haber visto a un hombre salir corriendo del cementerio poco antes de encontrar el cuerpo de la chica. La testigo era del barrio Oeste. ¿Crees que el asesino es un maníaco sexual que va por ahí agrediendo a mujeres? ¿Ahora no querrá pillar por banda a esa testigo?

—No hay nada que así lo indique —respondió Sigurður Óli, contento de ver que la conversación se encauzaba en la dirección que él quería—. Por fortuna, los islandeses cuentan con un insignificante elenco de asesinos. Pero, si quieres, puedo encargarme de que recibas protección. Podemos adoptar distintas medidas, como entregarte una pequeña alarma personal que puedes hacer sonar cuando lo consideres necesario. También podemos solicitar que un coche patrulla recorra los alrededores de tu casa. O puedo pasarme por aquí para ver cómo estás —añadió finalmente.

—No me gusta ni un pelo la idea de que me escolten —admitió—. No quiero ni alarmas personales ni coches de policía. ¿No podría simplemente llamarte?

—Por supuesto —respondió Sigurður Óli tratando en vano de disimular su satisfacción. Estaba colado por aquella mujer y ella se había dado cuenta.

—No pienses que lo del cementerio es propio de mí —le dijo mirándolo a los ojos—. No estoy loca. Solo se me cruzaron los cables.

Sigurður Óli sonrió bajo el sol de la tarde.

El interior estaba oscuro y una peste a tabaco, alcohol y sudor invadía sus fosas nasales conforme se iba adentrando. El Boulevard, más conocido como el Bulo, era uno de los pocos locales de estriptis de la ciudad. Las bailarinas provenían de Canadá, los países nórdicos o las repúblicas bálticas. Solo tenían permiso para permanecer un mes en el país y no desperdiciaban ni un minuto de su estancia.

Al entrar, Erlendur vio a una mujer de más de treinta años contoneándose al ritmo de la música alrededor de una columna situada en un escenario. Colgada del techo, una bola de discoteca proyectaba destellos de colores en la oscuridad de la sala. La mujer se había quitado el sujetador y solo le quedaba el tanga. Era evidente que había rebasado ya la mejor edad para hacer estriptis. Cerca de ella se sentaban tres hombres. Dos la miraban boquiabiertos, mientras que el tercero tenía la cabeza apoyada sobre el escenario, con pinta de estar profundamente dormido. En las mesas había algunos clientes más. Un hombre de unos sesenta años estaba sentado con dos jóvenes prácticamente desnudas. Otro había sacado una botella de champán y agarraba de los hombros a su chica mientras se fumaba un puro con aires de magnate.

La música se detuvo. La bailarina recogió sus prendas, pasó desnuda por delante de Erlendur y salió de la sala sin dirigirle la mirada.

—*Do you like girls?* —le preguntó una chica rubia de unos veinte años que había emergido de la penumbra y se había colocado disimuladamente junto a la barra, al lado de Erlendur. Su atuendo se reducía a un sujetador, unas braguitas minúsculas y un pañuelo transparente sobre los hombros. Erlendur no sabía qué contestar. Si respondía que sí, no se la podría quitar de encima. Si decía que no, podría dar pie a un malentendido. Además, no hablaba mucho inglés.

—*I am police* —respondió. Con los ojos como platos, la chica dio un paso hacia atrás y desapareció tan rápido como había aparecido.

—¿Qué te pongo? —le preguntó el camarero, que acababa de volver de la sala y se inclinó sobre la barra. Aunque su cabello pelirrojo comenzaba a clarear por la coronilla, había logrado reunir unos pocos mechones en una mísera coleta. Ataviado con una camisa hawaiana y una cadena dorada alrededor del cuello, asentía constantemente.

—¿Eres el dueño del local?

—No. ¿Por...? ¿Pasa algo?

—¿Quién es el propietario?

—Está de vacaciones en el oeste.

—¿En el oeste? ¿En Ísafjörður?

—No, en Estados Unidos. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy buscando a una chica.

—Pues tenemos chicas a tutiplén. Solo tienes que escoger una. ¿Quieres champán? Tenemos uno buenísimo.

—La que busco está muerta.

—Qué putada.

—Sí, qué putada. Puede que hubiera venido por aquí alguna vez. Incluso que hubiera bailado también, no sé. Estaba como un palillo, tenía la piel muy blanca y una espesa melena negra que le caía hasta los hombros. Ojos marrones, frente amplia y boca pequeña.

—Oye, pero ¿tú quién eres? ¿Por qué me sueltas todo ese rollo?

—Soy de la policía.

—¡Ho, ho, ho! —exclamó el camarero como si fuera Papá Noel mientras se apartaba de la barra sin dejar de asentir—. ¿Por qué me preguntas por una chica muerta? Yo no he hecho nada. ¿Crees que soy yo quien la ha matado?

La música se reanudó y la chica rubia que había hablado con Erlendur en inglés se situó junto a la columna del escenario. Erlendur la miró un momento y se volvió de nuevo hacia Hohoho.

—Solo quería saber si la conocíais por aquí. Nada más. ¿Recuerdas a alguna chica que encaje con esa descripción?

—¿Era islandesa?

—Probablemente.

—Aquí solo tenemos chicas extranjeras. Qué movida lo de la islandesa. Oye, ¿no será la chica que han encontrado en una cementera?

—¿Una cementera?

—Sí.

—No, la encontraron en un cementerio.

—Ah, pues no sé quién me contó que la habían encontrado en una cementera.

—Tengo una foto suya —dijo Erlendur mientras sacaba una fotografía de la cara de la chica. Se la habían hecho en la morgue por la tarde después de haberla desmaquillado. Sin la sombra de ojos, el pintalabios y el colorete, su rostro había adquirido un tono blanco azulado. La boca se reducía a una mera línea bajo la nariz y sus cejas negras parecían dos rayas finas pintadas por encima de los ojos.

—No me suena —dijo el camarero—. Nunca estuvo por aquí. Me acordaría. ¿Era una puta?

—Podría ser.

—Por aquí no vienen prostitutas. Cosas del *business*, ya me entiendes.

—¿Podrían quitarles clientes a las bailarinas?

—Eso es. Esto no es un burdel. Nada que ver. Este es un negocio duro.

La chica del escenario parecía tener problemas para quitarse el sujetador. El hombre con la cabeza sobre el escenario se despertó y trató de ponerse en pie, pero le fallaron las piernas y se cayó al suelo, con el taburete incluido. Sus dos amigos ni siquiera se dieron cuenta.

—¿Ofrecéis servicios a domicilio? —preguntó Erlendur mientras veía que el borracho se ponía de nuevo en pie al tiempo que la rubia se quitaba por fin el sujetador.

—¿Servicios a domicilio?

—Si me hace falta una chica, ¿puedo llamaros para que me la enviéis?

El camarero guardó silencio.

—Me da igual lo que hagáis aquí —aclaró Erlendur—. Por mí, podéis ofrecer prostitutas como os dé la gana.

—No sé a qué te refieres con «servicios a domicilio».

—Pongamos que estoy en mi casa. O en una casa de veraneo. O en un bungalow, de pesca con unos colegas. ¿Me enviaríais a una chica?

—Supongo que se podría. Técnicamente, quiero decir.

—¿Tenéis alguna casa de veraneo registrada?

—¡Ho, ho, ho! —exclamó de nuevo mientras daba otro paso hacia atrás—. No sé nada de ninguna casa de veraneo. Como si me detenéis y me lleváis a la silla eléctrica.

—¿A la silla eléctrica? —preguntó Erlendur.

—Lo que sea. Aquí no nos dedicamos a la prostitución. Nuestras chicas son bailarinas artísticas y, a veces, algunos de nuestros clientes se quedan tan encantados que quieren pasar un rato a solas con ellas, y eso no tiene nada de

ilegal ni de inmoral. Lo que hagan las chicas mientras no trabajan no es de mi incumbencia. Regento un negocio legal y no quiero malas vibraciones de nadie, ni tuyas ni de ningún otro.

Erlendur visitó otros dos locales de estriptis esa misma noche, y al meterse en la cama, solo, como de costumbre, tuvo la impresión de que había aprendido algo sobre el servicio a domicilio de bailarinas artísticas. Para variar, le costó conciliar el sueño. Sin embargo, en aquella ocasión no era la luz nocturna lo que le impedía dormir, sino otra cosa que no lograba adivinar.

Cuando por fin lo averiguó, se quedó dormido.

*Do you like girls?*

## 8

Elínborg sacó de su cartera la fotografía que le había entregado la Científica y se la mostró. Era una copia ampliada del tatuaje de la joven y el dibujo ocupaba toda la imagen. Recién comenzada la mañana del lunes, Elínborg y Þorkell habían empezado a recorrer los estudios de tatuaje de Reikiavik. Para localizar el primero, simplemente se habían dejado guiar por el ruido. El tatuador, de una veintena de años, trabajaba en el garaje de sus padres, en la calle Háaleiti. Tenía las paredes empapeladas con pósteres de grupos de heavy metal y por unos altavoces gigantes sonaba una música atronadora. Desperdigados por la estancia se veían trajes gruesos de cuero, chaquetas y pantalones de motero, así como una buena colección de latas de cerveza y botellas de licor. Frente al garaje había una enorme motocicleta aparcada, pero ni Elínborg ni Þorkell sabían diferenciar si se trataba de una joya o de una tartana. «Sus pobres padres lo han metido en el garaje como un trasto más —pensó Elínborg, madre de un hijo de la misma edad—. Y no lo repuebo». Su hijo no vivía en el garaje. Dormía en la habitación contigua a la suya y escuchaba a Roger Whittaker.

—No me dice nada —respondió el chico después de que los agentes hubieran logrado captar su atención.

De complexión robusta, su densa melena negra le caía por la espalda y tenía toda la piel, al menos la parte que se veía, repleta de elaborados tatuajes.

—No, no me suena de nada ese dibujo —añadió—. Es muy cutre. No tiene acabado, es tosco, soso y feo de narices. No tiene ningún valor artístico. Es obra de un chapucero. ¿Qué es? Casi no tiene forma. Menudo churro. Está claro que lo ha hecho un inútil.

—Es la letra J... —comenzó a explicar Þorkell, pero el chico lo interrumpió.

—¡Eh, que no soy analfabeto! Que sea motero no quiere decir que sea un lerdo. Pues sí que tenéis prejuicios los patrulleros.

—Tranquilízate —le ordenó Elínborg—. ¿Te suena el estilo?

—Hay mogollón de peña haciendo esto. Aficionados que no tienen unos utensilios como estos —explicó mientras señalaba las herramientas y los tarros de pigmentos que tenía a su alrededor y que ni Elínborg ni Þorkell habían visto en su vida.

—Entonces, ¿crees que el autor no es un profesional como tú? —preguntó Þorkell con la intención de meterse al muchacho en el bolsillo.

—Este gremio está lleno de aficionados —fue la única respuesta que obtuvo.

Continuaron su camino hacia el siguiente artista, temiéndose que les aguardaba una terrible jornada.

—Hay alguien que quiere ponerse en contacto con nosotros —dijo Erlendur mientras tomaba café con Sigurður Óli en su despacho y le contaba que había recibido una llamada la tarde anterior.

—¿A qué se referiría con lo de la casa de veraneo? —preguntó Sigurður Óli.

—Dijo que la chica había estado «con ese bastardo» en la casa. Y que «esos hijos de puta la habían destruido». Él y otros más. ¿Qué querría decir?

—¿Tenía su voz algo de particular? ¿Algún acento?

—No. Parecía más bien joven. Por lo visto, era amigo de la chica. Daba la impresión de que sabía cosas, pero no las decía. ¿A qué estará esperando para hacerlo?

—Seguro que volvemos a tener noticias de él.

—Ya veremos —respondió Erlendur, que, tras la llamada, había solicitado que su teléfono grabara todas las conversaciones y pudiera verse inmediatamente desde qué número llamaban.

»Anoche llevé a cabo una investigación de carácter informal —prosiguió Erlendur—, y me enteré de que no es inusual que en los locales de estriptis de Reikiavik envíen a las chicas a los clientes, aunque estos se encuentren fuera de la ciudad, como en casas de veraneo o en bungalós de pesca.

—¿Conocían a nuestra chica en esos antros? —preguntó Sigurður Óli.

—No, en ninguno.

El lunes a mediodía nadie había contactado todavía con la policía en relación con la chica. Nadie había denunciado su desaparición. A Erlendur no le sorprendía. Seguía sosteniendo la opinión de que la chica se había ido de casa y desde entonces había estado viviendo en las calles de Reikiavik. Ningún centro público de desintoxicación para jóvenes, refugio o centro de

menores echaba en falta a nadie. No buscaban a ninguna chica cuyo nombre comenzara por J. La policía todavía no había podido examinar el listado de personas que habían volado fuera del país desde el momento del robo del Saab hasta el hallazgo del vehículo en el aeropuerto. Dado el escaso número de agentes disponibles en la Policía Judicial, tardarían una eternidad en revisar los cientos de nombres de hombres, mujeres y niños que componían la lista.

—¿Sacaste algo de tu encuentro con la testigo? —le preguntó Erlendur a Sigurður Óli.

—Nada nuevo, pero se pondrá en contacto conmigo si recuerda algo.

—Parece que conectáis bien. Tenías la cabeza en las nubes cuando la interrogamos en su casa ayer por la mañana. ¿Tanto te impactó la historia del cementerio?

A veces Erlendur metía demasiado las narices en la vida personal de Sigurður Óli, y sus comentarios, invariablemente negativos, irritaban a su compañero. A Erlendur le escandalizaba que Sigurður Óli no hubiera formado todavía una familia. Lo cual encerraba cierta contradicción. Su matrimonio había sido desastroso y había fracasado en su intento de establecer un hogar, pero, al mismo tiempo, sabía muy bien lo que era vivir solo.

—¿En las nubes? ¡Chorradas!

—¿Te parece que esa chica está en sus cabales? ¿No hay algo misterioso en las jóvenes que llevan a sus hombres a los cementerios para desahogarse?

—¡Para desahogarse! ¿Es eso lo que hacéis en el este? —preguntó Sigurður Óli en tono despectivo. Erlendur había nacido en Eskifjörður, pero había vivido en Reikiavik la mayor parte de su vida. Las pocas veces que alguien mencionaba su pueblo natal en alguna conversación era para meterse con él, normalmente en su ausencia—. ¿Os desahogáis? —continuó—. Ven aquí, cariño, que tengo ganas de desahogarme. ¡Ya es sábado y toca desahogarse! Me pareció escuchar que le prometiste que no hablaríamos más de ese asunto, que haríamos como si nunca nos lo hubiera contado.

—¿Estoy estropeando algo?

—Ah, y otra cosa. Los telediarios hablan demasiado de nuestra testigo. Tenía entendido que solo debía salir de comisaría la información estrictamente necesaria. Tiene miedo de llamar la atención y de que quien haya sido...

En aquel momento sonó el teléfono. Cuando Erlendur respondió, su rostro enrojeció durante unos segundos. Con la mirada perdida, como si lo hubieran hipnotizado, le hizo un gesto a Sigurður Óli para que lo dejara solo. Sin

entender qué estaba sucediendo, su compañero salió al pasillo y cerró la puerta con cuidado.

La exmujer de Erlendur estaba al teléfono. No la había visto ni había escuchado su voz en una veintena de años, o, más exactamente, desde que se fue de casa y la dejó sola con dos niños pequeños. Cuando más tarde recordara aquella conversación, no se sorprendería de haber reconocido su voz como si la hubiera escuchado el día anterior. Sabía que aún lo odiaba a muerte. Una avalancha de viejos recuerdos asaltó su memoria.

—Ya me perdonarás que te moleste —dijo su ex pronunciando cada palabra con el mayor desprecio posible—, pero tu hijo, que es un fracasado gracias a ti, está tirado en el suelo de mi casa, durmiendo la mona, después de haber vomitado y haberme roto los muebles. Llego del trabajo y me encuentro con que ha entrado en mi apartamento, y te puedo asegurar que yo no le he dado la llave. Se ha bebido todo el alcohol que ha encontrado, se ha meado encima y, por la razón que sea, se ha vuelto loco y me lo ha destrozado todo. ¡Estoy harta! ¡He cuidado de esos críos inútiles toda mi vida y ya no aguanto más!

Había elevado gradualmente el tono de voz hasta terminar chillando.

—¡Llévatelo de aquí! ¡Llévatelo antes de que me lo cargue, pedazo de inútil! ¡Has arruinado mi vida y la de nuestros hijos, hijo de la gran puta! —gritó a todo pulmón.

Acto seguido colgó el teléfono.

Erlendur continuó un rato sentado con el auricular pegado a la oreja. Veinte años después, el odio de su mujer no había remitido en lo más mínimo. Siempre lo culparía a él del camino que habían seguido sus hijos. Ellos mismos se lo habían dicho. Dejó que el sonido del teléfono retumbara en su cabeza, como si con ello quisiera borrar lo que acababa de oír. Finalmente, colgó el auricular, se puso el abrigo como en estado de trance. Ya había salido del despacho cuando recordó que no sabía exactamente dónde vivía. Buscó su nombre en el listín telefónico: Halldóra Guðmundsdóttir. Salió de nuevo, pero volvió a entrar inmediatamente para realizar una breve llamada al director de la clínica de desintoxicación de Vogur. Lo conocía bien por cuestiones de trabajo. Erlendur podía llevar a su hijo cuando quisiera.

Optó por tomar el camino más corto para ir desde Kópavogur hasta el bloque de pisos del barrio de Hlíðar donde vivía Halldóra. Sin embargo, cuando Erlendur llegó a su casa, no había ni rastro de ella. Aunque con su llamada había roto un largo silencio, su ex se negaba a verlo y a fingir de repente que se llevaban bien.

Mucho tiempo atrás habían sido amigos. Se conocieron en el bar Glaumbær, habían bailado juntos alguna vez y se sintieron atraídos el uno por el otro. Él acababa de empezar a trabajar en la policía, algo que a ella le daba cierto morbo. Empezaron a quedar fuera del Glaumbær y un día ella lo invitó a casa de sus padres. Sin saber cómo, ya se habían casado y esperaban un hijo. Ambos cambiaron en cuanto comenzó la convivencia y llegó la rutina. Ella era demasiado mandona para su gusto, y él nunca hacía lo que ella le pedía. Erlendur, de carácter huraño e irascible, se encerró en sí mismo. Eva Lind tenía dos años y Sindri Snær acababa de llegar al mundo cuando se dio cuenta de que nunca podría seguir viviendo con aquella mujer. Ni con ella ni con ninguna otra. Había cometido un error. Nunca debió llegar tan lejos. Estaba convencido de que no estaba hecho para ser un buen padre de familia. Había tratado de explicárselo a Halldóra, pero ella se deshacía en lágrimas cada vez que lo intentaba. Ninguno de sus ancestros se había divorciado desde la colonización del país. ¿Qué debía hacer? ¿Qué iban a pensar sus familiares? Todo el mundo pasaba por etapas difíciles, pero siempre había una solución. Le rogó una y otra vez que se dieran un tiempo.

Pero Erlendur, inflexible, se marchó en medio de una acalorada discusión poco después de que bautizaran a su hijo, y nunca más regresó. Desde entonces le pasaba una pensión mensual, pero Halldóra, profundamente afectada por el divorcio, sentía un odio visceral hacia su exmarido. Educó a sus hijos haciéndoles creer que su padre era una mala persona y que la había abandonado con dos recién nacidos, algo que, por otro lado, era cierto. Convencido de que su matrimonio estaba abocado al fracaso, Erlendur prefirió ponerle fin en lugar de tratar de salvarlo, fueran cuales fueran las consecuencias.

Ella nunca le había podido perdonar que la abandonara. Le negó terminantemente cualquier contacto con sus hijos y no pudo acercarse a ellos durante todos los años que vivieron bajo el techo de su madre. Erlendur podía haber acudido a la vía judicial para exigir sus derechos, pero dejó que Halldóra lo hiciera a su manera. Sus hijos fueron unos completos desconocidos para él hasta los dieciséis años de edad, cuando ellos tomaron la iniciativa de buscarlo, al principio por curiosidad, pero después para buscar refugio en su casa. Ni Erlendur ni Halldóra se habían vuelto a casar con nadie.

En más de una ocasión se preguntaba por qué la vida de sus hijos se había echado a perder de esa manera, y en buena parte se culpaba a sí mismo. Si no hubiera sido tan egoísta y hubiera pensado más en los demás, seguro que podría haber salvado su matrimonio, aceptar las cosas como eran y cuidar de

su familia. Podría haberse divorciado de Halldóra mucho más adelante, con los hijos ya crecidos. Pero se negó a hacer ese sacrificio. Para él no tenía sentido soportar un matrimonio mal avenido, así que decidió marcharse. En su opinión, Halldóra no había sido capaz de compaginar la educación de sus hijos con su trabajo. La vida se le hizo cuesta arriba y les transmitió todo el odio que llevaba dentro, primero hacia Erlendur y después hacia el mundo entero. Tuvieron que cuidar de sí mismos sin contar con ningún apoyo durante los delicados años de la adolescencia. Puede que fuera algo genético. Sin duda existían casos de alcoholismo en ambas ramas de la familia. Puede que... Puede que... Puede que...

Cuando llegó al inmueble, el portal estaba abierto. Subió a la primera planta y constató inmediatamente que el piso de Halldóra estaba manga por hombro. No había ni rastro de su exmujer. Erlendur se imaginó que pasaría el tiempo en casa de algún vecino mientras él se ocupaba de recoger los restos de su hijo. Halldóra no había exagerado: Sindri Snær había perdido el control y había destrozado el apartamento. Su hijo yacía boca abajo en el salón. Había volcado una mesa y había hecho añicos un elegante aparador con unas preciosas puertas de cristal. Un caos de objetos, tanto rotos como intactos, inundaba el suelo. Sindri Snær apestaba a vómito.

Erlendur trató de despertar a su hijo, pero al ver que era misión imposible, lo levantó del suelo, lo sacó a hombros del apartamento, salió del edificio y lo metió en el asiento trasero del coche. Erlendur era de complexión robusta y el cuerpo enclenque de su hijo pesaba para él como una pluma. Cuando enderezó la espalda, se volvió hacia el inmueble y en la ventana del piso superior al de Halldóra le pareció ver por un instante el rostro de su exmujer. Llevaba casi dos décadas sin mirarla a los ojos y le costó darse cuenta de que aquella cara era la misma que le había resultado tan familiar muchos años atrás. Dudó por un momento, pero estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas: era su inconfundible mirada hostil fulminándolo desde la ventana.

Erlendur dejó a su hijo al cuidado de la clínica de desintoxicación de Vogur, donde ya conocían a Sindri Snær. El chico parecía encontrarse en estado de coma etílico. Le prometieron que cuidarían bien de él y que, pasados unos días, ya lo podría visitar si lo deseaba. No, no consideraban la posibilidad de enviarlo a terapia fuera de Reikiavik. Ya lo habían hecho en un par de ocasiones y no había dado ningún resultado. «Ya sabes, el tratamiento es caro y el chico todavía no muestra ninguna voluntad de salir».

El quinto tatuador que visitaron Elínborg y Porkell se acordaba de la chica. Tras una interminable jornada, estaban cansados y aburridos de hablar con detestables charlatanes que no mostraban ningún interés en colaborar con la policía para resolver un caso de homicidio. Pero no habían tirado la toalla. Los estudios de tatuaje de Reikiavik parecían multiplicarse por momentos, y Elínborg le pidió a su compañero, manifiestamente exhausto, que dejara de lloriquear porque aún les quedaba trabajo por hacer.

Ese quinto estudio de tatuaje, un antro oscuro y sucio que parecía más bien un taller mecánico, se encontraba en un polígono industrial, cerca de Ártúnsbrekka. Elínborg se fijó inmediatamente en la amplia colección de fotografías de chicas desnudas que cubrían las paredes y tuvo que darle un codazo a Porkell para sacarlo de su embelesamiento.

—¿Esta es la que la ha espichado? —preguntó el tatuador, un chico rubio y gordito de unos treinta años vestido con unos pantalones de cuero y un chaleco vaquero que le dejaba los brazos al descubierto. Llevaba coleta y una larga perilla que le colgaba desde el mentón. Tenía una prótesis dental que debía de haber robado en alguna parte porque le venía demasiado grande y se escuchaba el ruido de sus molares al entrechocar. No tenía ni un centímetro de piel sin tatuar. «El cliché del motero en carne y hueso —pensó Elínborg—. ¿Por qué estos tipos tienen que ser siempre unos niños? ¿Y qué forma de hablar es esa? “¿Esta es la que la ha espichado?” ¿Quién dice semejante cosa?».

—¿Hiciste tú ese tatuaje? —preguntó antes de sacar la fotografía una vez más.

El señor Ángeles del Infierno reconoció inmediatamente su propio estilo y trató de recordar quién le había pedido una J. Enseguida le vino a la mente aquel trasero pequeño y respingón.

—*Piece of cake* —respondió mientras se escuchaba el sonido de sus dientes—. Vino hace un año y me dijo que la hiciera este *tattoo*.

—Que le hicieras —corrigió Elínborg.

—No era de Reijiavij. Y estaba empanada.

—¿Cómo que Reijiavij? ¿Es que has vivido en Dinamarca o qué? —le preguntó Elínborg.

—No, nunca.

—¿Sabes por qué quería ese dibujo? —preguntó Porkell.

—Ni idea. Solo se sentó aquí y me pidió que la hiciera esa jota.

—¡Que le hicieras! —lo interrumpió Elínborg, incapaz de morderse la lengua.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Þorkell.

—No me lo dijo. Yo no la conocía de nada. No la había visto en mi vida y no la volví a ver nunca más. Le dije que podía venir a verme cuando quisiera, aunque se lo dije de coña. El caso es que no la volví a ver. Iba chutada.

—¿Cómo que chutada?

—Pues chutada, sin más. Se nota enseguida.

—¿Iba alguien con ella? —preguntó Elínborg.

—No, pero creo que dijo no sé qué de un chico. Tampoco es que hablara mucho. Repetía lo mismo todo el rato, pero iba drogada, y los drogatas solamente dicen que chorradas.

—¿Qué repetía? —preguntó Elínborg, que ya había desistido de corregir su lenguaje.

—Pues tonterías. Ya te digo que estaba empanada. Además, hace mucho de eso. A veces no me acuerdo ni de cómo me llamo.

—Me lo puedo creer —admitió Elínborg.

—¿No sabes a qué chico podría haberse referido? —le preguntó Þorkell.

—Nop —respondió el tatuador.

—¿La volviste a ver alguna vez? ¿Sabes dónde vivía? ¿Algo?

—Nop.

## 9

El historiador se rascaba la pequeña verruga que tenía bajo el mentón. Erlendur y Sigurður Óli estaban sentados en su despacho, atestado de libros, folios y carpetas. El aire irrespirable de la habitación ponía de manifiesto que el experto, de nombre Ingjaldur, fumaba como una chimenea. Tenía una amplia colección de pipas a su alrededor, así como un buen número de paquetes rojos de tabaco y cajas de cerillas. «Lo siento, pero no he podido ventilar porque la ventana está atascada», les había explicado. A Erlendur no le importó y se encendió un cigarrillo para hacerle compañía. Sigurður Óli, que ni fumaba ni soportaba el tabaco, los maldijo en silencio. El historiador, un hombre delgado a quien no le preocupaba mucho su apariencia física, llevaba puesto un jersey de lana a pesar de las temperaturas veraniegas y tiraba de su verruga mientras reflexionaba.

—Supongo que no caerán en vuestras manos muchos casos de homicidio. Visto así, tiene que ser entretenido —comentó antes de dejar escapar una espesa nube de humo desde lo más hondo de sus contaminados pulmones.

—Los homicidios nunca son entretenidos —replicó Sigurður Óli.

—Ah, pues a mí me parecen de lo más divertido. Prácticamente no hay libro ni película donde no haya asesinatos o agresiones violentas.

—No somos personajes de ficción —le aclaró Sigurður Óli—, ni formamos parte de una novela.

—¿Sois compañeros?

—No pasamos los fines de semana a escondidas en el hotel Örk, si te refieres a eso —respondió Erlendur.

—Quiero decir compañeros de trabajo.

—A veces trabajamos juntos.

—¿Os habéis preguntado alguna vez por qué no se escribe novela policiaca en Islandia? En cambio, sí cultivamos otros géneros. Yo creo que la culpa es vuestra. Por ejemplo, vosotros dos sois de la Policía Judicial, Erlendur Sveinsson y... perdona, ¿cuál era tu nombre?

—Sigurður Óli.

—¿Veis? Solo los nombres ya sonarían ridículos en una novela policiaca. ¿No os lo parece a vosotros también? Además, nuestra fauna de maleantes no tiene nada de emocionante.

Erlendur y Sigurður Óli intercambiaron una mirada. Sigurður Óli se dispuso a hacer un comentario, pero Erlendur habló primero.

—Es cierto que, por suerte, los asesinatos premeditados son escasos en Islandia —afirmó—. El homicidio no es un crimen muy islandés. Por eso carecemos de la experiencia que sí poseen otras naciones más grandes, y, a decir verdad, prefiero que así sea.

—Nos preguntamos si el hecho de que dejaran a la chica en la tumba de Jón Sigurðsson podría tener algún significado —expuso Sigurður Óli—, si hay algún aspecto de la vida del político que pudiera explicar la elección de ese lugar o si podría tratarse de una declaración abierta, incluso de carácter político. En caso de que quien la dejara allí lo hubiera hecho por un motivo específico, ¿podríamos estar hablando de un estudioso? Puede que sepa cosas sobre Jón que nosotros ignoramos. ¿Estamos buscando a un académico?

—En todo caso, a un historiador —respondió Ingjaldur mientras vaciaba su pipa en un rebosante cenicero.

Erlendur esbozó una sonrisa y Sigurður Óli frunció el ceño.

—Jón es, ante todo, un icono de la lucha por la independencia de nuestro país y un símbolo de unidad —explicó Ingjaldur, abordando de lleno la cuestión—. Hoy es sinónimo de aquella batalla. Les plantó cara a los daneses. Nadie, ni siquiera los más eruditos, ha podido encontrar ningún aspecto de su vida que empañe el brillo que emana de su figura como personaje histórico. Era un nacionalista romántico cuya fuente de inspiración eran los tiempos del Estado Libre islandés, la considerada Edad de Oro, una época que también anhelaba nuestro gran poeta Jónas Hallgrímsson. Esa es la idea que la nación tiene asociada a Jón. Detrás de esa imagen se halla un hombre pertinaz que les apretó las tuercas a los daneses con asombrosa tenacidad. Muchos lo acusaban de ser un pesado, o más bien, espera, ¿cómo lo llamaban? Un trabajador infatigable de cabeza fría. Decían que había nacido viejo y que carecía por completo de sentido del humor.

—¿Y su vida privada? ¿Hay algo que pudiera guardar alguna relación con una joven asesinada que posiblemente ejercía la prostitución? —preguntó Sigurður Óli.

—La verdad es que no tengo ni idea. Algunos dicen que Jón padecía una enfermedad venérea, la sífilis, un indicador de posibles encuentros con prostitutas. Pero nadie lo ha podido demostrar. Jón lo negó en una carta. Los

rumores surgieron porque pasó una larga temporada a principios de 1840 postrado en la cama, si no recuerdo mal.

Ingjaldur encendió la pipa e inhaló el humo profundamente antes de continuar.

—No sabemos mucho sobre su relación con su mujer, Ingibjörg. No hay ni rastro de las cartas que se escribieron, lo cual es extraño. Jón cuidaba mucho de todas sus pertenencias y era muy organizado. Pero en su colección no hay cartas de ninguno de los dos, lo que podría indicar cierta reticencia a casarse con ella. Ingibjörg esperó doce años hasta el matrimonio.

Ingjaldur guardó silencio y tiró de su verruga.

—Luego está la mujer de negro —continuó.

—¿Qué mujer de negro? —preguntó Erlendur.

—Fue un historia misteriosa —respondió Ingjaldur mientras dejaba la pipa en el cenicero y se ponía de pie—. Apareció en el acto conmemorativo que se celebró en Copenhague cuando murió. Una mujer vestida de negro con el rostro oculto tras un velo. ¿Dónde lo he leído? Sigurður Nordal la menciona en el volumen publicado con motivo del aniversario de Jón Helgason. Tiene que estar por aquí.

Ingjaldur examinaba con la mirada sus estanterías mientras se rascaba la cabeza, sin tener claro dónde podría estar el libro. Cuando por fin lo encontró, dejó escapar un leve gruñido. Se volvió a sentar y comenzó a pasar las páginas.

—Aquí está. Eso es, la ceremonia se celebró en Garnisonskirke el 13 de diciembre de 1879, y en el templo entró, vamos a ver, «una mujer de alta estatura e imponente presencia, de luto, con un velo tan oscuro que impedía distinguir sus rasgos faciales». Así se la describe. Se sienta en la primera fila y rompe a llorar desesperadamente. Nadie sabe quién es. Algunos piensan que era su amante.

En ese momento sonó el móvil de Erlendur. Respondió, asintió y guardó el teléfono en el bolsillo.

—Han obtenido una foto del hombre, o eso creen —anunció.

—¿De qué hombre? —preguntaron a coro el historiador y Sigurður Óli.

La imagen era muy borrosa. La habían enviado a la Policía Judicial al comprobar que se trataba del Saab robado. La capturó un radar situado en el cruce de Miklabraut con Kringlumýrarbraut. Los miembros de la Científica trataban de mejorar la calidad de la imagen, pero el proceso era lento. El

conductor del vehículo, un hombre de pelo abundante y frente amplia, llevaba puesta una chaqueta negra, probablemente de cuero. Así como las cejas se distinguían de forma nítida, los ojos, la nariz y la boca se reducían a unas meras manchas en medio de un rostro blanco. Inclinado hacia delante, sujetaba el volante con ambas manos.

—No se puede decir que de aquí podamos sacar mucha información —señaló Erlendur—. Espero que consigan mejorar la calidad para poder tener una imagen más precisa del que estamos buscando.

—«De quien estamos buscando», querrás decir —lo corrigió Elínborg, sentada en el escritorio de Erlendur junto a Þorkell, todavía en modo de corrección lingüística tras su conversación con el tatuador.

—¿Qué habéis obtenido de vuestras visitas a los tatuadores? —preguntó Sigurður Óli.

—A uno le sonaba haber tatuado esa letra en el trasero de una chica de provincias que había ido a su estudio después de haberse metido de todo. Fue hace algún tiempo, pero estaba seguro de que el tatuaje era suyo. Aunque la verdad es que no sé hasta qué punto hay que hacer caso de lo que nos ha dicho. No tenía ni idea de nada. No sabía mucho más que nosotros.

Erlendur había llegado ya a casa aquella tarde de lunes cuando Eva Lind lo llamó, como le había prometido. Estaba muy alterada.

Todavía no habían descubierto nada relevante en relación con la chica asesinada. Erlendur había recibido un informe más detallado de la autopsia. La chica presentaba múltiples contusiones, y las lesiones observadas en el cuello indicaban que habían tratado de estrangularla. Concluyeron que había muerto por asfixia. Habían hallado partículas de lino en la nariz y la garganta, así como fibras de tela bajo las uñas que todavía debían analizar. Faltaban también los resultados definitivos de los análisis de sangre.

—Sé de una chica —anunció Eva Lind— que conocía a tu chica. —La señal de su móvil se perdía y se oían continuas interferencias.

—¿Estás segura? —le preguntó Erlendur.

—Eso creo... Estoy en su casa ahora... De momento está bien... pero deberías darte prisa.

Tras anotar la dirección, Erlendur llamó a Sigurður Óli y se pusieron en camino hacia el centro. Era pasada la medianoche y el sol hacía un alto en la cima del volcán Snæfellsjökull antes de continuar su recorrido a lo largo de la noche estival. La gente paseaba por la ciudad disfrutando del buen tiempo y de la claridad nocturna. Terminado el trayecto sin apenas haber intercambiado una palabra, los policías aparcaron detrás del Parlamento, caminaron un par de minutos hasta la catedral, se metieron por la calle Kirkjustræti y entraron en una casa decrepita de madera pintada de rojo. La puerta estaba abierta. En el aire flotaba un olor hediondo como a cabeza de cordero chamuscada. A pesar de la luz exterior, el piso estaba a oscuras. Las ventanas estaban tapadas por mantas en lugar de cortinas.

Desde la puerta de entrada se accedía directamente a la cocina, invadida por envoltorios de comida rápida. Nada más entrar, localizaron la fuente del mal olor. Erlendur retiró una chaqueta negra de cuero colocada sobre un hornillo eléctrico encendido al mínimo. El dorso de la prenda lucía un enorme boquete. La cocina conducía a un supuesto salón, donde solo había un

colchón con una funda de terciopelo marrón y una alfombra raída que difícilmente podía aislar bien del helado suelo de madera. De allí se pasaba a una pequeña habitación donde encontraron a Eva Lind sentada al borde de una cama junto a una chica que no tendría más de diecisiete o dieciocho años.

—¿Tenías que venir con toda la panda? —le preguntó Eva Lind mientras miraba irritada hacia Sigurður Óli. Las paredes estaban llenas de mugre y grafitis. En un rincón parecían haber vaciado una jarra entera de café. «Tan cuerdo puede ser el simpático como antipático el cuerdo», leyó Erlendur en una pared. «Alitera», pensó. En una esquina había una figura de cartón de tamaño real de un actor de Hollywood, sin duda robada de algún cine. Erlendur no sabía quién era. La joven sentada junto a su hija era rubia y delgada, de cara escuálida y mirada perdida. Tenía los labios embadurnados de carmín.

—Este es Sigurður Óli. Solo viene él. Ya sabes que trabajamos juntos.

—¿Me van a detener? —preguntó la chica mientras se lanzaba a los brazos de Eva Lind. Su voz era tan débil y ronca que apenas se la oía.

—Aquí no te va a detener nadie —le aseguró Eva Lind—. Solo te quieren hacer unas preguntas sobre tu amiga, la chica de la que hemos hablado antes. La que se chutaba. Pero no hace falta que hables con ellos si no quieres. Si prefieres que se vayan, los echo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Erlendur.

Sigurður Óli salió a la cocina y sacó su móvil.

—Dóra —respondió—. Dóra, la zorra, a cuatro se folla —canturreó antes de guardar silencio.

—¿Sabes algo del cadáver que fue hallado en el cementerio? —preguntó Erlendur con prudencia.

—Mi amiga odiaba a ese tío —respondió la chica mirando a Erlendur—. Le pegaba y le pedía que hiciera cosas repugnantes. Era un cabrón.

—¿Quién era ese hombre?

—Me lo voy a cargar. Es mi amiga.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—¿Y ella vive contigo también?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Birta.

—¿Sabes cómo se apellida?

—No.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Un montón de años.

—¿Y no sabes cuál es su nombre completo?

—¡Pues Birta! Te lo acabo de decir. Se llama Birta.

—¿Y por qué crees que podría estar muerta?

—Llevo unos días sin verla. Había quedado con ella el domingo por la mañana, pero no apareció. Luego oí lo de la chica del cementerio y alguien me dijo que era ella. Lo sé. Sé que es ella.

—¿Quién te dijo que era ella la chica del cementerio?

—Alguien.

—¿Sabes quién era ese hombre al que le tenía miedo?

—Sí, el que la mató.

—Pero ¿sabes quién es?

—Nunca me lo quiso decir.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No.

Eva Lind miró a su padre.

—¿Qué más puedes contarme de Birta? —preguntó Erlendur.

—Que era una tía cojonuda.

—¿Sabes de algún chico que pudiera haber estado con ella?

—Conocía a un montón de chicos.

—Y ese hombre...

—Tiene mogollón de casas —dijo Dóra—. Todo el mundo tiene que mudarse a sus casas. Eso decía Birta. Le gustaba fardar. Le explicaba quiénes se iban a mudar a sus casas.

—¿Qué casas?

—Todas. Tiene todas las casas del planeta.

—¿Del planeta?

—Me encuentro mal —dijo Dóra volviéndose hacia Eva Lind—. Ya no quiero más preguntas.

Eva Lind le hizo una señal a su padre y Erlendur dio por terminado el interrogatorio. Sigurður Óli apareció en la puerta y se guardó el móvil en el bolsillo. Erlendur caminó hacia él.

—Acabamos de contactar con el propietario de esta casa —le informó Sigurður Óli mientras salían de la habitación—. Ya lo conocemos de otras ocasiones. Alquila esta ratonera, pero él vive en una mansión del barrio de Breiðholt. Los de estupefacientes sospechan que él es uno de los responsables de distribuir drogas entre los jóvenes. Lo consideran sospechoso de

contrabando. Nos está esperando. Te sonará. Es Herbert, ese que a veces se hace llamar Rothstein.

—¿Herbert? —preguntó Erlendur.

Eva Lind se acercó hasta ellos.

—Tú conoces a Herbert Rothstein, ¿no? —le preguntó Erlendur.

—¿A Hebbi? —respondió su hija, indecisa—. Es un gilipollas. Le flipa todo lo que viene de Estados Unidos y se viste como un *cowboy*. Por eso todo el mundo piensa que es un capullo. Quiere que lo llamen Herb. Pero la gente también le tiene miedo. Es el que maneja el negocio de las drogas y no se le menean ni Dios. Es dueño de un concesionario de coches, de un antro porno y a saber de qué más. ¿Esta casa es suya también?

—Eso dice el catastro. ¿Qué quieres decir con antro porno?

—El Boulevard ese.

—¿Es el propietario del Boulevard?

—Eso es lo que llevo oyendo toda la vida.

—¿Y Birta? —preguntó Erlendur—. ¿Te suena a ti de algo?

—Para nada. Supe de Dóra a través de mi amiga. No ha parado de hablar de la tal Birta. Tiene muy claro que la han matado y que se va a cargar a quien lo haya hecho.

—Tenemos que convencerla de que venga con nosotros para identificar el cadáver. ¿La ves capaz de poder hacerlo?

—Está de bajón. Un médico la podría reanimar. Pero ni un puto tratamiento sin su consentimiento, ¿vale?

—¿Te ha contado algo más? —preguntó Erlendur.

—Cree que Birta era del oeste —respondió Eva Lind—. De los fiordos del noroeste, quiero decir. Tenía un amigo que no se despegaba de ella y que también era de allí.

## 11

Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron a la mansión de Breiðholt. Las casas de la zona parecían estar cortadas por el mismo patrón: columnas decorativas, líneas sencillas, amplios ventanales, garajes de doble plaza. El estilo de los nuevos ricos era asombrosamente homogéneo. Frente a la vivienda de Herbert había dos vehículos de policía aparcados, y por la ventana del salón se veían algunos agentes uniformados. La casa, de dos plantas, tenía unos quinientos metros cuadrados, sin contar con los dos garajes dobles, que alojaban dos flamantes coches.

Efectivamente, el propietario de la mansión era dueño de un pequeño concesionario y del club Boulevard, pero era obvio que sus ingresos no le permitían mantener el lujo del que se rodeaba. No podía explicarse su opulencia a no ser que fuera afortunado en el juego. Decía haber ganado una fortuna en los casinos de Islandia, pero también en Las Vegas. Se sabía que viajaba con frecuencia a Estados Unidos y que había vivido un tiempo en Reno, la capital del juego, en pleno desierto de Nevada. De hecho, insistía en hacerse pasar por estadounidense y a veces empleaba el apellido Rothstein, sobre todo cuando estaba en Estados Unidos, aunque también en Islandia. «Herbert Rothstein», decía cuando apostaba fuerte. Una sencilla verificación desveló que su verdadero apellido era Baldursson.

Herbert los recibió con sus botas moteadas de *cowboy*, sus vaqueros nuevos azul oscuro, su camisa roja de cuadros y su pañuelo azul en el cuello. Erlendur miró de soslayo a Sigurður Óli. En las paredes no colgaban cuadros sino pósteres enmarcados de películas. Destacaban sobre todo los de la trilogía de *El Padrino*. Los muebles parecían sacados de una discoteca de los años setenta: sofás rojos de felpa, taburetes bajos y una triste mesilla de plástico negro. La mayor parte del espacio estaba dedicado a los aparatos electrónicos: un equipo de música, unos altavoces y un televisor, todos ellos dispuestos en una enorme estantería que ocupaba la mitad del salón. Sobre el suelo se extendía una alfombra color lila de pelo largo, tan tupida que parecía un campo sin cultivar. Herbert había bautizado su casa como Dallas y había

adjudicado a cada habitación el nombre de un personaje de la teleserie del mismo nombre.

—¿Qué haces despertándome en mitad de la noche? —gritó Herbert mientras salía de una habitación llamada Pamela y entraba en el salón. Erlendur sabía quién era. Su carrera criminal no eran nada del otro mundo: robos en la adolescencia, agresiones, estancias regulares en prisión, supuesta participación en una operación a gran escala de contrabando de alcohol a comienzos de los años setenta y sospechoso de ser uno de los mayores importadores de drogas duras del país. Sin embargo, no se había podido demostrar nada en su contra. Algunas de las pruebas habían desaparecido misteriosamente. A veces, Erlendur no entendía del todo cómo trabajaba la brigada de estupefacientes. Herbert, un cincuentón delgado y bajito con la cara alargada y los labios gruesos, se movía con brusquedad, tal vez debido a su naturaleza nerviosa. Soltero y sin hijos, vivía solo. Tenía fama de ser violento. Quienes lo habían denunciado alguna vez por agresión, habían terminado retirando los cargos. Erlendur sabía que Herbert había pasado un tiempo en prisión preventiva en torno a 1980, debido a su supuesta relación con un caso de desaparición que nunca se resolvió.

—¡Buenas, Hebbi! —saludó Erlendur.

—¿Hacía falta que vinierais con vuestro puto circo de luces? Acabo de conocer a mis vecinos. ¿Se puede saber qué pasa? Si no sois de estupefacientes, ¿qué hacéis aquí, panda de imbéciles?

—Vigila esa lengua —respondió Erlendur mientras paseaba la mirada por los carteles cinematográficos—. Queremos saber algunas cosas sobre tus inquilinas de la calle Kirkjustræti. Dos chicas, puede que más. Dóra y Birta. ¿Te suenan?

—¿Qué chorrada es esa de que vigile mi lengua? No me toques los huevos.

Erlendur y Sigurður Óli le hicieron una señal para que se sentara. Ante su negativa, los tres permanecieron de pie sobre la alfombra lila.

—¿Cuándo viste a Birta por última vez? —preguntó Sigurður Óli.

—No conozco a ninguna Birta de mierda. *Believe me?*

—¿Cuándo la viste por última vez? —repitió Sigurður Óli.

—¿Y tú quién coño eres, *fuckhead?* No conozco a ninguna Birta, *okay?*

Sigurður Óli bajó la mirada hacia la ridícula alfombra. Erlendur se acercó hasta los agentes para preguntarles si habían llegado con las sirenas puestas. Respondieron que no, porque era de noche y se trataba de una zona elegante. Les ordenó que fueran a los coches y las pusieran en marcha. Después regresó

a casa de Herbert, el autodenominado Rothstein. Al cabo de un momento, el estruendo de las sirenas despertó a todo el vecindario.

—Pero ¿qué cojones es ese escándalo? —gritó Herbert dando un salto hacia la ventana—. ¿Queréis montar jaleo? ¡*Jesus!*

—Tenemos tiempo de sobra —le aclaró Erlendur—. Cuéntale a mi compañero Sigurður Óli cuándo viste a Birta por última vez.

Herbert miró a un policía y después al otro.

—¿Quieres parar ese puto ruido? Birta me alquilaba el piso junto con otras chicas, en el *downtown*. La vi hace unos meses. ¡Apaga ya las sirenas!

Erlendur se asomó por la ventana del salón. El ruido cesó.

—Ya que les procurabas alojamiento, ¿también les procurabas clientes y drogas? —le preguntó Sigurður Óli.

—¿Qué quieres decir con eso, *man*? —preguntó Herbert.

—No tengo ningún interés en tus negocios con las drogas, solo me gustaría saber si conocías a los hombres que iban con ellas.

—¿Estás insinuando que yo soy un puto *pimp*? —preguntó Herbert.

Erlendur miró a Sigurður Óli con cara de interrogación.

—Estooo... quiere decir proxeneta —le explicó.

—¿Haces de proxeneta, Herb? —preguntó Erlendur.

—¿Por quién me tomas? —repuso Herbert, indignado.

—Mejor que no sepas por quién te tomo, *believe me* —respondió Erlendur con ironía mientras le lanzaba a Sigurður Óli una mirada de complicidad—. ¿Conoces a sus clientes habituales o a los que solicitan sus servicios?

—¿Por qué me preguntáis por esas *babes*? Esas tías no son nada. Menos que nada. El pus del culo de un perro vale más que ellas.

—Si supieras lo ridículo que eres, Herb —comentó Sigurður Óli.

—Vosotros sí que sois ridículos. Si no soportáis mi *lifestyle* os podéis ir a tomar por el culo de aquí, catetos.

—¿Cuál era tu relación con Birta? —preguntó Sigurður Óli, cansado de aquel tira y afloja.

—Era mi inquilina, *okei*? Junto con no sé qué otra zorra amiga suya. No las conozco de nada.

—¿Cuánto tiempo llevabas alquilándole la casa?

—Un tiempo.

—¿Qué ocurrió hace unos meses?

—Que dejó de ser mi inquilina, *okei*?

—¿Le pasabas drogas?

—No trapicheo con drogas, *man*.

—¿Y no le enviabas clientes?

—*Jesus* ...

—Birta fue hallada asesinada en el cementerio de Suðurgata el pasado fin de semana —le informó Erlendur alzando levemente el mentón.

La noticia dejó a Herbert desconcertado. Su expresión se relajó y sus hombros se hundieron de repente. Aunque solo por un momento. Tras recuperarse con la misma inmediatez, volvió a adoptar su cara de tipo duro.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Ni que yo fuera un asesino. No tenéis ninguna prueba contra mí. Acabo de llegar de los *States* este mismo fin de semana. Llevo fuera medio mes y no sé nada de ningún puto asesinato. Compruébalo tú mismo, *man*.

No se le veía tan arrogante como antes. Era evidente que la noticia le había caído como un jarro de agua fría. Se había quedado pensativo, como si estuviera haciéndose mil preguntas a la vez y no pudiera responder a ninguna. Una marea de posibilidades invadía su cabeza.

—Entenderás ahora por qué queremos saber de quién se rodeaba —le aclaró Erlendur—. ¿Sabes cuál era su apellido?

—No —respondió Herbert con cautela—. La llamaban Birta a secas. ¿Está muerta? ¿Asesinada? ¿Estáis de coña?

—La encontraron en la tumba de Jón Sigurðsson, en el cementerio de Suðurgata. ¿Sabes si eso podría tener algún significado?

—¿Y ese quién es? ¿Otro *pimp*?

—Me da que no es un *pimp* —respondió Erlendur—. No te preocupes por él. Solo dime una cosa. ¿Sabes si conocía a algún hombre cuyo nombre empezara por jota? Puede que conociera a Birta y que lo hubieras visto alguna vez con ella.

—Mira, *man*, no conozco de nada a esa zorra. Me alquilaba la casa y punto —sentenció Herbert sin haberse recuperado aún de su sorpresa. No quería colaborar con la maldita policía.

—¿Por qué dejó Birta de alquilarte la casa?

—Se fue a otro sitio. ¿Qué sé yo? ¿Es que tengo que saberlo todo?

—Una cosa para terminar, Herb. Eres el dueño del fastuoso local Boulevard, el que está en Skeifan, ¿no es así?

—¿Por qué?

—¿Se movía Birta por ahí?

—¡Que no sé nada de la puta Birta de los cojones, *okey*?!

—Pongamos que alguien quisiera algo más que ver un simple meneo de trasero y te llamara para pedirte que le enviaras chicas. O bien te llama

alguien desde su casa de veraneo para hacerte el mismo encargo. ¿Voy muy desencaminado?

—No sé de qué coño estás hablando, *man* —respondió Herbert.

—No, claro. Solo me preguntaba si habrías podido enviar a Birta a las afueras de Reikiavik. A algún palacete de verano donde la hubieran violado y asesinado para luego dejarla tirada en el cementerio como si fuera un vulgar trozo de basura. ¿Te parece algo muy improbable? ¿Es muy improbable, Herb?

—Estás tarado —respondió Herbert—. Pirado. Como sigas así, voy a tener que llamar a mi *lawyer*.

—¿Tu *lawyer*?

—*Fuck you*.

—Creo que se refiere a su abogado —aclaró Sigurður Óli.

—No necesitas ningún abogado, Herb —aseguró Erlendur—. ¿No te parece?

—No sé de qué vais. No tengo ni idea de qué habláis. ¡Dejadme en paz!

—No desaparezcas del mapa, Herb.

Al salir, decidieron que mantendrían a Herbert bien vigilado. Su reacción al enterarse de la muerte de Birta parecía indicar que ocultaba una información que nunca revelaría a no ser que tuvieran pruebas tangibles en su contra y pudiera hacer un trato con ellos.

—Birta era de los fiordos del noroeste —señaló Erlendur—, igual que Jón Sigurðsson. Hay quienes lo interpretarían como un claro indicio de que debemos buscar allí las respuestas.

—Puede ser —convino Sigurður Óli.

—Consigue un coche de alquiler para mañana. Visitaremos la región. Y solo tiene sentido ir hasta allá por carretera.

—¿No sería mejor tomar un vuelo? Se llega enseguida.

—Prefiero ir en coche.

—Reconoce que te da miedo subirte a un avión.

—Inventos del demonio.

—¿Crees que deberíamos pinchar el teléfono de Herb?

—Sí, pero nos encargaremos nosotros mismos. No metamos en esto a los de estupefacientes.

Visiblemente alterado, Herbert daba vueltas sin cesar por el salón de su casa. Se acercó a la ventana y vio a aquel par de idiotas meterse en el coche. «No uses el móvil —se repetía una y otra vez—. No uses el móvil». Los demás vehículos se marcharon uno tras otro mientras los vecinos apagaban las

luces después de haber disfrutado de aquella intervención policial en casa del recién llegado al barrio. «No uses el móvil», murmuró de nuevo.

Transcurrido un buen rato, perdió la paciencia. *Fuck it*. Bajó corriendo al garaje y se subió a su nuevo *jeep* estadounidense, un radiante Cherokee rojo. Esperó mientras se abría la puerta del garaje, pero perdió la paciencia y rayó el techo del vehículo al salir marcha atrás a toda prisa.

Bajó hasta el centro y se detuvo frente al edificio de la Compañía Nacional de Telefonía, uno de los pocos lugares de la ciudad donde todavía quedaban cabinas. Herbert sabía que el departamento de estupefacientes lo vigilaba de forma regular. El mercado de la droga en Islandia era reducido y la policía conocía a la mayoría de sus integrantes. Marcó el número y esperó a que contestaran. Esperó un buen rato. Y un poco más. Y un poco más. Enredaba el cordón del aparato entre sus dedos mientras daba leves golpes en la puerta con sus botas de *cowboy* moteadas. Faltaba poco para que dieran las dos de la madrugada. Finalmente, alguien respondió al otro lado de la línea.

—¿Sí? —dijo una voz masculina.

—¿Sabías que Birta estaba muerta?

—¿Desde qué teléfono estás llamando?

—Desde una cabina. No soy *stupid, man*.

—Ya lo creo que sí, Herbert.

El hombre colgó.

Erlendur y Sigurður Óli habían seguido a Herbert y se habían detenido a una distancia prudencial.

—Tenemos que comprobar si la compañía telefónica puede proporcionarnos el número al que ha llamado —señaló Erlendur. Sigurður Óli asintió.

Vieron a Herbert salir de la cabina, subirse al *jeep* y marcharse a toda velocidad.

—¡Si no soportáis mi *lifestyle*! —dijo Sigurður Óli imitando a Herbert—. Pero ¿de dónde ha salido ese tío?

—Eh, tranquilito o llamo a mi *lawyer*.

Se echaron a reír a carcajadas.

## 12

Tras meter en su pequeña maleta las pocas cosas que consideraba necesarias, Erlendur llamó a la clínica de desintoxicación para preguntar por el estado de su hijo y después habló con Elínborg, que se iba a quedar al cargo de la investigación en Reikiavik durante su ausencia.

Sigurður Óli se pasó por la oficina de Bergþóra, que estaba desbordada de trabajo, para informarle de que salía de viaje a los fiordos del noroeste. Le explicó que la víctima parecía ser oriunda de esa región y tenían pensado recorrer la zona durante dos o tres días para tratar de localizar a su familia y así poder identificarla. Podía llamarlo al móvil, o, si lo prefería, podía ponerse en contacto con jefatura. «Hum, y otra cosa». Le daba reparo hacerle aquella propuesta, pero se lanzó a la piscina cuando estaba a punto de salir por la puerta: «Igual podríamos quedar para hacer algo juntos cuando vuelva». El teléfono sonó y ella se despidió con la mano mientras asentía.

La búsqueda de Birta en el registro civil no dio ningún resultado. Unas veinte chicas de su edad respondían a ese nombre. Enseguida se verificó que todas estaban con vida y que no se había denunciado la desaparición de ninguna de ellas.

—¿Sabemos ya a quién llamó Herbert anoche? —preguntó Erlendur en el coche mientras salían de la ciudad por Vesturlandsvegur. Mientras Sigurður Óli conducía, Erlendur estaba repanchingado en el asiento del pasajero. Llevaba el retrato de Birta en el bolsillo de la camisa con la intención de enseñarlo en el noroeste a quienes considerara oportuno. Habían enviado la fotografía a todas las comisarías de los fiordos, pero, de momento, no había servido de nada: la policía de la región no la conocía y nadie había denunciado su desaparición.

—¿Por qué no podíamos haber tomado un avión? —preguntó Sigurður Óli, desalentado ante la perspectiva de tener que recorrer la interminable carretera que llegaba hasta los fiordos.

—¿No habíamos dejado ya ese tema? —replicó Erlendur—. Tenemos que explorar la región de los fiordos. Sospecho que tienen algo que ver en esta

historia. Y luego está lo de Jón Sigurðsson. La elección de su figura tiene que encerrar algún tipo de significado y espero poder averiguarlo allí. ¿Sabemos algo de la putita americana?

—¿De quién?

—De Hebbi.

—Todavía no se sabe a quién llamó. Los de la compañía telefónica se lo toman con calma —respondió Sigurður Óli—. Pero su teléfono está pinchado y los de estupefacientes nos comunicarán todo lo que sepan.

—Qué prisas llevaba el pobre —comentó Erlendur. Seguidamente se hizo el silencio en el interior del coche. Atravesaron las poblaciones de Kjalarnes y Borgarnes antes de continuar por el paso de Brattabrekka. Después pasaron por Búðardalur, recorrieron el área de Dalir y cruzaron el nuevo puente sobre el fiordo Gilsfjörður, que enlazaba con la insufrible carretera de los fiordos del distrito de Barðastrandasýsla. Erlendur había preferido seguir aquella ruta aunque la del norte se encontrara en mejores condiciones. Quería experimentar la sensación de inmensidad y aislamiento que le transmitían las granjas abandonadas.

—¿Por qué hoy en día se habla tanto de «levantamiento» de puentes? —preguntó Erlendur mientras cruzaban el fiordo Gilsfjörður—. ¿Es que ya no se puede decir «construcción», como toda la vida?

—No sé —respondió Sigurður Óli, cuyo interés por la corrección lingüística era inexistente.

—Entonces, ¿podríamos decir también que nuestro «investigamiento» nos ha llevado hasta aquí?

«Lo que yo me pregunto es cuándo llegará el “trincamiento” de Bergþóra», pensó Sigurður Óli.

Continuaron conduciendo en silencio.

—¿Cómo puede ser que no haya ni rastro de nuestra Birta en el registro civil? —preguntó Erlendur.

—La verdad es que es un misterio —respondió Sigurður Óli—. Es como si esa chica no hubiera existido jamás.

Comenzaba a atardecer cuando empezaron a recorrer la penosa carretera que bordeaba los fiordos de Barðastrandarsýsla. Las sombras de las montañas se hacían cada vez más alargadas. En otros tiempos, cuando la gente se contentaba con poco, los fiordos eran el hogar de pequeñas granjas que ahora estaban abandonadas. El trayecto se les estaba haciendo más largo y difícil de lo que habían pensado. «Esto es un infierno no apto para coches», se decía Sigurður Óli cada vez que daba un volantazo para evitar una roca o un bache.

Erlendur sugirió pasar la noche en el hotel Flókalundur, pero, para su sorpresa, no quedaban habitaciones. Estaba invadido por un grupo de turistas alemanes que se quejaban del servicio mientras se atiborraban de terrones de azúcar. Erlendur y Sigurður Óli cenaron algo y encontraron alojamiento en un albergue rural de las proximidades.

El lugar estaba prácticamente completo, así que se vieron obligados a compartir habitación. Una vez instalados, Erlendur sacó una petaca de whisky y le ofreció un trago a Sigurður Óli. Como educados miembros del funcionariado público, se quitaron los zapatos antes de ir a la salita de la televisión. Al entrar, un hombre de mediana edad los saludó con la cabeza y les dio las buenas tardes. No había nadie más en la sala. Tenía los brazos velludos y barba de una semana, y vestía una camiseta gris ceñida a su prominente barriga. Cada vez que sonreía, cosa que hizo cuando Erlendur le tendió la petaca, asomaban los huecos de los dientes que le faltaban en ambas mandíbulas.

Les contó que estaba de viaje con su familia y que eran los únicos islandeses de aquel albergue de cinco habitaciones. Los demás eran un grupo de mochileros británicos y alemanes, amantes de la naturaleza. No los entendía porque no hablaba inglés, y mucho menos alemán. Él había perdido el ferri...

Prosiguió con su monólogo sin que nadie le preguntara nada y sin dar mayor opción de respuesta que un simple «Ah, sí» o «Hummm, no». Sin embargo, Erlendur comenzó a prestarle atención cuando mencionó que estaba de vacaciones en su tierra natal y que al día siguiente quería coger el ferri desde Brjánslækur. No tenía ganas de conducir por la tortuosa carretera de los fiordos del sur. Era incomprensible que la tuvieran tan abandonada. Sin duda, era una de esas carreteras por las que uno se metía una vez y nunca más...

—Entonces, ¿eres de aquí, de los fiordos? —logró intercalar Erlendur en la perorata del hombre.

—Sí, pero me marché hace poco menos de tres años. Aquí no hay manera de subsistir. Vivía en mi pueblo cuando, de pronto, los dueños de la cuota de pesca se la vendieron a algún señorito de Reikiavik y nos quedamos todos sin trabajo. La compraron unos comerciantes de ropa de la capital. Negocian con el pescado antes de haberlo capturado y va a parar a las pocas manos que pueden pujar más alto por él. A los demás, que nos den. Toda la región depende del pescado, pero no lo podemos pescar porque ya lo han comprado cuatro ricachones que viven lejos.

—El mercado manda —interrumpió Sigurður Óli, que desvió la mirada del televisor, a pesar de su escaso interés por la conversación—. Si vosotros no podéis comprar una cuota, lo hará otro. Es así de sencillo.

—Sí. Pero lo que pasa es que esos hombres ganan un millón tras otro, así que pueden permitirse hacer lo que quieran. El sistema de cuotas es excelente para mantener los recursos pesqueros, pero tener una cuota no te obliga a nada. De hecho, esos tipos tienen carta blanca para jugar con nuestro pan de cada día y especular con él, comprarlo, venderlo, alquilarlo, heredarlo o regalarlo como si fuera un vulgar producto de supermercado. En un mismo pueblo te encuentras con gente que se hace rica de repente mientras que otros se mueren de hambre. Muchos armadores de la zona vendieron o alquilaron su cuota a otras regiones sin importarles un pimiento si el pescado beneficiaba a los fiordos del noroeste o a Reikiavik, todo con tal de meterse un buen fajo de billetes en el bolsillo. Esos tipos no tenían obligaciones de ningún tipo. A la mierda que los pueblos se quedaran sin trabajo, lo que importaba era sacar tajada de la cuota y hacerse de oro. Al final, la región se quedó sin cuotas y sin puestos de trabajo. Sé muy bien de lo que hablo.

—Pero ahora se están arreglando las cosas, ¿no?

—¿Arreglando? Yo era capataz en una naviera bastante importante y ¿sabes a qué me dedico ahora? Trabajo en el almacén de un supermercado Hagkaup. Distribuyo artículos a los minoristas de Reikiavik por un sueldo de mierda. Eso es el sistema de cuotas. Vendí mi casa del pueblo a un precio ridículo y la compró alguien que ahora la disfruta como residencia de verano un mes al año. El dinero que saqué solo me llegó para comprarme un piso de dos habitaciones en Breiðholt. ¡Así funciona el sistema de cuotas! Vienen los ricachones de Reikiavik y se compran nuestras casas como si estuvieran jugando al Monopoly.

—Pero no puedes achacarlo todo al sistema de cuotas —apuntó Erlendur mientras se daba cuenta de que la petaca estaba vacía—. La industria pesquera de la región atraviesa tiempos difíciles. Desde la Segunda Guerra Mundial se ha venido produciendo un importante éxodo rural. Los jóvenes no quieren ver cada día despojos de pescado. Le piden algo más a la vida, quieren ir al cine, al teatro, a centros comerciales...

—Se ha quedado dormido.

—¿Quién?

—Tu amigo.

Sigurður Óli roncaba suavemente en su silla.

—Es la cadena nacional —explicó Erlendur—. Dejaría frito hasta a un trol.

A la mañana siguiente, cruzaron el escarpado altiplano envueltos en una niebla blanquecina. Cuando llegaron al fiordo Arnarfjörður, hicieron un alto en Hrafnseyri, el lugar natal de Jón Sigurðsson. A la derecha de la carretera, en un enclave espectacular, se alineaban unas casas bajas de fachada roja, marcos blancos y tejados de turba. «La cuna de la lucha por la independencia», pensó Erlendur, ligeramente conmovido por el significado histórico del lugar. Sigurður Óli aparcó frente a la vieja granja. Erlendur se bajó del coche en silencio y contempló el majestuoso Arnarfjörður. Las montañas se ocultaban tras un denso manto de nubes bajas y las calmadas aguas del fiordo parecían un espejo.

—¿Es que no piensas venir? —le preguntó a Sigurður Óli, que seguía frente al volante sin aparente intención de salir del coche—. ¿No quieres ver el lugar donde nació Jón Sigurðsson? —insistió Erlendur sin salir de su asombro.

—No, me quedo esperando —respondió Sigurður Óli antes de arrancar de nuevo, con la idea de orientar el coche hacia la salida del aparcamiento.

—Eres la leche —comentó Erlendur antes de cerrar de un portazo. A esas horas de la mañana todavía no había nadie en el museo. La puerta estaba cerrada con llave y Erlendur tuvo que contentarse con asomarse por las ventanas, caminar alrededor y acariciar la turba. Se concedió un tiempo para inspeccionar el lugar y pensó con pena en la nueva generación que prefería quedarse en el coche sin mostrar el más mínimo interés por la historia y la herencia de sus antepasados, una generación que solo quería avanzar a toda velocidad, sin pararse un segundo a observar y a reflexionar.

Hechizado por el significado de aquel lugar, se detuvo unos instantes en el aparcamiento. Estaba emocionado. Nunca antes había visitado la casa natal de Jón Sigurðsson. Hizo memoria para tratar de recordar sus escasos conocimientos sobre el político.

Erlendur salió bruscamente de sus reflexiones. Sigurður Óli había perdido la paciencia y había comenzado a tocar el claxon. «Ah, ¿de verdad me está

pitando, el muy tarugo?», pensó mientras observaba cómo su compañero le hacía aspavientos para que se diera prisa.

—¿Por qué no has querido ver la granja de Jón? —le preguntó a Sigurður Óli, una vez retomado el trayecto. Tenía verdadera curiosidad por conocer la respuesta.

—Ya tenía suficiente con ver las casas esas desde la ventanilla —respondió.

—¡Las casas esas! ¿Estás diciendo que basta con verlo todo como si saliera por la tele? Supongo que eres consciente de que «las casas esas» son de verdad, ¿no? No son un escenario ni un anuncio publicitario ni un vídeo musical.

—Pero ¿a qué viene esto ahora? El hecho de que no haya querido salir a ver cuatro montones de turba no me convierte en un necio ignorante.

Continuaron conduciendo en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. De pronto, Sigurður Óli sintió la necesidad de expresar su opinión.

—Sinceramente, creo que nuestro caso no guarda ninguna relación con Jón Sigurðsson —argumentó—. No obedece al *modus operandi* de los homicidios que se cometen en nuestro país. En Islandia, los asesinatos no son actos premeditados, y los cadáveres no se dejan por ahí, en lugares de gran relevancia histórica. Se cometen en momentos de enajenación mental, la mayoría inducidos por el consumo de alcohol. Nunca son simbólicos. No tienen ningún un significado profundo. No esconden detrás ninguna verdad. Son crímenes sucios, abominables y aleatorios. Y nunca tienen nada que ver con Jón Sigurðsson.

—Pero ¿qué tienes en su contra?

—No soy de los que veneran la historia, la poesía o los personajes célebres de la nación. No rindo ese continuo culto al país y a su pasado. Me parece algo obsoleto. Los individuos no determinan el curso de la historia, aunque no niego que existan políticos influyentes. El culto al pasado impide el progreso y es una pérdida de energía. Mírate a ti, por ejemplo. Siempre alardeando de tu gran saber sobre nuestro país, de tu amor por la historia de Islandia y los líderes del pasado, como Jón Sigurðsson o Hannes Hafstein, ese apuesto caballero, como dicen las señoras mayores. Te aferras a todo eso, siempre miras atrás, hacia lo que una vez fue y ya no volverá. Piensas que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Erlendur miraba fijamente a su compañero sin salir de su asombro.

—Lo peor de todo —continuó Sigurður Óli— es que esa obsesión tuya con el pasado te absorbe la energía y acaba afectando a tu vida personal. Te quedas atascado en tu mundo de antaño y no puedes, o no quieres, salir de él. Te chupa las fuerzas. ¿Crees que no te habrían ascendido a jefe hace tiempo si no fuera por esa apatía tuya? Lo que pasa es que no te da la gana de quitártela de encima. Prefieres seguir anclado en el pasado y en la nostalgia de lo que, en realidad, nunca existió. Te quedas quieto lloriqueando mientras te vas sumiendo en un pozo de resignación. Como nada será mejor que antes, piensas que lo mejor es...

—¡Pero bueno! ¿Qué...? ¿Cómo...? —farfulló Erlendur. Sigurður Óli no le había endilgado nunca un sermón así. Ni a él ni a nadie—. ¿A ti qué te importa mi vida privada? No te permito que me analices con tu psicología de bolsillo sacada de Estados Unidos y con tus chorradas de la Nueva Era. ¿Cómo te atreves a...?

—Pensaba que querías saber por qué no me había apetecido bajar del coche para mearme en la casa de Jón.

Desconcertado, Erlendur guardó silencio durante unos instantes. Antes de que pudiera recuperar el habla y descargar su ira, su móvil comenzó a sonar en el bolsillo de su chaqueta. Ofuscado por la rabia, no escuchó el sonido hasta que Sigurður Óli le hizo un gesto. Erlendur sacó el teléfono con torpeza y respondió. Elínborg habló al otro lado de la línea.

—Herbert ha desaparecido —anunció.

—¿Qué quieres decir con desaparecido? —gruñó Erlendur, malhumorado.

—Que se ha esfumado —respondió Elínborg. Sentada plácidamente en su despacho de Reikiavik, se deleitaba comiendo un sándwich de pollo *tandoori* que había preparado la noche anterior. Hablaba con la boca llena, paladeando y masticando sin prisa.

—¿Cómo ha podido desaparecer?

—Pues desapareciendo. Lo hemos perdido.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estás oyendo.

—¿Es que no hay nadie aquí con la puñetera cabeza en su sitio? ¿Quieres escupirlo ya?

—¿Qué? ¿El pollo?

El monte Kaldbakur presenció el brusco frenazo de un coche en medio del altiplano. Un hombre de mediana edad, con canas incipientes y de complexión robusta, salió del vehículo y lanzó con todas sus fuerzas un minúsculo teléfono móvil al musgo verde del páramo.

Tras la noche en que Erlendur y Sigurður Óli lo habían visto salir disparado para llamar desde una cabina del centro, Herbert había salido de su domicilio por la mañana. Einar, un agente rellenito de unos cincuenta años, y Þorkell habían tomado el relevo y lo habían estado vigilando. Primero, Herbert llevó su radiante Cherokee a un taller de reparaciones donde tenía hora para arreglar el techo del vehículo. Después comió en el hotel Holt, le echó un vistazo a su concesionario, se compró ropa en el centro comercial Kringlan, se pasó por el Boulevard y fue a visitar a su madre, que vivía en Álfheimar. Después regresó a su casa y más tarde volvió a salir para cenar en un asador del centro. Einar y Þorkell estaban seguros de que Herbert no los había visto, y así se lo comunicaron a los dos agentes que los relevaron frente al restaurante. A juzgar por todo lo que había hecho aquel día, a Herbert solo se le podía acusar de llevar una buena vida. «Vaya vidorra se pega», habían asegurado Einar y Þorkell antes de salir disparados hacia el supermercado Bónus, que estaba a punto de cerrar.

La última vez que vieron a Herbert, entraba en su mansión de Breiðholt pasada la medianoche. A las ocho de la mañana llegó un nuevo turno y, desde entonces, el sospechoso no había dado señales de vida. Unas dos horas más tarde, mientras Erlendur y Sigurður Óli salían del museo de Hrafnseyri, la policía vio a una mujer de origen asiático en la puerta principal. Más tarde se supo que era la mujer de la limpieza. La vieron buscar en el bolso, llamar al timbre y golpear la puerta. Al ver que nadie salía a abrir, dio media vuelta y los policías la pararon para interrogarla. Les dijo que limpiaba el domicilio dos veces por semana y que, cuando se dejaba la llave, Herbert le abría la puerta si coincidía que estaba en casa. Si no, entraba por la puerta trasera, que casi nunca estaba cerrada.

La acompañaron a la parte posterior de la casa, y al llegar se encontraron con la puerta abierta de par en par. «¡Una puerta trasera!», exclamaron. Ninguno pensó en aquella posibilidad. ¿Por qué nadie les había mencionado su existencia? Herbert se les había escapado. Con toda probabilidad, salió

durante la noche. O alguien lo sacó a la fuerza de su casa: en la cocina, la presencia de una cacerola tirada en el suelo y unos restos de carne estrellados contra la pared indicaban que se había producido una pelea.

En ese momento sonó el teléfono de uno de los agentes. Llamaban de comisaría. Un testigo que vivía en la misma calle había visto que alguien sacaba a un hombre de la casa, probablemente inconsciente, y lo metía en un Dodge color burdeos que abandonó el barrio a toda velocidad. Al conocer la noticia, los policías intercambiaron una mirada: habían asaltado a Herbert mientras ellos dormían en el coche.

La operación de búsqueda comenzó inmediatamente, y a mediodía se anunció su desaparición por la radio. Por la tarde, los telediarios informaron de la noticia y mostraron una foto de Herbert, que también se publicó a la mañana siguiente en los periódicos, acompañada de un aviso dirigido a la población para que cualquier persona que pudiera aportar información sobre su paradero se pusiera en contacto con la comisaría. La única foto de él registrada en los archivos de la policía era demasiado vieja, así que utilizaron una que encontraron en su mesilla de noche, mucho más reciente. De hecho, era la única que habían hallado en toda la casa. Llevaba puesta una camisa blanca de cuello prominente y botones brillantes. Si hubieran mostrado la imagen al completo, se habría apreciado que posaba delante de Graceland, en Memphis, Tennessee.

Encima de la mesilla, Herbert tenía colgado un viejo póster de un *spaghetti western*: *El bueno, el feo y el malo*. Si los agentes se hubieran fijado, habrían reparado en que el nombre de Harvey Rothstein figuraba entre los productores.

Tras el traslado a Hvolsvöllur de la sede de la empresa cárnica Sláturfélag Suðurlands, tanto la planta de procesado como las oficinas de la calle Skúlagata habían permanecido vacías durante años hasta el día de su demolición. Los edificios, de paredes blancas y tejados rojos, los colores corporativos de la empresa, describían un círculo irregular alrededor de un enorme patio por donde entraban los camiones que transportaban la carne. El complejo, construido en dos y tres niveles, se extendía desde Skúlagata hasta Lindargata, y allí era donde tenía lugar la mayor parte del procesado. Cuando por fin lo demolieron, las grúas trabajaron día y noche para poder romper los gruesos muros de hormigón con enormes bolas de acero. Después de haber retirado los escombros, allanaron el área y plantaron césped. Hoy en día, nadie podría haberse imaginado que allí se habían alzado las instalaciones de la empresa durante más de siete décadas.

Por algún motivo, todavía quedaba pendiente la demolición de uno de los edificios: el antiguo ahumadero. La pintura blanca, castigada por los gélidos vientos del norte, se había desconchado casi en su totalidad y dejaba al desnudo unos desoladores muros amarillentos. Al oeste del edificio, una enorme verja oxidada resistía el paso del tiempo con asombrosa tenacidad. Por allí habían entrado los camiones antes de que el acceso al patio se trasladara a la calle Lindargata durante la época más floreciente de la empresa. La única ventana del edificio, de dimensiones diminutas, estaba orientada hacia la calle Skúlagata. Sus cristales llevaban rotos desde tiempos inmemoriales y el hueco estaba tapado con láminas de contrachapado. Al ahumadero se accedía por un portón de hierro con ruedas situado en la fachada oeste, la que había dado al antiguo patio. Estaba cerrado con candado.

En el interior reinaba la más absoluta oscuridad. Desperdigadas por el suelo, había algunas parrillas de aluminio que en su día se habían utilizado para ahumar la carne. Daba la impresión de que los empleados habían salido corriendo de repente y las habían dejado tiradas. Una de ellas colgaba todavía de uno de los tres rieles fijados en el techo que accedían al interior de los

hornos. En un rincón se extendía una enorme mesa de acero. Junto a los hornos, el pequeño compartimento donde se ahumaba el salmón tenía la puerta abierta.

Por dentro, los enormes hornos eran completamente negros. Con el paso de los años, las paredes habían quedado embadurnadas de una espesa capa de grasa animal. Bajo las rejillas del suelo había unos cajones cuyas ruedas permitían deslizarlos por un riel y llevarlos hasta una habitación trasera a la que se accedía a través de un pequeño pasillo paralelo a los hornos. Era el lugar más oscuro de todo el edificio, y todavía conservaba unos restos de leña, un cubo de plástico con carbón vegetal, un montón de estiércol y unos sacos de arpillera con serrín. El suelo de cemento estaba tan sucio que apenas se veía. La única ventana del edificio se encontraba en la pared norte.

Acuclillado en la habitación trasera, el hombre que el testigo de Breiðholt había visto sacar a Herbert de su casa escuchaba los gritos ahogados procedentes del cajón de uno de los hornos. Cada vez se escuchaban más espaciados entre sí, y gradualmente fueron perdiendo intensidad hasta acallarse por completo.

## 16

Se vende vivienda unifamiliar de 250 metros cuadrados.  
Precio: 5,5 millones de coronas. Nueva y en perfectas condiciones.  
Para entrar a vivir. Llaves en la Caja de Ahorros.

Escrito con bolígrafo en una hoja cuadriculada, el anuncio colgaba de una chincheta en el tablón de una gasolinera Esso situada en una población de unos pocos cientos de habitantes, a la orilla de un profundo y espectacular fiordo. No podía ser más rudimentario. El tablón estaba repleto de anuncios similares, destinados a llamar la atención de quienes pasaran por allí. Al entrar en el pueblo, Erlendur y Sigurður Óli se percataron de que algunas de las casas estaban vacías.

Decidieron poner gasolina al bajar del altiplano, tras la prolongada búsqueda del móvil de Erlendur, que por fin habían encontrado medio enterrado en el musgo. Sigurður Óli nunca había visto a su jefe tan enfadado. Por un momento pensó que iba a saltarle encima después de haber lanzado el teléfono con todas sus fuerzas. Preparado para una mala reacción, Sigurður Óli salió del coche y se mantuvo a una distancia prudencial. Erlendur había descargó toda su furia espetándole la sarta de improperios más grosera que Sigurður Óli había escuchado jamás. Incluso desconocía la existencia de muchas de las expresiones que salieron de su boca.

Erlendur fue recuperando gradualmente la calma, pero le dejó claro a su compañero que si alguna vez se le ocurría hablarle de nuevo en esos términos, se negaría a seguir trabajando con él y se cuidaría bien de entorpecer todo lo posible su carrera profesional. Sigurður Óli se disculpó recordándole que los buenos amigos se dicen tanto las virtudes como los defectos, y Erlendur le pidió amablemente que se metiera sus máximas por donde le cupieran.

Se dirigían a Ísafjörður con la intención de establecer allí su campamento base, pero Erlendur, obsesionado con la relación que podría guardar Jón Sigurðsson con el caso, quería hacer un alto en todas las granjas y poblaciones que encontraran por el camino y conversar con los lugareños. Tras llenar el depósito se dirigieron a la comisaría del pueblo para hablar con

el jefe de la policía local, un hombre de unos treinta años a cuyo despacho se accedía a través de la oficina del administrador municipal. Les contó que había recibido la fotografía de Birta, pero sus indagaciones no lo habían llevado a ninguna parte. Erlendur le preguntó si el administrador, el viejo Kjartan, todavía vivía en el pueblo, y el policía le indicó su dirección.

—¿Es que ahora vais por ahí con los cadáveres encima? —preguntó Kjartan mientras Erlendur y Sigurður Óli se sentaban en la cocina de su casa. Viudo, de unos setenta y cinco años, tenía el aspecto de un hombre enérgico de aire autoritario. Al enterarse de quiénes iban a visitarlo, se había puesto su gorra oficial de administrador. Erlendur había coincidido con él en alguna ocasión por cuestiones laborales.

—Una chica muy guapa —añadió mientras les devolvía la foto—. ¿Vais a enseñarla por la zona? Me parece un tanto atrevido por vuestra parte.

—La identidad de la chica sigue siendo un absoluto misterio para nosotros —señaló Sigurður Óli.

—Pensáis que era de por aquí porque Jón Sigurðsson también lo era, pero ¿no la podrían haber dejado en su tumba simplemente por casualidad? —preguntó el hombre—. Yo tengo mi propia teoría.

Kjartan no era el único. Muchos se hacían las mismas preguntas y cada cual planteaba su propia hipótesis. El hallazgo del cadáver había puesto el nombre de Jón Sigurðsson en boca de todo el mundo, y cada día se acercaba un buen número de personas a su tumba solo para observar el lugar donde habían dejado el cuerpo.

—Veamos —dijo Kjartan adoptando un tono filosófico—. Jón era de los fiordos del noroeste, y sin duda su lucha por la independencia lo convirtió en una figura histórica de renombre. La joven también es de esta región, de lo contrario no estaríais aquí. Pero algo me dice que su asesino también lo es. ¿Habíais barajado esa posibilidad?

—Ni siquiera sabemos si el hombre que la dejó en la tumba es el asesino —aclaró Sigurður Óli.

—Pues, en todo caso, quien la dejó en la tumba de Jón es de esta región —afirmó Kjartan—. Solo a una persona de los fiordos del noroeste se le hubiera ocurrido hacerlo. Un oriundo de Skagafjörður habría cogido el coche y habría dejado el cuerpo en el monumento erigido en honor a Stephan G. Stephansson. Alguien de Reikiavik lo habría dejado en la tumba de Ólafur Thors o en la de Skúli Magnússon, no sé. Uno de Borgarfjörður lo habría dejado en Borg á Mýrum, la granja natal de Egill Skallagrímsson. Y,

evidentemente, alguien de Akureyri lo habría llevado a la antigua factoría de la histórica cooperativa.

—Sí, y un comunista de los fiordos del este habría dejado a la chica en el mausoleo de Lenin —apostilló Erlendur.

—Eso es —convino Kjartan con una amplia sonrisa.

—Su amiga nos dijo que era del noroeste —precisó Sigurður Óli—. No descartamos que su procedencia pueda tener alguna relevancia. Es probable que se prostituyera. Se drogaba. De hecho, consumía las sustancias más duras y caras que hay. Pensamos que...

—¿Sois conscientes de la cantidad de gente que se ha marchado de los fiordos del noroeste en los últimos años? —lo interrumpió Kjartan—. Si esa chica está entre las personas que emigraron, estáis buscando una aguja en un pajar.

—¿Te refieres a la gente que se ha ido como consecuencia del sistema de cuotas? —preguntó Erlendur.

—Ha tenido un efecto devastador. Obviamente, no soy marinero, pero he sido testigo de los estragos que ha causado el sistema en la región. Lo ha asolado todo. Me cuesta no utilizar palabras más groseras. Algunos se han hecho millonarios sin mover un dedo. Les han concedido privilegios, mientras que a los demás les han quitado los medios para subsistir.

Kjartan sacó un paquete de Camel y les ofreció un cigarrillo. Sigurður Óli rechazó su invitación, pero Erlendur la aceptó y fumaron en silencio mientras tomaban café.

—Si vuestra chica procede de los fiordos del noroeste, entonces fue otra víctima más del problema, porque así es como han evolucionado las cosas en los últimos diez o quince años desde que llegaron las cuotas —siguió explicando Kjartan—. No es un fenómeno nuevo de hoy en día. Vivió la frustración, la inseguridad y el desespero derivados de un sistema injusto.

—Y fue testigo de un éxodo generalizado —interrumpió Erlendur.

—Todo el mundo desea mudarse a Reikiavik. Sin duda, ella también quiso hacerlo en su momento. Y sí, las cuotas han sido uno de los mayores detonantes del éxodo rural. Lo que más duele es la injusticia. El sistema de cuotas fabrica millonarios de forma arbitraria, y luego se permiten decir que el pescado pertenece a toda la nación. ¿Alguien lo entiende?

—Pero ¿no es bueno para la gente mudarse a Reikiavik? —interrumpió Sigurður Óli—. La capital les ofrece más posibilidades.

—¡Posibilidades! Querrás decir para estudiar, pero ¿para llevar una vida mejor? Lo dudo.

—¿Crees que la chica podría ser de este pueblo? —preguntó Erlendur.

—Todo puede ser. Deberíais hablar con el antiguo encargado de la planta de congelados. Todas las mujeres de la zona se han pasado la vida entera trabajando allí, así que quizá reconozca a la chica de la fotografía. ¿De verdad que nadie ha denunciado aún su desaparición?

—Nos da la impresión de que no tenía a nadie —respondió Erlendur—. Puede que sus padres hubieran fallecido. A lo mejor era hija única y no estaba en contacto con otros familiares. Es triste pensar que nadie esté echando de menos a una chica tan joven.

Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron a la casa del encargado después de haber comido en el pequeño hotel del pueblo, del cual eran los únicos clientes. El dueño llevaba puesto un sombrero verde tirolés y les explicó que trataba de introducir nuevos platos exóticos en la carta. El fin de semana anterior había organizado la noche de la cerveza alemana y todavía llevaba el sombrero. Por lo visto, el evento había atraído a bastante gente. Erlendur y Sigurður Óli intercambiaron una mirada de suspicacia.

El encargado de la planta de congelados, de unos setenta años, se llamaba Hjálmar, y se había tumbado un rato después de comer. Les explicó que había sido marinero durante la época en que fue copropietario del barco de su hermano. Siempre se arrepintió de haber dejado de faenar. De complexión delgada, se mantenía fuerte y ágil para su edad. Parecía una persona dicharachera.

—Fui el encargado de la planta durante veinticinco años —dijo mientras observaba la fotografía—. Me temo que no he visto a esta chica en mi vida. No es de aquí. Este sitio es muy pequeño y todo el mundo se conoce.

—Bueno —dijo Erlendur—, pues no hay más que hablar.

—¿Así que dejaron a la pobre en la tumba de Jón Sigurðsson? —preguntó Hjálmar sin aparente intención de dejar marchar a sus invitados de Reikiavik. Siempre contento de recibir visitas, quería hacerles más preguntas y seguir contándoles cosas—. ¿Por ese motivo habéis venido hasta aquí?

—Nos dijeron que la chica era de los fiordos del noroeste —respondió Sigurður Óli.

—Qué raro eso de que Jón pueda pintar algo en este asunto —observó Hjálmar—. No me extraña que os haya picado la curiosidad.

—No lo sabes bien —convino Erlendur—. Una cosa más, ¿quiénes compraron las cuotas de esta región?

—Supongo que gente de Reikiavik y Akureyri.

—¿Sabrías decirme algún nombre?

—La verdad es que no. Mi hermano, que era el dueño del barco en el que yo trabajaba, vendió su cuota hace unos cuatro años, y ahora el muy cretino vive a cuerpo de rey en Florida.

—¿A quién se la vendió?

—Pues no lo sé, pero al tipo que se la compró le debe de salir el dinero por las orejas, porque tengo entendido que es el mismo que ha adquirido y alquilado las cuotas de todos los fiordos. Mi hermano me dijo que era el mayor comprador del país. Era quien hacía las mejores ofertas y, por lo visto, estaba forrado.

—Puede que no venga al caso —dijo Erlendur—, pero ¿eras propietario del barco junto con tu hermano?

Hjálmar miró sucesivamente a los dos policías. Parecía estar a punto de revelarles un secreto inconfesable que en un principio no había pensado contarles. Se encogió de hombros como queriendo decir: «Total, ¿qué más da? Lo hecho, hecho está».

—El barco tenía asociada una cuota de bacalao —explicó con calma—. Mi hermano y yo nunca nos hemos llevado muy bien. En aquel entonces tampoco. Pero teníamos aquella embarcación, que no era nada del otro mundo, dicho sea de paso. Solo valía por la cuota. Mi hermano se ocupaba por completo de la pesca. Yo trabajaba en tierra. Un día me propuso que le vendiera mi parte. Acordamos un precio justo. Yo estaba totalmente dispuesto. La pesca no iba muy bien. Me saqué unos cuantos millones de coronas que invertí en hacer obras en la casa. Poco tiempo después, el precio del bacalao comenzó a subir y el valor de la cuota se disparó. De la noche a la mañana, nuestro barcucho se había convertido en una mina de oro. Mi hermano lo vendió en el mejor momento por ciento cuarenta millones de coronas. Dejó la pesca y ahora vive como un rey. Yo nunca le pedí ningún tipo de compensación y él nunca me ofreció nada. Apenas nos hablábamos. Unos se convierten en reyes y otros no.

La conversación se prolongó hasta que Sigurður Óli y Erlendur se levantaron con la intención de continuar su camino. El hombre asintió y los acompañó hasta la puerta de la calle atravesando el bonito jardín. A los policías les dio la sensación de que se había dejado algo en el tintero. Hjálmar dejó vagar la mirada por la aldea desierta y suspiró profundamente.

—Somos como el bacalao —comentó—. Cuando el número de individuos se sitúa por debajo de una cifra determinada, la población deja de prosperar y termina desapareciendo. Me temo que con las personas ocurre lo mismo. Cuando disminuye su número en lugares como este, la vida se va apagando. Y

dentro de poco se extinguirá por completo —concluyó antes de volver a entrar en su casa.

Lubricada por la grasa acumulada desde que la instalaron, la pesada puerta del horno se abrió despacio sin hacer ruido. Herbert había dejado de gritar pidiendo ayuda. Encerrado en el cajón bajo la rejilla, solo podía mover la cabeza. Estiró el cuello como pudo y vio a un hombre entrar en el horno y acercarse hacia él. El desconocido caminó por encima de la rejilla hasta detenerse justo encima de su cabeza. Inmerso en la penumbra, Herbert solo distinguía una sombra oscura. Permanecieron un rato mirándose. A Herbert le pareció que el hombre llevaba algo en la mano. El hombre dejó el objeto en el suelo, se acuclilló encima de su prisionero y lo observó en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó Herbert finalmente. Había perdido su ridículo deje estadounidense. Aparentemente calmado y comedido, hablaba un islandés excelente. Por toda respuesta, el hombre le clavó una mirada penetrante—. ¿Qué pretendes hacer conmigo? —le preguntó Herbert—. ¿Por qué me has secuestrado? ¿Qué te he hecho yo? ¿Quién demonios eres? ¡Contesta!

El hombre seguía sin decir palabra. Disfrutaba viendo a Herbert atemorizado y angustiado ante la incertidumbre. Pero, aun así, no bajaba la guardia. Sabía que no era ningún camorrista y se consideraba incapaz de ser violento, pero el odio que bullía en su interior clamaba venganza. Estaba convencido de que Herbert poseía la información que necesitaba y que solo la podría obtener por las malas. También sabía que el hombre atrapado bajo la rejilla no era un santo, y eso lo hacía todo mucho más fácil. Lo que Birta le había contado sobre Herbert era cualquier cosa menos agradable. Era uno de los mayores narcotraficantes del país, sabía cuidar muy bien de sus intereses y procuraba que nadie lo pudiera relacionar con aquellos que le hacían el trabajo sucio, como Birta.

Herbert la había enviado al extranjero más de una vez. Allí, la joven introducía la droga en su cuerpo y se hacía pasar por una chica inocente en las

aduanas. Birta no aparecía en los registros de la policía ni en los de ninguna institución social, centro de menores o clínica de desintoxicación. Al no existir en el sistema, era la candidata ideal para los encargos de Herbert. Ella lo llamaba «agencia de viajes Hebbi». Volaba a Europa y pasaba cuatro días, o una semana, en alguna gran ciudad. Allí se ponía en contacto con las personas que Herbert le había indicado para que le entregaran la droga. Procuraba no tocar el cargamento desde el día en que se le ocurrió consumir una parte. Al enterarse, Herbert se puso su gorra de béisbol y la golpeó brutalmente con su bate hasta romperle el hombro. Después posó la mano sobre la fractura y le preguntó si le dolía.

—Pues así me duele a mí cuando alguien me roba, *man* —le dijo.

Aquello no era más que una minucia en comparación con las historias que corrían sobre él. Le había costado tiempo y esfuerzo hacerse con el control del narcotráfico del país. Antes de su entrada en escena, la droga se importaba, se distribuía y se vendía sin ningún tipo de organización. Había tantas personas metidas en el negocio que se estorbaban unas a otras. El mercado era muy inestable. En épocas de escasa oferta, el precio se disparaba, mientras que en épocas de abundancia, se vendía a un precio ridículo. Los traficantes no dudaban en entregar a otros a la policía si con ello ganaban margen de actuación. Finalmente, Herbert llegó y puso orden. Dos grandes traficantes se repartían el mercado, la oferta era estable, los precios se mantenían y procuraban que la demanda aumentara continuamente.

Pero no todo el mundo se mostraba igual de satisfecho con la gestión de Herbert. Este se veía obligado a tomar medidas cada vez que alguien no se sometía a sus deseos. Aun después de haber organizado el contrabando, siempre había quien se negaba a acatar sus órdenes. Se decía que estaba implicado en la desaparición de un hombre que intentó copar una parte del mercado. Herbert le encargaba trabajos similares a los de Birta. Introducía las drogas en el país, las distribuía y velaba por que los vendedores entregaran todo el dinero. Era un colaborador ambicioso y leal, pero le parecía que Herbert no se esforzaba lo suficiente. Pensaba que mejorando la organización, optimizando la distribución y vendiendo sustancias de mejor calidad podría aumentar considerablemente los beneficios. Llegó a la conclusión de que, si Herbert comprara materias primas más baratas para adulterarlas más tarde en casa, sus ganancias podrían multiplicarse por diez. Trató de plantearse a Herbert, pero, por algún motivo, este se negó a escucharlo. Le decía que no se metiera en su forma de llevar el *business*.

El hombre se fue desmarcando gradualmente de Herbert y comenzó a importar droga por su cuenta para ofrecer material de mayor calidad. De repente, un día desapareció sin dejar rastro. Lo vieron por última vez vendiendo pastillas en el pub Hafnarkrá y no se volvió a saber nada de él desde que salió del local.

Según ciertos rumores, Herbert lo fue a buscar a su casa, lo llevó a un lugar lejano y le dio una paliza mortal con un bate de béisbol. Tras dos intentos fallidos, le asestó un golpe definitivo en la cabeza, y el hombre cayó al suelo, ensangrentado. Lo metió en una enorme bolsa de plástico y limpió el suelo. Después subió el cadáver a una barca y lo hizo desaparecer en las aguas del golfo de Faxaflói. Cuatro meses después hallaron un cuerpo desfigurado en la bahía de Straumsvík.

En una ocasión, acompañó a Birta a casa de Herbert después de que la joven hubiera regresado de Ámsterdam con el vientre cargado de drogas. Tras haberlas expulsado en casa, le pidió que fuera con ella a entregarlas. Él percibió el miedo que el traficante despertaba en la chica. Birta metió la mercancía en su mochila negra y se dirigió a la mansión de Breiðholt. Por lo general, Herbert contactaba con un intermediario, a fin de verse lo menos involucrado posible en aquel tipo de operaciones, pero esa vez no había ninguno disponible y, por algún motivo, tenía prisa por hacerse con la nueva remesa. Su amigo, una descomunal mole de carne que hacía las veces de guardaespaldas, estaba sentado a su lado comiendo galletas de chocolate y bebiendo leche directamente del tetrabrik.

—¿Quién es este cara de mono? —le preguntó Herbert.

—Un amigo —respondió Birta.

—¿Te parece normal traer a cualquier *fuckhead* a mi casa, *man*?

—Dijiste que te corría prisa —respondió ella. Herbert reaccionó dándole a la chica un puñetazo en la cara. Sin entender lo que acababa de pasar, el compañero de Birta se abalanzó sobre él, pero la mole se interpuso en su camino con su acre aliento de leche.

—Eso para que te quede claro, *piece of shit*, que no sabes con quién estás hablando —le dijo mientras la señalaba con su enorme dedo índice.

—Dame mi parte y nos largamos —respondió Birta tocándose la cara.

Herbert recuperó la calma. Birta era importante para él y no podía propasarse. No quería extralimitarse. Le entregó su parte mientras amenazaba

a su amigo pronunciando unas palabras incomprensibles y se despidió de ellos al grito de «*get out*».

Le resultó muy fácil apresar a Herbert. Había robado un coche en el aparcamiento de la piscina Laugardalslaug. Siempre había quien olvidaba cerrar su vehículo e incluso dejaba la llave en el contacto. Se dirigió al domicilio de Herbert, en Breiðholt, y aparcó más arriba de su casa. Sabía que había una puerta trasera, así que atravesó el jardín para acceder por aquella entrada. Giró el pomo y comprobó que estaba abierta. Birta le había contado que ella siempre entraba por allí cuando iba. Entró, extremando las precauciones por lo que supuestamente era el cuarto de la lavadora, o el trastero, aunque no se veía ninguna lavadora ni ningún tendedero. No se imaginaba a Herbert tendiendo la ropa. Se adentró en un pasillo y recorrió las habitaciones, todas ellas vacías. Siguió avanzando con suma cautela hasta el salón, donde tampoco había nadie. Entonces le pareció escuchar que alguien se sonaba la nariz en la cocina, y se acercó. Al llegar, vio de dónde procedía el sonido. De espaldas a él, inclinado sobre la mesa del fondo, Herbert se sorbía la nariz. Se aproximó sigilosamente con una llave de tubo que había cogido del coche y, al acercarse, vio que estaba esnifando un polvo blanco. Esperó a que Herbert se metiera la última raya y le asestó un contundente golpe en el mentón.

La cabeza del traficante se estrelló contra la mesa. Él se quedó parado sin saber qué hacer. Por increíble que pudiera parecer, Herbert se incorporó, se alejó de la mesa, se puso en pie, tambaleándose, y se volvió hacia su agresor sujetándose la mandíbula. Lo estudió con la mirada, pero no supo reconocerlo. No recordaba que un día había ido a su casa con Birta.

—Jod... —balbuceó Herbert sin dejar de mirarlo. Por la voz, parecía más ofendido que enfurecido. Entonces le propinó un fuerte puñetazo a aquel desconocido. El golpe lo hizo recular hacia la puerta de la cocina y soltar la llave de tubo, que cayó al suelo con estruendo. Tenía el labio inferior partido y había comenzado a sangrar.

—¿Qué cojones...? Jod... —repitió Herbert mientras sentía un fuerte dolor martilleándole la cabeza. Se llevó la mano a la sien y observó la palma ensangrentada durante un segundo—. Su puta madre —farfulló al tiempo que caminaba amenazante hacia él.

Recuperado del puñetazo, siguió retrocediendo, y cuando alcanzó los fogones, Herbert se abalanzó sobre él. Entonces, él agarró el mango de una

cacerola que contenía unos trozos de carne y lo golpeó con fuerza en la sien. El contenido salió volando del recipiente y se estampó contra las puertas de los armarios. Al ver que Herbert yacía boca abajo en el suelo sin moverse, pensó que le había abierto la cabeza.

Su cuerpo no le resultó especialmente pesado, así que pudo cargarlo a hombros. Salió de la casa desandando el camino que había recorrido al entrar, atravesó el jardín y subió la calle sin dejar de mirar al frente. Al llegar al coche, metió a Herbert en el amplio maletero y se marchó. No sabía si alguien lo había visto. No prestó atención. En cuanto hubo salido por la puerta trasera, oyó el timbre. Delante de la casa, dos policías uniformados se despertaban de la siesta.

Cuando lo sacó del maletero, Herbert todavía estaba inconsciente. Lo llevó a rastras por la habitación trasera del ahumadero hasta el cajón del último horno. Seguía vivo y respiraba con normalidad. Sus ojos se movían bajo los párpados. Lo ató de pies y manos antes de encerrarlo. Herbert, que era un hombre de espaldas anchas, apenas cabía en el cajón, y al deslizarlo para encajarlo bajo el horno, su pecho y su vientre rozaron el metal de la rejilla. Herbert no tenía ninguna posibilidad de escape.

Finalmente, allí estaba acucillado sobre aquel hombre que ahora tenía a su merced.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez en las consecuencias de tus actos? —le preguntó mirando hacia abajo, a través de la rejilla—. ¿Reflexionas lo más mínimo sobre las cosas que haces?

Su voz transmitía una inseguridad que a Herbert no le pasó desapercibida. Nunca habría imaginado que alguna vez iba a tener a alguien prisionero. No solo lo impulsaba la rabia, sino también el odio que sentía hacia todos los que tenían una parte de culpa en lo que le había ocurrido a Birta. Había veces en que el odio lo poseía con tal vehemencia que pensaba que iba a perder la cabeza, pero en aquel odio hallaba la energía y la fuerza para cumplir con su deber.

Herbert lo miraba desde el cajón sin saber qué decir. Hacía mucho tiempo que no le venían con un sermón moralizante como aquel. Lo único que quería era saltar sobre aquel hijo de puta y matarlo, pero de momento esa no era una opción. «No puedo cabrearlo —se decía—. Tengo que conseguir salir y cargarme a ese cerdo. No puedo cabrearlo». Rothstein iba recuperando gradualmente las fuerzas.

—¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este? ¿Una tumba? ¿Me vas a enterrar vivo? ¿Y quién coño eres?

Su secuestrador no respondió.

—¿A qué huele? ¿Y qué son esas puertas?

El joven mantenía su mirada clavada en Herbert.

—Si me sueltas ahora, podemos olvidarnos de todo esto, *understand*? Desaparezco y hacemos como si nada hubiera pasado, ¿qué me dices? ¿Y por qué me preguntas esas gilipolleces? ¡*Christ*! ¿Por qué debería sentirme mal por los demás? Quien quiera comprar droga, que la compre. La que vendo yo es de la mejor calidad.

—Yo era amigo de Birta. Me llamo Janus.

Herbert guardó un breve silencio mientras trataba de recomponerse.

—Estás dentro de un horno de ahumar —le informó Janus—. Las paredes huelen a carne de cordero. Estás metido en el cajón de debajo. Hace un tiempo trabajé aquí. Puedes gritar todo lo que quieras, nadie te va a oír. Solo sentía curiosidad por saber si tenías la más mínima conciencia.

—Yo no maté a Birta —aseguró Herbert—. Eso es así. Yo no tengo nada que ver.

—Ya lo creo que tienes que ver. ¿No piensas nunca en el daño que les haces a los jóvenes procurándoles drogas y encargándote de que las sigan necesitando? Yo sí que pienso en ello. Era amigo de Birta antes de que se mudara a Reikiavik. Cuando me la encontré de nuevo en la capital, muchos años después, no era la misma persona. Sé que ella también tuvo su parte de culpa en lo que le pasó, igual que la tuvo Reikiavik y las amistades que frecuentó. Y, por supuesto, tú. Pero lo tuyo va más allá de una simple culpa. Tú jugabas con su debilidad. Abusabas de ella. Te aprovechabas de su dependencia. Le ordenabas que hiciera cosas que nunca hubiera estado dispuesta a hacer de no ser porque le dabas la droga que necesitaba. La enviabas al extranjero para que te trajera la mercancía. La obligaste a prostituirse para que te pudiera pagar las dosis. La enviabas a esos hombres. La exprimías al máximo. Su vida se fue extinguendo. No tenía a nadie más que a ti. ¿Puedes hacerte una idea de lo que significa no tener a nadie en la vida más que a un mierda como tú?

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué hiciste, eh? —gritó Herbert, que comenzaba a recordar vagamente a Janus—. ¡Miserable! Tú, *piece of shit*, te agarrabas a Birta como una lapa y te agenciabas su dinero. ¿Te crees que no lo sé? No te tragaba. ¡No eras más que un desgraciado al que no podía ni ver! ¡Un inútil!

Herbert comenzó a pedir ayuda de nuevo y sus gritos retumbaron en el horno. Impertérrito, Janus seguía acucillado con la mirada clavada en aquel hombre que trataba de retorcerse en el cajón. Al cabo de un momento, Herbert volvió a guardar silencio.

—¿Y qué hiciste tú, entonces, si eras el único que podía ayudarla? —prosiguió Janus sin inmutarse—. Aunque estuviera siempre con Birta, no tenía tanto control como tú sobre ella. Ojalá yo le hubiera importado tanto como le importabas tú. Ojalá hubiera hecho por mí lo que hacía por ti. Lo que yo le pedía era mucho más sencillo. Nunca pude conseguir que dependiera de mí todo lo que a mí me hubiera gustado. Le pedí que dejara de consumir drogas. Le pedí que fuera a terapia. Le pedí que confiara en mí. Y, sin embargo, confiaba más en ti. ¿Y qué es lo que hiciste cuando ya no pudiste sacarle más partido y lo único que le quedaba era pincharse para sentirse bien durante dos o tres horas? ¡Se la enviabas a tu amigo para que la usara a su antojo!

—Claro, claro, claro, lloriquea todo lo que quieras, gilipollas. Yo no la maté y me importa una mierda tu puta historia. *Understand? Don't give a fuck. OK?*

—Tú también la mataste.

—No sé de qué me estás hablando, imbécil.

Janus se puso en pie.

—Sois unos asesinos, tú y tu amigo. ¡Unos asesinos!

—Claro, claro, claro, unos asesinos. Eres un mequetrefe. Vales menos que una mierda, ¡monigote! Si estuviera fuera de este cajón, me lo iba a pasar en grande dándote una paliza con mi bate, como las que le daba a la puta de Birta. Te pegaría con calma, hasta romperte todos los huesos, y luego te cortaría la cabeza y bailarías sobre tu sangre de *cocksucker*.

Janus vertió un líquido tibio sobre Herbert, que jadeó y tosió al tragar sin querer algunas gotas. El chorro le caía sobre todo en el pecho y en el vientre. Le costó unos segundos darse cuenta de que era orina. Poseído por la ira, comenzó a gritar. Janus se tomó su tiempo hasta que terminó, y finalmente salió del horno.

—Lo siguiente no serán meados, imbécil —le advirtió antes de cerrar la enorme puerta y dejar allí a Herbert, empapado en orina—. Será el líquido que hay en este bidón.

Herbert levantó la mirada y vio un recipiente a través de la rejilla. Un segundo antes de que se cerrara la puerta, pudo leer claramente una etiqueta de advertencia: INFLAMABLE.

El estruendo de la puerta al cerrarse ahogó los alaridos de Herbert.

Elínborg puso en marcha la grabadora y miró a Dóra, la chica que conocía a Birta. La habían llevado a jefatura para poder interrogarla de forma oficial. A petición de Dóra, Eva Lind la acompañó y esperó fuera de la sala. La grabadora emitía un zumbido continuo. Dóra no pensaba contarle a la policía nada que no quisiera contar, y estaba dispuesta a mentir si lo veía necesario. Así se lo había explicado a Eva Lind.

—¿De qué conoces a Herbert? —le preguntó Elínborg. Dóra se encontraba mucho mejor que el día en que el padre de Eva Lind había hablado con ella. Bien vestida y arreglada, se mostraba mucho más dispuesta a colaborar. Por la mañana había accedido a identificar el cadáver en la morgue y había reconocido el cuerpo de su amiga bajo la sábana blanca. Se había deshecho en lágrimas nada más verla.

—Herbert es el dueño de la casa donde vivíamos Birta y yo. Solo lo conozco de pagarle el alquiler —mintió Dóra.

—¿No sabes qué puede haberle ocurrido?

—No —respondió, esta vez diciendo la verdad.

La desaparición de Herbert había llamado la atención de quienes lo conocían o hacían negocios con él. Corrían distintas teorías sobre lo que podía haberle ocurrido, algunas de ellas inventadas en tono de burla. La más popular sostenía que Elvis había venido a buscarlo. Herbert era un conocido admirador del rey del rock y creía que seguía vivo en la lejana Sudamérica. Según los rumores, los dos amigos vivían ahora en la selva amazónica y cantaban juntos *Love me tender*.

—La primera vez que hablaste con nosotros mencionaste a alguien que, según tú, podría haber asesinado a tu amiga. ¿A quién te referías?

—Yo nunca he visto a ese tío y no sé si fue él quien la mató. No me acuerdo de lo que os conté la otra tarde —respondió Dóra—. A veces Birta hablaba de un hombre con quien se veía de vez en cuando. Creo que lo conocía a través de Herbert. Era un enfermo. Pagaba un pastón a cambio de

practicar todo tipo de perversiones. Birta no quería hablar de ello. A veces llegaba a casa llena de moratones.

—¿Quieres decir que le pegaba?

—Sí, y le hacía cosas mucho peores.

—¿Por qué volvía a verlo si le pegaba?

—Birta hacía cualquier cosa por dinero. Era mucho peor que yo. Yo no me pincho.

—¿Cuándo la conociste?

—Hace unos tres años. Era de la banda de Goggi el Malas Pulgas, que ahora está muerto. Goggi vivía en una casa de la calle Tryggvagata con un montón de tíos más. Tenía tres perros.

—Sabemos bien quién era Goggi —le aclaró Elínborg—. Lo apuñalaron a la salida de un local de la calle Aðalstræti. Un asco de tipo.

—Birta y Goggi estaban enrollados. Goggi era capaz de pegar a cualquier tío que hablara con su chica y eso ella lo llevaba fatal.

—¿Te habló alguna vez de su familia?

—No, nunca. Creo que no volvió a ver a ningún pariente suyo desde que se fue de casa. Hicimos buenas migas, y cuando apuñalaron a Goggi y el grupo se disolvió, nosotras seguimos manteniendo el contacto.

—Dijiste que era del noroeste. ¿Sabes de dónde exactamente?

—No.

—Si su nombre real era Birta, ¿cómo es que no la encontramos en el registro civil?

—Ni idea.

—¿Se te ocurre alguna posible conexión ente ella y Jón Sigurðsson?

—No sé nada de ningún Jón Sigurðsson.

—Cuando hablaste con Erlendur, le dijiste que ese hombre que Birta conocía tenía muchas casas. ¿Qué querías decir?

—Eso es lo que yo entendí. Birta decía que estaba forrado y que tenía un montón de casas. A veces se preguntaba de dónde iba a salir la gente que se iba a mudar a sus propiedades. No hacía más que darle vueltas al tema.

—¿Sabes a qué se refería?

—No. No tengo ni idea de lo que quería decir.

—¿Tuvo novio después de Goggi? ¿Sabes de algún chico que la rondara?

Dóra reflexionó. ¿Debía mentir o no? Miró a Eva Lind que la contemplaba.

—Tenía un buen amigo que también era del noroeste, pero no sé de dónde exactamente.

—¿Sabes cómo se llama?

—Se llama Janus. Vive en Breiðholt, en un semisótano. Birta pasaba tanto tiempo con él que al final se mudó a su casa. A veces le dejaba usar su apartamento como lugar para... ya sabes...

La idea inicial de Dóra no era decirles que Birta hacía la calle, pero la velocidad del interrogatorio la ofuscaba. ¿Les había dicho ya que su amiga se prostituía para ese hombre cuya identidad no quería desvelar? No lo recordaba.

—Estamos prácticamente seguros de que se prostituía —aclaró Elínborg —, pero no tienes por qué contarnos exactamente lo que hacía si no quieres. ¿Sabes en qué parte de Breiðholt vive Janus?

—No, pero creo que no muy lejos del edificio gigantesco que hay allí. Es el bloque de pisos más grande del mundo, ¿no?

—¿Te refieres a Yrsufell? —preguntó Elínborg mientras se ponía en pie.

Por la tarde, Elínborg llamó a Erlendur para darle los detalles del interrogatorio. Lo puso al corriente de las nuevas informaciones y le explicó la situación. Le mencionó las extrañas preguntas que se hacía Birta sobre las personas que supuestamente debían mudarse a las casas del individuo misterioso. La policía continuaba buscando a Herbert. El rastro de Janus, sin embargo, fue mucho más fácil de seguir. Según el registro civil, había tres hombres con ese nombre que vivían en el área donde se alzaba el edificio Yrsufell, en Breiðholt. No tardaron en hallar su domicilio.

Cuando quedó claro que Herbert había desaparecido de la faz de la tierra, los miembros de la Científica entraron en su domicilio y lo pusieron todo patas arriba. No hallaron más que una mancha de sangre seca en el suelo de la cocina y unos restos de carne por las paredes. Según el testimonio de un vecino que vivía unas casas más arriba, alguien había sacado a Herbert de su mansión, lo había metido en un coche y se había marchado. La descripción del automóvil coincidía con la de un vehículo robado en el aparcamiento de la piscina Laugardalslaug que todavía no había sido localizado. La policía sospechaba que Janus había sido el agresor y que Herbert estaba implicado en el homicidio de Birta.

Tras haber recorrido distintas poblaciones durante el día mostrando la foto de Birta, Erlendur y Sigurður Óli llegaron a un nuevo pueblo. Bajo la calma del final de la tarde, pasearon por las calles desiertas mientras examinaban tranquilamente las casas y las pocas tiendas del lugar. Sigurður Óli entró en la oficina postal; tenía que hacer una llamada personal a Reikiavik. No quería usar el teléfono de la policía, a pesar de que Erlendur había insistido en que no había ningún problema: todo el mundo lo hacía. Sigurður Óli quería llamar a Bergþóra a escondidas.

Mientras tanto, Erlendur caminó hasta llegar a una pequeña librería. Al entrar vio unas paredes tapizadas de libros y un pequeño mostrador acristalado donde se vendían artículos de papelería, bolígrafos, postales y sobres. Se entretuvo un rato paseando la mirada por las estanterías. Entre

innumerables folletines y novelas negras traducidas al islandés, figuraban también algunos títulos interesantes. Sin embargo, no encontró ningún ejemplar de *Blanda*, su publicación favorita, especializada en historia.

El dependiente, un adolescente en edad de recibir la confirmación, esperaba a que se decidiera tras haber examinado con sumo detalle todas las estanterías. Tenía que estar a punto de escoger un libro. Cuando se disponía a preguntarle si podía ayudarlo en algo, un niño de unos diez años entró corriendo por la puerta.

—Quiero un rotulador negro —le pidió al dependiente.

—¿Cómo lo quieres? ¿Así? —preguntó el adolescente mostrándole uno.

—No, más grande —respondió el niño entre jadeos mientras se recuperaba—. Mamá me ha dicho que tenía que ser grande y gordo, de color negro. Es para marcar unas cajas. Nos estamos mudando.

Erlendur apartó la mirada de los libros y se volvió hacia el pequeño. Así era como se despoblaban los fiordos del noroeste. Los padres mandaban a los niños a comprar rotuladores negros y gordos para marcar sus pertenencias. Seguro que a Janus también lo habían enviado a por un rotulador, y quizá también a Birta. Y luego habrían escrito en las cajas: FRÁGIL, COCINA, PLATOS, VASOS, LIBROS, BAÑO, y se habrían mudado a Reikiavik para comenzar una nueva vida. El niño salió corriendo con el rotulador adecuado.

—¿Vendes muchos rotuladores como ese? —le preguntó Erlendur al joven.

—Alguno que otro —respondió.

Sin haber obtenido aún ninguna información sobre Birta o sus familiares, Erlendur y Sigurður Óli cenaron en un pequeño hotel restaurante. Su plan inicial era pasar la noche en Ísafjörður, pero no les apetecía seguir conduciendo, así que decidieron alojarse en aquel lugar. Para respiro de ambos, en esa ocasión pudieron disfrutar de habitaciones individuales. El restaurante estaba vacío al empezar a cenar, pero, cuando ya se estaban terminando el plato de la casa, pescado empanado con patatas, la sala comenzó a llenarse. La presencia de dos forasteros con traje despertó la curiosidad de la gente. Algún lugareño que otro se acercó para hablar con ellos, pero las conversaciones terminaban enseguida en cuanto se enteraban de que se trataba de dos miembros de la Policía Judicial que estaban investigando un homicidio cometido en Reikivaik. Buscaban a los parientes de una chica del noroeste que probablemente se había mudado a la capital.

—¿No es un poco raro ir por ahí enseñándole un cadáver a la gente? —preguntó una mujer gorda vestida con un jersey de lana de talla XXL mientras

miraba la fotografía de Birta.

—Es la primera vez que nos enfrentamos a un caso así —respondió Erlendur con sinceridad mientras se encendía un cigarrillo—. Es como si esa chica no hubiera existido jamás. Nadie pregunta por ella, los servicios sociales no la tienen en sus registros y nosotros tampoco, así que estamos tomando medidas excepcionales. Lo único que sabemos es que en algún momento abandonó los fiordos para mudarse a Reikiavik, y ni siquiera eso es seguro.

La mujer se sentó con ellos y pidió tres pintas de cerveza. Al principio, Sigurður Óli pensó que eran todas para ella, pero enseguida entendió que los estaba invitando. Tenía unos cincuenta años, el pelo rubio y rizado, las mejillas carnosas, una boca enorme con una bonita dentadura y una imponente delantera para perderse en ella. Sus miradas parecían mostrar más simpatía hacia Erlendur que hacia Sigurður Óli.

—Sospechamos que conocía a otro chico procedente de esta región —añadió Erlendur—. Se veían mucho en Reikiavik, pero ignoramos qué tipo de relación mantenían. No sabemos mucho más de él, salvo que podría llamarse Janus.

—¿Janus? —repitió la enorme mujer mientras se limpiaba el bigote de espuma que la cerveza le había dejado.

—¿Te suena? —preguntó Sigurður Óli.

—No, pero... me parece que alguna vez leí ese nombre en los periódicos. ¿Por qué no habláis con el médico? —preguntó antes de volverse y llamar al dueño del bar—. Svan, tu hermano está ahora en casa, ¿no?

—Creo que sí —respondió.

—Llámalo de mi parte y pregúntale si puede hablar con estos caballeros.

La mujer se volvió de nuevo hacia ellos.

—No hace falta que vayáis los dos, ¿no os parece? —preguntó mirando a Erlendur.

—Ya voy yo —sugirió Sigurður Óli levantándose de la silla.

—Dile que enseguida va a ir a verle un joven policía que quiere hablar con él —dijo la mujer antes de volverse una vez más hacia Erlendur—. ¿A qué se dedica tu esposa? —le preguntó, y esperó la respuesta mientras le daba un largo trago a su cerveza.

Sigurður Óli anotó la dirección y dejó a Erlendur con XXL. Bajó la calle principal, giró a la izquierda en dirección hacia el mar y enseguida llegó a una casa situada a la orilla de una bonita cala. El médico, un hombre canoso de unos sesenta años llamado Trausti, lo recibió en la entrada vestido con una

camisa, unos vaqueros y unas zapatillas de fieltro. Le dio un fuerte apretón de manos, hizo algunos comentarios sobre el buen tiempo y le explicó que estaba solo en casa. Sus hijos ya habían abandonado el nido y su mujer se encontraba en Dublín, gastando dinero con sus amigas del club de costura. «¿Un café? Siéntate, por favor, no tardo nada». El médico trasteó en la cocina y cuando volvió se sentó con Sigurður Óli. No conocía a la chica de la fotografía.

—Estamos buscando a un chico y a una chica que podrían ser de los fiordos del noroeste. Él se llama Janus y ella Birta.

—Me suenan esos nombres —respondió el médico, pensativo.

—¿Quiénes son? —preguntó Sigurður Óli.

—Estoy hablando de algo que ocurrió hace ocho o diez años. En aquel entonces trabajaba en el hospital de Ísafjörður, pero creo que ellos no eran de allí, sino de algún pueblo de los alrededores. Un chico encantador, y ella también.

—¿Qué recuerdas de ellos?

—Todo está registrado en los historiales del hospital.

—¿Los historiales?

—Estoy bastante seguro de que se llamaban así —respondió el médico antes de ir a buscar dos tazas de café, que acompañó con un pequeño cuenco de galletas de chocolate.

«¿Es que no piensa ir nunca al grano?», se preguntó Sigurður Óli.

—¿Habéis venido por lo de la chica que encontraron en la tumba de Jón Sigurðsson? —preguntó el médico sin darse ninguna prisa—. Qué raro que la dejaran en ese lugar. Según las noticias, no la mataron en el cementerio, sino que la llevaron allí con algún propósito. Yo tengo mi propia opinión sobre lo que ha podido pasar.

—Seguro que mi compañero y tú podríais pasaros horas hablando de ello —le aseguró Sigurður Óli antes de dejar escapar un suspiro.

—Para mí, fue sacrificada en el altar de los yanquis, que no solo han invadido nuestro país sino también el resto del mundo —afirmó Trausti—. Toda esa violencia y esas barbaridades que vemos en la televisión y en las películas son el modelo que tienen nuestros jóvenes, que ahora se visten como los negros de los barrios deprimidos de Estados Unidos y van por la calle en monopatín. Cometen delitos y consumen drogas. La pobre ha sido víctima de esa influencia.

—Deberías exponerle tu teoría a mi compañero. Le encantan las explicaciones de corte fundamentalista.

—Puede que a él también le parezca que los islandeses estamos perdiendo nuestra independencia, y me refiero a la independencia de pensamiento. Creo que el modelo estadounidense lo está engullendo todo. *OK, bye bye, party, fuck you, al loro* y todo eso.

—No creo que *al loro* sea muy...

—Bajo esa influencia, la juventud sigue el camino de la perdición.

—Bueno, hummm, ¿podríamos centrarnos en la cuestión?

—Sí, perdona. Me acuerdo de ese chico, Janus, porque estaba muerto.

—¿Murió? ¿Está muerto?

—No, creo que no está muerto, pero lo estuvo unas horas antes de que lo trasladaran al hospital. Por eso me acuerdo bien de él. Estuvo clínicamente muerto durante uno o dos minutos.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvo un accidente muy grave y una de sus compañeras de clase le salvó la vida. Estoy bastante seguro de que se llamaba Birta. Salió en todos los periódicos. Unos chavales de su colegio le jugaron una mala pasada al chico. No recuerdo exactamente qué pasó, pero le faltó poco para no contarle. Me parece que lo arrojaron a la bodega de un barco.

En el mismo momento en que Sigurður Óli se despedía del médico, la policía localizaba el domicilio de Janus en Breiðholt. Se había desplegado un gran dispositivo para entrar en el apartamento. No sabían si Janus estaría en casa, y llamaron a la brigada de fuerzas especiales. Elínborg, al cargo de la investigación en ausencia de Erlendur, refunfuñó diciendo que le parecía una medida totalmente innecesaria. Habría sido suficiente con llamar a la puerta para saber si el chico estaba dentro y preguntarle si estaría dispuesto a acompañarlos. No hacía falta montar un escenario bélico.

—Podríais destruir pruebas —protestó Elínborg.

—La cautela es nuestra máxima prioridad —se limitó a afirmar el jefe de la brigada.

Los miembros de las fuerzas especiales entraron en tropel por el pequeño recibidor después de haber derribado la puerta principal. Recorrieron la cocina, el salón y el pequeño dormitorio antes de revisar el baño y el cuarto de la lavadora. No tardaron en concluir que no había nadie en el apartamento. Ninguna resistencia. Ningún disparo. Nadie sujetando un cuchillo. Nada.

La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave. Elínborg lo comprobó.

En vista de que la brigada de las fuerzas especiales no tenía nada que hacer allí, los agentes recogieron sus cosas y se marcharon. Elínborg y Porkell se quedaron para examinar el domicilio. Los miembros de la Científica comenzaron a trabajar de inmediato. El minúsculo apartamento, de apenas cincuenta metros cuadrados, disponía de un dormitorio, una cocina, un cuarto para la lavadora y un salón amueblado con un sofá roto y una mesilla. En la cocina había platos, vasos, cubiertos, dos cacerolas y una sartén. Los aparadores tenían aspecto de ser viejos. «Los que venían con el piso», supuso Elínborg. La misma moqueta se extendía por todo el apartamento. En el dormitorio había una cama doble. La lavadora era nueva.

No hallaron indicios de que allí se hubiera producido ninguna agresión. Todo se veía limpio y ordenado, cada cosa en su sitio. Curiosamente, pese a la ausencia de objetos decorativos y la desnudez de las paredes, era un piso acogedor.

En uno de los libros del dormitorio, Porkell encontró dos recortes del periódico *Morgunblaðið*. Llamó a Elínborg y se los tendió. Relataban la proeza de un salvamento sucedido en un pueblo de los fiordos del noroeste. Una joven había salvado con gran decisión y valentía a un compañero de su clase que se estaba ahogando. Uno de los artículos relataba a grandes rasgos lo ocurrido y el otro iba acompañado de una fotografía en la que aparecían dos niños en un hospital. Un chico descansaba en una camilla junto a una chica. Ambos vestían el pijama del hospital y no tendrían más de doce o trece años. En el epígrafe se leían sus nombres: Birta y Janus.

En el pequeño armario del dormitorio, las prendas estaban separadas en dos secciones: una de mujer y otra de hombre. No había ropa elegante, o lo que Elínborg llamaba «ropa de vestir». La agente revisó las camisetas y los jerséis de mujer pensando en el aspecto harapiento que tenían. Una vez examinado el dormitorio, pasó al cuarto de baño. Nada más entrar vio una jeringuilla en el lavabo. En el suelo había una cuchara y un mechero desechable. Cogió la jeringuilla con cuidado, la estudió detenidamente y la olió antes de volver a dejarla donde estaba. Al abrir el armario situado encima del lavabo, encontró cosméticos, lápiz de labios y maquillaje.

«El refugio de Birta», pensó Elínborg mientras lo cerraba.

Los gritos de Herbert habían cesado. En la habitación trasera, sentado sobre un montón de leña, Janus pensaba en Birta. A veces, por la radio emitían la canción que escuchaba cuando se encontró con su amiga por las calles de Reikiavik. La melodía le traía el recuerdo de Birta y de aquel viejo en aquel patio de escaleras. Tarareó la canción. Era incapaz de olvidarla.

Apenas habían pasado dos años desde su reencuentro, pero a Janus le parecía una eternidad. Cuando vivían en el pueblo, era la única de su edad a quien podía llamar su amiga. Los chicos del colegio se metían con él y lo marginaban. Aunque las bromas podían llegar a ser crueles, el aislamiento era mucho más difícil de sobrellevar. No tenía amigos. Nunca lo invitaban a los cumpleaños y, cuando llegaba el suyo, su madre se afanaba en invitar a todos los familiares posibles, pero no conseguía llenar el vacío. Nunca entendió por qué lo marginaban, y por mucho que se lo preguntara, nunca llegaba a una conclusión. No tenía hermanos. Su madre era soltera y trabajaba en el procesado de pescado, como tantas otras mujeres del pueblo. Bien era cierto que venían de fuera, pero se habían mudado prácticamente desde el nacimiento de Janus y, además, había muchos otros forasteros, incluso extranjeros, que se habían trasladado allí para trabajar. No recordaba cuándo empezaron a meterse con él. Puede que lo hubieran hecho desde su llegada.

Birta siempre se había acercado a él para consolarlo cuando los otros niños le quitaban los pantalones o le metían la cabeza en el retrete. Tan adulta a su edad. Tan llena de comprensión.

Ella se había mudado a una casa adosada, muy cerca del inmueble donde vivía él. Iban a la misma clase y se llevaban muy bien. Podían pasar juntos el día entero sin que nadie los molestara. En invierno, cuando hacía mal tiempo, jugaban en sus casas. Su infancia estaba asociada al recuerdo de aquella amiga que lo ayudó en los peores momentos.

Más adelante, Janus se trasladó a Reikiavik con su madre y perdió el contacto con Birta. No tenía palabras para describir cuánto la había echado de menos desde entonces. Su madre conoció a un marinero de la capital y se

mudó con su hijo al «cálido sur», como decían los del pueblo. Ocurrió a mediados de los años ochenta, antes de comenzar el éxodo masivo.

El marinero consiguió trabajo en tierra y los tres se instalaron un inmueble de la calle Háaleiti. La madre de Janus también trabajaba, así que en gran medida el chico tenía que arreglárselas solo. No había estado antes en la ciudad y la primera noche no pegó ojo. Entró a hurtadillas en el salón y se sentó junto a la enorme ventana para contemplar el tráfico y las farolas de la avenida Miklabraut. Así como su padrastro no le prestaba especial atención, los niños de su nuevo colegio sí se mostraron interesados en él, y estaba contento de que lo aceptaran como a uno más. Sin embargo, a pesar de que no se metían con él, le costaba integrarse y no conseguía hacer amigos.

Al terminar la enseñanza obligatoria, dejó los estudios y empezó a trabajar como ayudante en la empresa cárnica Sláturfélag Suðurlands. Se ocupaba de los hornos y aprendió a ahumar cordero, cerdo y salmón. Al cabo de poco tiempo, lo pusieron al cargo de todo el proceso. El resto de los empleados no le tenían ninguna envidia. Era un trabajo penoso: las paredes de los hornos, cubiertas de hollín y de grasa, desprendían una peste a ácido nítrico, grasa fundida, hollín y leña quemada que Janus no podía quitarse nunca de encima. La carne se salaba, se colgaba en unos ganchos suspendidos de unos rieles fijados en el techo y se introducía en los hornos, de tres metros de altura y cuatro de longitud. Janus debía amontonar madera, carbón vegetal, serrín y bosta en los cajones, prenderle fuego a la mezcla y deslizar las brasas bajo la carne. Su tarea consistía en vigilar que se formase humo en lugar de llamas.

A veces se arremolinaba en el aire tanto hollín y polvo que salía de la habitación trasera tosiendo y escupiendo, completamente tiznado de negro. Lo más molesto era el escozor en los ojos. A veces tenía que salir corriendo hasta un callejón del patio exterior para respirar aire fresco, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Pero le daba igual. Le gustaba la soledad. Trabajaba separado de los demás y solo interaccionaba con el encargado, que le caía muy bien. El trabajo fortalecía sus músculos, y el dinero le permitía alquilar un pequeño semisótano en el barrio de Breiðholt. Se sacó el carné de conducir nada más cumplir los diecisiete años. Tenía ganas de tener un coche. Pasaba solo casi todo el tiempo.

Hasta que la volvió a ver en Reikiavik.

Durante los dos primeros años después de su llegada, la buscó con la mirada por toda la ciudad con la vaga esperanza de que ella también se hubiera trasladado a la capital, pero como no llegó a encontrársela nunca, su deseo de volverla a ver se desvaneció. Birta se había convertido en un

recuerdo lejano en el que podía refugiarse cuando se sentía mal. De ahí que se quedara sin habla el día que se cruzó con su rostro al salir de trabajar.

Era un bonito día de verano y estaba esperando el autobús en la parada de Hverfisgata, cuando Birta pasó por su lado. Subía la calle con un hombre mayor de aspecto desaliñado. Al principio no la reconoció. Primero la vio de cara, luego de perfil y finalmente de espaldas. Se demoró unos instantes tratando de recordar quién era, y cuando por fin la ubicó en su mente, le dio un brinco el corazón y salió corriendo tras ella. Sin embargo, cuando estaba a punto de llamarla por su nombre, se detuvo y se limitó a seguirlos de cerca.

Sabía que era ella. Lógicamente, su aspecto había cambiado. Había crecido, se había adelgazado y le habían salido pechos. Se había hecho una mujer, pero Janus seguía reconociendo su cara. Pese a la palidez de su rostro, sus ojos maquillados y sus labios pintados, conservaba la misma expresión. Era su amiga del pueblo, que de repente había pasado por delante de la parada del autobús. «¡Madre mía! ¿Cuántos años deben de haber transcurrido desde la última vez? ¡Y pensar que la tengo delante de mis narices!». Siguió a Birta y al hombre de pelo mugriento y piernas arqueadas con un anorak acolchado. Su amiga llevaba unos zapatos de plataforma con unas medias finas y una minifalda de cuero roja y brillante que apenas le tapaba el trasero, una cazadora negra, un pañuelo marrón alrededor del cuello y un jersey de lana verde agujereado. Su melena negra estaba sucia y, a pesar del buen tiempo, llevaba puestas unas orejeras con la cara de un osito que sonrió a Janus al pasar por delante.

Los vio acceder a un edificio de cuatro plantas que daba a la calle Hverfisgata. Esperó fuera unos instantes. Al poco, entró y se encontró en un patio de escaleras. A la izquierda, en un pequeño tablón negro, podían leerse los nombres de las empresas alojadas en el edificio. Ya había subido los primeros escalones cuando oyó ruidos un piso más abajo. Retrocedió, bajó con la espalda pegada a la pared y rodeó la escalera. Guiado por el sonido de unos gemidos ahogados, se adentró en la penumbra y vio a su amiga arrodillada delante del hombre. Le estaba haciendo con la boca lo mismo que hacían las mujeres de las revistas porno de su padrastro.

En la escalera oyó que sonaba de fondo el viejo éxito del cantante Vilhjálmur Vilhjálmsson.

Espérame, papá, espérame, que voy a hacia ti...

La carita del osito subía y bajaba, subía y bajaba...

Esperó frente al inmueble hasta que vio salir al hombre. Cuando Birta apareció unos segundos después, se acercó a ella y le preguntó si se acordaba de él, de Janus, el de los fiordos del noroeste. Pero su amiga parecía estar en otro mundo. La siguió hasta un escondrijo en la calle Njálsgata cuyos únicos muebles eran tres colchones tirados en el suelo. Se tumbó en uno y se quedó dormida. Él se acostó junto a ella y tardó un rato en conciliar el sueño.

Ella se despertó antes que él. Lo reconoció inmediatamente, pero no entendía por qué estaba en aquel lugar. No recordaba en absoluto que su amigo de la infancia la hubiera seguido hasta su casa. Se preguntaba qué hacía allí, durmiendo a su lado. Era como si hubiera caído del cielo y hubiera ido a parar justo encima de su colchón. Y lo más extraño de todo: se había convertido en un hombre.

De complexión robusta, Janus tenía las manos grandes y fuertes, la nariz prominente y los labios gruesos. Era rubio, de pelo abundante, y llevaba barba de tres días. Iba vestido con unos vaqueros azules, unas zapatillas deportivas, una cazadora verde y una fina camiseta blanca.

Lo zarandeó para despertarlo. Janus tardó en recordar dónde se encontraba. Miró a su alrededor, y poco a poco le fue viniendo a la mente lo sucedido.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó a su amiga.

—Janus —respondió ella.

—Ayer te vi en el centro, pero no me reconociste, y te seguí hasta aquí. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Reikiavik?

—Una temporada. ¿Llevas algo?

—¿Cómo que si llevo algo?

—Material. Droga. ¿Algo?

—No tomo. Lo siento —respondió. Había añadido «Lo siento» de forma automática. Nunca había consumido drogas.

—¿Tienes pasta?

—Un poco. Aquí no, pero puedo ir a buscarla.

—Pues ve a buscarla.

Solo más adelante, cuando recuperaron la amistad, se atrevió a preguntarle qué le había pasado para terminar así. Pero eso fue después de los tatuajes. Él se tatuó la B de Birta en la parte superior del brazo y ella una J en una nalga. ¿Por qué se había convertido en una yonqui callejera y se movía con gente vestida con chaquetas de cuero y cadenas que solo pensaba en cuándo se metería la siguiente dosis? La última vez que la había visto en el noroeste aún iba al instituto. En aquel entonces ya había quienes habían

empezado a fumar y a beber, pero Birta no era uno de ellos. Tenía un gran grupo de amigos. No la marginaban, como a él. ¿Qué clase de vida llevaba ahora en Reikiavik? ¿Cómo había llegado a aquella existencia miserable?

A Janus le daba la impresión de que su amiga no quería hablar mucho de sí misma. No era muy consciente de su propia situación y le importaba más bien poco. Su corta vida parecía un producto de su imaginación, un cúmulo de contradicciones y elusiones en las que se había hundido con el tiempo. Janus no había conseguido sacarla de las drogas. Al contrario, Birta había ido de mal en peor. Consumía todo lo que caía en sus manos. Le había enseñado lo que sabía hacer con un taladro, un trozo de madera y un bote de barniz. Clavaba la madera en la broca y removía el líquido tóxico hasta que se separaban los disolventes y los inhalaba. No paraba de robar botes de barniz y de cola. También tomaba pastillas de todos los colores y formas. Entraba en los hospitales y forzaba los armarios de los medicamentos. Pulverizaba laca y pintura en bolsas de papel y aspiraba hasta ponerse azul. Esnifaba pegamento y gas. Bebía de todo menos gasolina. Cuando tenía dinero compraba speed, cocaína, LSD, éxtasis y *crack*. Recientemente había empezado a pincharse heroína.

Cuando necesitaba renovar su vestuario, salía «de tendederos», como ella decía. Entraba en los jardines donde había ropa tendida y elegía las prendas que quería. También robaba en las tiendas. Era un milagro que la policía solo la hubiera detenido un par de veces por delitos menores, pero nada lo bastante grave como para que constara en su registro de antecedentes penales. Huía de los centros de desintoxicación y no pedía ni aceptaba ayuda de nadie.

Janus desconocía los nombres extraños con que su amiga hacía referencia a algunas sustancias. Como casi todo el mundo, había oído hablar del *crack*, el hachís y el speed, pero además estaban el «caballo», el «tema», los «tripis» o los «chinos». También oyó usar directamente la palabra «mierda», lo cual consideraba muy apropiado, puesto que eso era lo que le parecían las drogas: una mierda.

—Cuéntame qué te pasa —le preguntaba a veces, pero ella, irritada, le respondía que la dejara en paz. Birta le había hecho prometer que no criticaría su forma de vivir. Eso era lo único que le pedía: que no se metiera en su vida. Lo más doloroso para Janus era ver el modo en que su amiga se financiaba las drogas. Desesperado, incluso llegó a darle los pocos objetos de valor que poseía, pero al final decidió dejar de pasarle dinero al comprobar que no le hacía ningún favor. Más bien al contrario, solo servía para que consumiera drogas más caras. Al principio, antes de que se mudara con él a su semisótano

de Breiðholt, le pagaba el alquiler y la alimentaba, aunque en realidad no comía mucho. Le había prohibido terminantemente que llevara clientes a su apartamento, pero hasta en eso acabó cediendo. Solo procuraba no estar en casa durante los encuentros.

Pero a veces veía a quiénes traía a casa: viejos como el que iba con ella por Hverfisgata el día de su reencuentro; cincuentones vestidos con traje y corbata; chicos jóvenes, en ocasiones dos o tres; puntualmente alguna mujer.

Junto con el contrabando, aquel era el medio que le permitía obtener unos ingresos fijos. En ocasiones, cuando la enviaban a Copenhague, Ámsterdam o París para importar mercancía, se hacía con una buena cantidad de dinero y drogas. La usaban como mula y había aprendido a hacer de su trabajo un arte. Maquillándose recatadamente, tiñéndose el pelo, haciéndose trenzas y cambiando tanto su vestuario como su actitud, podía hacerse pasar por una adolescente en edad de recibir la confirmación, en lugar de parecer una drogadicta veinteañera que se prostituía. Tenía gran destreza para arrimarse a otras personas y fingir que viajaba con sus padres o sus abuelos. En cualquier caso, casi nunca parecía que viajaba sola. En la mayoría de las ocasiones se hacía pasar por la hija de alguna familia, con su pequeña maleta infantil.

Por esa razón, Birta era de incalculable valor para hombres como Herbert. Trabajaba para ellos y, con la parte que obtenía, podía vivir bien una temporada. La preciosa adolescente cruzaba la aduana con sus padres como si nada. Con el vientre, el recto y la vagina llenos de droga.

## 21

La tarde llegaba a su fin cuando Sigurður Óli regresó al hotel después de haber hablado con el médico. Quería salir inmediatamente hacia Ísafjörður para consultar los historiales de Janus y Birta en el hospital, pero no encontraba por ninguna parte ni a Erlendur ni a la mujer que se había quedado con él. Subió a su habitación y llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Sin embargo, le pareció escuchar movimiento en el interior, aunque no estaba seguro. La mayoría de los clientes del bar se habían ido a casa. Decidió tomarse una cerveza. Se sentó y le preguntó al dueño del local, situado al otro lado del mostrador, si sabía dónde estaba su compañero, el hombre que había estado sentado antes con él.

—Creo que ha subido con Gunna —respondió el propietario, un tipo delgado ataviado con un delantal blanco que lucía un prominente mostacho al estilo de Francisco José I de Austria.

—¿Gunna?

—La mujer que estaba sentada con vosotros. Gunna.

—¿Ha subido con ella a la habitación? He llamado a la puerta, pero no ha contestado nadie.

—¿Y te parece extraño? —comentó Francisco José con una sonrisa burlona.

—¿Por qué? ¿Conoces a Gunna?

—Bastante —respondió mientras le servía una pinta a Sigurður Óli—. He oído que habéis venido desde Reikiavik por lo de la chica del cementerio. ¿Era de por aquí?

—Eso creemos.

—¿A qué se dedicaba allí, en Reikiavik? —preguntó el dueño mientras secaba unos vasos y los colocaba en los estantes.

—Pensamos que era drogadicta y que se prostituía. Seguramente cometía delitos menores para pagarse las drogas, pero nunca lo bastante graves como para que la tuviéramos en nuestros registros.

—Cada vez que voy en avión a Reikiavik, tengo la impresión de que esa ciudad no para nunca de crecer. Lo cual no es raro teniendo en cuenta la cantidad de gente que se muda allí, y no solo de los fiordos del noroeste, sino de todo el país. Está claro que alguien tiene que comprar todas esas casas.

—¿Qué quieres decir?

—De alguna parte tienen que salir todos los que se mudan a esas casas. Es de cajón.

—¿Pensáis mucho en ello los de los fiordos? —preguntó Sigurður Óli.

—Bueno, de vez en cuando, sí. ¿Por?

—Tenemos entendido que la chica asesinada también le daba vueltas a esa cuestión —respondió Sigurður Óli—. ¿Puede que escuchara a la gente de aquí hablar de ese tema? —preguntó.

—Podría ser.

—En todo caso, las ciudades están creciendo. Ocurre en todo el mundo.

—Cierto.

—¿Qué más me puedes contar de esa tal Gunna? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Es de por aquí?

Al día siguiente, Sigurður Óli se despertó con resaca. Erlendur había bajado a pasear por la aldea bajo el luminoso sol de la mañana y ya estaba desayunando cuando Sigurður Óli se sentó a la mesa con él. Ante la expresión radiante de su compañero, sonrió para sus adentros.

—Ayer desapareciste —dijo antes de pedirle lo mismo que él al ver un succulento plato de beicon acompañado de tres huevos, un vaso de zumo de naranja y un café.

—Me acosté pronto —explicó Erlendur con un tono de voz casi jovial—. ¿Te contó el médico algo interesante?

—Sí, recordaba un accidente tras el cual habían ingresado al chico llamado Janus en el hospital de Ísafjörður. Me hubiera gustado ir para allí inmediatamente, pero no estabas por ninguna parte. ¿No me oíste cuando llamé a la puerta?

—No. Estaría dormido. Estaba hecho polvo.

—Según el médico, encontraremos información sobre Janus y Birta en Ísafjörður. Tenemos que salir para allá cuanto antes.

En ese momento sonó el móvil de Erlendur. Elínborg le dio los buenos días antes de explicarle lo de la operación de la brigada de las fuerzas

especiales de la tarde anterior y de contarle lo que habían descubierto en el apartamento de Janus.

—Pásamela —le pidió Sigurður Óli. Erlendur le dio el teléfono.

—Elínborg, ¿qué dijo Dóra sobre Birta y las casas? ¿No era que el hombre era dueño de todas y que alguien tenía que mudarse a ellas?

—Ah, sí, ¿qué era? —respondió Elínborg—. Se preguntaba quiénes se mudarían a todas esas casas de Reikiavik o algo así. No sé, un galimatías. ¿Por qué?

—Anoche escuché algo parecido —explicó Sigurður Óli antes de contarle su conversación con el dueño del hotel. Erlendur escuchaba con atención.

—¿Y también lo expresó en esos términos? —preguntó Elínborg—. Se parece mucho a lo que Dóra le oyó decir a Birta. ¿Que a los de los fiordos les preocupa mucho saber a quiénes se venden las casas de Reikiavik? ¿Entendiste algo?

—Ni lo más mínimo —respondió Sigurður Óli.

Una vez terminado el desayuno, pagaron el alojamiento y la comida. Sigurður Óli abonó las cervezas de la noche anterior, que le parecieron unas cuantas. De camino al coche, no pudo resistir la tentación:

—¿Qué fue de esa mujer que se sentó con nosotros anoche, la del jersey enorme? —preguntó mientras abría la puerta del coche.

—Ni idea —respondió Erlendur al tiempo que se acomodaba en el asiento del pasajero—. Una mujer muy interesante. Tenía mucho que contar. La dejé abajo. Estaba agotado —explicó mientras tamborileaba con sus dedos sobre las rodillas y tarareaba una canción.

—¿No coqueteaba contigo?

—No, no, ¿qué dices? Para nada. Era una mujer intachable. ¿Qué insinúas?

—Ah, bueno, es que anoche estuvieron hablando de ella cuando volví. Por lo visto, la conocen en toda la región. Recorre los pueblos en busca de forasteros con los que acostarse, tanto si están de paso por trabajo como si forman parte de la tripulación de algún barco. Y parece ser que va con hombres de cualquier edad. Es famosa por eso. Dicen que «Gunna no deja pasar ni una».

—No, no —replicó Erlendur mientras se desvanecía su buen humor—. Yo me fui a dormir —insistió con la mirada clavada en la carretera.

La sonrisa de Sigurður Óli se petrificó ante el devastador efecto que había tenido su comentario en su compañero. Solo pretendía tomarle un poco el pelo, no dejarlo con el ánimo por los suelos. En todo caso, no le había

mentido. Lo que había dicho sobre Gunna era cierto, el dueño del hotel se lo había contado, pero estaba claro que, en ocasiones, no hacía falta explicarlo todo. Se preguntaba cómo podría compensar su metedura de pata, pero no se le ocurrió nada. Se prometió que no mencionaría ni una palabra de lo ocurrido al regresar a Reikiavik. Lo del antifaz ya había sido motivo de suficientes mofas. Continuaron en silencio hasta que Sigurður Óli trató por fin de animar a su compañero. En aquel momento estaban atravesando un nuevo altiplano, sumidos en una niebla helada.

—El hombre del bar me contó ayer la historia de un groenlandés que era prácticamente invencible. Salió a pescar en kayak por la costa oeste de Groenlandia, pero las aguas del Atlántico lo arrastraron hacia el sur, más allá del cabo Farewell, y llegó con vida hasta Aberdeen. La deriva lo había llevado hasta Escocia. Lo trasladaron al hospital, pero no lograron salvarlo. ¿No te parece un magnífico ejemplo de resistencia?

Erlendur se limitó a emitir un leve gruñido y continuaron su camino en silencio.

—¿No deberíamos comunicar los nombres de Janus y Birta a los medios para saber si alguien puede darnos más información? —preguntó finalmente Sigurður Óli.

—Si localizamos a sus familiares en Ísafjörður, digo yo que lo más educado sería comunicarles personalmente la noticia del fallecimiento —respondió Erlendur con sequedad.

No intercambiaron más palabras durante el resto del trayecto. Mientras Sigurður Óli se concentraba al volante, en la cabeza de Erlendur resonaba de nuevo la pregunta que se hacía el poeta: «¿Dónde se perdió el color de tus días?».

Oh, ¿dónde?

Después de un viaje sin incidentes, llegaron a Ísafjörður antes del mediodía y se dirigieron directamente a la comisaría, donde les facilitaron un informe sobre el accidente que había tenido lugar en el barco. En él aparecía el nombre de la chica: Birta Óskarsdóttir.

—Ella le salvó la vida —señaló Erlendur.

—En ese caso, ¿no te parecería extraño que la hubiera matado él? —preguntó Sigurður Óli.

—Bastante.

—¿Venís por lo de la chica de Reikiavik? —les preguntó el jefe de la comisaría después de entregarles el documento. Rondaba los cincuenta años y sin duda su obesidad debía de causarle problemas de hipertensión. Calvo, con la cara sonrosada y una espesa barba blanca de Papá Noel, estaba empapado en sudor.

—Sí —respondió Sigurður Óli—. Os enviaron su fotografía. Se llama Birta.

—Me temo que no me suena ni su cara ni su nombre —admitió el policía—. Supongo que iría al instituto de Ísafjörður. Allí los chicos se desmadran mucho. Ya lo creo. Bueno, se desmadran en todos lados. No parecen saber hacer otra cosa que no sea consumir alcohol y drogas.

De acuerdo con el informe, los padres de Birta se llamaban Erla Steingrímisdóttir y Óskar Jakobsson. La joven seguía censada en Ísafjörður, aunque ya no vivía en el hogar familiar. Tras darle las gracias al jefe de la comisaría, Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron al supuesto domicilio de Birta, situado en un bloque de pisos de las afueras. Allí les comunicaron que los antiguos inquilinos se había mudado unos años atrás. «Un grupo de chavales», les informó en la entrada una chica de unos veinte años. No, no sabía si con ellos vivía una chica joven. Sin embargo, sí conocía a Erla. «Supongo que ahora mismo estará trabajando. Vive en la calle Fáfnisvegur y es dependienta en la cooperativa. Está divorciada. Creo que su ex, Skari, se mudó a Reikiavik hace unos años y ella enseguida se buscó a otro. ¿Por qué preguntáis por ellos?».

Se marcharon sin que Erlendur respondiera a su pregunta. Habían llegado al final del trayecto. Habían encontrado a la chica. No solo conocían el nombre de sus padres, sino que en unos instantes iban a conocer a su madre en persona y le iban a explicar que habían encontrado el cuerpo sin vida de su hija en un cementerio de Reikiavik, desnudo y ultrajado. Dada su falta de experiencia en comunicar fallecimientos, y menos aún en aquellas circunstancias, les preocupaba la posible reacción de la madre.

Sigurður Óli llamó a Elínborg para ponerla al corriente y le dio los nombres de los padres de Birta. Puesto que Óskar vivía probablemente en Reikiavik, le pidió que lo localizara y le comunicara la muerte de su hija.

Se detuvieron un momento frente al edificio de la cooperativa e intercambiaron una mirada.

—Bueno —dijo Erlendur—, vamos allá.

Al entrar, preguntaron por Erla y le señalaron a la mujer que atendía en el mostrador de la carnicería. La saludaron, le anunciaron que querían hablar

con ella y le preguntaron si podía encontrar a alguien que la sustituyera unos minutos. Sin entender la razón de su visita, llamó a una chica para avisarla de que entraba un momento en la trastienda. Los agentes la acompañaron y se sentaron con ella.

Erla no tendría más de cuarenta años. Iba vestida con una bata azul con ribetes rojos; se encendió un cigarrillo y Erlendur la imitó. Lucía una abundante cabellera rubia recogida en un moño, las uñas pintadas de rojo y un saludable bronceado veraniego. Alrededor de sus ojos se apreciaban algunas arrugas incipientes.

Le preguntaron si tenía una hija llamada Birta.

—Sí, Anna Birta. Se llama Anna Birta y vive en Reikiavik. ¿Ocurre algo?

—¡Anna Birta! —exclamó Erlendur—. Claro. Por eso no la encontrábamos en el registro civil.

—Todo el mundo la llama Birta a secas. ¿Qué sucede?

Le explicaron la situación sin andarse con rodeos. Se guardaron los detalles para más tarde.

Incrédula, la mujer negaba con la cabeza mientras miraba sucesivamente a aquellos dos policías de Reikiavik a los que no conocía de nada.

—Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Que Birta está muerta?

Erlendur asintió. Tenía que acompañarlos al sur para confirmarlo, aunque ya tuvieran la certeza.

—¿Es ella la chica del cementerio? ¿La de la tumba de Jón? ¿Ella es mi hija?

—Me temo que sí —respondió Erlendur antes de explicarle cómo habían llegado a esa conclusión. El hecho de que nadie hubiera denunciado su desaparición había dificultado el trabajo—. ¿Os manteníais en contacto a menudo?

—¿En contacto? Dios mío... Es como si algunos niños... Madre de mi vida —dijo rompiendo a llorar.

Erlendur sacó la fotografía de su cartera y la miró un instante antes de tendérsela a Erla. La mujer la cogió y la observó detenidamente. Apenas reconocía el rostro de su hija. Estudió la imagen hasta que comenzó a identificar sus rasgos faciales: la boca, el mentón, la nariz, los párpados de la niña que había tenido una vez y que hacía mucho tiempo que había desaparecido de su vida.

Sentados frente a ella, los policías guardaban silencio.

—Nos gustaría que vinieras con nosotros a Reikiavik para identificar a Birta y llevarla de vuelta a casa —dijo Erlendur finalmente mientras extendía

la mano para recuperar la fotografía.

Erlendur observó a aquella madre que se miraba el regazo, con su bata azul ribeteada en rojo, su pelo recogido en un moño, sus arrugas alrededor de los ojos y sus uñas pintadas. En cuestión de un instante, su vida había dejado de ser la de siempre. Había recibido a los dos hombres con una amplia sonrisa que se fue desdibujando al escuchar quiénes eran y de dónde venían. A medida que le explicaban el motivo de su visita, la seguridad de su rostro fue dando paso a la incredulidad, el dolor y la soledad. Erlendur pensó en la trágica noticia que le acababa de comunicar. Sentado en la trastienda de una carnicería, acababa de transmitirle a aquella mujer de aspecto cansado el mensaje que la muerte tenía para ella. Él también agachó la cabeza y pensó en lo cruelmente cotidiana que podía llegar a ser la pérdida de un ser querido.

De pronto, se acordó de Kalmann. El muy cabrón lo había llamado *stupid* y le había colgado el teléfono.

Sumido en la más absoluta oscuridad, Herbert había perdido la noción del tiempo. Tumbado boca arriba en el cajón del horno, con el torso apretado contra la rejilla de metal, no había podido dar más que alguna cabezada suelta. Pensaba en el bidón que reposaba encima de él. Se preguntaba si aquel desgraciado se atrevería realmente a rociarlo con gasolina y a prenderle fuego. Se acordaba vagamente de aquel capullo, lo había visto con Birta. No sabía qué pretendía, el muy gilipollas: él no había matado a su amiga ni entendía a santo de qué le venía con aquella moralina de las drogas. ¡Ni que él tuviera la culpa de todos los males de la sociedad! ¡Menuda estupidez!

No escuchaba ni el más mínimo ruido, y no sabía en qué lugar de Reikiavik podría haber un horno de aquellas dimensiones. Debía de encontrarse en alguna fábrica de productos alimentarios, pero estaba claro que allí no trabajaba nadie. ¿Estaban todos de vacaciones? ¿Y cómo sabía aquel animal de la existencia del horno? Metido en el cajón, pensaba en Janus y en Birta, pero poco a poco la figura de Kalmann invadió su mente hasta convencerse de que el *fucking big-shot* había montado todo aquello para deshacerse de él. A decir verdad, en aquella hipótesis no encajaba demasiado el sermón moralista del cretino que lo había secuestrado, pero podía tratarse de una estrategia para engañarlo.

Estaba dispuesto a hacer todo lo posible por salir de aquel cajón: mentir, traicionar, ofrecer dinero, prometer el oro y el moro. Lo único que quería era salir y cargarse a aquel hijo de puta. Meterlo en el cajón y preguntarle qué le parecía aquel infierno. Nadie que quisiera llegar a viejo se meaba encima de Herbert.

Preso de su propia megalomanía, estaba convencido de que muy pocas personas se atreverían a tratarlo así. Y quien lo hiciera, sin duda tenía que actuar bajo las órdenes de algún pez gordo. Herbert no era ningún don nadie.

Era una figura respetable en el mundo en el que se movía. Ningún mierdecilla lo raptaría así como así, sin obedecer a una autoridad superior.

Su cerebro estaba completamente desbordado y sus pensamientos eran cada vez más confusos. Su teoría sobre una posible conspiración contra su persona no acababa de encajar. Birta le había contado que era amiga del capullo y que lo conocía desde la infancia. Sabía que Janus había tratado de alejarla de él. También había intentado que dejara las drogas. Pero Birta era un caso perdido. No tenía remedio. Era la mayor yonqui que Herbert había conocido jamás. No había forma de ayudarla. Estaba cayendo en picado hacia el infierno.

Herbert estaba convencido de que era Kalmann quien la había asesinado. Tal vez sin querer. Tal vez por diversión. Era un hombre imprevisible y pocas cosas lo divertían. De entre todas las chicas que Herbert le proporcionaba, Birta era su favorita. Tenía unos veinte años. A veces las pedía más jóvenes. Otras veces quería alguna chica extranjera del Boulevard. Sin embargo, en Birta parecía ver algo que a Herbert se le escapaba. Recordaba que lo último que hizo hecho antes de tomar su vuelo a Estados Unidos para pasar allí dos semanas fue decirle a Birta que Kalmann quería verla. Por eso se quedó de piedra cuando aquel par de imbéciles de la Judicial se presentaron en su casa para contarle lo de Birta. Kalmann era un conocido personaje de la vida pública y procuraba no ser visto con cualquiera. Solía organizar encuentros con chicas en su casita de veraneo, una de las más apartadas de la urbanización que bordeaba el lago Þingavallavatn. Herbert la llevaba hasta allí en coche y la traía de vuelta. A veces Birta salía con moratones, pero Herbert sabía que se dejaba porque le pagaba bien. Hacía cualquier cosa por dinero. Era conocida por ello.

Su sospecha de que Kalmann andaba detrás de aquel secuestro ya se había convertido en certeza cuando la puerta se abrió de nuevo y Janus entró en el horno. Así le resultaba más fácil aceptar su situación. Ningún mequetrefe metía a Herbert Rothstein en un cajón y lo dejaba a oscuras.

—Ha sido el *fucking* Kalmann quien te ha ordenado raptarme, ¿verdad? ¿A que ha sido él? —le gritó a Janus, que había caminado hasta detenerse encima de él. La grasa endurecida se desgajaba bajo sus pies y caía sobre Herbert.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea? —preguntó Janus, asombrado—. ¿En serio crees que trabajo para Kalmann?

—*Yeah, man*. No sería nada del otro mundo. ¿Cuánto te paga, *man*? Yo te puedo dar más. Dime cuánto y solucionamos esto en un periquete, *man*. ¿Qué

me dices? Sácame de aquí, *piece of shit*.

—Birta me contó que erais amigos desde hace mucho tiempo. Que habíais hecho muchas cosas juntos y que presumías de ser amigo íntimo de Kalmann. Te pavoneabas de que podías hacer que lo pillaran cuando quisieras. Birta no sabía a qué te referías. Pero le he estado dando vueltas al asunto y he pensado que tal vez podrías ayudarme.

—Soy todo oídos, *man* —respondió Herbert.

—¿Cómo puedo conseguir información sobre Kalmann y sobre ti?

—Claro, claro, claro... Y Kalmann no tiene nada que ver con esto, ¿no? Claro, claro, claro. ¿Pretendes hacerme creer que no sabes una mierda sobre Kalmann? Si no es él, ¿quién querría obtener información sobre nosotros? Quiere hacerse con los documentos, ¿eh? Le ha entrado miedo, ¿verdad? Quiere las pruebas porque cree que puedo delatarlo. *Piece of shit*. Mató a esa puta de Birta allí, ¿a que sí? En su casa de veraneo, ¿verdad? Se le fue la mano. Tanto tiempo estuvo dándole hostias que al final se la cargó. ¿Y dónde estabas tú entonces, capullo? ¿Dónde te estabas pajeando mientras la mataba, gilipollas? ¿Eh? ¿No era tu mejor amiga?

Janus levantó el bidón de gasolina y comenzó a desenroscar el tapón.

—Puede que tú le echaras una mano, ¿no? —continuó Herbert—. Que la matarais entre los dos, como buenos colegas. Tú también estás metido en este embrollo y ahora tenéis miedo de que el viejo Hebbi se vaya de la lengua, ¿no es así? ¿Te ha enviado Kalmann para matarme? ¿Es eso, *piece of shit*?

Janus comenzó a verter gasolina sobre la rejilla. Herbert jadeó al notar el sabor. Roció bien a su prisionero, cerró sin prisas el bidón y lo dejó apoyado en el suelo. Sacó una caja de cerillas. Histérico, Herbert lo insultaba desde el cajón mientras trataba de levantar en vano la rejilla.

Janus se quedó petrificado. Le zumbaban los oídos. Sacó una cerilla y frotó la cabeza contra el rascador, como hipnotizado. El chispazo lo sobresaltó y la llama se calmó gradualmente hasta arder con estabilidad. Herbert guardó silencio al ver que Janus soltaba la cerilla y la dejaba caer sobre su cara.

Comenzó a dar gritos con todas sus fuerzas pensando que, al cabo de un segundo, sería pasto de las llamas. Al ver que no pasaba nada guardó silencio, y a través de la rejilla le lanzó a Janus una mirada cargada de odio mientras temblaba de miedo y de rabia.

—La próxima vez estará encendida —le advirtió Janus con voz trémula—. Nada me apetece más que ver cómo te asas en este cajón. Y es lo que veré si no me dices lo que quiero saber. Tienes que entenderlo.

Herbert asentía en silencio mientras escuchaba a Janus.

—Dime dónde puedo encontrar los documentos que te relacionan con Kalmann.

—¿Cómo sé que me vas a soltar si te lo digo?

—No lo puedes saber —respondió Janus.

Herbert emitió un gruñido desde el cajón.

—¡Los documentos! ¿Dónde los guardas?

—¡Cállate la boca, pajillero! —gritó Herbert mientras luchaba por salir de su hoyo.

Janus sacó de nuevo la caja y escogió una cerilla con las manos temblorosas. Tenía la impresión de que le iban a fallar las piernas de un momento a otro. Con los ojos desorbitados, Herbert miró a Janus repetir el mismo juego. Quería tratar de disuadirlo por última vez. No terminaba de creerse que realmente tuviera agallas para quemarlo vivo.

—¡No tienes huevos, hijo de puta! —le gritó. Janus lo miraba fijamente con la cerilla encendida entre sus dedos. Se agachó y paseó la llama por encima de su cara y, en el momento en que se disponía a soltarla, Herbert le rogó a gritos que no lo hiciera, por el amor de Dios.

Tras solicitar un par de días libres en la Cooperativa, Erla pidió a Erlendur y a Sigurður Óli que la acompañaran a casa. Había aceptado ir con ellos a Reikiavik ese mismo día. Vivía en una casa adosada, limpia y ordenada. Los invitó a entrar. Birta había abandonado el hogar tanto tiempo atrás que apenas quedaban objetos que la recordaran: unas pocas fotografías de su infancia, unos libros y un salvamanteles de cerámica con las huellas de sus dedos. Lo había hecho en la guardería a los cuatro años. Erla también guardaba las escasas cartas que le había enviado su hija desde Reikiavik antes de que dejara de escribirle.

Terriblemente afectada por la noticia del fallecimiento, la madre de Birta lloraba en silencio. Los policías le preguntaron si quería que llamaran a algún conocido, quizá podían localizar al cura, pero ella rechazó su ofrecimiento. También le preguntaron si sabía de alguien en Ísafjörður que hubiera conocido a su hija durante la infancia, alguien que pudiera proporcionarles alguna información de utilidad, pero a la mujer no le vino nadie a la cabeza. Birta se había mudado a Reikiavik unos cinco años atrás y sus viejos amigos del noroeste no les podrían contar mucho. «Aquí no quedaba más que gentuza. Mi hija se juntó con malas compañías —explicó Erla—. Estábamos mejor cuando vivíamos en el pueblo».

Antes de salir hacia el aeropuerto, Erlendur se acercó a las oficinas del sindicato regional y allí se vio con su presidente, Þorfinnur, un hombre alto y elegante de unos treinta y cinco años que lo saludó con un fuerte apretón de manos antes de invitarlo a pasar a su despacho. Erlendur le dijo que se había estado informando sobre la influencia de las cuotas en los fiordos del noroeste, pero no compartió con él las reflexiones que había hecho durante su viaje por la región. Simplemente quería conocer algunos detalles y no sabía adónde acudir. No conocía las navieras locales, pero daba por hecho que el sindicalista estaría bien informado.

—¿Sabes quiénes han sido los mayores compradores de cuotas en el noroeste? —le preguntó sin rodeos en cuanto se sentaron.

—Se dice que los de Akureyri. Son los que tienen las principales navieras del país, ¿no?

—¿Y los de Reikiavik?

—Sí, también. Recorrieron fiordo tras fiordo en busca de cuotas.

—¿Quiénes?

—Los que hicieron los túneles de la región. Trabajaban para una constructora. ¿Cómo se llamaba el dueño? Ah, sí. Kalmann.

—¿Kalmann?

—Eso es.

—¿Qué tiene que ver Kalmann con las cuotas? Pensaba que lo suyo era especular en el sector de la construcción.

—A mí no me preguntes. Pero los que vinieron eran hombres que estaban a su cargo. Hace tiempo que he dejado de entender el negocio de las cuotas, pero te puedo asegurar que hay tantos trapicheos que no me sorprendería lo más mínimo que unos especuladores de Reikiavik se hubieran puesto a coleccionar cuotas. Ya estoy curado de espantos.

Sobre las tres, Elínborg y Þorkell recogieron a sus dos compañeros y a la madre de Birta en el aeropuerto de Reikiavik. Los llevaron directamente al depósito de Barónsstígur, donde Erla confirmó que se trataba del cadáver de su hija. Como ya había derramado todas sus lágrimas, se limitó a contemplar el rostro azulado de Birta y a darle un beso en la frente. Los policías le explicaron de qué manera pensaban que había muerto. Fue entonces cuando pudo enterarse de los detalles. Estupefacta, Erla escuchó a los policías mirándolos fijamente.

—Virgen santa —suspiró. Erlendur le dio un abrazo, la condujo a una pequeña sala y se sentó con ella hasta que se recuperó.

La mujer quería regresar a los fiordos tomado el vuelo que salía esa misma tarde. No había ningún impedimento para que se llevara a Birta con ella. La policía no necesitaba conservar el cadáver, así que se le concedió sin problemas el permiso de traslado. Mientras Elínborg se ocupaba del trámite, Erla acompañó a Erlendur y a Sigurður Óli a la comisaría de Kópavogur para que le tomaran declaración.

Le contaron a qué pensaban que se había dedicado su hija en Reikiavik. Erla recibió en silencio la información y trató de explicarles que había intentado no pensar demasiado en la situación de su hija. Se había dado por

vencida. Ni se le había pasado por la cabeza que ella pudiera haber llegado a aquel extremo.

Nacida en Ísafjörður, en 1976, Birta había fallecido a los veintidós años de edad. Erla solo era una joven de dieciocho cuando la tuvo. Tras divorciarse del padre de su hija, se volvió a casar y tuvo dos hijos más, ahora de dieciséis y diecisiete años. Ambos estudiaban en Reikiavik. Birta perdió todo contacto con su familia desde que se marchó de casa siendo aún una adolescente. Erla no sabía exactamente dónde vivía su exmarido. Se trasladó a la capital cuando su hija tenía tres años y nunca supo nada más de él, aunque ella tampoco se esforzó mucho en seguirle la pista. Birta nunca lo echó de menos. De niña era una chica encantadora, puede que más bien tímida e introvertida, pero siempre amable y servicial. No tenían mucho dinero, pero tampoco les faltaba nada esencial.

Al terminar la primaria y comenzar el instituto en Ísafjörður, experimentó un notable cambio en su comportamiento.

—Se rodeó de malas compañías, como suele decirse —explicó Erla, sentada frente a Erlendur en su despacho. Sigurður Óli estaba de pie, con la espalda apoyada en un archivador—. Enredaban con el hachís y esas cosas, pero, a diferencia de los demás, a mi pobre Birta se le fue de las manos. Tuvo que ocurrir algo que todavía me resulta inexplicable. Nunca había visto nada parecido. Cada vez necesitaba más y más. Todo fue muy rápido. No había cumplido los diecisiete y ya había empezado a tomar unas pastillas muy fuertes, tasis, o no sé qué.

—Éxtasis, seguramente —aclaró Sigurður Óli.

—Había otra cosa que llamaba speed. Y luego estaba el *crack*. Nos llevábamos como el perro y el gato. Llevaba dos años sin verla y casi no la he reconocido en la foto que me habéis enseñado. Pobre criatura. ¿Cómo puede alguien engancharse a las drogas de esa manera? ¿Cómo puede una persona hacerse eso a sí misma y tomar todas esas sustancias? ¿Qué quería? ¿Autodestruirse? No lo concibo.

—¿Vivió alguna experiencia durante la infancia o la adolescencia que pudiera explicar su evolución? —le preguntó Erlendur.

—Yo diría que Birta se crio en un hogar islandés normal y corriente, si es eso a lo que te refieres. Bueno, es verdad que hubo un divorcio, pero eso nos afectó exclusivamente a su padre y a mí.

—¿Nunca acudió a un centro de desintoxicación? —preguntó Sigurður Óli.

—Se reía de esos lugares. Se burlaba de esas tonterías cuando se las mencionabas. Le parecían una idiotez. Se reía en mi cara cuando trataba de hablar con ella. Contestaba con arrogancia cuando alguien osaba decirle que estaba tirando su vida a la basura. Trataba con desprecio a todos los que se preocupaban por ella e intentaban ayudarla. Al final desistí y dejé de meterme en su vida. Sé que es horrible decirlo. Pero terminas cansándote, ya me entendéis. Te cansas de todo. Te cansas, sin más.

—Creo que sé lo que quieres decir —convino Erlendur.

—Así que esa es la razón por la que nadie había denunciado su desaparición. No estaba en contacto con ninguna persona de su familia —concluyó Sigurður Óli.

—Cuando vi la noticia del cadáver hallado en el cementerio, ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser ella. Ni por un momento. Así de ciegos podemos llegar a estar. Era incapaz de imaginar que pudiera estar muerta.

—¿Conoces a algún amigo suyo de Reikiavik? —preguntó Erlendur—. ¿O alguien con quien se viera?

—No sé prácticamente nada. Sabía que tenía una amiga, Dóra, si no recuerdo mal. Y también que se había reencontrado con un viejo amigo suyo de los fiordos. Un chico que había ido con ella al colegio y que se había trasladado a Reikiavik.

—¿Janus?

—Sí, se llamaba Janus. Habíamos sido vecinos de su madre, Guðrún.

—¿Recuerdas su apellido también?

—Guðrún Þorsteinsdóttir.

—¿Te mencionó Birta alguna vez a un hombre llamado Herbert? —preguntó Sigurður Óli.

—No me suena. ¿Quién es?

—Pensamos que conocía a tu hija —respondió Sigurður Óli sin entrar en detalles.

—Luego está lo de Jón Sigurðsson —comentó Erlendur—. ¿Crees que podría significar algo que la dejaran en su tumba?

—No tengo ni idea —dijo Erla—. Eso es otra cosa que tampoco entiendo. ¿Qué pinta Jón Sigurðsson en todo esto?

Erlendur y Sigurður Óli se encogieron de hombros.

Erla recibió la ayuda necesaria para poder trasladar el cadáver de su hija hasta Ísafjörður. Pusieron el cuerpo en un ataúd blanco que colocaron en la cinta

transportadora e introdujeron en la bodega del avión. Los pocos familiares que tenía Birta esperarían el féretro en el noroeste. La policía procuró agilizar el trámite del traslado para ese mismo día sin informar a los medios de comunicación. Aún no habían localizado al padre. Según las pesquisas de Porkell, se hallaba en el extranjero.

Tras despedirse de Erla, Erlendur llevó a casa a Sigurður Óli. De camino le explicó por encima su charla con el sindicalista de Ísafjörður y le dijo que había aparecido el nombre de Kalmann en la conversación.

—Me contó que alguien que trabajaba para él había estado comprando cuotas en los pueblos del noroeste. ¿Qué hace una constructora metiendo las narices en el mundo de las cuotas de pesca? ¿Me lo sabrías decir?

—Kalmann es un ricachón. Y posee un montón de casas. ¿Será el hombre al que se refería Dóra?

—Lo más seguro. ¿Puedes decirme qué está ocurriendo aquí?

—Ni idea —respondió Sigurður Óli antes de escapársele un bostezo. Estaba agotado después de una larga jornada. Solo pensaba en llegar a casa y echarse a dormir—. ¿Crees en serio que los especuladores de cuotas y el negocio inmobiliario podrían guardar alguna relación con la muerte de Birta?

—Ya no sé qué guarda y qué no guarda relación con nada. Ese el problema. Voy a pedirle a Elínborg que investigue.

—Así que la chica se llamaba Anna Birta.

—Qué manía con ponerles dos nombres a los hijos —protestó Erlendur—. No tiene ningún sentido y no hace más que complicarle la vida a todo el mundo.

La tarde llegaba a su fin cuando Erlendur decidió volver a su despacho. No le apetecía ir a casa. Pensó en Eva Lind y en Sindri Snær. Pensó en sí mismo y en el matrimonio que había roto unas décadas atrás. Sus hijos no se diferenciaban mucho de Birta. Aunque puede que hubiera cierta distancia. O puede que no.

En su despacho le esperaba el informe final de la autopsia. El forense lo había hecho llegar a comisaría el día anterior. Había enviado muestras de sangre a los laboratorios del Hospital Nacional para realizar unos análisis más precisos y el documento mostraba los resultados en letra mayúscula. Erlendur tardó en darse cuenta de lo que estaba leyendo. Cuando por fin lo comprendió, golpeó la mesa con los puños, lleno de rabia y de impotencia.

Birta no solo era seropositiva, sino que también había desarrollado el sida. Sin embargo, no se había detectado la presencia de los medicamentos más comunes para tratar la enfermedad. No parecía haber hecho nada para

contrarrestarla. La joven no aparecía en ningún registro médico. Al parecer, no se había sometido a ninguna prueba. Cabía la posibilidad de que ignorara su condición, pero era difícil de creer dado el avanzado estado de la enfermedad.

Erlendur miró fijamente el informe y murmuró:

—*Do you like girls?*

Birta se lo había contado a Janus poco antes de morir, durante el enésimo intento de su amigo de hacerla entrar en razón. Se lo dijo como si tal cosa: «Tengo el sida y me voy a morir. —Con total desafecto—. Me voy a morir».

En Ámsterdam existían centros donde realizaban análisis de sangre y podían conocerse los resultados al cabo de uno o dos días. Birta se hizo la prueba durante uno de sus viajes para Herbert y le comunicaron que era seropositiva. Birta escuchó las palabras de la mujer gorda de la bata blanca y comprendió inmediatamente las consecuencias de su situación. De hecho, ya intuía que tenía el sida antes de conocer los resultados. No era normal que se sintiese tan enferma.

Recibió la noticia un año antes de morir.

—Me enteré en Ámsterdam —siguió explicándole, impasible—. Por eso estoy siempre mala. La enfermedad está muy avanzada. No entres en pánico. No vas a ganar nada poniéndote histérico.

Sentado en una silla junto a su cama, Janus no entendía lo que su amiga le estaba contando.

—¡El sida! Espera, ¿de qué estás hablando? —dijo tartamudeando—. ¿El sida? ¿Que tienes el sida? ¿Y dónde has podido pillarlo? —le preguntó con su ingenuidad de siempre.

—Querrás decir dónde no he podido pillarlo.

—Pero es una enfermedad mortal, ¿no?

—Creo que en todos los casos —respondió con el ceño fruncido.

—En todos... ¿Te parece gracioso? ¿De verdad te hace gracia? ¿Es que hay algo en tu vida que pueda ser gracioso? ¡Te lo estás inventando! Dime que te lo estás inventando. No tienes el sida. Solo estás pachucha. Lo que pasa es que tu forma de vivir te está pasando factura, pero no tienes el sida. No puedes tenerlo. Las personas con sida se mueren, ¿entiendes? No bromees con esas cosas. No te burles de algo así. ¡El sida! ¡Qué disparate!

—No me lo estoy inventando. Llevaba un tiempo sospechándolo. Seguramente lo cogí pinchándome o foll...

—Me estás mintiendo. Dime que me estás tomando el pelo. Vale ya. — Janus la miraba fijamente sin poderse creer lo que estaba oyendo.

—¿No te he hablado nunca de Helga? Estoy segura de que me lo pegó ella. Murió de sida. Comencé a chutarme con ella. Creo que la palmó el año pasado.

—¿El sida? ¿En serio que tienes el sida?

—Lo siento.

—¡Lo siento! ¿Cómo que «lo siento»? ¿Es que no puedes decir otra cosa?

—¿Qué quieres que diga? ¿Es que hay algo que pueda decirse? ¿Hay realmente algo que decir? ¿Qué quieres oír? ¿Quieres que llore por las esquinas y me compadezca de mí misma? Hace tiempo que dejé de hacerlo.

—¿No te arrepientes de nada? ¿No te arrepientes de haber llevado esta vida de drogadicta? Tenías que saber a qué te exponías.

—¡Me prometiste que no me sermonearías! Hago lo que me da la gana y acepto las consecuencias. Me lo prometiste. Y ahora quiero que me prometas otra cosa.

—Debería haberlo parado. Debería haber hecho algo. Pensé que tenía tiempo. Solo tienes veintidós años. Pensaba que tarde o temprano te podría ayudar a salir del infierno, que lograría convencerte de que debías dejar esa vida. No sé qué buscas. No lo entiendo y no lo he entendido nunca, igual que no he entendido nunca las razones que te llevaron a hundirte de esa manera. Me prohibiste que sacara el tema, que me metiera en tu vida. Y ahora es demasiado tarde.

—Dudo que hubieras podido impedir nada de esto, aunque hubieras conseguido que dejara de pincharme. Si fue Helga quien me lo pegó, entonces ya tenía el sida antes de que nos reencontráramos. Así que no te martirices por no haberme salvado la vida. Si yo no puedo, nadie puede, ¿entiendes?

—No, no entiendo nada. No entiendo por qué dejas que unos cerdos como Herbert te influyan de esa forma. No entiendo cómo has podido llegar a prostituirte...

—No depende de mí. Ni de ti ni de mí. Te lo he dicho un millón de veces. Te pido que no me juzgues desde tu mundo perfecto. Ese mundo no existe. Tienes que prometerme una cosa más.

—Me parece que ya te he prometido bastante —le replicó Janus, que aún no había asimilado lo que Birta acababa de contarle. Había mantenido su palabra y no se había metido en su vida, ni con lo de las drogas ni con lo de la prostitución, aunque a veces no había podido contenerse y le había largado un sermón para convencerla de que visitara a un médico, se hiciera una revisión

o asistiera a terapia en algún centro de desintoxicación. Los había a montones, y al final todos acudían a uno, incluidos los propios amigos de Birta. ¿Por qué ella no? ¿Por qué no hacía como los demás? ¿Le daba vergüenza? ¿Le daba más vergüenza eso que tirar su vida a la basura?

—Quiero que me prometas que no me llevarás al hospital, por mucho que mi estado empeore.

—Pero necesitas medicamentos. Tienes que ver a un médico. Se puede frenar el avance de la enfermedad.

—Muy bien, pero no me lles al hospital hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo? Iré cuando me parezca. Pero no antes.

—Pero así no podrás...

—No lo estás entendiendo, imbécil —le espetó—. No sabes de qué estás hablando. Eres incapaz de entenderlo y no hace falta que lo entiendas. Limítate a dejarme en paz.

Janus bajó la mirada y se quedó en silencio. Ella cerró los ojos. De fondo se escuchaba una música jazz que sonaba en la radio de la cocina. También se oía a un grupo de niños jugando en el jardín. El tiempo se detuvo durante un instante. Al cabo de un momento, Birta retomó la palabra y habló con voz meditabunda, sin abrir los ojos. Janus la escuchaba atentamente.

—Sé lo que intentas hacer por mí —admitió—. Sé que es un gesto bonito por tu parte y que me quieres, pero es que no soporto que se metan en mi vida. Es superior a mis fuerzas. Quiero vivir libremente como yo decida. No quiero que nadie se compadezca de mí. No quiero reproches ni preguntas. Solo quiero que me dejen ser como soy.

Guardaron un largo silencio. Las voces de los niños se habían alejado.

—Yo también me hago esas preguntas —continuó Birta—, pero ya se me ha olvidado lo que pudo haber pasado. Si es que pasó algo. ¿Es que siempre tiene que pasar algo? ¿Es que todo tiene que suceder por alguna razón? A veces pienso en dejarlo. Tengo amigos que lo han dejado. La mayoría han recaído, pero unos pocos han conseguido salir. Seguro que yo también podría dejarlo una temporada, o incluso ir a terapia para dejarlo del todo y ponerme a trabajar. Pero ¿qué opciones tendría? ¿Perder diez años estudiando? ¿Trabajar de cajera? Mi madre ha trabajado como una esclava toda su vida en la Cooperativa. Solo la recuerdo con su bata de nailon, todo el día sonriéndole a una panda de marujas. ¿Eso es vida? ¿Qué me ofrece la vida? ¿Tener un marido e hijos? Papá dejó a mamá cuando yo tenía tres años y nunca supe nada de él. ¿Ese es el tipo de hombre que debo encontrar? Mi madre tuvo dos hijos con su siguiente marido y, de pronto, dejé de existir. Nadie me hacía

caso y yo no le hacía caso a nadie. No quiero que nadie se meta en mi vida. Me toca las narices que ahora la gente se preocupe tanto, cuando resulta que antes pasaba totalmente de mí.

—A mí sí me hacías caso —le recordó Janus.

—Tú eras como yo. Nadie te quería.

—Pero yo no comencé a drogarme. Ni me he prostituido.

—Eso no empieza así. No creo que nadie se proponga engancharse. No sé cómo ocurrió. Poco a poco dejas de pensar en ello. Desapareces en una especie de niebla hasta que un buen día te llevas un susto porque no te encuentras la vena en el brazo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cuántos años han pasado? ¿Dónde he estado metida todo este tiempo? Pero enseguida te olvidas.

—Y luego coges el sida.

—Y luego te mueres.

De pie, sobre la rejilla del horno, Janus se preguntaba si podría hacerlo, si odiaba tanto a Herbert como para quemarlo vivo. Recordaba las palabras de Birta. ¿Cómo había llegado a verse en aquel horno decidiendo si le quitaba o no la vida a otra persona? ¿Qué había ocurrido? No lo sabía. Solo sabía que odiaba profundamente a esos dos hombres: Herbert y Kalmann. Quería vengarse de aquellos a los que consideraba responsables de la muerte de Birta.

Existían diversas teorías sobre el origen de la fortuna de Kalmann. Según la que probablemente tenía más visos de ser cierta, provenía de una serie de actividades comerciales carentes de escrúpulos. Kalmann no procedía de las familias más adineradas y poderosas del país, esas que se habían enriquecido controlando la política nacional desde comienzos del siglo xx y repartiéndose los negocios más rentables, como la importación de petróleo o las contrataciones para el Ejército estadounidense. Tampoco había dado un braguetazo. Simplemente emergió de la nada sin el apoyo de ningún patrocinador.

Los cimientos de su carrera eran un tanto oscuros. Algunos decían que había obtenido importantes beneficios del contrabando de alcohol y el tráfico de drogas. Era conocido por no andarse con chiquitas en cuestiones de negocios y por su especial destreza para aprovecharse de las debilidades de los demás. Sus métodos no le habían reportado buena fama, pero a él le daba completamente igual. Si lo deseaba, podía comprar la amistad y la lealtad.

Sobre él corrían innumerables rumores. Se decía que siempre se había dedicado a actividades ilegales y que lo seguía haciendo. Tenía la habilidad de implicar a sus colaboradores, e incluso a quienes hacían negocios con él, en delitos menores como fraude público, encubrimiento o falsificación de documentos. Sabía mover sus hilos con sigilo y, antes de que la otra persona pudiera darse cuenta, había quedado atrapada en tal maraña de mentiras y engaños que la única forma de salvarse era seguir trabajando para él. Había quienes, viéndolas venir, se negaban a prestarle sus servicios y advertían a terceros. Otros hacían lo que les pedía y se hundían cada vez más en el barro. Por último, Kalmann contaba con un círculo de colaboradores íntimos que estaban hechos de su misma pasta.

Kalmann no había prescindido de su forma de trabajar aun después de haber amasado una gran fortuna, primero en la construcción de presas hidroeléctricas y más tarde en el sector del ladrillo. En realidad, ya no necesitaría recurrir a sus antiguos métodos de trabajo. Nadie se había atrevido a delatarlo. Había recibido algunas críticas en la prensa sensacionalista, pero

¿quién se tomaba en serio ese tipo de periódicos? El resto de los medios ni lo mencionaban.

Tenía clavadas sus garras en todas partes. Era el principal accionista de las constructoras más importantes del país, y en los años setenta obtuvo importantes beneficios ofreciendo los presupuestos más bajos para construir grandes presas. A mediados de los ochenta le concedieron enormes extensiones de terreno en las zonas donde más tarde se construirían los nuevos barrios del área metropolitana: al este de Kópavogur, en Hafnarfjörður y al norte de Grafarvogur. Tenía acciones en los mayores centros comerciales de Islandia y planeaba construir otros aún más grandes en Grafarvogur, con la participación de una cadena británica. Sería el tercer centro comercial construido en la capital en muy poco tiempo.

Kalmann acaparaba, además, casi toda la importación de material informático, poseía una buena parte de las acciones de compañías de *software* y de medios de comunicación, tanto de prensa escrita como digital, y se sentaba en el consejo de administración de algunas sociedades de valores. También era miembro directivo de la mayor naviera de Islandia, que había crecido a un ritmo exponencial tras el establecimiento del sistema de cuotas, aunque se desconocía qué porcentaje de acciones era suyo. Se decía que era un habilidoso negociador y que la naviera se había hecho con una cuota de pesca en cada rincón del país.

Tenía un amplio abanico de contactos en organizaciones políticas, tanto de derechas como de izquierdas, y las financiaba con generosas sumas de dinero. Aunque no fuera del dominio público, mantenía amistad con algunos ministros y procuraba mimar al funcionariado. Su tributación fiscal estaba lejos de ser la que le correspondería a uno de los hombres más ricos del país.

Divorciado y sin hijos, se acercaba ya a la cincuentena. Su familia era muy reducida. Su madre falleció cuando él era aún un adolescente y apenas veía a su padre. Tenía una hermana, que trabajaba en su constructora. La mujer de su único matrimonio lo dejó por razones desconocidas. Tenía fama de mujeriego y no se esforzaba especialmente en ocultar sus relaciones amorosas. Disfrutaba de los placeres de la vida y pasaba sus vacaciones en el extranjero. Le encantaban los cruceros por los mares del sur y viajaba con frecuencia a grandes ciudades como Nueva York o Londres, y recientemente a Hong Kong. En todas ellas tenía intereses comerciales que mantener.

Al principio de su carrera, Kalmann nunca hubiera podido imaginar que sus negocios alcanzarían semejante grado de prosperidad. A veces pensaba en lo fácil que le había resultado lucrarse cometiendo pequeños actos

fraudulentos, abusivos e inmorales. No tardó en considerar que tenía derecho a emplear ese estilo de conducta porque no gozaba de las ventajas que la herencia y el parentesco habían brindado a los ejecutivos repeinados que habían tenido la suerte de nacer en una familia adinerada. Él había comenzado desde cero y menospreciaba a quienes no habían tenido que esforzarse en la vida.

Mantenía una longeva amistad con Herbert, un hombre desconocido por muchos que formaba parte del misterioso pasado de Kalmann, un pasado tan desfigurado por los rumores, los cotilleos y las invenciones que era imposible distinguir entre las verdades y las mentiras. De hecho, era el propio Kalmann quien había difundido algunos de esos rumores. Ambos se conocían desde la niñez. Herbert era un hombre de recursos y una de las pocas personas que sabía sacar a Kalmann de apuros. Si le hacía falta algo, él se encargaba de proporcionárselo. Así habían funcionado siempre. Cada uno sacaba partido del otro y entre ellos nació una especie de amistad, aunque ninguno de los dos conociese realmente el significado de aquel concepto. Ellos entendían mejor la idea de «intereses comunes».

Los primeros invitados aparcaron frente a la casa de Kalmann. La reunión acababa de empezar y se celebraba en su lujoso salón. Kalmann había vuelto de Estados Unidos esa misma mañana. Terminados sus quehaceres, no le apeteció prolongar su estancia, como era habitual, y volvió a Islandia en el primer avión. Por otra parte, tampoco podía aplazar aquella reunión en la que iban a tomarse importantes decisiones de cara al futuro.

Kalmann los recibió en la puerta y los acompañó al interior. Eran cinco empresarios, pertenecientes a distintos sectores, a los que había elegido personalmente como colaboradores. Era consciente de que la ejecución de su plan, sin duda temerario e inmoral, rozaba la ilegalidad, pero también sabía que a aquellos hombres les traerían sin cuidado aquellos pequeños detalles. Su proyecto, sencillo y brillante, era de carácter comercial, como todos los que ideaba.

Kalmann parecía ausente durante la reunión, como si tuviera la cabeza en otra parte. Aún no había ni rastro de Herbert y solo le quedaba esperar que estuviera muerto. Sabía que llevaba demasiado tiempo confiando en aquel idiota americanizado y, ahora que había desaparecido, le preocupaba que pudiera trabajar en su contra. Herbert era la única persona que podía

relacionarlo con lo que él llamaba sus «errores de juventud». Peor aún: era la persona de contacto que le permitía verse con Birta.

A pesar de que la desaparición de Herbert se había ocultado a los medios, Kalmann sabía, gracias a sus contactos en la policía, que alguien se lo había llevado de su domicilio. Pero no podía implicarse en la búsqueda, ya que oficialmente no guardaba, ni podía guardar, ninguna relación con él. Solo le quedaba esperar a que apareciera, vivo o muerto, aunque sería preferible la segunda opción.

En la adolescencia, cuando se conocieron en un pueblo costero del norte, Herbert era quien llevaba la voz cantante. Unos años mayor que Kalmann, imponía sus reglas en la época en que comenzó su absoluta obsesión por todo lo estadounidense. Siguió en contacto después de que ambos se mudasen a Reikiavik, momento en que dio comienzo la etapa más próspera de su colaboración. A principios de los años setenta, el padre de Herbert trabajaba como segundo capitán en un carguero de la empresa Eimskip y participaba en la importación ilegal de alcohol a gran escala. La mercancía ilegal llegaba en cajas o en bidones de veinticinco litros atados de cuatro en cuatro, y lo lanzaban por la borda en un lugar acordado, generalmente la zona del faro Garðskagaviti. Herbert y Kalmann lo recuperaban en un bote que el tío de Herbert guardaba no muy lejos, en Sandgerði. Con frecuencia llegaban remesas de hasta cinco mil litros de alcohol que luego se vendía tanto en locales de Reikiavik como en toda la península de Reykjanes o el área de Borgarfjörður. Ni siquiera se molestaban en embotellarlo, y los dueños de los bares los recibían con los brazos abiertos. Podían comprarlo a un precio tres veces menor que el estipulado por la licorería oficial y disfrutaban boicoteando el monopolio estatal.

Herbert compraba cannabis a los pescadores de los arrastreros y también drogas duras que luego dividía en unidades más pequeñas y vendía en locales nocturnos. Kalmann procuraba que el narcotráfico le salpicara lo menos posible, y Herbert no tardó en ocuparse por entero de toda la gestión. La época hippy se encontraba en pleno apogeo y el hachís estaba de moda. Al tiempo que los marineros mercantes obtenían también su beneficio, Kalmann y Herbert se lucraban más de lo que jamás hubieran podido llegar a imaginarse.

Fue en aquel entonces cuando Herbert voló a Ámsterdam por primera vez. Holanda era el lugar donde podían conseguirse drogas con mayor facilidad, y allí conoció a los traficantes que habrían de suministrarle todo cuanto deseara. Más tarde expandió su círculo de contactos a París y a Londres. Kalmann

nunca hizo esa clase de viajes. Sus planes de futuro eran muy distintos de los de su amigo.

Mientras Herbert vivía a cuerpo de rey viajando a Estados Unidos, pasando temporadas en Las Vegas apostando en juegos de azar, donde aún ganaba más dinero, porque, para colmo, era un hombre con suerte, Kalmann invertía sus ganancias en sacar adelante sus negocios. Herbert construyó una especie de feudo, en términos islandeses, dentro del limitado mudo criminal de Reikiavik. Dada la escasa población del país, no era posible obtener unos beneficios monumentales, pero gracias a la metódica organización de Kalmann y al irascible temperamento de Herbert, este se hizo con más de la mitad del narcotráfico. Con el tiempo, Kalmann se fue alejando de su amigo de toda la vida y no se reunía con él más que una vez al año. En los últimos tiempos le preocupaban cada vez más aquellos reencuentros, y su intención era seguir reduciéndolos.

Lo que más le interesaba era deshacerse de Herbert de una vez por todas. Era el eslabón más débil de su vida, un lastre cada vez más peligroso conforme aumentaba su poder y su influencia en el mundo de los negocios. Sin embargo, Kalmann todavía sacaba provecho de Herbert porque le proporcionaba chicas. Gracias a su fortuna, no le resultaba difícil encontrar mujeres, pero sentía debilidad por las jovencitas descarriadas, y su viejo amigo era quien mejor las conocía. Kalmann sabía que jugaba con fuego, pero eso formaba parte del morbo. Se aburría, y seguía buscando la excitación en el sórdido mundo de Herbert, aunque sabía que pronto tendría que ponerle fin de una manera o de otra.

—¡Kalmann!

Absorto en sus pensamientos, Kalmann no respondió.

—¡Kalmann! —volvió a decir unos de los asistentes. Con todas las miradas puestas en él, sonrió al grupo de empresarios mientras explicaba que sufría *jet lag*. Seguidamente, se puso al frente de la reunión.

El día después de que Erla se llevara el cadáver de su hija, la prensa publicó una fotografía de Janus acompañada de un breve aviso, para que aquellos que pudieran tener alguna información sobre él, se pusieran en contacto con la comisaría de Reikiavik. Era la foto de su carné de conducir, del que la policía conservaba una copia. Habían localizado a su madre y la habían informado de que recibiría la visita de dos agentes.

Erlendur y Sigurður Óli pasaron la mayor parte del día en ministerios e instituciones públicas. En el Ministerio de Pesca averiguaron que Kalmann se sentaba en el consejo de administración de una naviera de Reikiavik que poseía cuotas por valor de cinco mil millones de coronas. La mayor parte procedía de la compra reciente de barcos y botes de pesca en distintos pueblos de los fiordos del noroeste, pero también en el este del país y en la península de Reykjanes.

Debían ir con pies de plomo al investigar a Kalmann. En cuanto se supiera que dos hombres de la Policía Judicial andaban preguntando por las actividades profesionales del emprendedor y husmeando en sus negocios, los rumores correrían como la pólvora. Sigurður Óli visitó la Asociación de Constructoras con el pretexto de que estaba escribiendo un trabajo para la universidad sobre la construcción de presas. Se mostró interesado en saber si disponían de alguna información sobre el tema. Lo recibieron con agrado y le permitieron acceder a sus archivos acompañado de uno de los empleados, que le indicó dónde podía encontrar lo que buscaba. El empleado lo dejó solo en cuanto se cansó de estar pendiente de él.

Por su parte, Erlendur se centró en las obras de construcción adjudicadas a Kalmann en Reikiavik. Tenía un contacto de confianza en la Agencia Estatal de Tasación de la Propiedad que sabía que no se iría de la lengua si curioseaba en las actividades del empresario en el sector. Le explicó que le había llegado información sobre unas posibles irregularidades cometidas por un empleado de una de las empresas de Kalmann. Sus indagaciones lo llevaron a la Oficina de Ordenación del Territorio de Reikiavik, donde se

interesó especialmente por la adjudicación de los terrenos. Después se dirigió a Kópavogur y a Hafnarfjörður con la misma intención, y constató que los edificios se multiplicaban en nuevas áreas que se expandían a toda velocidad.

Por la tarde, Sigurður Óli y Erlendur se reunieron para poner en común sus conclusiones y decidieron dar una vuelta por Hafnarfjörður y Kópavogur. A continuación, se acercaron a los nuevos barrios de Grafarvogur, hicieron un alto en los márgenes de Rimahverfi y bajaron del coche.

—No cabe duda de que ese tipo tiene unas cuantas casas —señaló Erlendur—. ¿A que no sabes a quién le han adjudicado la mayoría de las obras más importantes de las afueras del área metropolitana en los últimos diez años? —preguntó mientras paseaban entre la hierba de los límites de la ciudad.

—A nuestro hombre, ¿no? A Kalmann —respondió Sigurður Óli mientras dirigía la mirada hacia Kjalarnes y el monte Esja.

—¿Y sabes a quién le han concedido la mayor parte de los terrenos urbanizables donde se ha construido en los últimos diez años?

—Al mismo hombre, supongo.

—A un *holding* llamado Búlki. ¿Adivinas quién es el mayor accionista?

—¿A cuánto debe de ascender la fortuna de ese hombre? En coronas.

—Cuando el sector de la construcción cayó hasta prácticamente acabar desapareciendo, hace unos quince años, a Kalmann le adjudicaron terrenos por toda el área metropolitana —explicó Erlendur—. Por ejemplo, él es quien edificó en la zona donde nos encontramos ahora. Le asignaron un territorio inmenso que alcanza hasta Mosfellssveit y Kjalarnes. Su empresa posee la mayor parte de las tierras donde se construirá en un futuro.

—Tengo entendido que es el tercer hombre más rico del país —comentó Sigurður Óli sin dejar de pensar en el posible valor de su fortuna.

—He consultado el Plan de Urbanismo de Reikiavik para el periodo comprendido entre 1992 y 2010. Kalmann puede seguir construyendo hasta bien entrado el tercer milenio. Tiene permiso para edificar aquí detrás, en Grafarvogur, y también aquí delante, en Borgarholt, Geldinganes y Hamrahlíðarland. En Borgarholt se levantará un centro comercial dos veces mayor que Kringlan, el del centro de Reikiavik. Kalmann se sienta en el consejo de planificación urbanística y es el mayor accionista del *holding*. Los dueños de una cadena británica participan en el proyecto. Ya lo habrás escuchado en las noticias.

—¿Y de qué nos sirve saber todo esto?

—¿Recuerdas lo que le dijo Birta a Dóra?

—¿Eso de quiénes iban a mudarse a todas esas casas? ¿No era una cosa así? Se preguntaba quiénes se suponía que iban a ocuparlas.

—Una extraña reflexión para una drogadicta que se prostituye, ¿no te parece?

—Sí, seguramente. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Quién hace caso de las tonterías que pueda decir una drogadicta? Algo me dice que a Birta no le hacía falta hacer esas preguntas.

—¿Por qué no?

—Porque creo que ya conocía la respuesta.

—¿Y?

—Y por eso murió.

En la guía de teléfonos figuraban más de veinte Guðrún Þorsteinsdóttir, pero los miembros de la Judicial no tardaron en localizar a la madre de Janus, un ama de casa que recibió con sorpresa la llamada de la policía. Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron a su domicilio tras su paseo por Grafarvogur. La mujer seguía viviendo en el mismo bloque de la avenida Háaleitisbraut al cual se había mudado con su hijo cuando llegó a Reikiavik.

Los recibió en el rellano del segundo piso. Erlendur, fumador empedernido, llegó asfixiado, mucho después que su compañero, que lo esperaba tan campante al final de la escalera. Saludaron a Guðrún, una mujer regordeta de unos cincuenta años con una abundante cabellera rubia. Llevaba una rebeca color rosa que ceñía sus enormes pechos y unos vaqueros que parecían estar a punto de estallar. No dejó de fumar durante toda la visita. Tenía un moratón en un ojo que parecía haber empezado a menguar y un corte en la nariz. Se apresuró a aclararles que se le había caído una cazuela en la cabeza al intentar sacarla del armario de la cocina e inspiró con fuerza el humo de su cigarrillo. El apartamento olía ligeramente a alcohol. No había visto la foto de su hijo en los periódicos.

—¿Por qué queréis hablar de Janus? —les preguntó—. ¿Es que se ha metido en algún lío? No acostumbra a hacerlo, el pobre.

—No, nada parecido. Estamos tratando de averiguar si conocía a una chica llamada Birta, y nos gustaría saber si podríamos localizarlo —le explicó Erlendur mientras observaba el denso tráfico de la avenida Miklabraut a través de la enorme ventana del salón.

—¿Birta? Me acuerdo de una chica de los fiordos que se llamaba así. ¿Os referís a ella?

—Era amiga de tu hijo antes de que os trasladaseis a Reikiavik —respondió Sigurður Óli.

—Me acuerdo muy bien de Birta. Ayudó mucho a Janus.

—Sí, eso tenemos entendido —convino Erlendur.

—Janus era un chico de lo más normal, pero en el colegio lo acosaban y lo marginaban. Mi pobre hijo se volvió un niño solitario y asocial. Birta siempre lo apoyaba en los momentos más difíciles y, cuando los otros chicos se metían con él, ella les plantaba cara.

—¿Sabes si siguieron en contacto después de que os mudarais a Reikiavik?

—Creo que no. Me parece que habían perdido el contacto.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste noticias de tu hijo?

—Pues hace ya un tiempo —respondió Guðrún antes de encenderse otro cigarrillo—. Se fue pronto de casa —siguió explicando mientras se acariciaba levemente el moratón del ojo—. Dejó los estudios porque quería ponerse a trabajar. Fue empleado de Sláturfélag Suðurlands antes de que la empresa se trasladara fuera de Reikiavik. Después trabajó en el almacén de un supermercado Hagkaup, pero por poco tiempo. Hacía de todo. Janus es un buen chico. ¿A qué vienen estas preguntas?

—¿Cuándo tuviste noticias de él por última vez? —insistió Sigurður Óli sin responderle.

—Hará cosa de un par de semanas. Vive en Breiðholt, aunque supongo que ya lo sabéis. Lo llamé a casa para que me hiciera un recado. Siempre está dispuesto a ayudarme.

—¿Te mencionó a Birta alguna vez?

—No, nunca. ¿Por qué lo iba a hacer? Llevaban años sin verse. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Has oído la noticia de la chica que encontraron muerta en el cementerio de Suðurgata?

Guðrún asintió.

—Pues era Birta. Tenemos razones para pensar que fue asesinada.

—¿Que Birta era la chica del cementerio? ¡Cielo santo! ¿No decían en el telediario que la habían agredido brutalmente? ¡Madre de Dios! ¿No estaréis pensando que lo ha podido hacer Janus? Es completamente imposible. Mi Janus nunca haría una cosa así, y mucho menos a Birta. Eran amigos. ¡Ella le salvó la vida! No podéis pensar que lo ha hecho Janus. ¡No podéis!

Nerviosa, encendió otro cigarrillo con manos tambloresas.

—Janus no es sospechoso de haber cometido ninguna agresión, y mucho menos un homicidio —la tranquilizó Erlendur—. Solamente nos gustaría preguntarle a tu hijo si sabía dónde podía haber estado su amiga, o con quién, antes de morir. Nada más. ¿Te importaría decírselo si te llama? ¿Podrías

decirle que nos gustaría hablar con él y que no tenemos razones para considerarlo sospechoso de asesinato?

—Nunca debimos venir a esta maldita ciudad —dijo Guðrún de repente—. Nunca debí traer a Janus conmigo. Nunca debí dejarme engañar por aquel desgraciado. Era él quien quería mudarse. Mi marido. Es marinero. A Janus nunca le ha gustado Reikiavik.

—¿Sabes dónde podría estar tu hijo en estos momentos? ¿Sabes de algún lugar que frecuente o conoces a algún amigo suyo que lo pudiera estar alojando?

—No. Janus no tiene muchos amigos. Es un chico solitario. Antes no lo era, pero ahora sí. No sé dónde se mete cuando no está en su casa —respondió Guðrún mientras apagaba su cigarrillo.

Por la noche, Sigurður Óli tenía una cita en casa de Bergþóra. Erlendur lo llevó a su apartamento, donde se duchó y se cambió de ropa. Se puso unos vaqueros y un polo verde oscuro con el cuello abrochado y el bolsillo delantero adornado con un pequeño cocodrilo. Erlendur nunca había podido entender por qué aquel logotipo importaba tanto a la hora de vestir.

Bergþóra lo recibió en la puerta. Se habían mantenido en contacto por teléfono durante su viaje por los fiordos y él la había puesto al corriente de la investigación. Ahora que conocía el nombre de la joven cuyo cuerpo había descubierto en el cementerio, sentía una gran curiosidad por saber qué le había pasado. Sigurður Óli trató de darle la menor información posible a sabiendas de que Erlendur se pondría hecho una furia si se enteraba de que había estado hablando del caso con personas que tenían poco o nada que ver con él.

Se sentaron a cenar en la cocina. Bergþóra había preparado un plato sencillo de pasta con olivas verdes sin hueso, las favoritas de Sigurður Óli.

—No me la puedo quitar de la cabeza —confesó ella—. La pobre parecía indefensa, tan pálida y tan delgada, en medio de aquel mar de flores que habían dejado a los pies de Jón.

—No tuvo una vida fácil. Era heroinómana y tenía el sida. Se contagió al practicar la prostitución o al compartir jeringuillas. Lo más sorprendente de todo es que no hemos encontrado nada de ella en el sistema. Es como si nunca hubiera tenido problemas con la justicia o nunca hubiera acudido a ningún centro de menores o a ninguna clínica de desintoxicación, lo cual resulta

bastante llamativo. En la mayoría de los casos, diría que prácticamente sin excepción, el sistema guarda una mínima información sobre gente como ella.

—¿Habéis averiguado quién la dejó en el cementerio?

—La verdad es que no. Estamos buscando a un joven, un amigo suyo de los fiordos, pero no sabemos mucho de él. Podría haber agredido a un hombre llamado Herbert, e incluso podría haberlo secuestrado.

—Entonces, ¿también podría agredirme a mí?

—Hay que andar con cuidado.

—Bueno, pero ahora estás conmigo.

—Hummm —murmuró Sigurður Óli, deleitado por el sabor de las olivas. Se había estado preguntando cómo evolucionaría la situación cuando la investigación llegara a su fin. ¿Seguiría cada uno su camino? ¿Mantendrían el contacto? Tampoco sabía cómo reaccionaría Erlendur si se enterara de que salía con la testigo de un caso de homicidio.

Ella también se había hecho preguntas similares. El único hombre con quien se había visto después de una larga temporada había sido el desustanciado del cementerio, aquel caballero que había puesto pies en polvorosa. No había conocido a nadie más desde los tiempos de la universidad, cuando la cortejaba un bicho raro que sentía pasión por los jerséis tradicionales islandeses. Tenía vagos recuerdos de su amor del instituto, que nunca llegó a ninguna parte. No tenía mucho tiempo para los hombres. De vez en cuando alguno pasaba la noche en su casa y se marchaba en taxi a la mañana siguiente.

—¿Quieres un café? —le preguntó.

—Vale, gracias —respondió Sigurður Óli.

—¿Te gustan los versos? —le preguntó mientras se levantaba para prepararlo.

—¿Qué versos?

—La poesía.

—Sí.

—Los de Bólu-Hjálmar son de mis favoritos. Le dedicó una pequeña estrofa a Sölvi Helgason, el artista vagabundo del siglo XIX, en la que decía que llevaba la desdicha colgando por los costados.

—¿Y?

—Esa es la sensación que me invade cada vez más estos días.

—¿Qué sensación?

—Al hombre del cementerio solo lo vi de espaldas por un instante. Pero transmitía lo mismo que decía Bólu-Hjálmar.

—¿Qué?

—Lo de la desdicha. Había algo en él que me recordaba la desdicha de Sölvi.

Bergþóra se rozó con Sigurður Óli y este no resistió la tentación: la cogió del brazo y la acercó hacia él. Ella se dejó y, cuando sus labios estaban a punto de rozarse, le preguntó en voz baja:

—¿Pasas del café?

Él asintió.

—¿Lo dejamos para luego?

Volvió a asentir.

—¿O nos lo saltamos del todo?

Asintió de nuevo.

—Pero me niego a ir al cementerio.

Sigurður Óli frunció el ceño.

—Ni loco.

Bergþóra lo cogió de la mano y lo llevó a su dormitorio. Cuando él se despertó a la mañana siguiente y la vio dormir a su lado, dos pensamientos acudieron a su mente.

No quería separarse de aquella mujer.

Nunca.

Luego pensó en Erlendur y se agobió inmediatamente.

Erlendur sintió la necesidad de hablar con Eva Lind después de haber leído el informe médico sobre Birta, así que la llamó a casa de su nuevo novio tras haber dejado a Sigurður Óli en su domicilio. Su hija respondió al teléfono y acordaron verse en un pequeño restaurante del centro, cerca de la calle Austurstræti. Erlendur llegó antes que ella y pidió una cerveza mientras la esperaba. Un cuarto de hora después apareció Eva Lind y se sentó con él. No quería tomarse nada, tenía cosas que hacer y no podía quedarse mucho rato.

—Te he notado apagado por teléfono —observó ella—. ¿Pasa algo?

—Hemos averiguado que Birta tenía el sida.

—¡Ostras! Claro, y te has preocupado por mí.

—Siempre me preocupo por ti, aunque no veo que eso sirva de nada.

—No tengo el sida —aseguró Eva Lind sosteniéndole la mirada a su padre; a él no le había pasado desapercibido que iba drogada. Mostraba una excesiva confianza en sí misma, además de una alegría irreal, sintética, inducida por las sustancias tóxicas. No le largó ningún sermón. Lo había hecho ya innumerables veces, y siempre había sido en vano.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Erlendur mientras sentía cómo lo invadía la rabia—. ¿Te haces análisis regularmente o es que crees que a ti no te va a tocar porque eso solo le pasa a los demás drogadictos y a los vagabundos? Al resto de imbéciles sí, pero a ti no. ¿Es así como lo sabes?

—Menos humos —respondió Eva Lind antes de sorberse la nariz—. Me parece que te he ayudado en este caso que llevas ahora. No me lo agradezcas insultándome.

—Intenta entender cómo me siento.

—Pues, si te digo la verdad, no tengo ni idea de cómo te sientes y, de hecho, me la suda bastante. Te largaste, ¿te acuerdas? No eras mi padre y todavía no sé si lo eres, así que tú a mí no puedes decirme ni pío. No te he importado nunca. Para mí no eras más que un tipo al que mamá llamaba cabrón de mierda. Eso eras tú. ¿Entiendes? Un cabrón que andaba suelto por ahí. Si te conozco desde hace unos años es porque yo te busqué a ti y no al

revés. Sindri Snær y yo teníamos curiosidad por conocer a ese cabrón de mierda. ¿Y ahora se te ocurre juzgarme como si fueras el puto amo de las relaciones personales?

Eva Lind hablaba con calma, sin alterarse lo más mínimo, con los ojos clavados en los de su padre, que miraba hacia otro lado. Erlendur no podía desmentir las palabras de su hija, y ambos lo sabían. Su intención no había sido despertar su ira, pero sin querer había abierto una vieja herida.

—No sabemos nada de ti —continuó Eva Lind—. Nada. ¿Cómo eras de niño? ¿Qué mote tenías de pequeño? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo es Eskifjörður? ¿Quién es Erlendur? ¿Me lo puedes decir?

Erlendur guardó silencio.

—Precisamente he hablado hoy con mamá —prosiguió—. Me ha contado que has ido a buscar a Sindri Snær y que lo has llevado a la clínica de Vogur. Es la primera vez que habláis... ¿desde cuándo? ¿Cuántos años han pasado? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? ¿Veinte?

—No se puede llamar hablar —aclaró Erlendur—. Llamó antes de mi viaje al noroeste y probablemente se quedó descansada tras la llamada.

Eva Lind guardó un largo silencio sin apartar la mirada de su padre.

—Sé que te compadeces de ti mismo y que te sientes culpable de la vida que llevamos Sindri Snær y yo. Ya lo hemos hablado y, para empezar, te diré que me da igual lo que pienses y que paso de tus intentos de compensar ahora tu desapego y tu cobardía. Me importa una mierda todo. ¿Acaso crees que mi hermano y yo no nos hemos compadecido también de nosotros mismos? ¿Lo has pensado alguna vez? ¿Te crees el único con derecho a hacerlo? Sindri y yo hemos encontrado la manera de seguir adelante. Puede que no sea una solución ejemplar, pero es una posibilidad como otra cualquiera. Nos dejaste solos con mamá y con todos los hombres que conoció desde entonces. Unos eran majos, pero otros no. Ninguno se quedó en casa mucho tiempo. Supongo que no soportaban a los hijos de su nuevo ligue. Algunos nos lo decían a la cara. Me acuerdo de uno que le metió tales hostias a Sindri que hubo que llevarlo a Urgencias. ¿Y dónde estaba entonces el cabrón de mierda? No te puedes permitir el lujo de estar aquí sentado poniéndonos verdes gratuitamente. Es nuestra elección. No seremos un modelo de conducta, pero es lo que hay.

—En unas cosas te entiendo y en otras no —respondió Erlendur tras un largo silencio—. Pero no te he llamado solo por lo del sida. Quería compararte con Birta. Ella también procede de, ¿cómo lo llaman?, un hogar roto. Sus padres también estaban divorciados. Cuando hablé con su madre, la

mujer no supo explicarme por qué su hija había caído en las drogas. Había comenzado en el entorno del instituto y después ya no hubo forma de sacarla. Entonces pensé en ti y en otras chicas como tú. Me preguntaba qué lleva a los jóvenes a meterse en las drogas, a hundirse cada vez más hasta perder el control y destruir sus vidas.

—¿Me estás comparando con la Birta esa? Hay una enorme diferencia entre ella y yo. Yo no me pincho. No lo he hecho nunca y no lo pienso hacer. Estoy limpia.

—Claro. Deberías escucharte un poco. Siempre dices que no piensas hacer nada y luego acabas metida hasta el cuello.

—Algunos no tienen razones que expliquen el porqué de su mala vida —argumentó Eva Lind, ignorando la rabia de su padre—. Pero otros sí. Una vez conocí a una chica, Helga, que murió de sida. Su padre había abusado de ella desde pequeña. Y era un hombre de bien, no era ningún impresentable. Helga se marchó de casa en cuanto pudo. Los chicos también sufren abusos de ese tipo, pero es menos frecuente. Algunos tienen que cuidar de sí mismos casi desde que nacen porque no tienen a nadie, vagan por las calles, roban, se pelean, los meten en el trullo y, cuando salen, vuelven a robar y a pelearse. Los asistentes sociales dicen que algunos huyen de hogares disfuncionales donde no ven más que alcoholismo y violencia doméstica, y que después se convierten en unos rebeldes. También están los que tuvieron una infancia severa con padres pirados que les pegaban y les prohibían fumar o beber. Por eso, los chicos se acaban rebelando contra su familia y la desafían. Y luego quedan los casos que nadie entiende. Da igual que su niñez fuera buena o mala. Comienzan tomando alcohol, quizá también hachís y alguna droga blanda, y acaban perdiendo el control. Se les va de las manos.

—¿Crees que es cosa del cerebro?

—Eso dice Sindri Snær. No lo sé. No soy ninguna experta. Puede que haya personas más sensibles que otras, pero estoy segura de que no tiene nada que ver con las chorradas esas del entorno familiar. Algo se pone en marcha y la gente no lo puede controlar. Quizá intenten combatirlo durante un tiempo, pero acaban sucumbiendo y nunca más vuelven a ver la luz. Nacen drogadictos. La droga es lo único que tienen. Solamente se sienten bien cuando están colocados, inmersos en otro mundo.

—¿Y dónde os situáis vosotros en todo este panorama?

—Somos de los que solo tuvieron un cabrón de mierda como padre —respondió Eva Lind, consciente de que metía el dedo en la llaga.

—Puede que sea un cabrón de mierda, pero no os juzgo, por mucho que me oponga a lo que os hacéis a vosotros mismos. Nunca os he juzgado. Pero no puedo evitar que se me lleven los demonios porque no os entiendo. Siempre he pensado en vosotros. En todo momento. Me alegré de que me hubierais encontrado y he tratado de ayudaros. Pasé un año entero intentando sacarte de la mala vida y estuve a punto de conseguirlo. Pero puede que hayáis ido demasiado lejos.

Eva Lind cambió radicalmente de tema.

—¿Ya habéis averiguado quién es la tal Birta? —preguntó antes de sorberse disimuladamente la nariz. A su padre no le pasó desapercibido.

—Se apellidaba Óskarsdóttir. Era de los fiordos del noroeste, de Ísafjörður. Se trasladó a Reikiavik hace unos años. En el noroeste ya había hecho sus pinitos con las drogas, pero evidentemente su consumo se disparó aquí, en la capital. Tenía un amigo llamado Janus. Lo más probable es que se volvieran a encontrar en Reikiavik. Lo estamos buscando. También buscamos a Herbert, que ha desaparecido de la faz de la tierra. ¿Se te ocurre algo?

—Pues no sé quiénes son ni Birta ni Janus, pero estaría de puta madre que ese malnacido de Herbert no volviera a aparecer. Qué asco de tío. Es el que organizó todo el negocio de las drogas, tanto dentro como fuera de Reikiavik. Sin embargo, los de estupefacientes nunca le han tocado un pelo. Será todo lo imbécil que quieras, pero sabe andarse con cuidado. No me extrañaría que tuviera algún contacto en la policía. El caso es que no se anda con chiquitas. Una vez desapareció un tío que pretendía vender a sus espaldas. Dicen que se lo cargó. Nadie se atreve a llevarle la contraria, aunque también es verdad que la mayoría de los camellos son unos capullos.

—Elínborg me ha contado algo sobre ese caso. El hombre que desapareció se llamaba Stefán y pertenecía al submundo criminal de Reikiavik, que no es precisamente el más vibrante del planeta. El caso se investigó como un homicidio e interrogaron a Herbert porque alguien lo relacionó con él, pero nunca se halló ningún cadáver y a nadie pareció importarle mucho que aquel tipo no apareciera. Los islandeses muestran una actitud peculiar ante las desapariciones. De alguna manera se han acostumbrado a ellas a lo largo de los siglos. Antiguamente, la gente desaparecía durante las tempestades y, cuando encontraban sus huesos un centenar de años después, la historia se convertía en un entretenido cuento de fantasmas que se añadía a los que ya existían. Ni siquiera el sonado caso de Geirfinnur de 1974 sirvió para cambiar esta visión. No nos afectan

especialmente las desapariciones, salvo en casos excepcionales. Forman parte de las historias populares islandesas.

—Supongo que sabrás quién es Kalmann, el *big shot in the business*. Siempre he oído que colabora con Herbert. Es más, dicen que Kalmann lo dirige en la sombra. Por lo visto, se criaron juntos en el norte y han seguido en contacto desde entonces. Herbert es demasiado inútil como para poder controlar nada sin emplear la violencia. Ni de coña ha podido hacerse él solito con el mando del mercado de la droga. Se rumorea que Kalmann es el cerebro que opera detrás.

—Estamos investigándolo. Sospechamos que Herbert le proporcionaba chicas y que Birta era una de ellas. Aunque también podría haberle enviado de vez en cuando alguna bailarina de su antro porno.

—Sé que Herbert hace de chulo. Unas amigas mías han trabajado para él.

—¿De qué manera?

—Pues, por ejemplo, les ofrecía ir a casas de tíos, o a habitaciones de hotel o a alguna casa de veraneo.

—¿Y era Herbert quien se lo proponía?

—Eso es lo que me han contado.

—¿Y a ti? ¿Te ha hecho Herbert alguna propuesta?

—¡Por Dios, deja de torturarte!

Permanecieron en silencio hasta que Eva Lind retomó la conversación.

—Me hice las pruebas del VIH hace medio año. No me pincho como Birta y, si me acuesto con alguien, tomo precauciones. Me ando con cuidado con el sida. No soy tan tonta. No he llegado tan lejos.

—¿Te haces los análisis en Islandia?

—Claro.

—Si no quisieras hacértelos aquí, ¿adónde irías?

—Es un simple análisis de sangre. En el extranjero hay centros a los que puedes ir para saber si estás infectado. Si Birta viajaba, se lo habría mirado allí sin problemas.

—¿Y los hombres no se exponen a ese riesgo cuando quedan con esas chicas?

—Hay quienes lo tienen en cuenta y a otros no les importa. A algunos les gusta jugar con fuego. Igual es que se aburren. No lo sé.

En aquel momento sonó el móvil de Erlendur. Los clientes del restaurante se volvieron hacia él y algunos lo fulminaron con la mirada: qué cruz con los que no apagan el móvil, como si no pudieran vivir sin él. Era Elínborg. Se encontraba cerca de allí. Dóra la había llamado para comunicarle que alguien

había entrado en el piso que Herbert alquilaba en el centro. No habían robado nada, pero habían levantado el suelo de una de las habitaciones y todo parecía indicar que se habían llevado algo que estaba escondido debajo.

—Mi mote era Lillibob —dijo Erlendur mientras apagaba el móvil y se levantaba de la silla.

—¿Cómo?

—Lillibob. En Eskifjörður me llamaban Lillibob.

—¿Lillibob? Por Dios, qué mono.

Erlendur subió a toda velocidad la calle Pósthússtræti y se metió por Kirkjustræti, donde se hallaba el cuchitril que Herbert le alquilaba a Dóra. Había dos coches de policía aparcados frente al edificio. Al entrar, se encontró el apartamento lleno de agentes, entre ellos Elínborg y Þorkell. No había ni rastro de Sigurður Óli. No estaba en casa y tenía el móvil apagado. Erlendur se abrió paso entre la multitud hasta alcanzar a sus dos compañeros, que miraban un agujero en el suelo de la habitación donde habían interrogado a Dóra la primera vez. A sus pies había una caja de hierro cuyo cierre parecía bastante endeble. Era del tamaño de una caja de zapatos y estaba vacía. Alguien la había forzado.

No se habían llevado nada más de la casa, si bien era cierto que el apartamento apenas contenía objetos de valor. El lugar estaba tan sucio como la última vez. Alguien había abierto un agujero bajo la alfombra raída y había arrancado las tablillas del parqué con la intención de sacar la caja. El hueco estaba lleno de excrementos recientes de rata. El suelo parecía estar infestado de roedores.

—¿Alguien le está robando la droga a nuestro amigo Hebbi? —preguntó Erlendur mientras se inclinaba sobre la caja.

—Dóra ya se va encontrando mejor y nos ha llamado para informarnos de esto —explicó Elínborg—. Ha preferido marcharse antes de que llegáramos en masa con las sirenas a todo trapo. Supongo que no habrá entendido lo que ha pasado y se habrá quedado perpleja. Nos ha dicho que no ha advertido la presencia de nadie, que se ha encontrado con esto de repente y que entonces se le ha ocurrido contactar con nosotros. Ha pensado que igual podría tener algo que ver con Birta.

Aunque la policía continuaba buscando a Herbert sin descanso, no disponía de efectivos suficientes para poder mantener vigiladas sus propiedades las veinticuatro horas del día y comprobar si en algún momento echaba de menos su hogar. Por eso a nadie le hizo especial gracia que, para colmo, hubieran entrado en su ratonera del centro.

—Esta caja tiene que ser de Herbert —afirmó Þorkell—. El apartamento es suyo, y seguro que lo usa como escondrijo. Aquí guardaba su tesoro y ha venido a buscarlo. Me parece obvio.

—Alguien sacó a Herbert de su domicilio —replicó Elínborg—. ¿Quieres decir que todo eso ha sido un montaje para que parezca que lo han raptado?

—También puede ser que le haya revelado a alguien la existencia de este lugar —sugirió Þorkell—. Solo estoy pensando en voz alta. Aquí hay muchas preguntas sin respuesta.

—Sería muy propio de Hebbi guardar una caja con dinero bajo el suelo de su casa —suspiró Erlendur mientras se rascaba la cabeza—. Este caso se vuelve cada vez más extraño. Una joven es asesinada. Dejan su cuerpo en la tumba de Jón Sigurðsson. Es drogadicta, ejerce la prostitución y no solo es seropositiva, sino que además tiene el sida en fase avanzada. Averiguamos que la chica era de los fiordos el noroeste, igual que Jón, y que abusaron de ella antes de morir. En medio de todo esto, desaparece un tal Janus, un joven procedente de la misma región y a quien ella le había salvado la vida años atrás. El chico nos llama y nos transmite un mensaje confuso. El asesino se desplaza hasta el aeropuerto de Keflavík en un coche robado, probablemente el mismo que empleó para trasladar el cadáver. El vehículo fue robado cerca de la casa de Janus. ¿Es el chico el autor del crimen? ¿Pilló al asesino *in fraganti*? No muy lejos del semisótano donde vive Janus se halla la mansión de nuestro amigo Herbert, sospechoso de tráfico de drogas y proxenetismo. Se pone nervioso al conocer la muerte de la chica y hace una llamada desde una cabina. Conocía a Birta. Le tenía alquilado un apartamento a la joven. Puede que Herbert le procurara clientes. Todavía no sabemos a quién telefoneó, pero desapareció del mapa poco después de haber hecho su llamada. Según unos testigos, lo sacaron de su casa y lo metieron en un coche. Y ahora alguien ha destrozado el suelo de su cuchitril y ha dejado tras de sí una caja vacía. ¿Hay alguien aquí que tenga la menor idea de lo que está ocurriendo?

Sus compañeros intercambiaron miradas, incapaces de responder. La Científica había llegado para obtener huellas dactilares de la caja y del resto del apartamento. Acompañado de su equipo, Erlendur atravesó la casa y salió a la calle para respirar aire fresco. Estaban a punto de dar las diez. Hacía buen tiempo. Era un día de verano muy islandés: nublado, pero luminoso.

—¿No cabe la posibilidad de que el dueño de ese escondite no sea Herbert? Salta a la vista que por este lugar ha pasado mucha gente —sugirió Elínborg.

—Para mí está claro que esto guarda alguna relación con Herbert y su desaparición. No me cabe la menor duda —aseguró Erlendur—. Algo me dice que en la caja no encontrarán más huellas que las tuyas.

—Si es Herbert quien ha abierto la caja, ¿significa eso que ha escapado de su secuestrador? —preguntó Þorkell.

—En realidad no sabemos qué ocurrió en casa de Herbert —apuntó Elínborg mientras intentaba apartar con la mano la bocanada de humo que acababa de expulsar Erlendur tras encenderse un cigarrillo—. Puede que lo de su desaparición sea un montaje y que haya venido para llevarse algo de dinero que tuviera escondido. Incluso podría haber salido del país. Normalmente, los imbéciles de su calaña se van a Dinamarca, ¿no? O a Málaga.

—Mi hija, a quien ya conocéis, me ha contado que Herbert y Kalmann se conocían desde la infancia —informó Erlendur—. ¿Sabéis algo de eso?

—¿Kalmann? —preguntó Þorkell pensativo—. Recuerdo haber visto ese nombre en la lista de pasajeros que salieron del país la mañana que hallaron el cadáver de la chica en el cementerio. Es el único nombre que me sonaba.

—¿Kalmann cogió un vuelo después de que Birta fuera asesinada? —preguntó Erlendur asombrado—. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro al cien por cien. Había en total unas cuatrocientas personas. Cogió un vuelo a Estados Unidos. Kalmann. *Business class*.

—¿Y por qué no nos has dado esta información hasta ahora, pedazo de inútil? —gritó Erlendur.

—Pues, no sé, es que...

Erlendur le echó a Þorkell una bronca monumental y terminó diciendo que se reunirían a la mañana siguiente con el director de la policía para exponerle los hechos. Elínborg siguió a Erlendur sin que se diera cuenta y corrió hasta alcanzarlo a la altura del hotel Borg.

—Erlendur, hay algo que me gustaría enseñarte —le dijo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó sorprendido.

—Como Dóra me ha llamado a mí, yo he sido la primera en llegar al apartamento y la que ha encontrado la caja —le explicó con cierto reparo—. Cuando la vi en el suelo nada más entrar, no estaba completamente vacía. Había algo dentro y lo he cogido.

—¿Que lo has cogido! ¿Y por qué?

—Había motivos para hacerlo —respondió Elínborg mientras rebuscaba en su inseparable bolso.

—¿Es que te has vuelto lo bastante loca como para ir por ahí haciendo desaparecer pruebas?

—No, pero insisto en que había motivos para hacerlo.  
—¿Y qué maldita razón podrías tener?  
—Dame un segundo. Está por aquí, en alguna parte.  
—¿Te has vuelto loca? ¿Y si se entera alguien? ¿Y si afecta a la investigación?  
—Bueno, me temo que irremediablemente va a afectar a la investigación —respondió mientras encontraba por fin lo que estaba buscando. Elínborg le tendió a Erlendur una fotografía—. He preferido que no la viera nadie —añadió—. O, en todo caso, no antes que tú.  
Erlendur cogió la fotografía y la observó.  
—No —suspiró—. Esto no, por el amor de Dios. Joder...

Mientras tanto, Janus deslizaba el cajón ligeramente hacia fuera, lo suficiente como para que la cabeza de Herbert asomara bajo la rejilla del suelo del horno. Su prisionero ya le había dado la información que necesitaba y ahora Janus debía cumplir su palabra. Le vendó los ojos cuidadosamente antes de sacarlo. En realidad, le daba igual que Herbert pudiera saber dónde se encontraba, pero no descartaba posibles represalias, y un hombre privado de visión sería menos propenso a atacarlo.

Janus había echado un vistazo a los documentos y se había asombrado de que Herbert pudiera guardar algo así. Aunque no comprendía todo lo que leía, sí entendió lo suficiente como para saber que aquellos papeles podrían jugarle a Herbert una mala pasada si caían en manos de la policía. Contento de tener por fin pruebas tangibles en su contra y, presumiblemente, también en contra de Kalmann, sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Entre otras cosas, la caja contenía un cuaderno con un registro de nombres y fechas cuyo significado entendía a la perfección. Herbert proporcionaba chicas a distintos hombres, y apuntó durante años quién había estado con quién, cuándo y en qué lugar. Janus había revisado el listado de nombres, pero solo conocía el de Kalmann; otros los había oído mencionar en la televisión o los había leído en la prensa, pero apenas estaba al tanto de las noticias y no sabía exactamente quiénes eran. El registro se remontaba hasta el año 1992. El primer encuentro entre Kalmann y Birta había tenido lugar tres años y medio atrás. «Casa de veraneo —figuraba en la libreta de Herbert—. Fin de semana, 12-14 de abril». Primero aparecía el nombre de su amiga, después el de una chica llamada Auður y finalmente el de un tal Jóel, que

Birta le había mencionado alguna vez. Luego vio registrados por todo el cuaderno sus encuentros con diferentes hombres y en distintos lugares.

Janus abrió el cajón del todo y puso en pie a Herbert, que necesitó un tiempo para dejar que su sangre circulara de nuevo en posición vertical. Con los ojos vendados y atado de pies y manos, se tambaleaba al caminar. En un descuido, Janus lo soltó sin querer. De pronto, Herbert se cayó de cabeza contra el montón de leña y se abrió una brecha en la frente por la que comenzó a brotar sangre a borbotones.

Ahora que estaba fuera del cajón, el mal temperamento de Herbert volvió a aflorar y escupió toda la bilis que había estado tragando durante su cautiverio. Lo invadía una rabia desaforada. Había necesitado una voluntad de hierro para contenerse y razonar mientras estaba encerrado. Tenía esperanzas de recuperar los documentos cuando quedara libre, pero nunca podría perdonar la humillación y la vergüenza a las que había sido sometido. ¡Jamás, *never!* Ningún mocosito le hacía eso a Herbert *fucking* Rothstein. Se había esforzado todo lo posible en bailarle el agua a aquel cretino, pero todo tenía un límite. Convencido de que Janus lo había empujado contra la leña, Herbert perdió el control. Sabía que no era el momento adecuado. Sabía que iba a salir pronto de allí. Pero no pudo contenerse.

—¡Hijo de la gran puta! —estalló—. Te voy a matar, bastardo. Te voy a reventar la cabeza. Me suda los cojones que la furcia de tu amiga esté muerta. Me alegro de que la haya palmado esa puta yonqui de mierda. Hacía cualquier cosa por la pasta. Lo sabes, ¿verdad? ¿Me estás oyendo, eh? ¿Me entiendes, gilipollas? ¿Eh? ¿Estás ahí, capullo? ¡Así era la puta de tu amiga! ¡Una zorra de mierda! Hacía lo que fuera por su Hebbi porque Hebbi era su dueño. Apuesto a que no le tocaste el coño ni una sola vez, ¡pichafloja!

Janus lo levantó como si fuera una pluma y lo lanzó de cara contra la pared. Herbert se cayó de nuevo al suelo retorciéndose de dolor. Se rompió la nariz y sangraba a chorros. Encolerizado, seguía insultando a Birta. La sangre seguía manando de su frente y empapaba la venda. No se había dado cuenta de que Janus había salido de la habitación, y sus gritos no le permitían oír el ruido que estaba haciendo: las parrillas de aluminio chocaban entre sí, la puerta del horno se abría, la mesa de hierro rechinaba al ser arrastrada por el suelo y las ruedas de los rieles del techo chirriaban. Finalmente, Janus apareció de nuevo en la habitación trasera e ignoró la sarta de improperios que salía de la boca de Herbert.

Empujó a su prisionero. Se encaramó a la mesa de hierro, subió a Herbert como pudo y lo ató a una de las parrillas que colgaban del techo. Después lo

metió dentro del horno y cerró la puerta.

Colgado de la parrilla, Herbert forcejeaba e insultaba a Janus. Sus injurias retumbaban en el interior del horno. Cuando la puerta de acero se cerró, el último grito que se oyó fue:

—... SO FUCK THE REST OF THE WORLD!!!

—¿Todo bien, Erlendur?

Los cuatro estaban reunidos con el director de la Policía Judicial, que había reparado en que Erlendur estaba ausente y apenas participaba en la conversación. Elínborg observaba a su compañero. Solo ella sabía lo que pasaba por su cabeza.

Las huellas detectadas en la caja de hierro pertenecían a Herbert y a un individuo desconocido. La policía tenía registradas las huellas de Rothstein desde su estancia en prisión preventiva como presunto participante en la desaparición de Stefán Vilmundarson. Durante la reunión se preguntaron si el hecho de que Kalmann y Herbert se conocieran no era motivo suficiente para interrogar a Kalmann sobre lo que le podría haber ocurrido a su amigo. En tal caso, podían aprovechar para preguntarle también acerca de su vuelo a Estados Unidos el día del hallazgo del cadáver de Birta y observar su reacción.

Sin embargo, no disponían de pruebas contundentes que vincularan a Kalmann con Herbert, el supuesto capo del tráfico de drogas en Islandia. Tampoco podían demostrar si guardaba alguna relación con Birta. No podían llegar a su casa, saludarlo, sentarse con él y preguntarle así como así qué había estado haciendo en Estados Unidos el día que hallaron a Birta asesinada y cuándo fue la última vez que habló con su amigo Herbert. Kalmann había regresado de su viaje tres días después, así que no podía considerarse que hubiera huido del país.

Si bien Eva Lind y otros individuos metidos en el mundo de las drogas declaraban haber oído que Kalmann y Herbert eran grandes amigos y excelentes colaboradores, la policía no podía trabajar en esa dirección sin pruebas tangibles. Necesitaban algo que los relacionara.

Esos eran los argumentos que el director de la Judicial les estaba exponiendo al día siguiente del robo perpetrado en el apartamento que Herbert alquilaba en el centro. Erlendur y Sigurður Óli lo habían mantenido informado sobre el desarrollo de la investigación. El director, un hombre

regordete de más de cincuenta años, mostraba sus reservas ante el hecho de que estuvieran implicando a Kalmann. Si la policía tuviera que hacer caso a todos los rumores, cuentos y habladurías que los islandeses se inventaban año tras año sobre supuestos suicidios de famosos, infidelidades y perversiones, ¡Islandia se convertiría en un Estado policial, como el de cualquier república bananera sudamericana!

—Sí, todo bien —respondió Erlendur, que apenas había abierto la boca—. Es que he dormido poco hoy. La dichosa luz.

—Se han hecho claras alusiones a Kalmann durante la investigación —afirmó Sigurður Óli sin rodeos.

—Kalmann es uno de los empresarios más ricos del país, así que su nombre siempre va a estar en boca de alguien —replicó el director—. Si no disponéis de pruebas sustanciales que lo relacionen de forma directa con la desaparición de Herbert o con la muerte de la chica, entonces deberíais dejarlo tranquilo. Yo seré el primero en enviaros a hablar con él si averiguáis algo.

—Existe una remota posibilidad de que Kalmann conociera a Birta —señaló Erlendur.

—¿Y cuál sería su relación con ella? —preguntó el director.

—De ser cierto —respondió Sigurður Óli— que Herbert y Kalmann han mantenido, o siguen manteniendo, algún tipo de contacto, y que Herbert, siempre según los rumores, es un *pimp*, perdón, un proxeneta, no sería descabellado pensar que habría podido proporcionarle chicas a su amigo, entre ellas Birta. Ahí tendríamos el vínculo entre la joven y Kalmann.

—No me parece una teoría muy sólida —comentó el director.

—Evidentemente, no son más que conjeturas, pero son los nombres que tenemos. Tratamos de conectarlos lo mejor que podemos.

—¿Averiguasteis algo en los fiordos del noroeste? —preguntó el director de la Policía.

—Tengo la impresión —respondió Erlendur, verbalizando por primera vez los pensamientos que lo venían obsesionando los últimos días— de que la muerte de Birta guarda alguna relación con la región de los fiordos, y no solo porque fueran su tierra natal. Tiene que haber un mensaje oculto en el hecho de que dejaran su cuerpo en la tumba de Jón Sigurðsson. Desde el principio hemos supuesto que el asesino, o el hombre que trasladó su cuerpo, ya que no tiene por qué ser el mismo individuo, quería decirnos algo, y hemos dirigido la investigación partiendo de esa base. Pero creo que su mensaje va más allá de hacernos saber que la joven era del noroeste. Creo que nos ha querido

guiar para que encontremos en esa región las respuestas a unas preguntas que, en realidad, ni siquiera nos hemos planteado. Puede que no se relacionen de forma directa con el caso, pero he comenzado a darles algunas vueltas. Cuando estuve allí con Sigurður Óli, hablamos con los lugareños y todos nos contaron lo mismo: han desaparecido un gran número de cuotas y la gente ha emigrado a Reikiavik. Y allí donde antes ni siquiera existían los estratos sociales, ahora están surgiendo clases pudientes. Mientras unos amasan fortunas de cientos de millones, otros no ganan ni un duro. La gente está indignada con las autoridades de Reikiavik por consentirlo, y también reina la indignación contra aquellos que han vendido los barcos asociados a las cuotas y contra quienes están especulando con esas cuotas sin haber trabajado en el mar en su vida. Los fiordos del noroeste han sido los que han salido peor parados con el sistema de cuotas. Naturalmente, hay más factores que explican la despoblación, como las quiebras, la recesión y un aislamiento que no todo el mundo lleva bien. Pero tengo la intuición de que el hombre que dejó el cuerpo de Birta en la tumba de Jón Sigurðsson piensa que hay algo turbio en toda esa especulación. Creo que quería llamar nuestra atención. Y no solo la nuestra, sino la de la nación entera.

—¿Qué quieres decir con «algo turbio»? —preguntó el director—. ¿Qué insinúas exactamente?

Erlendur no había compartido sus sospechas con Sigurður Óli, que miraba boquiabierto a su compañero. Tampoco se las había comentado a Elínborg, ni a Þorkell ni a otros miembros de la Judicial. Sigurður Óli no sabía exactamente adónde quería llegar Erlendur, aunque muchas de las ideas que acababa de exponer ya le resultaban familiares. Erlendur se encendió un cigarrillo antes de continuar. Desvelado por la claridad nocturna, se había pasado la noche reflexionando sobre el asesinato de Birta y tratando de establecer conexiones entre Herbert, Jón Sigurðsson, Kalmann, Janus, los fiordos, la caja de hierro, las drogas, las constructoras, el pasado y el presente. Poco a poco su teoría había cobrado forma en su cabeza. Tal vez fuera demasiado rebuscada, pero era la única que se le ocurría.

—Todavía no puedo demostrar nada. Solo es una idea que se me ocurrió en los fiordos y que comencé a perfilar cuando el nombre de Kalmann entró en escena. Dóra, la joven que conocía a Birta, le explicó a Elínborg que su amiga se preguntaba quiénes iban a mudarse a todas esas casas. O algo así. Es lo único que sabemos de esa chica. Según Dóra, Birta se veía con un hombre que era propietario de un gran número de inmuebles. Seguramente se refería a los de los nuevos barrios de Reikiavik y Kópavogur, donde también van a

construirse enormes centros comerciales. No son más que las palabras descontextualizadas de una toxicómana, cuyo sentido probablemente no habríamos comprendido nunca de no ser porque Sigurður Óli también se las oyó decir al dueño de un hotel de los fiordos. Birta no había visitado la región en los dos últimos años, pero puede que hubiera escuchado esas reflexiones en boca de otros habitantes de la zona instalados en Reikiavik, y que más tarde las hubiera repetido delante de Dóra. También podría haberlo escuchado en otra parte y haber reflexionado al respecto, pero me parecería muy extraño que una drogadicta como ella se preocupara lo más mínimo por la construcción de viviendas. ¿No os resulta raro? A mí sí. ¿Qué narices le puede importar el sector del ladrillo a una drogadicta? ¿Hasta qué punto tenemos que hacerle caso?

—¿Adónde quieres ir a parar, Erlendur? —le preguntó el director de la Policía.

—No lo sé. Esa es la cosa. He estado dándole vueltas a todo esto sin llegar a ninguna conclusión. Pero creo que Birta fue asesinada porque sabía algo que no debía saber. Se enteró de algo de lo que no podía enterarse. Por eso la mataron. Para que no hablara. Esa es mi impresión. Pero no tengo nada que apoye mi teoría. Nada. Excepto una cosa: Kalmann es el principal constructor de los nuevos barrios del área metropolitana. Es la persona que construye todas esas casas sobre cuyos futuros inquilinos reflexionaba Birta. Además, sabemos que ha adquirido un buen número de cuotas en los fiordos del noroeste a través de su naviera de Reikiavik. Birta descubrió algo relacionado con ese hombre que no debía saberse. Cuotas y casas. Huele a chamusquina.

Meditaron en silencio las palabras de Erlendur, hasta que unos golpes en la puerta los sobresaltaron. El jefe de la Científica asomó la cabeza.

—Nos han llamado de la Compañía Nacional de Telefonía —anunció—. Nuestra petición se había perdido en el sistema, pero al fin han rastreado la llamada de la cabina. Se hizo a un móvil que pertenece a un hombre llamado Kalmann y que se encontraba en Nueva York.

Todas las miradas se dirigieron en silencio hacia Erlendur, que observó a sus compañeros preguntándose si debía añadir algún dato más o si ya era suficiente por el momento. Todos seguían mirándolo fijamente. El director de la Policía se aclaró la garganta.

—No os lo había dicho todavía —anunció Erlendur finalmente—. He llamado a mis parientes de Eskifjörður. Viðey, la naviera de Kalmann, ha estado comprando cuotas en los fiordos del este durante los dos últimos años.

El recuerdo del día que murió en la bodega del barco asaltaba a Janus de vez en cuando, pero nunca lo había hecho con tanta intensidad como en los últimos meses, desde que conoció el estado de Birta. Tiempo atrás, solía despertarse por las noches sobresaltado y jadeando, presa de una sensación de asfixia que revivía en sus continuas pesadillas.

Aquel día, Birta y él iban a ir al videoclub a alquilar una película y después a comprarse dulces. De camino, se encontraron con una pandilla del colegio que se dedicaba a hacerle la vida imposible a Janus. Los chicos se agruparon delante del videoclub y empezaron a gritarle en cuanto lo vieron aparecer tras la esquina, acompañado de su amiga. Birta entró en la tienda, pero él, muerto de miedo, se detuvo a unos metros de la puerta. Sin perder de vista el grupo, retrocedió unos pasos lentamente. A Janus le pareció que estaban eufóricos, se los veía capaces de cualquier cosa, y sintió que estaba en peligro. Lo notó en todo su cuerpo: le entró frío y se le aflojaron las rodillas. Fue una reacción instintiva. Su inseguridad alimentaba en mayor medida el entusiasmo de la pandilla y, al ver que salía huyendo, los chicos comenzaron a perseguirlo.

Cuando salió de la tienda y observó la estampida, Birta comprendió inmediatamente lo que estaba ocurriendo. Bordeó el edificio, y al doblar la esquina vio que el grupo ya había llegado a la siguiente calle. Unos metros por delante, Janus corría desesperadamente en dirección al puerto. Iba como una bala, pero era más pequeño, y los chicos iban acortando la distancia. Birta echó a correr tras ellos. Ojalá pueda esconderse en un barco. Ojalá puedan ayudarle los marineros. Ojalá pueda librarse de esos bestias. Ojalá... Ojalá... Janus desapareció tras la planta congeladora de pescado, con uno de los chicos pisándole los talones. «Lo van a pillar —pensó—. Lo van a pillar».

Unos momentos más tarde, Birta llegó jadeando a la planta. Atravesó a todo correr el aparcamiento, que estaba completamente vacío. Era la hora del café y los trabajadores comían algo durante sus quince minutos de pausa. Entonces vio a los chicos agrupados al borde del muelle, pero no había ni

rastró de Janus por ninguna parte. Echó a correr hacia ellos con todas sus fuerzas mientras llamaba a gritos a su amigo. La pandilla miraba en silencio un barco amarrado, cargado de capelanes. No era frecuente ver barcos que pescaran esa especie en los fiordos del noroeste. Solo había una factoría dedicada a su procesamiento en toda la región.

Al ver que se acercaba, dos de los chicos llamaron la atención de los demás y el grupo entero se volvió hacia ella. Habían dejado de gritar. Algunos se giraron de nuevo hacia el barco y, de repente, todos echaron a correr. Pasaron como un rayo junto a Birta, salieron del puerto y desaparecieron tras la planta congeladora. Birta corrió hacia el extremo del muelle y logró frenar a tiempo antes de saltar a la embarcación. La bodega estaba abierta, rebosante de capelanes.

No se veía a Janus por ninguna parte.

Cuando salió huyendo del videoclub, el chico no sabía qué hacer, si subir hacia el pueblo o bajar hacia el puerto. Escogió la segunda opción, con la esperanza de encontrar a alguien que lo sacara del apuro. Su casa estaba demasiado lejos. Tomó la calle que conducía a la planta congeladora mientras escuchaba los gritos del grupo a su espalda. Sentía que acortaban cada vez más la distancia hasta que, al doblar la esquina de la planta, ya pudo escuchar la respiración del primer chico.

Al llegar al muelle, se dio cuenta de que se había metido en un callejón sin salida. Vio el barco amarrado y supo que no tenía escapatoria. Cuando estuvo al borde del atracadero, se volvió, exhausto y sin aliento. El grupo aminoró el ritmo al ver que Janus estaba atrapado. Lo tenían acorralado.

La pandilla se acercó a él y empezó a gritarle y a insultarle. Janus trató de hacer oídos sordos. Se giró hacia el barco que tenía a su espalda. En medio de la cubierta destacaba la bodega, rebosante de capelanes. Se volvió de nuevo hacia el grupo. En el momento en que estaban a punto de atraparlo, Janus saltó a la embarcación.

Su intención no era caer en la bodega, pero uno de sus pies aterrizó en la escotilla abierta y se hundió inmediatamente. Sintió cómo descendía cada vez más, sumergiéndose en una desagradable mezcla de agua helada y peces muertos. El frío invadió todo su cuerpo y le entraron ganas de gritar. Logró emerger a la superficie y pidió auxilio mientras luchaba por mantener la cabeza erguida, pero cada vez que intentaba tomar aire se le llenaba la boca de agua y de peces. Logró alcanzar cierta estabilidad, y entonces vio que el grupo lo miraba desde el muelle. Esperaba que alguno de ellos lo ayudara,

que le lanzaran una cuerda o bajaran al barco para sacarlo de allí. Pero nada de eso ocurrió, y empezó a hundirse de nuevo.

Sin aliento tras la frenética huida, sintió que perdía la conciencia. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba a punto de estallar: le zumbaban los oídos, se le nublaba la vista y estaba experimentando una angustiosa sensación de asfixia y de pánico. Trató de respirar, pero no había aire a su alrededor. Cuanto más se debatía en el agua, más empeoraba su situación. Finalmente, se rindió a la evidencia: se estaba muriendo.

Lo comprendió en el momento en que, de pronto, empezó a sentirse bien sin saber por qué. Solo sabía que se estaba hundiendo en el interior de la bodega, que se quedaba sin aire y que ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando por su vida. Simplemente se sentía mejor. Ya no necesitaba debatirse en busca de oxígeno. El frío había desaparecido. Lo invadió una extraña calma y sintió que la vida lo abandonaba. La asfixia dio paso a otra sensación mucho más agradable, la misma que en ocasiones había sentido cuando se tumbaba por las noches, cansado, justo antes de quedarse dormido. Recordó que entonces se preguntaba si así era como uno debía de sentirse al morir. Sumido en la oscuridad, lo embargó una especie de cálido bienestar.

Cuando llegó al fondo de la bodega, ya estaba muerto.

«¿Dónde está Birta?», fue su último pensamiento.

Birta llamaba a su amigo mientras lo buscaba por el barco. Como no lo veía por ninguna parte, se volvió hacia los chicos que se alejaban corriendo del muelle, y les gritó: «¿Dónde está Janus? ¿DÓNDE ESTÁ JANUS?». Uno de ellos se detuvo al escucharla y le respondió: «¡Se ha caído en la bodega!». «¿En la bodega? —pensó ella—. ¿Está en la bodega? ¿Donde los capelanes?». Tras unos segundos de incertidumbre, cogió una cuerda que había visto sobre la cubierta, la anudó a la borda, se la ató a la cintura y se sumergió entre los peces muertos. Buceó hasta alcanzar el fondo y buscó a tientas a Janus. Conteniendo la respiración, con los ojos cerrados, buscó con obstinación hasta que lo encontró. Apenas le quedaba aire tras haber corrido desde el videoclub, y el corazón le latía a toda velocidad. El pulso le retumbaba en los oídos. El frío era insoportable. Agarró a Janus con una mano, pero sabía que nunca podría levantar tanto peso. Entonces notó que alguien tiraba de la cuerda y que, de pronto, estaba ascendiendo hacia la superficie. Seguía sujetando con fuerza a su amigo, esta vez con ambas manos, y, cuando por fin logró asomar la cabeza fuera del agua, tomó aire desesperadamente. Los sacaron de la bodega y los tumbaron sobre la cubierta.

Birta tosió, vomitó y escupió, pero Janus yacía inmóvil a su lado, con los ojos cerrados.

El marinero que los había sacado sabía cómo proceder. Ya había empezado a hacerle el boca a boca, que alternaba con compresiones torácicas, pero la maniobra no parecía estar dando ningún resultado. El hombre no estaba dispuesto a tirar la toalla: inspiraba e insuflaba aire incesantemente mientras se iba congregando cada vez más gente alrededor. Tumbada en la cubierta, Birta tiritaba de frío y lo veía todo borroso. Lo único que sabía con certeza era que su amigo no presentaba signos de vida.

De pronto, Janus empezó a escupir agua, a toser y a vomitar con fuerza. Al ver que reaccionaba, el marinero lo acomodó en un costado del barco. Sin embargo, tan pronto como el chico recobraba la conciencia, volvía a perderla. En la ambulancia la recuperó de nuevo, y vio a Birta, sentada a su lado con una manta sobre los hombros. No recordaba nada más.

Janus sabía lo que era estar muriéndose.

Acababa de experimentar lo que describían los artículos que había leído sobre personas que habían vuelto a la vida después de la muerte. En ningún momento vio una luz o un túnel. Solo se vio a sí mismo. No le dio la impresión de estar perdiendo la conciencia. Al contrario, seguía pensando y percibía lo que ocurría como si fuera un sueño. Tal vez era su alma que estaba abandonando su cuerpo. Ya no tenía frío y la sensación de asfixia había desaparecido. Sentía que ya no necesitaba respirar. Notó que se elevaba hacia la superficie y que salía de la bodega y sobrevolaba el barco. Entonces vio a un hombre sacando a Birta, y se vio a sí mismo, primero agarrado a ella, y después inerte sobre la cubierta, mientras el marinero trataba de reanimarlo y su amiga estaba vomitando a su lado. Tenía la sensación de estar inmerso en una pesadilla.

Cuando despertó, el hombre estaba inclinado sobre él. Tiritaba de frío y aún no podía respirar a causa del agua que empantanaba sus pulmones. Tosía, escupía y vomitaba. Y cuando recobró el conocimiento, se vio en una ambulancia, con Birta sentada a su lado.

Un momento después, volvió a perder la conciencia.

La hipótesis de Erlendur había desconcertado tanto al director de la Policía como a sus compañeros. Consideraban que carecía de pruebas para sacar aquellas conclusiones. Él, sin embargo, defendía su opinión con firmeza. Cuanto más pensaba en Birta, en Janus y en los fiordos, más convencido estaba de que era necesario englobar la muerte de la joven en un contexto más amplio.

Aún guardaba en el bolsillo de su chaqueta la fotografía que le había dado Elínborg. Sabía que más tarde o más temprano iba a tener que hacer algo al respecto. No podía ignorar la situación durante mucho tiempo. Solo tenía una opción, pero prefería esperar hasta el final del día para anunciar su decisión.

Al entrar en su despacho para comenzar a trabajar, una vez finalizada la reunión con el director, Erlendur encontró sobre su escritorio el cuaderno donde Herbert había apuntado los nombres de sus chicas y los de los hombres que las habían solicitado, así como las fechas de los encuentros. Preguntó cómo había llegado hasta allí aquella libreta, pero nadie supo responderle. Nadie había visto deambular por la comisaría a ninguna persona que fuera ajena al cuerpo. El edificio apenas estaba vigilado. «Aquí cualquiera puede entrar como Pedro por su casa y hacer lo que le venga en gana en los despachos», se dijo, indignado.

Hojeó aquellas páginas medio rotas de tamaño A5 que contenían una lista de nombres, en su mayoría desconocidos. Algunos —pocos— le sonaban; otros, en cambio, le resultaban más que familiares. Entre los nombres de mujer figuraban los de Birta y Dóra. También leyó el nombre de Kalmann, así como el de un ministro y un alto cargo municipal. Erlendur sospechaba que eran de los registros de Herbert. El cuaderno confirmaba su relación con Kalmann y probaba que Herbert dirigía una red de prostitución en Reikiavik. Tras buscar frenéticamente en toda la libreta, dejó escapar un suspiro de alivio: el nombre de Eva Lind no aparecía por ninguna parte.

Todavía no había resuelto el enigma del cuaderno cuando sonó el teléfono de su despacho. Erlendur respondió.

—¿Has visto la fotografía? —preguntó una voz al teléfono.

—¿Quién es? —preguntó Erlendur.

—¿Has encontrado esta mañana el cuaderno que te he dejado? —siguió diciendo la voz al otro lado de la línea.

—¡Janus! —Erlendur miró la pantalla del teléfono para saber desde qué número llamaba. El aparato comenzó a grabar.

—¿Conoces al tipo de la foto? —inquirió Janus.

Erlendur se incorporó lentamente con el auricular en la mano. En ese momento entró Sigurður Óli y Erlendur le señaló el teléfono mientras articulaba el nombre de Janus con los labios. Sigurður Óli consultó la pantalla y salió del despacho.

—Sabemos quién eres, Janus —respondió Erlendur eludiendo la cuestión de la fotografía—. Eras amigo de Birta. Es crucial que vengas a hablar con nosotros. Sabemos que erais amigos en los fiordos del noroeste y que te salvó la vida.

—En ese cuaderno puedes comprobar que Herbert se encargaba de enviar chicas a ciertos hombres —prosiguió Janus, haciendo oídos sordos a las palabras de Erlendur—. Puedes ver a quién se las enviaba, dónde se efectuaban los encuentros y cuándo. Ahí tienes los nombres de los clientes. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo vamos a examinar, no te preocupes, pero lo fundamental es que vengas a vernos. Tenemos que hablar. ¿Sabes algo de Herbert? ¿Sabes qué ha sido de él?

—Herbert está al mando de todo. Del contrabando y de la prostitución. Tengo más documentos que enviarnos.

—Estupendo, pero primero tenemos que hablar.

—Más adelante —respondió Janus—. Hablaré contigo más adelante.

Erlendur tenía la impresión de que la conversación estaba llegando a su fin.

—¿Le pasaba heroína a tu amiga? —le preguntó.

—Tengo información sobre los colaboradores de Herbert. Sé cómo distribuyen la droga, quiénes la venden y hasta qué porcentajes se quedan. También conozco el nombre de algunos policías que Herbert tiene metidos en el bolsillo. Lo tengo todo y será un placer entregártelo.

—En el cuaderno aparece el nombre de Kalmann repetidas veces. ¿Tienes idea de lo que está tramando?

—Me faltan algunas piezas por encajar, pero, por lo visto, Birta debía de haberse enterado de algo. Se preguntaba quiénes iban a mudarse a no sé qué

casas, pero desconozco a qué se refería. Aún no tengo claro qué quería decir, pero creo que ahora estoy empezando a entenderlo.

—¿Dónde estás, Janus? —preguntó Erlendur—. ¿Podemos ir a buscarte?

—No os preocupéis por mí. Vosotros encargaos del imbécil de Herbert.

Erlendur seguía preguntando sin descanso.

—¿Por qué elegiste la tumba de Jón Sigurðsson?

Erlendur no escuchó bien la respuesta. Repitió su pregunta, pero lo único que oyó fue un pitido al otro lado de la línea. Janus había colgado.

Sigurður Óli reapareció en la puerta.

—Es el número de una pequeña tienda de discos del centro. Hay dos coches de camino.

—Janus quiere que hagamos algo con esto —le informó Erlendur antes de lanzarle el cuaderno de espiral. Sigurður Óli lo hojeó.

—Por lo visto, ha podido acceder a ciertos documentos por mediación de Herbert —siguió explicándole Erlendur—. Este cuaderno lo relaciona con Kalmann, pero necesitamos que Herbert declare como testigo.

—¿Insinúas que Janus pretende matar a Herbert?

—Algo me dice que no son precisamente amigos.

—¿Y Kalmann? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Crees que Janus podría suponer también alguna amenaza para él?

—Creo que deberíamos hacerle una visita de cortesía al señor empresario —respondió Erlendur—. No se me ocurre nada mejor que hacer.

—¿Y Janus?

—Tengo la impresión de que volveremos a saber de él.

Todavía era temprano cuando aparcaron el vehículo de la Policía Judicial frente al domicilio de Kalmann. Habían supuesto que aún no habría ido a trabajar y no se equivocaron. El hombre de negocios los recibió en la puerta vestido con un impecable traje gris azulado en el que Sigurður Óli se fijó más que Erlendur.

Kalmann no parecía particularmente sorprendido ante la visita de dos policías a esas horas de la mañana. Los policías se presentaron y él los invitó a pasar al salón mientras les explicaba que vivía solo, lo cual tenía ventajas y desventajas. Era alto, tenía la piel bronceada, como Sigurður Óli, con la salvedad de que, en su caso, Kalmann había cogido el color bajo el sol tropical y no bajo la lámpara de un solárium. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, dejando al descubierto una amplia frente, e iba bien afeitado. Los

ojos marrones, las cejas finas, la nariz afilada, las mejillas levemente hundidas; su boca pequeña contrastaba con un mentón prominente. Sus manos no eran particularmente grandes y lucía un anillo de oro en ambos dedos anulares. Bajo su expresión arrogante se apreciaba la inclemencia de quien es consciente de su posición y la defiende con uñas y dientes.

Erlendur y Sigurður Óli tomaron asiento en el elegante salón, adornado con cuadros, muebles de diseño y un piano blanco en una esquina. Los valiosos ornamentos que decoraban las mesas y las estanterías estaban armoniosamente distribuidos. En las paredes también colgaban fotografías de Kalmann acompañado de dirigentes nacionales, presidentes de grandes empresas extranjeras y líderes políticos internacionales. «Peculiares fotos de familia», pensó Sigurður Óli.

—¿Qué motivos puede tener la policía para venir a verme? —preguntó Kalmann fingiendo sorpresa mientras miraba con sutil altivez a aquellos dos chupatintas del Estado que no tenían nada que ver con él. Sin embargo, su inesperada visita hacía tambalear su confianza en sí mismo. Aún no sabía qué le había ocurrido a Herbert. Existía la posibilidad de que se hubiera entregado a la policía, pero a Kalmann le costaba mucho imaginárselo. Una vez, a modo de amenaza, le habló de los documentos que guardaba. Kalmann sabía que Herbert sería capaz de cualquier cosa si se viera en apuros y tuviera que salvar el pellejo.

Erlendur decidió ser precavido a la hora de lanzar acusaciones y prefirió observar primero cómo se desarrollaba la conversación.

—Por extraño que parezca, tu nombre ha aparecido en la investigación del homicidio de la joven cuyo cuerpo fue hallado en el cementerio, un caso del que habrás oído hablar —anunció—. Un tal Herbert te llamó al móvil poco después de que lo interrogáramos y ahora se encuentra en paradero desconocido. Parece haber desaparecido de la faz de la tierra. Lo estamos buscando. Nos gustaría saber la razón por la que te llamó después de haber hablado con nosotros. ¿Por qué lo hizo y qué tipo de relación mantienes con él?

—¿Estáis seguros de que era mi número? —preguntó Kalmann mientras sacaba una elegante pitillera y la abría con un elegante movimiento de manos. Colocó un cigarrillo entre sus labios y lo encendió con un mechero a juego.

—Herbert llamó desde una cabina de la Compañía Nacional de Telefonía. Se desplazó expresamente desde Breiðholt para hacerlo. Está claro que, por algún motivo, no quería llamar desde su casa. La compañía identificó un número registrado a tu nombre. Por lo visto, estabas en Nueva York. ¿De qué

hablasteis? ¿Por qué te llamó después de enterarse del fallecimiento de la chica?

—¿Y habéis venido hasta mi casa a primera hora de la mañana como si se avecinara el fin del mundo por esa tontería? Pues os podríais haber ahorrado las molestias. Recibí muchas llamadas mientras estaba en Nueva York. Unas al hotel y otras al móvil. La gente se equivoca de número con frecuencia. A veces descuelgo y solo se oye un pitido. No me suena que me llamara ningún Herbert para contarme el fallecimiento de ninguna chica. No sé quién es ese hombre y, aun en el caso de que me hubiera llamado al móvil, no es problema mío. Se equivocaría de número. Pasa continuamente.

—¿Así que no conoces a ningún Herbert?

—Tengo a más de setecientas personas trabajando a mi cargo, así que no sabría responder a esa pregunta. A bote pronto, no me suena. ¿Quién es?

—Herbert es sin duda lo que podríamos llamar un conocido de la policía —explicó Erlendur—. Un hombre con el que hemos tenido que tratar en más de una ocasión. Está implicado en tramas de narcotráfico y prostitución. Para unos es un verdadero hijo de puta. Para otros no es más que un imbécil. ¿Por qué llamó a tu número?

—Ya os he dicho que debe de ser una casualidad.

—Una extraña casualidad, ¿no te parece?

—Las casualidades siempre son extrañas.

—¿Qué tenías que hacer en Nueva York ese fin de semana?

—¿Por qué debería ser de vuestra incumbencia? Tenía reuniones sobre futuras obras que mi empresa y otras compañías pensamos llevar a cabo en Reikiavik. Podría facilitaros los nombres de las personas con las que me reuní, los lugares y las fechas, pero me parecería un tanto absurdo. No entiendo adónde queréis ir a parar.

—Construyes mucho aquí, en Reikiavik. Los nuevos barrios periféricos y ese centro comercial que será dos veces más grande que Kringlan son obras tuyas, ¿no?

—Y de otros socios. No entiendo qué tiene que ver eso con vuestro caso.

—¿Y en ningún momento te llamó Herbert mientras estabas en Estados Unidos?

—¿Cómo se os ha podido ocurrir relacionarme con ese hombre? ¡Narcotráfico y prostitución! Espero que no os pongáis a desempolvar los viejos rumores que me relacionaban con el tráfico de drogas. Es terrible el daño que pueden llegar a causarte esa clase de chismorreos, y encima no hay nada que hacer contra ellos. ¿Sabíais también que soy gay, que he tratado de

suicidarme al menos en dos ocasiones, que me gustan las menores y que viajo a Tailandia en busca de niños? ¿Os habíais enterado de todo eso? Pues esas son las historias que circulan sobre mí en esta ciudad sin que pueda hacer nada por evitarlo. Da igual lo que haga, porque los rumores siempre son más fuertes. Sobre todo aquí, en Islandia. Los islandeses son las personas más chismosas del planeta. Una panda de marujas. ¡Un país de cotillas!

Concluido su monólogo, se hizo el silencio en el salón. Había hablado sin alterarse y sin levantar la voz. Parecía cansado de repetir la verdad una y otra vez a personas que no se la terminaban de creer.

Erlendur quería seguir guardándose en la manga el cuaderno de Herbert. Se lo enseñaría cuando volvieran a hablar con él para observar su reacción y deleitarse escuchando sus mentiras. No veía el momento de hacerlo. Por otro lado, quería saber qué podría contarle de Birta, así que le preguntó si conocía a alguna chica con ese nombre.

—No, no me suena —respondió Kalmann mientras apagaba con cuidado el cigarrillo en un enorme cenicero—. ¿Quién es esa linda flor?

—Es la chica que hallaron muerta en el cementerio —respondió Erlendur.

—¿Trabajaba para mí?

—No estoy seguro de que pueda expresarse así precisamente —apuntó Erlendur.

—¿Expresarse así precisamente? —preguntó Kalmann—. ¿Qué quieres decir con «expresarse así precisamente»?

—Conocía al tal Herbert.

—Mira, permíteme decirte un par de cosas e intenta metértelas en la cabeza, amigo: no conocía a esa chica del cementerio y no sé quién es ese Herbert.

—Lo que vamos a gozar pillando a ese cabrón —dijo Sigurður Óli mientras subían de nuevo al coche—. Deberíamos haberle enseñado el cuaderno de las putas.

—Se equivocaron de número —dijo Erlendur imitando a Kalmann—. ¿Por quién nos toma?

—¿No deberíamos mostrarle el cuaderno ya? No veo la necesidad de esperar.

—Tenemos tiempo de sobra. Janus ha dicho que tiene otros documentos. Vamos a ver primero cuáles son. Luego volveremos a hablar con Kalmann y le sugeriremos por dónde puede meterse sus excusas baratas.

Tres cuartos de hora más tarde, otro coche aparcaba frente al domicilio de Kalmann. Un hombre corpulento bajó del vehículo y se dirigió a la puerta. Vestía zapatillas de deporte y un chándal gris que marcaba toda su musculatura. Llevaba el pelo rapado y le quedaban restos de leche en el labio superior.

Llamó al timbre. Kalmann lo dejó pasar.

Por la tarde, Kalmann recibió en su despacho una llamada desde Estados Unidos. Su rostro se iluminó al saber quién se encontraba al otro lado de la línea, pero su expresión se desvaneció inmediatamente. Frunció el ceño, hundió las cejas y sus nudillos emblanquecieron mientras apretaba el auricular con todas sus fuerzas.

Janus volvió a ponerse en contacto con Erlendur esa misma tarde. Sigurður Óli escuchó la conversación por otra línea conectada al teléfono de su compañero. En menos de un minuto localizaron la llamada: provenía de una cabina del puerto. Enviaron un coche que patrullaba por la zona, entre otros efectivos, pero todos llegaron demasiado tarde. El chico había solicitado verse a solas con Erlendur al final de la tarde, a una hora y en un lugar determinados. Si no acudía solo, el encuentro no tendría lugar. Si Janus advertía la presencia de la policía, se marcharía.

—No tienes nada que temer —le aseguró Erlendur—. No pretendemos arrestarte. Puedes venir aquí y hablar con nosotros sin miedo. Puedes confiar en nosotros.

—¿Has leído los nombres del cuaderno? ¿Has visto a quiénes tenía Herbert apuntados? Tengo otros documentos que demuestran que se hicieron fotos. Te los entregaré esta noche. Tengo otra foto en la que sale ese tío. No sé cómo se llama, pero puede que tú lo conozcas. No me fío de nadie.

Acto seguido, Janus colgó y salió corriendo. Un instante después aparcó un coche patrulla junto a la cabina y dos agentes uniformados bajaron del vehículo, pero ya era demasiado tarde: el joven había desaparecido.

—El chico puede confiar en nosotros —le comentó Erlendur a Sigurður Óli.

—¿No deberíamos retenerlo cuando lo veas esta noche? —preguntó Sigurður Óli.

—Vamos a ver primero qué tiene que contarnos y qué documentos nos quiere hacer llegar. Es mejor que no juguemos al ratón y al gato con él. No hace falta acorralarlo, ni perseguirlo ni atemorizarlo. Janus ha colaborado con nosotros desde el principio, no actúa en nuestra contra. Quiere hablar con nosotros, pero también quiere poner sus condiciones. No veo dónde está el problema. Charlaré con él y tal vez pueda convencerlo de que deje de esconderse y preste declaración. Puede que lo consiga o puede que no. De

momento, estoy dispuesto a que sea él quien tenga la sartén por el mango. A ver qué ocurre.

—¿De qué fotografía estaría hablando? —se preguntó Sigurður Óli—. ¿Crees que Herbert pudo haber hecho fotos a sus clientes? Igual las utilizaba para hacerles chantaje. Por algo tiene que haberse hecho con el control de todo el mercado de la droga en Islandia. Se merecería el título de Hombre de Negocios del Año.

—Veamos qué es todo eso que tiene Janus —respondió Erlendur.

El lugar elegido por Janus era el aeródromo de la Asociación de Planeadores de Islandia situado en Sandskeið, a unos veinte kilómetros al este de Reikiavik. Sigurður Óli insistió en que sería muy fácil atrapar allí al chico, pero Erlendur no quería ni oír hablar del tema. Janus se había hecho con otro coche más. Según las cifras policiales, en Reikiavik se robaban unos doscientos coches al año. Janus ya llevaba tres. Erlendur condujo hacia el este en su coche privado. Había prohibido tajantemente que lo siguieran y que merodearan agentes por la zona, no quería que nadie vigilara. Quería demostrarle a Janus que podía confiar en la policía, que podía confiar en él. Cuando llegó al aeródromo, aparcó en mitad de la pista de aterrizaje, apagó el motor y esperó.

Esperó una hora. Una hora y cuarto. Una hora y media. El tiempo se había calmado después de que hubiera llovido durante el día. El sol brillaba en el oeste. Erlendur bajó del coche. Ya se había fumado medio paquete de tabaco, y empezaba a pensar que Janus le había tomado el pelo. Escudriñó los alrededores, pero los únicos coches que veía eran los que circulaban por la carretera nacional, a dos kilómetros de distancia. Las familias salían de vacaciones y seguro que los niños necesitaban parar en la siguiente gasolinera aunque acabaran de salir de la ciudad. Erlendur se imaginaba ese tipo de escenas. Nunca las había vivido.

Subió de nuevo al coche, y cuando estaba a punto de arrancar, vio aparecer una nube de polvo en un extremo de la pista. Bajo el remolino, un objeto oscuro aumentaba de tamaño conforme se iba acercando. Erlendur distinguió gradualmente la silueta de un vehículo que terminó deteniéndose delante de sus narices. Se acercó y se sentó en el asiento del pasajero, como habían acordado.

Se dieron la mano. Janus estaba sucio de la cabeza a los pies. A Erlendur le pareció que tenía el pelo lleno de hollín. Tenía la cara manchada y de sus

ojos descendían unos surcos blancos que parecían rastros de lágrimas. Llevaba las manos negras y desprendía un olor que a Erlendur le resultaba familiar.

—¿A qué hueles? ¿A beicon? ¿Dónde has estado metido?

—Aquí y allá —respondió Janus.

—¿De dónde sacaste la foto que dejaste en casa de Herbert? —preguntó Erlendur sin andarse por las ramas.

—Ya estaba en la caja. ¿Conoces a los que salen?

—El hombre de la foto es un alto cargo municipal que se encarga de la adjudicación de terrenos edificables. Y los dos chicos, no lo sé, no tengo ni idea de quiénes son esos pobres.

—En la caja había más documentos. Los traigo aquí conmigo.

—¿Cómo llegaste hasta esa caja?

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—Nos has tenido preocupados. ¿A qué viene este juego del escondite? ¿Por qué no vienes a comisaría a hablar con nosotros? ¿Qué estás tramando?

Janus guardó silencio. Era la primera vez en su vida que hablaba con un policía.

—No te entendemos. No sabemos nada de ti, solo sabemos que eres de los fiordos del noroeste, como Birta, y que erais amigos. Sin duda tienes algo que ver con la desaparición de Herbert y ahora no solo pretendes ir a por Kalmann sino también, a juzgar por lo que veo en la maldita foto, a por otras figuras notables de nuestro país. Como si nada. Tú solito. ¿Te ha contado alguien la bonita historia de David contra Goliat?

—Me he visto metido en todo esto por accidente. Ya me gustaría a mí salir de esta pesadilla. Espero hacerlo cuanto antes.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—¿Habéis hablado con Kalmann?

—Lo ha negado todo —respondió Erlendur—. Según él, no conocía ni a Herbert ni a Birta, aunque tampoco se habría conocido a sí mismo ni aun poniéndole un espejo delante. De hecho, aún no le he enseñado el cuaderno que nos hiciste llegar. Tengo ganas de saber qué dice cuando lo vea.

Janus se estiró hacia el asiento trasero, cogió un grueso montón de papeles y comenzó a hojearlos.

—Birta me dijo que Herbert presumía de saberlo todo sobre Kalmann. Herbert decía que guardaba unos papeles y que más le valía a Kalmann ser *nice* con Hebbi. Porque él habla así: *Nice. Hey, man. Fucking hell.* Ese rollo.

—Sí, lo sé. Habla como un viejo rockero de Keflavík. ¿Nos has robado a Hebbi? —le preguntó Erlendur.

Janus guardó silencio.

—¿Quién te habló de los papeles de Herbert si no fue el propio Herbert? No creo que te hayan llegado por correo al almacén de beicon donde te debes de haber escondido estos días.

—Puede que en otra ocasión te cuente cómo los he obtenido —respondió Janus—. Ahora lo que importa es que están en mi poder. Contienen información sobre la entrada y la venta de drogas en el país. Herbert usaba a Birta como mula de carga. ¿Lo sabíais?

—No, no sabemos nada sobre Birta. Tú la quisiste ayudar, ¿no?

—Intenté que dejara de drogarse. Pero todos mis esfuerzos fueron en vano.

—Sé de lo que hablas. Es increíble que la gente así sea incapaz de entrar en razón.

—¿Llevas ahí la foto que dejé en la caja?

—Sí, aquí está —respondió Erlendur con cierto resentimiento mientras la sacaba del bolsillo de la chaqueta. No se la había enseñado a nadie. Elínborg y él seguían siendo los únicos que sabían de su existencia. Sin embargo, era consciente de que no podía guardarla en secreto mucho tiempo más.

—Tengo otra exactamente igual —anunció Janus mientras le tendía a Erlendur una fotografía que sin duda había sido tomada en las mismas circunstancias que la anterior. En la imagen aparecía un hombre cuarentón, desnudo en una cama junto con una adolescente y un chico de la misma edad. El hombre parecía estar maniatado al cabecero de la cama. Erlendur miró fijamente la imagen y lo invadió la misma sensación de impotencia que cuando Elínborg le enseñó la primera foto frente al hotel Borg. La observó unos instantes: el chico estaba sentado a horcajadas encima del hombre y la chica tenía la cara pegada a la de él. No eran más que unos niños, a lo sumo tendrían diecisiete años. Los tres miraban hacia la cámara con expresión de sorpresa, como si el fotógrafo los hubiera pillado desprevenidos. La escena parecía tener lugar en la habitación de algún hotel de Reikiavik. Erlendur arrugó la fotografía y la apretó con fuerza mientras negaba con la cabeza, incapaz de creer lo que había visto.

—Me parece que el chico se llama Jóel —precisó Janus—. Birta lo conocía. Pero no sé quién es la chica. ¿Puede que Herbert utilizara la foto para hacerle chantaje al hombre?

—Tiene toda la pinta —respondió Erlendur pausadamente, cansado, casi dormido—. Sin embargo, me cuesta creer que Herbert actuara en solitario. Lo más seguro es que trabajara para alguien que quería hacer una foto como esa, alguien que sabía que Herbert conocía a chicos dispuestos a prostituirse.

—¿Crees que estaba compinchado con Kalmann?

—Está claro que esos tipos carecen de escrúpulos. Esos malditos *business men* actúan sin miramientos. Son unos auténticos cerdos. Tengo la sospecha de que estas fotos guardan alguna relación con el negocio de las cuotas, y de que todo se irá aclarando a medida que avance nuestra investigación. Estas fotos se hicieron con un objetivo determinado.

—¿Como cuál?

—Me parece que nos hallamos ante el típico caso de chantaje, pero tengo la sensación de que a ese hombre no lo extorsionaron por dinero sino por otra cosa. Algo relacionado con su estatus social.

Herbert notó que poco a poco estaba consiguiendo cortar la cuerda que le ataba las manos. Tenía mucha fuerza y había logrado presionar el cordel contra uno de los bordes afilados de la parrilla de aluminio y comenzar a serrarlo.

En el horno seguía reinando la más profunda oscuridad. Herbert podía moverse levemente a pesar de estar atado. La parrilla de la que colgaba tenía unas varillas de aluminio con el borde afilado, y halló el modo de rozar la cuerda contra una de ellas. Poco después de que Janus hubiera cerrado la puerta del horno, tras haber metido dentro a su prisionero, el chico sacó el cajón y Herbert pudo ver bajo sus pies, gracias a la tenue luz que se filtraba a través del hueco, que Janus lo estaba llenando de bosta, ramas, leña y serrín que había traído de la habitación trasera. Herbert se imaginó que estaba disponiéndolo todo para ahumarlo.

Sin embargo, nada de eso había ocurrido. En lugar de prenderle fuego a su contenido, Janus metió de nuevo el cajón en el horno sin encenderlo. Al cabo de un rato, Herbert dejó de escuchar ruidos. Al parecer, el chico se había marchado.

Herbert ya se había fijado en las varillas cuando Janus lo colgó de la parrilla, así que, cuando estuvo seguro de que se había quedado solo, empezó a moverse para intentar cortar la cuerda. Sumido en la oscuridad, sudaba a mares, y los brazos le dolían tanto que pensaba que se le iban a caer. Pero seguía sin rendirse mientras maldecía a Janus en silencio. El odio que sentía hacia él lo motivaba a continuar. Tenía que liberarse. Tenía que vengarse de aquel *fucking cocksucker* de mierda.

También debía recuperar los documentos antes de que Janus decidiera qué hacer con ellos. Se vio obligado a confesarle dónde estaban. No tenía otra vía de escape, y si no hubiera perdido el control cuando se cayó sobre el montón de leña, ahora estaría libre.

«¿Qué narices pensará hacer Janus con esos papeles?», se preguntaba Herbert mientras movía las manos arriba y abajo para que la cuerda rozara

contra la varilla. «¿Qué coño estará planeando ese puto *motherfucker*?».

Luego estaba el  *fucking*  Kalmann. Herbert tampoco entendía bien los tejemanejes que se traía con sus compañeros de negocios. Sabía que guardaban alguna relación con la adjudicación de solares para construir en los alrededores de Reikiavik. Incluso con la compra de terrenos. Kalmann envió a Herbert y a Milky, el bebedor de leche, a visitar a un granjero que vivía cerca de la población de Mosfellssveit y que se negaba a venderle sus tierras. El campesino, un anciano que vivía en una casa cochambrosa, era dueño de dos vacas, cincuenta ovejas y un caballo desdichado que sin duda hubiera sido más feliz hecho picadillo y metido en un paquete de salchichas. Eso dijo Milky mientras se echaba a reír y le daba un ataque de tos. Tras lo cual se tragó dos de sus pastillas, *just in case*.

El anciano se quedó desconcertado al ver aparecer a Herbert y a su compañero en la puerta de su casa proponiéndole una fantástica oferta y preguntándole si no quería aprovecharla en lugar de hacer el tonto en una casa que se caía a pedazos y sin ganado.

—*Fuck it* —dijo Herbert—, puedes comprarte un apartamento cojonudo en un bloque residencial para ancianos y follarte a todas las viejas cuando te dé la gana, *man*. Todavía te funciona, ¿no?

—No quiero vender mis tierras —respondió el hombre antes de pedirles que se fueran por donde habían venido—. Me importa un comino cualquier oferta que me hagáis, no pienso vender, ¡largo de aquí!

—¡Pero bueno! ¿Qué hospitalidad es esa? —le preguntó Herbert, mientras se volvía hacia su acólito.

Dos días más tarde, el granero de la granja ardió hasta quedar reducido a cenizas. Ardió con el caballo dentro. Después de aquello, el granjero firmó un contrato con una de las empresas de Kalmann y se mudó a un apartamento para la tercera edad en Reikiavik. Nunca le mencionó a nadie lo sucedido, ni siquiera a sus dos hijos, que se alegraban de que por fin hubiera vendido la propiedad y se hubiera mudado a una vivienda mucho más digna en la capital. A diferencia de Kalmann, desconocían el valor de sus tierras. No miraban hacia el futuro, como sí hacía el empresario. El suceso había ocurrido quince años atrás. La ciudad se expandió hacia los terrenos que había comprado, y estos pronto se convirtieron en los más caros de toda Reikiavik.

Siempre que necesitaba presionar a alguien, Kalmann solía acudir a Herbert. Pero eso fue antes de que empezara a considerar poco adecuado que lo vieran o lo vinculasen con él. Herbert era quien había fotografiado al funcionario, un hombre al que ya le había proporcionado chicas mucho antes

de que se convirtiera en una figura influyente en la política municipal. Hasta entonces había sido uno de sus clientes fijos.

Cuando Kalmann tuvo problemas, llamó a Herbert. Necesitaba que el funcionario estuviera de su parte, pero el muy desgraciado no acababa de entender la importancia del asunto. Había que presionarlo un poco, para ver si cedía. A Herbert siempre se le ocurría alguna idea. Contactó con Jóel. A Herbert le importaba un carajo con quiénes se liaban aquellos tipejos siempre y cuando le pagaran. No sabía que a la cita también iba a acudir una chica hasta que entró por la puerta de la habitación del hotel y empezó a hacer fotos a diestro y siniestro.

Las cuerdas se rompieron de repente. Tenía heridas en las manos. Le sangraban, pero no sentía dolor. No tardó en desatarse las cuerdas de los pies y dejarse caer sobre la rejilla con un golpe sordo que retumbó en las paredes del horno. Se quitó la venda ensangrentada con la que Janus le había tapado los ojos e inmediatamente comenzó a dar patadas a la puerta.

Contrariamente a lo previsto, Erlendur no regresó a su despacho para informar a sus compañeros de su encuentro con Janus. Habían mantenido una larga conversación sobre Birta y los encargos que había hecho para Herbert. El chico le había entregado los documentos y habían acordado volverse a ver al día siguiente en comisaría. Al final, Janus dio su brazo a torcer y aceptó que le tomaran declaración. Erlendur confiaba en él y, aparentemente, la confianza era mutua. Se despidieron y regresaron a Reikiavik, cada uno por su lado.

Erlendur no trató de seguir a Janus, sino que se dirigió a casa de su hija, Eva Lind. Antes de bajar del coche, se concedió un momento para reflexionar. Por mucho que se devanara los sesos, no lograba entenderlo. Tampoco conseguía calmarse. Antes al contrario: cuantas más vueltas le daba, más inquieto se sentía. Llevaba mucho tiempo sabiéndolo, pero verlo con sus propios ojos era superior a sus fuerzas. Su rabia iba en aumento.

Llamó al timbre y salió a recibirlo el nuevo novio de su hija. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y vestía una camisa blanca y una bonita corbata impecablemente anudada. El hombre reconoció inmediatamente al agente de la Judicial y se debatió entre echarle en cara que llamara a la puerta de su casa a aquellas horas o mostrarse dócil y educado. En cualquier momento podría venirle bien conocer a un tipo como ese. Sin embargo, no tuvo tiempo de tomar su decisión. Erlendur le ahorró la molestia.

—Largo de aquí, gilipollas —le espetó, agarrándolo de la corbata y echándolo a la calle antes de cerrar dando un portazo.

Eva Lind salió de la cocina y caminó hacia él. La acompañaba Sindri Snær, que estaba de visita, aprovechando sus horas de permiso en la clínica de desintoxicación.

—¿A qué viene este numerito? —le preguntó a su padre.

—Cállate —respondió Erlendur.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sindri Snær.

—Cállate tú también. No eres mucho mejor que tu hermana. Sois un par de drogadictos. Los dos. Unos yonquis de mierda.

—Cómo te preocupas últimamente por nosotros —replicó Eva Lind sin perder la calma—. ¿Traes alguna noticia?

—No lo sé —respondió Erlendur mientras sacaba la foto que Janus le había entregado—. No sé si será una noticia para ti, pero, desde luego, para mí es un bombazo —gritó mientras le lanzaba la fotografía a su hija—. ¡El descubrimiento del siglo!

Eva Lind recogió la fotografía del suelo y la observó. Sindri Snær se acercó y la miró también. Encolerizado, Erlendur retrocedió unos pasos y se sentó en el sofá Chesterfield que aún conservaba su embalaje de plástico.

—¡Hostias! ¿Esa eres tú? —exclamó Sindri Snær.

—¿De dónde has sacado esta foto? —preguntó Eva Lind mientras se la ocultaba a su hermano.

—Pero ¿qué coño estás haciendo ahí? —le preguntó Sindri Snær tratando de arrebatarse la foto a su hermana mientras ella la alejaba de su alcance.

—¿De dónde la has sacado? —repitió Eva Lind con la mirada clavada en su padre.

—¿Cuántos años tienes ahí? —le preguntó Erlendur, inquisitivo.

—Diecinueve. ¿Quién guardaba esta foto?

—¡Diecinueve! —exclamó Erlendur—. Qué mentira más patética. Ahí no eres más que una cría de diecisiete. ¡Una niña!

Eva Lind miró a su hermano y después a Erlendur. Caminó hacia su padre y se sentó junto a él en el sofá.

—¿Es de Herbert? —le preguntó.

—Pertenece a su colección, sí. Guarda relación con el caso de homicidio del que me encargo. Su existencia me impide continuar con la investigación. Pero eso no es lo que me preocupa. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Cómo demonios pudiste? ¡Eras una cría! ¡Una cría!

Eva Lind miró fijamente a su padre.

—No lo sé —respondió finalmente con la voz rendida—. Te juro que no lo sé. Trato de no pensar mucho en ello. El pasado es el pasado. No tenemos que aferrarnos a él. El chico que sale conmigo en la foto se llama Jóel. Fuimos amigos durante un tiempo y hacíamos juntos toda clase de tonterías. Herbert le pasaba clientes. No solo hay chicas metidas en ese mundo. Jóel me contó lo que hacía y me dijo que le gustaba. Así de claro, que le gustaba. Y que se sacaba una pasta gansa. Por eso siempre estaba montado en el dólar, mientras que yo no tenía nunca ni un puto duro. Jóel me dijo que aquel pavo

pagaba muy bien y que le había preguntado si no tenía alguna amiga. Entonces me sugirió ir con él. El tío pagaría el doble y nos lo dividiríamos a partes iguales.

Eva Lind hizo una pausa. Erlendur la miraba fijamente. Sentado junto a ellos, Sindri Snær no sabía hacia dónde mirar.

—Solo acompañé a Jóel aquella vez —siguió explicando Eva Lind mientras le lanzaba la foto a su padre—. Fue en el hotel Loftleiðir. Cruzamos el vestíbulo, subimos en ascensor hasta la segunda o la tercera planta y el hombre nos estaba esperando en una habitación. No nos vio nadie. Y Jóel tenía razón. El tío estaba forrado. De pronto, entró un tipo en la habitación y se puso a hacer fotos como un loco, con flash y todo. No sabíamos quién era el hombre con quien habíamos quedado y no lo volvimos a ver nunca más. Se puso supernervioso y comenzó a pegarle a Jóel. Yo le salté encima y al final conseguimos pirarnos.

Se hizo un silencio en el salón. Durante unos instantes, cada uno permaneció sumido en sus pensamientos.

—De todos modos, no es asunto tuyo lo que haga o deje de hacer, viejales —añadió Eva Lind, que parecía volver a recuperar los ánimos.

—No, no, faltaba más. Nadie se puede meter en los asuntos de unos borrachos y unos yonquis como vosotros. A ver cuándo os da la puta gana de ponerlos las pilas, sobre todo tú —precisó señalando a Eva Lind—, e intentáis llegar a ser algo más que unos simples desgraciados.

Se hizo un nuevo silencio.

—¿Te acuerdas de cómo se llama ese cerdo? —preguntó Erlendur.

—¿Es famoso? —preguntó Eva Lind—. No lo había visto nunca. Ni antes ni después del encuentro.

—¿Cuándo fue?

—Hace unos cuatro o cinco años. Vale, tenía diecisiete.

—¿Y fue Herbert quien organizó la cita?

—Eso me dijo Jóel.

—¿Dónde está ahora el tal Jóel?

—Hace un huevo que no lo veo. Dicen que pasó un tiempo en el trullo, pero no sé bien por qué pudo ser. Nunca hizo nada malo.

—¿Cómo funcionaba todo?

—Herbert contactaba con Jóel cuando había algo, y él solía estar dispuesto a todo. Tanto con chicos como con chicas. Es bi. ¿Sabes lo que es eso?

—¿Y?

—Y nada más. Quedamos con aquel hombre y nos sacamos una pasta. Nos pagó por adelantado.

—Qué hijo de puta —suspiró Erlendur—. Cerdo de mierda. ¿Cómo puede salir adelante esa gentuza?

—¿No es precisamente esa gentuza la que mejor sabe salir adelante?

—¿Herbert te organizó más encuentros?

—Nunca más —respondió Eva Lind sin sonar demasiado convincente. Erlendur conocía bien el tono. Estaba acostumbrado a que le mintieran. Pero lo pasó por alto. Se estaba calmando. Su rabia se iba disipando poco a poco. Lo que había hecho Eva Lind no era ninguna novedad, pero nunca lo había constatado con sus propios ojos, y esperaba no tener que volver a hacerlo.

—¿Te has acostado con Kalmann?

—Déjate ya de paranoias, anda —suspiró Eva Lind.

—Tengo que entregarle esta foto a Sigurður Óli y abandonar la investigación. No me queda otra.

—¿No puedes hacerla desaparecer? —preguntó Sindri Snær—. ¿Por qué tiene que saber nadie de su existencia?

—No pienso destruir pruebas.

—Siempre hay una primera vez para todo —concluyó Eva Lind.

—¡Ya tengo bastante con que ese sea vuestro lema! —le espetó Erlendur.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá esos hombres quieren saber precisamente lo que tú estás tratando de averiguar? —preguntó Eva Lind.

—No es por ese motivo por lo que ha llegado a mis manos esta foto de mierda —respondió Erlendur—. Eso significaría que estaba todo perfectamente planeado, y me sorprendería que Herbert fuera tan previsor.

—¿Y Kalmann? ¿Ya lo has interrogado?

—Deja de meter las narices en mi investigación. No es de tu incumbencia.

—Ah, vaya. Pues yo diría que un poco sí que me incumbe.

—Un poco no —dijo Erlendur en voz baja—. Demasiado, diría yo. ¡Qué maravilla de vida! ¿Cómo voy a poder cumplir con mi trabajo con vuestras dos sombras sobre mis espaldas? No puedo más. No lo puedo soportar —suspiró.

—Si hubieras podido refrenar tu apetito sexual, querido mío, ahora no estaríamos aquí sentados —señaló Eva Lind.

—Me temo que yo puedo decir exactamente lo mismo de ti, querida mía —replicó Erlendur.

Cuando Janus regresó al ahumadero de Sláturfélag Suðurlands, en la calle Skúlagata, se encontró con que Herbert había desaparecido. La gran puerta corredera del edificio estaba abierta de par en par y todo indicaba que su prisionero había logrado salir del horno a patada limpia. Janus encontró las cuerdas sobre la rejilla del cajón. Había pasado fuera casi todo el día, así que no podía saber cuánto tiempo había pasado desde que Herbert se había escapado, ni qué consecuencias podría tener para él el hecho de que el hombre a quien había humillado anduviera suelto. Al cabo de un rato comprendió que no podía quedarse en el ahumadero ni un segundo más y se dispuso a salir. Su plan era subir la avenida Háaleitisbraut para pasar allí la noche e ir al despacho de Erlendur por la mañana a prestar declaración.

Pero ya era demasiado tarde. Había tardado demasiado en percibir el peligro que lo amenazaba. Cuando se disponía a salir por la puerta corredera se encontró con un hombre que conocía demasiado bien: el amigo de Herbert que le hacía de guardaespaldas. Milky. Ocupaba casi todo el hueco de la puerta y caminó lentamente hacia el interior del ahumadero, vestido con su chándal y sus zapatillas de deporte. Sobre su labio superior brillaba el característico bigote de leche seca.

Janus reculó hacia la habitación trasera, donde sabía que había una ventana. De pronto, se dio la vuelta y echó a correr. Milky lo siguió sin acelerar el paso. Janus se precipitó hacia el interior de la habitación y estuvo a punto de caerse al suelo cuando frenó en seco. Apostado junto a la ventana, Herbert lo esperaba con un bate de béisbol en la mano y una gorra en la cabeza. Estaba embadurnado de hollín, y llevaba la misma ropa que cuando lo encerró en el horno. El pelo mugriento le sobresalía bajo la gorra, endurecido por la grasa. Tenía la cara y las manos ensangrentadas.

—¿Adónde vas con tanta prisa, *man*? —le preguntó Herbert mientras golpeaba el bate contra la palma de su mano—. La fiesta acaba de empezar.

Cuando vio que Milky ya había llegado a la puerta, Janus se quedó paralizado sin saber qué hacer.

—Todo ha terminado —anunció el chico—. He hablado con la policía y le he entregado los documentos que encontré en tu casa. Lo saben todo. Yo, en tu lugar, saldría corriendo —añadió, en un débil intento de atemorizar a Herbert. Pero no había esperanza. Herbert no salió corriendo a ninguna parte. Se limitó a sonreír sin apartar la mirada de Janus.

—No, no lo saben todo, *man* —precisó—. Todavía no. Aún no saben que estás muerto.

Sigurður Óli seguía esperando a su compañero junto con Elínborg y Þorkell cuando Erlendur llegó por fin a su despacho tras salir de casa de Eva Lind, pasada la medianoche. Llevaba con él el montón de documentos que Janus le había entregado. Sin dar explicaciones sobre su retraso, comenzó inmediatamente a explicarles lo que el chico había averiguado tras revisar los papeles. También les informó de que, por razones personales que más tarde explicaría al director de la Policía, se veía obligado a retirarse de la investigación.

—¿Qué disparate es ese? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Cómo que debes retirarte de la investigación? ¿Qué ha pasado?

—Os lo explicaré más tarde —respondió Erlendur—, pero de momento tendremos que conformarnos con mi decisión.

—No puedes retirarte así como así —insistió Sigurður Óli alzando la voz—. ¿Qué tonterías estás diciendo?

Elínborg escuchaba la conversación sin decir palabra.

Al ver que no se libraría de las preguntas de Sigurður Óli, Erlendur le preguntó si podía llevarlo a casa. Ya hablarían por la mañana. Los tres se lo quedaron mirando en silencio mientras salía del despacho. Sigurður Óli lo acompañó hasta el coche, arrancaron y permanecieron callados hasta que Erlendur tomó la palabra.

—Ya conoces a mi hija, Eva Lind, y sabes la desastrosa vida que lleva. Desde hace un tiempo sé que a veces se prostituye para pagarse las drogas. No voy a entrar a describir cómo me siento o cómo me he sentido. He tratado de sacarla del agujero, pero está visto que yo ni pincho ni corto en su vida. Supongo que he llegado demasiado tarde. Lo mismo me sucede con Sindri Snær.

Sigurður Óli seguía conduciendo en silencio, sin saber adónde quería ir a parar Erlendur. Como el resto de sus compañeros, sabía que su hija era drogadicta. La habían detenido más de una vez en tugurios de yonquis, y Erlendur jamás pidió que recibiera un trato especial. Que él supiera, sus

compañeros nunca tocaban el tema. Erlendur nunca hablaba de ella, ni de su hijo ni de su matrimonio roto. Ni de su vida, en general. Jamás. Alguna vez había acudido a Eva Lind cuando investigaba delitos menores, por si había alguien de quien ella hubiera oído hablar, o incluso que conociera personalmente, sospechoso de haber robado un ordenador, de haber entrado en una propiedad privada o de haber cometido cualquier delito relacionado con el consumo de drogas. Pero nunca obtuvo resultados. Eva Lind jamás revelaba nada de lo que pudiera saber. Sin embargo, en esa ocasión los había ayudado y había agilizado la investigación.

—Solo sé que nos ha sido de ayuda en este caso —afirmó Sigurður Óli.

—De demasiada ayuda, me temo —puntualizó Erlendur.

Habían llegado a su casa en Breiðholt. Sigurður Óli detuvo el vehículo y apagó el motor. Erlendur metió la mano en el bolsillo, sacó la fotografía de Jóel y Eva Lind en la habitación del hotel y se la dio a su compañero.

—Ahí no es más que una cría de diecisiete años. El chico que está con ella se llama Jóel. Deberíais localizarlo. Puede que conozcas al hombre de la foto. Es un alto funcionario del ayuntamiento. Sale a veces en las noticias. Probablemente lo chantajearon para que le hiciera algún ventajoso favor al bastardo de Kalmann, algo que le facilitara las cosas con el tema de la adjudicación de terrenos. Quiero que guardes esa foto y que no recurras a ella salvo en caso de verdadera necesidad. Si no te queda más remedio que hacerlo, al menos procura que no se revele la identidad de la chica. ¿Crees que podrás hacerme ese favor?

—¿Esta es tu hija? —preguntó Sigurður Óli en voz baja mientras miraba la fotografía—. Si no fuera porque me lo has dicho tú, no la habría reconocido. Debes de sentirte fatal.

—No más que ella, la pobre.

A continuación repasaron el caso y decidieron visitar a Kalmann a primera hora de la mañana. Otros miembros del equipo se dirigirían a casa del funcionario que aparecía en la foto. Sigurður Óli consiguió convencer a Erlendur de que lo acompañara a casa de Kalmann. Después podía quedarse al margen de la investigación si quería.

Sigurður Óli guardó un largo silencio mientras se preguntaba cuál sería la mejor manera de contarle a Erlendur que había pasado la noche en casa de Bergþóra, la testigo. Tendría que decírselo tarde o temprano. Más valía que no se enterara por otros medios.

—¿En qué piensas? —preguntó Erlendur.

—Estoy pensando en Bergþóra, nuestra testigo del cementerio. Tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—Hummm, yo estaba en su casa la tarde que encontrasteis la caja en casa de Herbert.

—¿Y qué?

—Y cenamos juntos.

—¿Te la tiraste?

—Dormimos juntos.

—Vamos, que te has tirado a nuestra única testigo.

—No fue así para nada. No hace falta ser soez.

—¡Soez! ¿Yo?

—Estoy enamorado de Bergþóra.

—Pero es una testigo, idiota.

—Lo sé.

—¿Y de qué hablasteis? ¿De los cementerios de Reikiavik?

—Cierra la boca.

—Querrás decir: descanse en paz.

A primera hora del día siguiente, se dirigieron de nuevo a casa de Kalmann y llamaron al timbre. Al ver que nadie acudía a abrir, volvieron a llamar. Finalmente, escucharon un ruido en el interior de la casa y Kalmann apareció en la puerta en batín, despeinado y con el ceño fruncido.

—Vaya, otra vez vosotros. Está claro que debo de estar sobornando a los funcionarios equivocados —ironizó mientras entraba en la casa. Erlendur y Sigurður Óli lo siguieron y cerraron la puerta.

—¿Qué puedo hacer por estos dos cruzados contra el crimen y la corrupción? —preguntó Kalmann desde el fondo del salón mientras se sentaba en su enorme sofá de cuero y cruzaba las piernas—. ¿No os parece que es de muy mala educación despertar a la gente a estas horas para interrogarla?

—Esto no es un interrogatorio formal, no eres oficialmente un sospechoso, pero a lo mejor te interesa ponerte en contacto con tu abogado. Podemos esperar. La investigación de la muerte de Birta nos ha traído de nuevo hasta ti... —comenzó a decir Erlendur, pero Kalmann lo interrumpió.

—¿Qué es de tu hija? ¿Cómo se llamaba...?

Esperó la respuesta de Erlendur. Desde su último encuentro, Kalmann se había informado sobre el hombre que dirigía la investigación del asesinato de Birta y había averiguado cuál era su punto más débil. Disfrutó al ver a Erlendur endurecer el rostro y tratar por todos los medios de mostrar indiferencia. Intentaba fingir que no pasaba nada, pero no lo hacía especialmente bien.

—Eva Lind, ¿no? —continuó Kalmann—. Una chica interesante.

—Tenemos algunos nombres por los que nos gustaría preguntarte —intervino Sigurður Óli—. Insistimos en que, si deseas llamar a tu abogado, podemos esperar.

—No, es solo que el otro día pensé en Eva Lind —prosiguió Kalmann ignorando a Sigurður Óli—. No sé por qué, pero de pronto me acordé de una historia que un amigo mío me contó sobre ella. ¿Cómo era? Ah sí, una vez tu

hija fue a comprar drogas, porque las consume, ¿verdad? Pero resulta que no llevaba dinero y cuando le preguntaron cómo pensaba pagarlas...

—Formas parte del consejo de administración de la naviera Viðey —se apresuró a decir Erlendur.

—Un momento, deja que termine mi historia. Es buenísima.

—Eres propietario de más de la mitad de la empresa, aunque no lo sabe mucha gente —continuó Erlendur alzando el tono de voz. No iba a dejar que Kalmann lo descolocara—. Según nuestras investigaciones, Viðey se ha dedicado a coleccionar cuotas de pesca, especialmente en los fiordos del noroeste.

—¿Te pone nervioso hablar de Eva Lind? —volvió a interrumpirle Kalmann sin borrar la sonrisa de sus labios—. Tengo oído que es la mejor en todo lo que hace. Y que no se niega a nada si se le piden bien las cosas.

Erlendur clavó la mirada en los ojos de Kalmann para transmitirle el asco que le daba y dejarle claro que no le afectaría nada de lo que le pudiera decir. Se relajó y hundió los hombros. Kalmann se volvió hacia Sigurður Óli.

—Eres el mayor accionista de Viðey, ¿no es así? —le preguntó Sigurður Óli.

—Poca gente lo sabe —respondió Kalmann—, pero comencé a interesarme por la pesca hace unos diez años, quizá quince. Una de las razones fue el establecimiento del sistema de cuotas. Antes de que se instaurara, no había manera de obtener beneficios de la pesca. Eso es algo que no entenderán nunca los imbéciles que se oponen al sistema.

—Te has centrado bastante en comprar cuotas en los fiordos del noroeste —dijo Erlendur, tomando la palabra—. Hemos averiguado que, durante unos años, tu empresa se dedicó a adquirir cuotas en la región. Su valor asciende a dos mil quinientos millones de coronas.

—Qué interesante —comentó Kalmann—. ¿Y se puede saber por qué me lo cuentas?

—Permíteme continuar y dime si te suena algo de lo que voy a contarte. En la época en que se autorizó la comercialización de las cuotas, el sector del ladrillo en la capital se encontraba en crisis y las constructoras quebraban una tras otra. Afectó a todo el país, pero Reikiavik fue la más perjudicada. Era donde residían, y residen, las mayores empresas. Se paralizó la construcción de edificios, y lo mismo ocurrió con las obras planeadas por la Compañía Energética Nacional al saberse que los inversores extranjeros no pensaban ampliar la fundición de aluminio de Straumsvík y que no se construirían nuevas fundiciones en los años siguientes porque, en aquel entonces, el

aluminio se cotizaba a un precio ridículo. La gran maquinaria quedó paralizada. Un buen número de obreros se quedó sin trabajo. Las inmobiliarias se fueron a pique. El sector de la construcción estaba a punto de caer en la ruina.

Kalmann miraba a Erlendur en silencio.

—Entonces, en plena crisis, a alguien se le ocurrió la idea de construir nuevos barrios residenciales en algún lugar de Reikiavik —prosiguió Erlendur—, dar otro uso a la maquinaria destinada a construir presas y emplearla para levantar nuevas viviendas en Hafnarfjörður, en Kópavogur y al norte de Grafarvogur. Se diseñaron ambiciosos planes para construir barrios enteros con centros comerciales, colegios, zonas verdes y bonitas calles que albergarían chalés adosados, grandes bloques de pisos y elegantes casas unifamiliares. La guinda del pastel serían dos enormes centros comerciales, uno en Kópavogur y el otro en el nuevo barrio de Borgarholt, cada uno de ellos el doble de grande que Kringlan. ¿Quiénes iban a llenar esos magníficos palacios destinados al consumo? ¿Quiénes se mudarían a todos esos bloques de pisos? ¿De dónde saldría toda esa gente?

Erlendur hizo una pausa antes de proseguir.

—Eso era lo único que faltaba en aquellos planes: la gente. La brillante idea de las constructoras y los especuladores inmobiliarios solo podía materializarse con gente que se trasladara a las nuevas viviendas y comprara en los centros comerciales. ¿De dónde saldría? ¿Quiénes se mudarían a todas esas casas? Esas eran las preguntas que, por alguna extraña razón, se hacía una joven drogadicta de las calles de Reikiavik. ¿No te parece un poco raro?

Kalmann miraba a Erlendur sin dejar de sonreír.

—«¿De dónde sacamos a la gente?», se preguntaban los grandes emprendedores. Y entonces se les ocurrió. Donde no hay cuotas, tampoco hay gente. Es una regla elemental. La población y las cuotas van de la mano. Siempre había quien emigraba del campo a la ciudad, así ha venido siendo desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Solo hacía falta darle un empujón a aquel éxodo. Las constructoras y los especuladores inmobiliarios diseñaron una estrategia para hacer que la gente fuera a vivir a Reikiavik. Fue entonces cuando salieron a cazar cuotas. Invirtieron masivamente en navieras y consiguieron que se pudiera comerciar libremente con los derechos de pesca. Hicieron lo que nadie se hubiera imaginado que podía llegar a hacerse: se llevaron las cuotas de los pueblos pesqueros. La población no se daba cuenta de lo que ocurría. Nadie tuvo la oportunidad de entender realmente los entresijos del nuevo sistema. Y sucedió exactamente lo que los trapicheadores

de Reikiavik habían previsto. Cuando las cuotas desaparecieron de los pueblos, las regiones pesqueras se quedaron sin medios para subsistir. La gente no veía otra salida que abandonar su tierra natal y emigrar a la capital. Sucumbieron. Vendieron sus casas y se compraron una en la ciudad, donde había trabajo. Seguramente, los pueblos del noroeste eran los más vulnerables, por lo que fueron un blanco fácil. De hecho, los grandes emprendedores no hicieron sino acelerar un proceso que parecía inevitable. La región se encontraba muy aislada, las navieras se enfrentaban a condiciones desfavorables y las instituciones públicas habían cerrado el grifo de las subvenciones. Los jóvenes querían marcharse a Reikiavik. Todas esas razones hacían de los fiordos del noroeste la víctima perfecta.

Erlendur hizo una nueva pausa. Kalmann y Sigurður Óli continuaban escuchando. El empresario se mostraba impasible.

—Cuando las cuotas desaparecieron, cientos de familias de los fiordos se mudaron a esa tierra prometida que era Reikiavik. La gente se lo tomó como cualquier otra ley natural. Las ciudades crecen en detrimento de la población rural, ocurre en todo el mundo. A nadie le parece raro. «Los tiempos cambian», piensa la gente. Cuando la situación se volvió alarmante, las autoridades hicieron un débil intento de favorecer la vida en el noroeste construyendo carreteras y excavando túneles en las montañas. ¡Primero les quitan el pan y luego les construyen carreteras!

—No veo el delito por ninguna parte —replicó Kalmann, que había escuchado el monólogo de Erlendur sin decir palabra—. Tú mismo lo has dicho: en aquellos años la gente se trasladaba en masa a Reikiavik y necesitaba una vivienda. La ciudad se expandió. Nosotros construimos las casas. ¿Dónde está el crimen?

—Vosotros forzasteis todos esos traslados. Fue un éxodo rural maquinado por las hienas capitalistas de Reikiavik, que veían la expansión de la ciudad como una forma de ganar dinero. La gente se vio obligada a abandonar su tierra natal. Pero la historia no quedó ahí. Seguíis recorriendo el país en busca de cuotas. Sé que has empezado a comprar en el noreste. Por lo que me cuentan mis parientes de Eskifjörður, tu nombre sale en las conversaciones cada vez que se habla de las cuotas.

—Estás mezclando las cosas, amigo —discrepó Kalmann esbozando una lacónica sonrisa—. ¿Desde cuándo es asunto de la policía que uno se dedique a la industria pesquera y a los negocios?

—Entonces sucedió algo —continuó Erlendur—. Y se me ocurren dos posibilidades. Por un lado, uno de vosotros comenzó a fardar de sus fabulosos

planes y de sus fantásticos resultados ante una chica que más tarde descubrió, quizá porque ella misma se lo contó, que era del noroeste. De vez en cuando ese tipo pagaba a prostitutas, o más bien a chicas jóvenes. Le gustaban jovencitas, medio vagabundas, algo toscas y que llevaran una vida miserable. Se las proporcionaba un viejo amigo con quien se había dedicado tiempo atrás al tráfico de drogas. Por algún motivo, el hombre se había encaprichado de aquella chica y le pedía a su amigo que se la enviara asiduamente. Le pagaba bien, la chica necesitaba el dinero para comprar drogas y a veces trabajaba para el cabrón de su amigo como mula y cosas así. Y ahí estaba el hombre, frente a un ejemplo viviente del éxodo rural que él mismo había creado. Los fiordos del noroeste personificados. El tipo no tiene familia, vive una vida triste y solitaria, y no sabe qué hacer con todo su dinero. Le aburren todas esas mujeres bonitas que conoce a través de su trabajo, atraídas por su poder y su influencia. Prefiere disfrutar de una chica distinta, más joven, quizá más vulgar, incluso enfermiza. Es un perverso.

Kalman escuchaba en silencio.

—El hombre llevó demasiado lejos sus deseos sexuales. Había algo en la actitud de la chica que lo atraía. La violencia lo excitaba. La castigaba, le pegaba, le hacía daño. Estaba dispuesto a correr riesgos, a jugar con fuego. A veces le daba verdaderas palizas. Pero siempre le pagaba bien y sabía que ella volvería, hiciera lo que hiciera. Poco a poco, comenzó a hablarle a la chica del noroeste de su genialidad. De lo maravilloso que era su plan. De cómo había ido todo sobre ruedas desde el mismo momento en que empezó a ejecutarlo. De cómo su riqueza aumentaba cada día gracias a su brillante capacidad de hacer negocios. Todo eso se lo contaba embriagado de poder. A la chica le entraba por un oído y le salía por el otro, ya que tenía otras cosas en que pensar, pero un día se dio cuenta del significado de lo que le estaba contando, del alcance que tenían sus palabras. Puede que discutiera con él. Puede que lo amenazara con contarle todo, pero el hombre se le rio en la cara y le dijo lo imbécil que era por pensar que le harían caso si iba por ahí diciendo tonterías sobre una supuesta trama de especulación en Reikiavik. No obstante, el hombre perdió la calma, y en su último encuentro se pasó de la raya. Le pegó demasiado fuerte. Quizá la chica le dijo algo indebido y él se enfureció. La mató. Puede que no lo hiciera queriendo. O puede que sí.

—Idioteces —repuso Kalman mientras alternaba la mirada entre Erlendur y Sigurður Óli—. Idioteces como una casa. No tenéis ni idea de lo que estáis diciendo.

—Escucharemos tus alegaciones de buen grado —respondió Erlendur.

—Has dicho que se te ocurrían dos posibilidades —le recordó Kalmann—. ¿Cuál es la otra?

—Que el hombre la matara por el placer de hacerlo. Que no tuviera nada que ver con las cuotas, sino solo con la depravación de su mente.

Se sostuvieron la mirada durante unos instantes.

—Él no la mató —explicó Kalmann finalmente mientras se alisaba el batín de seda estampado con dibujos chinos. La sonrisa se había esfumado de sus labios—. Fue al contrario. Ella lo mató a él. Es cierto que era un enfermo en lo que al sexo se refiere. Le pegaba, y lo hizo con mucha violencia en su último encuentro, pero no por esas chorradas sobre el éxodo rural y la construcción de viviendas. Lo que pasó fue que, en plena acción, ella le confesó su estado de salud. Comprensiblemente, el hombre entró en estado de *shock*, pero no la mató. Se lo dijo a gritos. Le dijo que era seropositiva. Y que tenía el sida.

—Y el hombre se fue a Estados Unidos para hacerse los análisis —dijo Sigurður Óli.

—El hombre llevaba mucho tiempo recibiendo los servicios de aquella chica y cuando comprendió que la joven había seguido viéndolo a sabiendas de su enfermedad, fue presa del miedo y la ira. Ese mismo fin de semana cogió un vuelo a Estados Unidos. Para él era más fácil hacerse los análisis allí que en Islandia. Era una figura conocida y nadie podía enterarse. Así que acudió a una clínica privada a la que ya había ido antes. Ayer le comunicaron los resultados por teléfono. Es seropositivo.

—Y por eso mató a la chica —concluyó Sigurður Óli.

—En absoluto. Salió viva de aquel último encuentro.

Janus recobró el conocimiento con la sensación de estar asfixiándose. Le costaba respirar, y el poco aire que inspiraba apenas contenía oxígeno. Le escocían los ojos. Era como si estuviera ahogándose de nuevo en la bodega del barco. Herbert y Milky le habían dado una paliza brutal y sentía un dolor insoportable por todo el cuerpo. Probablemente le habían roto un brazo. Tenía la cabeza ensangrentada, la nariz partida y los ojos tan hinchados que no se le veían. Le dolían el vientre y las costillas.

Sentía que le ardían las piernas.

Volvió a quedarse dormido unos segundos. Trató de abrir los ojos, pero no podía. Sumido en una profunda oscuridad, ni siquiera sabía si estaba tumbado en el suelo o si lo habían atado. Intentó moverse, pero era imposible. Sin embargo, tenía la impresión de estar meciéndose levemente, como si estuviera colgado en el aire. Bajo sus pies notaba un intenso calor.

Pensaba que nunca iban a dejar de pegarle. Herbert le golpeó con el bate por todo el cuerpo, hasta quedarse sin fuerzas. Exhausto, dejó de insultar a Janus y se tumbó en el suelo. Entonces Milky tomó el relevo. Le golpeó con fuerza en el cuerpo y en la cara hasta que el chico perdió el conocimiento y se quedó tirado en el suelo, hecho una piltrafa.

Lo peor no era el dolor ni el ardor que sentía en las piernas, sino aquella sensación de asfixia tan familiar. Por más que intentaba respirar, el oxígeno no le llegaba a los pulmones. Al principio pensó que le habían puesto una bolsa de plástico en la cabeza e intentó quitársela. Pero no llevaba ninguna.

¡Y los ojos! El escozor era insoportable. Parecía que alguien se los estuviera limando.

Trató de pedir ayuda, pero era incapaz de emitir ningún sonido. Respiraba el aire saturado de hollín por la nariz y por la boca, lo tragaba, lo mordía, lo sorbía, pero lo único que le llegaba era un humo caliente y amargo que le rasgaba la garganta hasta llegar a los pulmones. Notaba que las piernas le ardían bajo la ropa.

Lo último que pasó por su cabeza antes de volver a perder el conocimiento fue la imagen de Birta en su apartamento de Breiðholt al volver de casa de Kalmann y el recuerdo de lo que le había hecho.

Le dijo que él sabía bien lo que era estar muriéndose.

Y ahora Janus debía de estar en el infierno.

Debía de estar en el infierno por lo que le había hecho a su amiga.

—Qué extraño que ese hombre no fuera consciente del peligro al que se exponía, ¿no? —le comentó Sigurður Óli a Kalmann, que seguía sentado frente a los dos policías, con su batín oriental de seda azul.

—Oh, ya lo creo que lo era —respondió—. Era parte del morbo. Casi nunca la penetraba, pero alguna que otra vez sí que lo hacía.

—¿Qué fue de Birta? —le preguntó Erlendur.

—No sé si nada de lo que estoy diciendo ocurrió de verdad, pero esto es lo que me han contado. A la chica a la que llamáis Birta se la llevaron en coche desde el lago Þingvallavatn hasta Reikiavik. Se marchó algo magullada, pero con vida. El hombre con quien se había visto sabía que vivía con un amigo de la infancia, un tipo bastante feo, pero muy leal. Incluso puede que estuviera colado por ella. En todo caso, la tal Birta salió viva de casa de ese hombre. Es más, le dijo que quería ir a casa de su amigo para conseguir heroína. Lo siguiente que supo de ella fue que había muerto, seguramente asesinada, y que habían dejado su cuerpo ante la tumba de nuestro querido Jón Sigurðsson.

—Ya puedes dejar esa estupidez de decir «ese hombre» —lo reprendió Sigurður Óli con desprecio—. Podemos relacionarte directamente con Birta y con Herbert Baldursson, por quien te hemos preguntado antes.

Sigurður Óli sacó el cuaderno y lo agitó delante de Kalmann.

—Esta libreta de aquí —continuó— contiene datos muy interesantes. En ella figuran los nombres de unas chicas que Herbert parecía tener a su servicio y los de unos hombres que disfrutaban de su compañía, como supongo que debéis de decir los cretinos como tú. También aparecen las fechas y los lugares de los encuentros. En resumen, aquí consta que, en un periodo de tres años, tuviste doce encuentros con Birta, la mayoría de ellos en una casa de veraneo en la zona del lago Þingvallavatn, aunque también aquí, en tu domicilio de Reikiavik. También te viste con otras chicas por mediación de Herbert. Solo se mencionan sus apodos, pero las localizaremos antes o después.

—El cuaderno de las putas de Herbert —dijo Kalmann mirando la libreta que sostenía Sigurður Óli. Por un instante estuvo tentado de pararles los pies y decirles que aquel cuaderno era una invención de un hombre al que no conocía y que, por lo visto, se dedicaba a mentir y a entretenerse sacándose cuadernos de la manga para chantajear a algún que otro infeliz. Pero no le apetecía. «Concedámosles el placer de confesar», pensó.

—Puede que sean mi debilidad —continuó—. Las chicas. Incluida Birta. Era una de mis favoritas.

—Engendro de mierda —dijo Erlendur en voz baja mientras pensaba en su hija.

—Tranquilo, no he estado con tu hija. A veces me han entrado ganas, pero...

Erlendur se levantó.

—Lo está haciendo a propósito —terció Sigurður Óli—. No lo escuches.

Erlendur no se movió de su sitio. Kalmann no le prestó atención. Con la mirada extraviada, parecía sumido en sus pensamientos.

—Has dicho que no conocías a Herbert —dijo Erlendur.

—Y no lo conozco. Solo me envía chicas.

Kalmann guardó un largo silencio. Erlendur y Sigurður Óli intercambiaron una mirada.

—Había algo en Birta que me atraía —explicó finalmente—. No sé muy bien qué. Estaba tan... ¿cómo decirlo?, perdida. Nada ni nadie podía impedir que se drogara y destruyera su vida. Era una yonqui de campeonato. Lo cual tiene cierto mérito. No te encuentras todos los días con una voluntad tan firme de arruinar tu propia existencia. Las personas que me rodean se matarían por una pizca de mi consideración, por un elogio mío en una reunión, una prima en diciembre, un puesto de trabajo mejor, una invitación a mis fiestas. Y lo disfruto, no me avergüenza reconocerlo. Disfruto viendo el brillo en sus ojos. Su agrídulce gesto de agradecimiento cuando me estrechan la mano. Birta me odiaba con todas sus fuerzas, pero yo le pagaba bien. Nunca me mostró ningún respeto. Más bien al contrario, solía demostrarme lo mucho que me despreciaba, lo miserable y lo depravado que yo le parecía. Puede que tuviera razón. Me gustaría aclarar que lo nuestro era una especie de relación amor-odio, aunque me temo que yo la disfruté mucho más que ella.

Erlendur y Sigurður Óli lo miraban en silencio.

—Yo no la maté. A veces le hacía daño, pero no la maté, así que ya podéis marcharos de mi casa de una puñetera vez —concluyó Kalmann, que parecía haber vuelto a la normalidad—. En cuanto a vuestra graciosa historia

de los fiordos del noroeste y de los malvadísimos especuladores de Reikiavik, no me importa lo que digáis. Solo estamos acelerando un proceso que ya estaba en marcha. Nada más. No veo dónde está el delito. Vivimos en el presente. Ya no necesitamos todas esas cabañas de pesca desperdigadas por el país. La gente ya no quiere trabajar allí.

—La gente quiere vivir en el lugar donde se ha criado, donde conoce a sus parientes y la historia de su familia —replicó Erlendur—. No es cuestión de dinero. Es cuestión de tener la libertad de vivir donde uno elija sin que intervenga la riqueza. Sin que se urda una trama para destruir las zonas rurales y que cuatro hombres ocultos en la sombra se llenen los bolsillos. Sin que se le arrebate a la población su medio de vida con el mismo desprecio que cuando dices que la gente ya no quiere trabajar allí. Sois tú y tus amiguitos quienes no les dejan porque tenéis que llenar vuestros centros comerciales.

—¿Quién te ha concedido el don de ser la conciencia del mundo? —le preguntó Kalmann.

—¿Sabes lo que pienso? Pienso que eres peor que el imbécil de Herbert. Tu amigo no es más que un desalmado sin cerebro. Es un necio. Pero a ti no te vale esa excusa. Lo tuyo es distinto. Todo lo que haces está planeado para satisfacer tu retorcida necesidad de poder, riqueza y autoridad. Para conseguir que tu corazón palpite más deprisa en tu miserable vida. Te gusta jugar con los demás, aunque resulte arriesgado. Te gusta hacer que la gente tiemble de miedo. Sabes exactamente cómo conseguirlo y lo que obtienes a cambio. Conoces sus puntos débiles. Con Birta hiciste lo mismo que con los fiordos del noroeste. Eras muy consciente de ello y eso era lo que te proporcionaba placer cuando le pegabas.

Aquella mañana, los vecinos del barrio de las Sombras se sorprendieron al ver salir humo del antiguo ahumadero de Sláturfélag Suðurlands, aquel edificio que todavía quedaba en pie en la calle Skúlagata. No sabían que la empresa hubiera retomado sus actividades, pero todo podía ser, y a nadie le pareció sospechoso volver a notar el familiar olor a carne ahumada que flotaba por todo el barrio.

La única excepción fue una señora que vivía en el primer piso de un edificio de tres plantas de la calle Veghúsastígur, y que nunca dejaba pasar la oportunidad de meterse donde no la llamaban. Su cocina estaba orientada hacia el norte, y desde la ventana veía Skúlagata, las islas, Kjalarnes y el monte Esja. La mujer solía quedarse despierta hasta tarde viendo la televisión, y rara vez se levantaba antes del mediodía. Entonces se preparaba un café y dos tostadas con queso, y desayunaba leyendo el periódico.

Mientras el café goteaba en la jarra de la nueva máquina que le había regalado su hija por Navidad y el aroma invadía la casa, la mujer se asomó por la ventana y le extrañó ver un humo azulado saliendo de la enorme chimenea del antiguo ahumadero. Había vivido toda su vida en aquel barrio, así que tenía controlado a todo el mundo y sabía que la empresa cárnica se había trasladado al este de Reikiavik. Convencida de que habían dejado de ahumar carne en la capital, pensó que el edificio estaba ardiendo.

Pero también reparó en otra cosa. Llevaba tiempo preguntándose por qué el ahumadero se había librado de la demolición el día que derribaron el resto de los edificios con aquellas enormes bolas de acero que colisionaron contra los gruesos muros de cemento. Después, las excavadoras vertieron los escombros en unos camiones que se llevaron en sus remolques setenta años de historia. Sin embargo, las obras parecían haberse reanudado. La mujer se fijó en la enorme grúa situada frente al ahumadero y en la impresionante bola que colgaba de uno de sus extremos. No muy lejos, esperaban una excavadora y un camión.

Inquieta por si el incendio del edificio podía suponer algún peligro, la mujer llamó a la policía sin pensárselo dos veces. Lo tenía por costumbre. Marcaba su número con frecuencia para quejarse de todo cuanto ocurría en el barrio, desde jaleos nocturnos hasta gente colándose como si nada en su jardín, incluso a plena luz del día.

—¿Hola? Se ha incendiado el viejo ahumadero de la calle Skúlagata — anunció en cuanto descolgaron el teléfono—. Será mejor que os deis prisa. Están empezando a derribarlo.

El conductor del camión, el operario de la grúa y el hombre de la excavadora mantenían una conversación frente al edificio que les habían encargado demoler. También habían visto el humo que salía de la chimenea. Intentaron entrar, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto. No había pasado nadie por allí en los últimos años. Trataron de asomarse por la ventana de la habitación trasera, pero estaba tapada con unas planchas de contrachapado que les impidieron asomarse al interior. Y al fin, decidieron seguir adelante con el plan.

El operario de la grúa puso en marcha el motor y levantó el brazo de la enorme máquina. Los otros dos hombres miraban y se mantenían a la espera. La bola adquirió inercia y golpeó la fachada oeste del ahumadero, donde se hallaba la puerta corredera. El grueso muro se debilitó, pero no llegó a romperse. «Antes sí que sabían construir edificios», pensó el operario. La bola volvió a colisionar en el mismo lugar, el muro cedió y se formó un agujero encima de la puerta.

Ya era casi media mañana cuando terminó la reunión con Kalmann. Sigurður Óli llevó a Erlendur a su casa de Breiðholt, y al llegar hablaron un rato en el interior del coche sobre los siguientes pasos que habría que dar en la investigación. La radio del vehículo estaba encendida y escucharon el anuncio de varios accidentes de tráfico y un altercado en un domicilio. Por último, comunicaron que estaba saliendo humo de la chimenea del antiguo ahumadero de Sláturfélag Suðurlands, en la calle Skúlagata. Al parecer se había declarado un incendio en el edificio abandonado y los bomberos iban de camino.

Erlendur oyó el comunicado a la vez que escuchaba a Sigurður Óli. Su compañero le decía que, de ser cierto lo que Kalmann les había contado, Janus era la última persona que había visto a Birta con vida. De pronto, Erlendur relacionó lo que acababan de anunciar por radio con unas palabras

que había escuchado en el transcurso de la investigación y que le habían venido súbitamente a la cabeza.

—¿Dónde nos dijo la madre de Janus que había trabajado su hijo tras dejar los estudios? —le preguntó a Sigurður Óli.

—No me acuerdo.

—¿No trabajaba en Sláturfélag Suðurlands, antes de que la empresa se trasladara al este de Reikiavik?

—Puede. ¿Qué ocurre?

—Está saliendo humo de la chimenea del antiguo ahumadero. ¿No te parece extraño?

—¿Extraño?

—Janus ha tenido a Herbert encerrado en alguna parte todo este tiempo. Puede que haya sido allí. Olía de forma peculiar cuando lo vi en el aeródromo de Sandskeið. Olía a beicon y a carne ahumada.

Cuando, poco después, Sigurður Óli llegó a la calle Skúlagata haciendo chirriar las ruedas de su coche, ya había dos camiones de bomberos y una ambulancia. Se trataba de una intervención rutinaria, por lo que no consideraron que hubiera nadie en peligro. La grúa había interrumpido la operación de derribo. La fachada oeste estaba prácticamente demolida, y por el enorme agujero que se había abierto asomaba el gran horno con sus tres puertas de acero. En el interior del edificio podía distinguirse un vehículo seriamente dañado. Erlendur bajó del coche antes de que Sigurður Óli pudiera impedirselo y salió disparado hacia el ahumadero. Mientras corría, vio que los bomberos estaban conectando las mangueras a la boca de incendios. Llegó hasta los escombros de la fachada y pasó por delante del camión, ignorando los gritos de advertencia. Era extremadamente peligroso adentrarse en el edificio: podía derrumbarse de un momento a otro, y el interior estaba lleno de humo.

Erlendur se puso un pañuelo en la boca y caminó hacia el horno. Empujó la primera puerta que encontró, pero al otro lado no vio más que una oscuridad absoluta. En cuanto abrió la puerta del medio sintió un calor infernal, y de pronto se vio envuelto en una nube de humo que le provocó un intenso ardor en los ojos y un incontenible ataque de tos. Saltó al interior del horno, y bajo sus pies vio un cajón lleno de brasas incandescentes. El calor que ascendía a través de la rejilla le quemaba las piernas. Al fondo del horno, sumido en la espesa humareda, distinguió a Janus colgando de una parrilla.

Erlendur trató de gritar para pedir ayuda, pero de su garganta no surgió ningún sonido.

No sabía si debía desatar a Janus o esperar a un médico. Los pantalones del chico se habían calcinado dejando al descubierto las piernas, que presentaban graves quemaduras. Justo entonces llegó Sigurður Óli.

—¿Hay algún modo de alejar la parrilla del calor? —le preguntó Erlendur señalando a Janus con la mirada. Notaban cómo se les derretían las suelas de los zapatos.

—Tenemos que darnos prisa —exclamó Sigurður Óli.

Tiraron lentamente de la parrilla hasta que lograron sacarla del horno y cerrar la puerta. Janus no se movía ni emitía sonido alguno. Sigurður Óli corrió al exterior y preguntó si había algún médico en la ambulancia, pero le dijeron que no. Los enfermeros lo acompañaron hasta el ahumadero y, cuando enfocaron a Janus con sus linternas, presenciaron una imagen aterradora.

Janus tenía la frente ensangrentada, los ojos hundidos, la cara deformada por los golpes y un brazo dislocado que le colgaba en una posición antinatural. La cabeza le caía sobre el pecho, como un peso muerto. Su ropa se había desintegrado y tenía el cuerpo lleno de quemaduras, las más graves en las piernas. Lo habían amarrado a la parrilla ciñéndole una soga al torso.

Los enfermeros pidieron refuerzos por radio. Los bomberos entraron de uno en uno en el ahumadero, pero no vieron fuego por ninguna parte. Dos de ellos sujetaban unas mangueras enormes. Cuando se asomaron a la habitación trasera, solo se distinguía una espesa humareda.

Llegó otra ambulancia con un médico y un equipo especial para tratar quemaduras graves. Los enfermeros dispusieron una escalera y dos de ellos se encaramaron y cortaron la soga. Equipados con guantes especiales, otros dos se hicieron cargo del cuerpo de Janus y lo depositaron en una bolsa refrigerada que habían extendido sobre una camilla. Al instante, el médico se afanó en buscar señales de vida.

Con las manos en los bolsillos, Erlendur y Sigurður Óli se mantenían a cierta distancia, observando las evoluciones de sanitarios y bomberos. Llegaron más policías, y no tardó en formarse un grupo de curiosos frente al horno. Todos miraban en silencio el cuerpo de Janus tendido en la camilla.

El médico lo auscultó. Apoyó un dedo en el cuello y escuchó con atención. Los presentes observaban, expectantes. Poco a poco, el humo se fue disipando y la luz estival iluminó la escena a través de la pared derrumbada.

—Tiene constantes vitales —anunció el médico—. Está vivo. Lléváoslo de aquí. ¡Ya!

Erlendur se acercó corriendo a la camilla. Observó detenidamente la cara ensangrentada y tumefacta de Janus y vio que movía los labios. Se inclinó, acercó la oreja a la boca del chico y levantó una mano, ordenando a los presentes que dejaran de hablar. En el ahumadero se hizo un silencio sepulcral.

—Quie...

La voz de Janus era casi imperceptible.

—... ro...

Erlendur seguía con la mano levantada.

—... morir...

—¡Lléváoslo de aquí! —ordenó el médico mientras apartaba a Erlendur.

El grupo se dispersó y todo el mundo salió del ahumadero. El médico le puso una máscara de oxígeno al chico y dos enfermeros introdujeron la camilla en la ambulancia a toda prisa.

Janus salió vivo de lo ocurrido. Permaneció un mes en coma mientras se le curaban las heridas y los médicos prolongaron su estancia en el hospital dos meses más para terminar de tratarle las quemaduras. Le amputaron la pierna derecha por debajo de la rodilla. Consiguieron salvarle la izquierda practicándole complejos injertos de piel y trasplantes de vasos sanguíneos. Tenía los pulmones y las fosas nasales gravemente dañados debido a la intoxicación causada por el humo. Según los médicos, se salvó gracias al buen funcionamiento de la chimenea, a pesar de los años que había permanecido en desuso, y a que los cajones abiertos a ambos lados del horno facilitaron la circulación del aire. Además, el material no prendió bien y solo ardió una parte.

Erlendur estaba pendiente de la evolución de Janus y lo visitaba con regularidad. Unas veces le llevaba algún presente. Otras, se sentaba a su lado y pasaban el rato en silencio. Erlendur lo puso al corriente de la investigación poco después de que el joven saliera del coma, pero no entraron en detalles hasta que su salud hubo mejorado. Janus le contó todo lo ocurrido desde la desaparición de Herbert hasta el momento en que este le dio una paliza y lo metió en el horno. La policía había estado buscando a Herbert durante todo el tiempo que Janus llevaba hospitalizado, pero no habían dado con su paradero. Doce semanas después de que ingresaran al chico, Erlendur consiguió por fin que mencionara a Birta.

Ese día lo llevaron en su camilla hasta la sala de estar, acompañado de Erlendur. El otoño había llegado a la ciudad. La brisa de octubre mecía las hojas de los árboles y el sol se levantaba cada vez menos sobre el horizonte. Erlendur tenía ganas de que llegaran el frío y la oscuridad del invierno, mucho más de su agrado que la eterna claridad del verano.

El auxiliar de enfermería los dejó solos tras disponer la camilla de forma que Janus pudiera disfrutar de las vistas al barrio de Fossvogur. Apenas se veía gente en aquella planta del hospital.

—Esta mañana me he probado la pierna artificial —dijo Janus.

—Hoy las fabrican de tan buena calidad que casi dan ganas de tener que usar una —comentó Erlendur.

—Yo no diría tanto.

—No, tienes razón.

—¿Se sabe algo de Herbert?

—Desde que me pusieron al frente de otro caso, todo lo que sé me lo comunica Sigurður Óli. Mi hija está implicada en la investigación de una forma bastante escabrosa. Como ya supones, Herbert sigue sin aparecer. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Hemos buscado por todas partes. Hemos interrogado a todas las personas que han tenido algún contacto con él en los últimos veinte años, pero todavía no lo hemos encontrado. Su madre, una mujer muy mayor, está tremendamente preocupada por él. ¿No te parece increíble? No tenemos constancia de que haya salido del país. Sabemos que un tío suyo trabaja como capitán de barco para la compañía Eimskip, así que contemplamos la posibilidad de que haya viajado como polizón hasta Bremerhaven o algún otro puerto europeo donde opera la naviera. Pero su tío no sabe nada. Jura y perjura que Herbert no ha contactado con él en ningún momento. No damos abasto verificando todos los rumores. Según el último que nos ha llegado, lo asesinaron y lo enterraron en los cimientos de algún edificio nuevo del barrio de Grafarvogur. La verdad es que me importa un carajo. Nada me haría más feliz que no volver a ver la cara de ese bastardo nunca más.

—¿Y qué fue del tipo que iba con él?

—¿La mole? Hay quien dice que él es quien ha tomado el relevo en el negocio de las drogas. Niega rotundamente haberte tocado un pelo. Tiene coartada. Sus amigos del Club de Halterofilia aseguran que estaba entrenando con ellos el día que te dieron la paliza en el horno.

Guardaron silencio. Janus contemplaba las calles de Fossvogur y el mar que se extendía a lo lejos.

—Kalmann asegura que Birta seguía viva tras su encuentro en su casa de veraneo —dijo Erlendur con prudencia. Era la primera vez que mencionaba el nombre de su amiga.

—¿Y qué pasará ahora con los planes de Kalmann? —preguntó Janus, ignorando el comentario. Erlendur le había explicado su teoría sobre la compra de cuotas y la despoblación de las zonas rurales.

—Según él, no tenía ningún plan.

—¿Y la fotografía?

—Por lo que tengo entendido, al hombre de la foto lo trasladaron a otro puesto sin dar demasiadas explicaciones y ha desaparecido de la ciudad.

—Ya lo creo que tenía un plan.

—Oficialmente, no. De hecho, no podemos demostrar que haya cometido ningún delito. Todo el mundo es libre de comprar cuotas. Incluso se pueden crear asociaciones o fundar compañías con ese objetivo. Si los especuladores de Reikiavik quieren coleccionar cuotas, pueden hacerlo sin ningún problema. Como nos explicó un economista con el que hablamos, nada les impide borrar del mapa regiones enteras y hacer que la población emigre a zonas de consumo más provechosas. Los constructores de los centros comerciales también son los dueños de las cuotas. Pueden controlar el país a su antojo. Es un atentado contra las zonas rurales, pero a nadie le importa.

—Y, como siempre, nadie es responsable.

—Exactamente.

—Entonces Kalmann y compañía han ganado.

—Kalmann y compañía siempre ganan. Pero no tendría por qué ser así. Los dueños de las cuotas podrían impedirlo si quisieran. Son ellos quienes tienen en sus manos el desarrollo de los pueblos pesqueros. Deberían asumir la responsabilidad que comporta poseer una cuota. Si no lo hacen, entonces es cuando ganan Kalmann y compañía.

—Birta se vengó.

—Sí.

Janus bajó la mirada hacia su pierna artificial con una sonrisa amarga en los labios.

—No me arrepiento de nada. A veces siento un dolor mucho peor que el que sufrí dentro del horno. Pero luego se me pasa y me encuentro mejor.

Después le pidió a Erlendur que lo llevara a la habitación.

Sigurður Óli, que había quedado al cargo del caso de Herbert y Kalmann, visitaba a Janus con frecuencia, y el chico lo ayudaba en la medida de lo posible. Los documentos que encontró en casa de Herbert resultaron de gran utilidad para la policía, pero aún quedaban muchos cabos por atar.

Un día, Sigurður Óli apareció con Bergþóra en el hospital. Vivían juntos. Sigurður Óli le contó a Janus que había comenzado una relación con la mujer que encontró el cuerpo de Birta en el cementerio, y el chico quería conocerla. Le pidió al agente que saliera un momento para hablar a solas con ella. La puerta permaneció cerrada durante una hora mientras Sigurður Óli

deambulaba por el pasillo preguntándose qué podrían estar contándose dos personas que no se habían visto en la vida.

Cuando Bergþóra salió de la habitación, Janus tenía los ojos empañados en lágrimas.

Sigurður Óli no tenía ni idea de qué habían podido decirse, pero tampoco le preocupaba. Sabía que tarde o temprano acabaría enterándose.

Pasado un tiempo, Janus comenzó a caminar de nuevo, y un día, al final de la tarde, llamó a Erlendur para pedirle que fuera a buscarlo. Lo habían trasladado a la sección de rehabilitación, en la calle Grensásvegur. Cuando Erlendur llegó, Janus le preguntó si no le importaba acompañarlo al cementerio de Suðurgata. El policía asintió, con cara de perplejidad. Tras ayudar al joven a salir del hospital y a entrar en el coche, se pusieron en camino.

Cuando llegaron, Erlendur subió el vehículo a la acera y se detuvo frente a la verja de la entrada. Le abrió la puerta a Janus para ayudarlo a bajar y entraron en el cementerio. Erlendur tiritaba de frío. Las ramas de los árboles estaban desnudas. El viento otoñal levantaba las hojas secas del suelo. No se veía un alma. Se escuchaba el tráfico de la avenida Hringbraut de fondo. Al detenerse frente a la tumba de Jón Sigurðsson, Janus dio un paso y se agarró a la pequeña verja pintada de negro que bordeaba la parcela.

Permanecieron un tiempo sin moverse. Mientras Erlendur observaba la tumba, Janus parecía estar en otro lugar, ensimismado.

Al cabo de un rato, el chico comenzó a hablar de Birta.

Janus estaba en su apartamento de Breiðholt cuando Birta llegó a casa, a última hora del día. Abrió la puerta con llave, se desvistió y fue directamente al cuarto de baño, donde guardaba la jeringuilla, la cuchara, el mechero y la goma elástica marrón que solía atarse alrededor del brazo. Llevaba una temporada sin usarla porque ya no podía pincharse más en la parte interna del codo. En su lugar, había empezado a pincharse entre los dedos de los pies y en el ombligo. Kalmann le había pagado bien. Milky se la había llevado de la casa de veraneo y le había comprado la heroína. A veces Kalmann le pedía que se pinchara delante de él para divertirse, como parte del juego.

Se sentó en el retrete, calentó la droga en la cuchara y, una vez líquida, la introdujo en la jeringuilla, se pinchó en el ombligo y vació el contenido con

calma. Nada más inyectarse el líquido transparente, sintió una oleada de euforia. Sus músculos se relajaron y extrajo la aguja.

Cuando Janus se asomó a la puerta, vio paz en el rostro de Birta, que seguía sentada en el retrete, con los ojos cerrados y los brazos y las piernas extendidos. Se le había caído la jeringuilla al suelo. Janus observó su cuerpo pálido, los moratones y las heridas. Paseó la mirada por el suelo; allí estaban tirados su jersey raído, sus medias rotas, su minifalda verde y sus zapatos de plataforma. Por alguna razón que jamás había entendido, su amiga prefería pincharse desnuda. Lejos de escandalizarse ante aquella escena, se limitó a compadecerla con la mirada. Su cara tenía un aspecto desastrado, con los ojos recargados de maquillaje y un exceso de carmín en los labios, que por lo demás estaban hinchados y partidos. Sus brazos estaban plagados de cardenales, tenía un aspecto demacrado y llevaba días sin lavarse su abundante melena. Por los moratones del cuello, dedujo que Kalmann intentó estrangularla.

Birta abrió los ojos.

—Se lo acabo de decir al cabrón ese. Me la ha metido y he esperado a que se corriera. Entonces me he levantado y le he gritado en su cara que tenía el sida y que lo más seguro es que ahora él también lo tuviera y que la iba a palmar. No veas qué careto ha puesto ese sádico de mierda. Se ha puesto como loco. Le he dicho que solo he follado con él desde que me enteré de que era seropositiva. Joder, tendrías que haber visto la cara que se le ha quedado al muy hijo de puta. No sabría decirte si le entraron ganas de vomitar o de cagarse encima.

—Y entonces te ha pegado —le dijo Janus, que no soportaba la forma de hablar de su amiga. Sorprendentemente, la noticia no lo alteró. Ya no le afectaba nada de lo que Birta pudiera hacer. Le daba igual el daño que pudiera causarse a sí misma o a otras personas. Se había convertido en una desconocida.

—Qué va. Se ha alejado de mí como si fuera una leprosa —le respondió.

Birta se levantó del retrete, entró en el dormitorio y se tiró sobre la cama con las fuerzas renovadas, dispuesta a comerse el mundo. Se encontraba en plena forma. Él la siguió hasta la habitación. Aún no había tomado la decisión cuando se sentó a su lado. Se le ocurrió de repente, de forma natural.

—¿Por qué has querido contagiarlo? —le preguntó.

—Se lo tenía merecido.

—Pero lo vas a matar. No puedes ir por ahí matando a la gente, Birta. ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué viene tanta preocupación? Con la de veces que me has dicho que te los querías cargar a los dos. A él y a Hebbi. Lo sabes todo sobre ese tío. Sabes cómo es. Sabes lo que ha estado haciendo en los fiordos, cómo trata a las chicas como yo y cómo ayudó a Hebbi a traficar con drogas y a empezar a venderlas. Querías matarlo. Me lo has dicho miles de veces. Lo acabo de hacer yo por ti. Pero, tranquilo, que no la va a palmar. No seas tan tonto. Los ricos como él se las apañan bien. Vivirá muchos años y me juego lo que quieras a que no se morirá hasta que sea un vejestorio. Eso sí, de mí no se va a olvidar jamás.

—¿Por qué haces estas cosas? —le preguntó Janus.

Birta guardó silencio.

—¿Por qué? —insistió.

—No me vengas otra vez con tus preguntas chorras —le respondió—. Tendrías que haberle visto la jeta a ese cerdo. Creo que te habría gustado.

—¿Es que no puedes responder a una pregunta tan sencilla? ¿Por qué no quieres hablar del tema? ¿Por qué no has querido hacerlo nunca?

—Cállate ya.

—¿Qué te ha hecho llevar esta vida? Somos iguales. De la misma edad. Del mismo pueblo. Mírame. Yo no soy así. ¿Por qué tú sí?

—No somos iguales.

—No, tú te pinchas en el ombligo y yo no.

—¿Quieres que te explique por qué me chuto? ¿De verdad quieres saberlo? Lo hago porque así me siento como si fuera alguien. ¿Lo entiendes? ¡Alguien! Cuando me pincho me siento como una persona. Eso es. Y ahora déjame en paz. ¡Pírate!

Janus ya estaba plenamente convencido de su idea. La había visto destruir su vida día tras día durante más de dos años. Nada de lo que pudiera hacer o decir podía acabar con el impulso de autodestrucción que la poseía. Después de haber contraído el sida, su muerte no era más que una cuestión de tiempo. No razonaba. No quería curarse. No quería ir al hospital. Y ahora había empezado a usar su enfermedad para vengarse. Janus no veía otra solución. Tenía que poner fin a aquella historia.

—¿Tú eres mi amiga? —le preguntó mientras cogía una almohada.

—Pero ¿qué dices ahora?

—Yo aún lo soy —le dijo—. Y lo seré siempre. Tienes que creerme. Lo que voy a hacer es precisamente una prueba de que se soy tu amigo. Sé que es por tu bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó después de cerrar los ojos.

Entonces Janus le tapó la cara con la almohada y apretó con firmeza. Birta no reaccionó inmediatamente, tardó unos segundos en empezar a agitar los brazos y a dar patadas al aire. Hacía todo lo posible por levantarse de la cama, pero él se lo impedía con todas sus fuerzas. Al cabo de unos instantes, su forcejeo comenzó a debilitarse, dejó de oponer resistencia, y al fin se quedó totalmente inmóvil. Janus mantuvo la almohada apretada hasta estar seguro de que todo había terminado.

Sabía que estaba muerta, pero aún sentía su presencia en la habitación. Recordaba lo que era morir. No había ni claridad, ni una calidez envolvente, ni una luz al final de un túnel. Solo aquella oscuridad helada adonde acababa de enviar a Birta. Se incorporó y alzó la mirada hacia el techo del dormitorio, como esperando ver allí el rostro de su amiga. Pero no vio nada. Sin embargo, aún sentía su compañía.

—Perdóname —murmuró.

Sentado en la cama, permaneció inmóvil hasta notar que la presencia de Birta se desvanecía por completo.

Erlendur escuchó en silencio el relato entrecortado de Janus. El chico se lo había confesado todo en voz baja. Erlendur reflexionaba mientras miraba las hojas secas arremolinarse con el viento.

—Rosas muertas —dijo Erlendur.

—¿Qué? —preguntó Janus.

—El color de los árboles en otoño es bonito, pero es a la vez el color de la muerte.

Guardaron silencio un rato.

—La envolví en una manta, la metí en el coche y me vine aquí —explicó Janus—. Estaba muerto de miedo. Pasé toda la noche tratando de ordenar mis pensamientos. No sabía qué hacer con su cuerpo. Quería que lo encontrarais, pero no en mi casa. Conduje aquel coche robado hasta el aeropuerto de Keflavík para confundiros, y luego volví caminando a través del campo de lava.

—¿Por qué no quisiste llamar a la policía?

—Tenía sed de venganza. Quería vengarme de Herbert y de Kalmann. Quería que alguien pagara por lo que le hice a Birta. ¿Te parece muy retorcido?

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Mi hija... En fin, dejémoslo.

Permanecieron en silencio bajo la tenue luz del crepúsculo.

—¿Querías a Birta?

—Creo que sí. Bueno, no lo sé. No sabría decirte qué sentía por ella. Traté de ayudarla, pero el suyo era un caso perdido. No servía nada de lo que pudiera hacer. Acabó usando su enfermedad como arma para vengarse. Había perdido el juicio. Pero puede que ese no fuera mi principal motivo. Birta se estaba muriendo y no vi otra forma de poner fin a su sufrimiento.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Erlendur tras una breve pausa.

—Depende. Supongo que volveré a los fiordos. Aquí en Reikiavik no tengo nada que hacer. Este no es mi sitio. ¿Vas a tomar medidas?

—Yo ya no llevo este caso.

—Pero sabéis que fui yo quien dejó aquí a Birta.

—Deberías contarle tu historia a Sigurður Óli.

—A veces creo que me estoy volviendo loco. De pequeño, la admiraba porque era generosa y me daba todo cuanto tenía. Yo traté de hacer lo mismo por ella, pero creo que después de engancharse se volvió egoísta. No era la misma persona. Ella misma lo decía. Daba la impresión de que era plenamente consciente de su forma de ser, pero no podía o no quería cambiarla. No lo entiendo. Ya no entiendo nada. No me entra en la cabeza esa necesidad de autodestruirse sin sentido.

Dieron media vuelta y caminaron hacia al coche.

—Una cosa más para terminar, Janus —dijo Erlendur—. ¿Por qué dejaste a Birta en la tumba de Jón Sigurðsson? ¿Tiene algo que ver con los fiordos del noroeste?

—¿Jón Sigurðsson?

—Sí.

—¿Cómo que Jón Sigurðsson? —repitió Janus.

—¿Acaso no sabes dónde la dejaste?

—La acosté entre las flores.

—Dejaste a Birta en la tumba de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia.

—¿Qué independencia? Había un montón de flores y por eso la dejé allí. ¿Quién es Jón Sigurðsson?

Mientras salían lentamente del cementerio, Erlendur volvió la vista atrás, miró la placa de cobre con el relieve de Jón el Presidente, y le pareció distinguir un gesto de indignación en su rostro. Erlendur se encogió de hombros, y en su cabeza volvió a resonar la insistente pregunta:

Oh, ¿dónde?



ARNALDUR INDRIÐASON (Reikiavik, 28 de enero de 1961) es un escritor islandés. Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Es el autor más conocido de las letras islandesas, traducido a 37 idiomas y con más de 7 millones de ejemplares vendidos en todo el mundo en octubre de 2011.

En 1997 creó para sus novelas policíacas al personaje del inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Divorciado tras un breve matrimonio, solitario y deprimido, Erlendur tiene una hija drogadicta llamada Eva Lind, a la que solo habla cuando no puede escucharle, y un hijo llamado Sindri Snaer. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante.

Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Es autor, entre otras novelas negras de, *Las Marismas*, que recibió La Llave de Cristal a la mejor novela policíaca nórdica del año 2002, *La voz*, fue ganadora del Martin Beck Award a la mejor novela negra traducida al sueco, *El hombre del lago* e *Invierno ártico*. Con *La mujer de verde* obtuvo el Gold Dagger, que ha consagrado a Indriðason como un referente de la mejor

narrativa negra europea. También ha sido ganador del Premio de la Crítica Francesa a la Mejor Novela Negra. *Pasaje de las Sombras* fue galardonada con el Premio RBA de Novela Negra 2013.

Afirma que «una buena novela policíaca explica un país... y a él no le gusta embellecer nada», «que nunca nos libramos del pasado» y que «el sentimiento de culpa es una fuerza muy poderosa, erosiona como poco en la vida».